

Остров  
редон-Гранде

# EN LA LÍNEA DE QUIEBRA

Crisis estructural y mentalidad  
en la sociedad de  
consumidores

Corsino Vela

Кама

1.0

НОХОСА

Ноймо

Пуо-С

Кабо-Крус

4.2

traficantes de sueños

mapas





## traficantes de sueños

Traficantes de Sueños no es una casa editorial, ni siquiera una editorial independiente que contempla la publicación de una colección variable de textos críticos. Es, por el contrario, un proyecto, en el sentido estricto de «apuesta», que se dirige a cartografiar las líneas constituyentes de otras formas de vida. La construcción teórica y práctica de la caja de herramientas que, con palabras propias, puede componer el ciclo de luchas de las próximas décadas.

Sin complacencias con la arcaica sacralidad del libro, sin concesiones con el narcisismo literario, sin lealtad alguna a los usurpadores del saber, TdS adopta sin ambages la libertad de acceso al conocimiento. Queda, por tanto, permitida y abierta la reproducción total o parcial de los textos publicados, en cualquier formato imaginable, salvo por explícita voluntad del autor o de la autora y sólo en el caso de las ediciones con ánimo de lucro.

*Omnia sunt communia!*



## **mapas**

Cartas para orientarse en la geografía variable de la nueva composición del trabajo, de la movilidad entre fronteras, de las transformaciones urbanas. Mutaciones veloces que exigen la introducción de líneas de fuerza a través de las discusiones de mayor potencia en el horizonte global.

Mapas recoge y traduce algunos ensayos, que con lucidez y una gran fuerza expresiva han sabido reconocer las posibilidades políticas contenidas en el relieve sinuoso y controvertido de los nuevos planos de la existencia.

© 2024, del texto, Corsino Vela  
© 2024, de esta edición, Traficantes de Sueños



# creative commons

Licencia Creative Commons  
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 España  
(CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de:

 \* Compartir - copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra

Bajo las condiciones siguientes:

 \* Reconocimiento — Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciante (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o que apoyan el uso que hace de su obra).

 \* No Comercial — No puede utilizar esta obra para fines comerciales.

 \* Sin Obras Derivadas — No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Entendiendo que:

\* Renuncia — Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor

\* Dominio Público — Cuando la obra o alguno de sus elementos se halle en el dominio público según la ley vigente aplicable, esta situación no quedará afectada por la licencia.

\* Otros derechos — Los derechos siguientes no quedan afectados por la licencia de ninguna manera:

- Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por lo anterior.

- Los derechos morales del autor

- Derechos que pueden ostentar otras personas sobre la propia obra o su uso, como por ejemplo derechos de imagen o de privacidad.

\* Aviso — Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar muy en claro los términos de la licencia de esta obra.

**Primera edición:** mayo de 2024

**Título:** En la línea de quiebra. Crisis estructural y mentalidad en la sociedad de consumidores

**Autor:** Corsino Vela

**Maquetación y diseño de cubierta:**

Traficantes de Sueños

**Edición:**

Traficantes de Sueños

C/ Duque de Alba 13. C. P. 28012. Madrid.

Tlf: 915320928

mail:editorial@traficantes.net

 @editorial.Traficantes

 @Traficantes\_Ed

ISBN: 978-84-19833-16-7

Depósito Legal: M-10865-2024

# En la línea de quiebra

Crisis estructural y mentalidad en  
la sociedad de consumidores

*Corsino Vela*

traficantes de sueños

**mapas**



# Índice

<b>Prólogo</b>	<b>11</b>
<b>1. En la línea de quiebra</b>	<b>15</b>
Desproporción insostenible	27
Acerca del trabajo productivo e improductivo	37
<b>2. Algunos indicadores de quiebra</b>	<b>49</b>
El tercer sector	49
Mercancía cultural y producción de entretenimiento	54
Apéndice: cultura	63
<b>3. La economía política del colapso</b>	<b>65</b>
Límites de la economía política	66
Reiteración de la promesa tecnológica	70
Malabarismos monetarios	74
Fiscalidad, el talismán de la izquierda del capital	81
<b>4. Línea de quiebra y umbrales de coste</b>	<b>91</b>
Crisis del salario (coste de reproducción del sujeto consumidor)	91
La noción de progreso y el franqueamiento de umbrales	99
A vueltas con la cuestión agraria	111
<b>5. Implicaciones políticas de la quiebra     estructural del modelo capitalista</b>	<b>125</b>
La formación de la subjetividad consumidora	125
El papel de la derrota de la clase obrero industrial	139

<b>6. El ciclo de las movilizaciones de la reestructuración</b>	<b>151</b>
Un conflicto significativamente... <i>improductivo</i>	174
<b>7. La crítica del valor como crítica de la sociedad capitalista en declive</b>	<b>183</b>
¿Historia sin sujeto?	183
Crítica del valor: dos tradiciones	188
<b>8. Valor e intercambio de equivalentes</b>	<b>197</b>
La mentalidad valorizadora capitalista: una digresión escolástica	201
La polémica del valor	209
<b>9. ¿Hacia un cambio de mentalidad?</b>	<b>217</b>
Cambio histórico y cambio de mentalidad	236
Invariancias de la mentalidad burguesa	247
Mentalidad burguesa e ideología proletaria en la sociedad industrial	258

# Prólogo

LA REFLEXIÓN a la que invita este ensayo parte de una doble constatación. Por un lado, la persistencia de la crisis y la inoperancia de las medidas adoptadas para atajarla, y por otro, la dinámica rutinaria en la que transcurre la conflictividad difusa en los países capitalistas desarrollados. Por eso, en última instancia, el andamiaje argumental del texto descansa sobre la crisis de la subjetividad antagonista y su eventual transformación hacia un cambio de mentalidad que ponga en cuestión las determinaciones ideológicas, culturales y mentales que caracterizan la concepción del mundo (mentalidad) capitalista.

Los cambios introducidos por la reestructuración productiva iniciada en las tres décadas finales del siglo XX, tuvieron como resultado la profundización del desequilibrio entre trabajo productivo e improductivo en las sociedades terciarizadas, perceptible en el aumento imparable del déficit y del endeudamiento públicos. De este modo, esa *crisis del trabajo*, esa desviación entre trabajo productivo e improductivo, que la propia evolución capitalista provoca, se vuelve expresión de la contradicción fundamental del capital que, una vez alcanzado un determinado grado, deja de ser una hipótesis, o una tendencia inherente al desarrollo capitalista,

para realizarse prácticamente en la *línea de quiebra* estructural del proceso de reproducción social.

Este libro pretende exponer la desviación entre trabajo productivo e improductivo con el fin de precisar los límites y tendencias del sistema capitalista conceptualizados en mi anterior trabajo, *La sociedad implosiva*<sup>1</sup> y descritos a través de las actividades económicas que articulan el proceso de producción y acumulación de capital, recogidas en *Capitalismo terminal*.<sup>2</sup> Posteriormente, la pandemia del covid-19 supuso la irrupción palmaria de esos límites estructurales del modo de producción capitalista y por eso mismo, entre otras cosas, también significó una puesta a prueba de la capacidad de reacción de la subjetividad proletarizada ante una situación límite (lo que recogí en *Capitalismo patológico*<sup>3</sup>).

Todos ellos son textos en los que la definición de los límites y tendencias se fija especialmente en las *condiciones —o limitaciones— objetivas*, físicas, del capital, es decir, en su carácter productor material de mercancías. En este ensayo, sin embargo, se aborda la producción de la subjetividad proletarizada y su proyección práctica como sujeto ciudadano consumidor y como forma de conciencia (mentalidad), manifiesta en la conflictividad social. Dicho de otro modo, se ocupa de las *condiciones subjetivas* de la relación social que es el capital en el marco de una realidad marcada por la desproporción imparable entre trabajo productivo y trabajo improductivo. Ese es el punto de partida para una crítica de la economía política del capital en crisis que se atiene a la evolución de la sociedad, a través de hechos, circunstancias y referencias concretas (ya sea la proliferación de servicios, de burocracia estatal, *tercer sector* o producción cultural y de entretenimiento).

---

<sup>1</sup> Corsino Vela, *La sociedad implosiva*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2022 (2ª ed.).

<sup>2</sup> Corsino Vela, *Capitalismo terminal. Apuntes a la sociedad implosiva*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2018.

<sup>3</sup> Corsino Vela, *Capitalismo patológico*, Donostia, Kaxilda, 2021.

De hecho, el desequilibrio entre trabajo productivo e improductivo es de tal magnitud, en la escala mundial, como en la regional (nacional), que las medidas o contratendencias puestas en marcha por la clase dominante para atajar las condiciones de crisis resultan incluso contraproducentes. La creciente masa de trabajo improductivo depende del trabajo productivo y, por eso, a pesar de la enorme masa de dinero disponible en el universo financiero, está en el trasfondo de la crisis de acumulación de capital. Esta constituye otra forma de aparecer, en la gestión práctica de la vida cotidiana, no solo de los límites prácticos de la clase dominante, sino también de sus límites ideológicos formulados en la economía política, límites que son también de la izquierda (del capital).

No obstante, en la gestión capitalista de la crisis de los países desarrollados, merecen especial atención las implicaciones políticas de la fragmentación y la jerarquización de la población proletarizada y su creciente adscripción a las actividades económicas improductivas, en cuanto a la formación de una subjetividad desactivada en su potencial antagonista. Esta desactivación es consecuencia de su propia posición subordinada dentro de la cadena de acumulación de capital y de su correspondiente conciencia reivindicativa, circunscrita en el horizonte de la economía de mercado, como ejemplifican las movilizaciones del ciclo de conflictividad reciente.

La *crisis del trabajo*, que subyace en la línea de quiebra remite a la crisis del valor como categoría fundamental del modo de producción capitalista, es más que una abstracción; es una realización práctica que sostiene el intercambio de cosas / mercancías, como valores (de cambio) equivalentes. El salto cualitativo que supone el modo de producción capitalista, respecto de las formas de intercambio precedentes, y su realización en la llamada economía de mercado, es la base material

sobre la que emerge una determinada mentalidad que hace de la subjetividad proletarizada consumidora (y desactivada) la figura emblemática de la sociedad terciarizada y de sus contradicciones.

De ahí que la crisis del valor implique asimismo la crisis de la mentalidad valorizadora y de la subjetividad cuya existencia está determinada por el principio rector del intercambio de equivalentes: el valor. Y de ahí también que la crítica del valor signifique también la crítica de la mentalidad que aquel inspira y que se proyecta prácticamente en formas de socialidad donde la noción de valor —y el intercambio de valores equivalentes— es la mediación fundamental de las relaciones humanas. En este punto, la crítica de la economía política todavía puede ser un catalizador para la renovación teórica de la subjetividad antagonista.

Como quiera que sea, la ruptura objetiva del orden social que representa la agudización de las condiciones de la crisis capitalista —de la crisis del valor—, emplaça a una ruptura con el orden mental, con la mentalidad vigente de un mundo que se derrumba. Al fin y al cabo, nuestro presente define una situación que, al igual que ocurrió en periodos de quiebra de los diferentes modos de reproducción social a lo largo de la historia, comporta cambios materiales, pero también mentales, psicológicos, ideológicos, culturales.

La emergencia de una mentalidad no adscrita a la categoría (fetichista) del valor aparece entonces como posibilidad práctica o tendencia a partir de la conflictividad vinculada a la crisis del modo de reproducción social capitalista y de la orientación concreta que la subjetividad proletarizada podría adoptar en cuanto a su emancipación real, económica, ideológica y cultural (mental) del capital.

Marzo de 2024

# 1. En la línea de quiebra

LA CRISIS TERMINAL del modo de reproducción social capitalista está atravesada por una profunda línea de fractura resultado de su evolución histórica. Esta adquiere dimensión concreta en la enorme desproporción existente entre los dos grandes componentes que articulan la estructura de la formación social capitalista: la actividad / trabajo productivo y la actividad / trabajo improductivo. Esa es una línea de quiebra estructural que la sociedad industrial ha llevado a su máximo nivel.

La economía capitalista se basa en la producción de valores de cambio o mercancías que se intercambian en el mercado de acuerdo con un principio de equivalencia o valor que remite al trabajo humano realizado en unas determinadas condiciones (trabajo asalariado). De ahí que el trabajo sea la referencia de valor para los productos que se intercambian en el mercado y el fundamento de la acumulación de capital en su forma de riqueza y beneficio. Y de ahí también que el capital sea una relación social que entraña una relación de valor que, a su vez, se realiza socialmente en la acumulación de capital (riqueza, dinero).

Sin embargo, como ya dejara claro Marx en su teoría del valor, no todo el trabajo o actividad que se lleva

a cabo en el régimen asalariado genera valor y aumenta la acumulación de capital. El ciclo de acumulación de capital, que se inicia en el proceso de producción, se despliega en la circulación y venta de las mercancías, que es donde el beneficio se realiza en su forma dineraria. Ese doble carácter del trabajo (productivo e improductivo de valor) define una contradicción inherente al modo de producción capitalista que, a su vez, describe una tendencia creciente en el desequilibrio entre ambas expresiones del trabajo que, a su vez, determinan las condiciones de crisis.

Puesto que el trabajo vivo es el único que genera valor y beneficio (plusvalía) en la esfera productiva y el aumento de la productividad, como medio para continuar la acumulación de capital, disminuye la cantidad de trabajo vivo por cada unidad de producto, el desarrollo del modo de producción capitalista describe una tendencia indefectiblemente declinante. Es en virtud de esa disminución del trabajo vivo incorporado en las mercancías que Marx define la ley de la caída tendencial de la cuota de beneficio como teoría de la crisis (sobrepducción) y de los límites históricos del capital.<sup>1</sup>

Desde luego, para la economía política es indiferente la doble naturaleza productiva e improductiva del trabajo, ya que toda actividad asalariada es susceptible de arrojar beneficios empresariales, contables, dinerarios. Pero precisamente la función ideológica de la economía política en todas sus escuelas y versiones, es lo que impide reconocer la naturaleza contradictoria del capital, como relación social productiva (de valor), cuyo desarrollo histórico describe una tendencia a la crisis estructural, productiva, que se manifiesta en el

---

<sup>1</sup> Karl Marx. *El Capital*, libro tercero, volumen 6, sección tercera, Madrid, Siglo XXI, 1976; Paul Mattick, *Colapso y revolución. Ensayos sobre teoría y política*, «Tercera parte: crisis económicas», Madrid, Traficantes de Sueños, 2023.

mercado (sobreproducción y pobreza crecientes). Por eso, para la economía política, la crisis —y su eventual vía de salida— se reduce a cuestiones técnicas relacionadas con desajustes monetarios, fiscales, déficit, endeudamiento —y, en último término, a relanzar la promesa tecnológica—, capaces de impulsar la actividad económica mediante la promoción de nuevas actividades de encuadramiento social, sin considerar su carácter eminentemente improductivo.

Es así como en el momento actual, la tendencia descendente de la cuota de beneficio se materializa como caída real y efectiva de los beneficios empresariales y, en consecuencia, se hace realidad en la crisis, donde sobreproducción de mercancías y falta de acumulación de capital (e inversiones) son simultáneas. La razón profunda de esta situación contradictoria radica precisamente en la ausencia de rentabilidad del capital productivo; o sea, en la falta de actividades suficientemente rentables, que valoricen el capital invertido. Pues no todos los empleos son iguales.

\*

No obstante, de ser cierto que toda actividad que comporta intercambio comercial valoriza capital,<sup>2</sup> ¿dónde estaría el problema?, ¿por qué hay crisis y desempleo?, ¿por que no se crean puestos de trabajo si cualquier actividad del tipo que sea está inserta en la cadena de valor de la actividad económica general?, ¿cómo se explica el déficit y endeudamiento públicos? El hecho mismo de tales interrogantes denota que algo no encaja en la concepción del valor y de la riqueza social producida de la economía política.

---

<sup>2</sup> La retórica académica se refiere a la cadena de valor para englobar el ciclo de negocio sin distinguir fases y funciones a lo largo de la misma, ni atender al sector de actividad de la empresa. De manera que cualquier actividad (trabajo) y empresa son generadoras de valor / capital, pasando por alto la radical distinción entre dinero y capital.

Cómo, si no, explicar que la clase dominante se vuelve hacia las causas estructurales, sin reconocerlas como tales, articulando políticas de empleo, reformas laborales y, una vez agotado el ciclo de la globalización, que exportó las condiciones de crisis estructural en la escala mundial, se vuelva a la reindustrialización. Al fin y al cabo, el capitalismo se realiza socialmente como sociedad industrial articulada sobre la producción masiva de mercancías cuyo objetivo es la acumulación de capital a través de la reproducción de los seres humanos y a partir de su condición física, básica, biológica de seres sociales vivos.

Puesto que el capital es una relación social, en su materialidad concreta comporta mucho más que la mera acción reproductiva biológica del ser humano. El despliegue del modo de producción y de acumulación de capital, que tiene lugar en el mercado, exige el cumplimiento de una serie de tareas, funciones y actividades que se alejan de la esfera productiva, que no valorizan el valor / capital / trabajo contenido en las mercancías, aunque contribuya a su realización en el mercado. Son actividades que cumplen asimismo una función en el mantenimiento de la estabilidad social en la medida en que encuadran a la población proletarizada en la dinámica económica.

Es así como en el capitalismo desarrollado, con el ciclo de negocio extendido a la escala mundial, la sociedad industrial tiende a su transformación en sociedad terciarizada, de servicios o, más bien financiarizada. Esa expansión de las actividades improductivas, alcanzado cierto nivel, es un factor de desequilibrio estructural que revela la contradicción intrínseca del modo de reproducción social capitalista (crisis) cuya piedra angular es la explotación del trabajo productivo.

El hecho es que cada vez más sujetos se involucran en actividades no valorizadoras (productoras de valor), simplemente superfluas desde el punto de vista de la acumulación real de capital y solo representativas de la economía ficticia, financiarizada, que mueve dinero y crea empleo, pero no genera capital o no lo hace en la suficiente medida como para inaugurar un nuevo ciclo expansivo al estilo de la segunda posguerra mundial. La situación objetiva, macro y microeconómica del mundo, lo avala.

A esto se añade, como consecuencia directa del proceso de valorización, la producción masiva de nocividad, desperdicio y residuos de todo tipo, con ineludibles impactos sobre el cambio climático y la aniquilación de la biosfera. Alcanzado un cierto punto, esa desproporción estructural, manifiesta en la proliferación del sector terciario, típicamente improductivo o simplemente parasitario, especialmente en los países capitalistas más desarrollados, se vuelve un problema irresoluble cuyos efectos se extienden a todos los ámbitos de la reproducción social.

Podemos decir que esta es la contradicción fundamental de este sistema socioeconómico, que esta permanece inscrita en su propia naturaleza y determina sus límites históricos, tal y como enunciaba la crítica de la economía política marxiana, con la diferencia de que lo que entonces se podían considerar hipótesis, ahora ya se han realizado como tendencias perceptibles en la vida cotidiana. Pues esa desproporción no es accidental o consecuencia de desajustes coyunturales del mercado como predica la ideología económica dominante; al contrario, la extensión de las actividades improductivas — como la producción de nocividad — son la consecuencia lógica y necesaria del propio desarrollo histórico del capital como relación social fundada en la producción y consumo de mercancías. De modo que la línea de quiebra aquí aludida es un

hecho verificable efectivamente y en toda su dimensión en la realidad socioeconómica, lo que tiene asimismo profundas implicaciones en lo que se refiere a la contestación social.

Todo ello describe un panorama en el que la espiral de la terciarización asociada a la financiarización vuelve a poner de manifiesto la crisis real de la acumulación de capital en la escala planetaria, donde las actividades productivas, a pesar de la sobreexplotación de tierras cultivables, de nuevos recursos materiales y de la fuerza de trabajo, ya no arrojan el margen de beneficio suficiente como para mantener un ciclo de negocio solvente y expansivo, sino solamente como acumulación financiera de capital virtual, ficticio.

Es así como, en la actualidad, la financiarización de la economía reviste rasgos cada vez más delirantes, donde los fondos de inversión que determinan la dinámica de la economía mundial buscan beneficios contables, monetarios, financieros, ya sea en proyectos de devastación del territorio o en la adquisición de clubes de fútbol, en el sector inmobiliario o en la organización de macrofestivales musicales. Esta es una muestra de la desviación tendencial del capital que, en su expresión financiera, se aleja de lo que constituye su naturaleza real, consistente en una relación social valorizadora, productora de valor mediante el trabajo asalariado y la producción e intercambio de mercancías.

En el cumplimiento de su función, el aparato de propaganda mediático no para de anunciar fabulosos beneficios obtenidos por la banca, las grandes corporaciones de las telecomunicaciones, de la energía, del mercado del lujo o de la movilidad, con el turismo al alza. Incluso los llamados negocios emergentes, nacidos a rebufo de internet, que arrojan pingües beneficios en términos monetarios constituyen espejismos

de valorización que, más temprano que tarde,<sup>3</sup> acaban por disiparse en el marasmo de la dinámica general de la actividad económica.

Por otra parte, la esplendorosa industria del entretenimiento tiene un papel preponderante en cuanto a la estabilidad social de los países hegemónicos del capitalismo global, donde la promoción de nuevas actividades improductivas<sup>4</sup> que *mueven* dinero, bien contribuyendo al aumento de ventas de determinadas marcas, bien mediante la «creación de contenidos» por los que empresas o los consumidores individuales están dispuestos a pagar. Este es el caso, por ejemplo, del mercado de datos.

\*

Para precisar la realidad material de la crisis rampante en la que nos encontramos, habrá que contemplar la tendencia de las formaciones sociales del capitalismo desarrollado a expandir de forma inexorable las actividades del sector terciario, como necesidad ligada a la circulación y realización del capital. Y en estas, hay que incluir las actividades asistenciales, características del Estado de bienestar, en cuanto mecanismos de contención social.

---

<sup>3</sup> Incluso el seguimiento de la prensa económica comercial, por no hablar de los informes de consultoras e instituciones (BCE, OCDE, Banco Mundial, etc.), permite hacerse una idea de los fiascos de la economía emergente, aunque en muchos casos se trate de maniobras para publicitar fracasos de competidores en el mantenimiento de la ilusión del crecimiento económico.

<sup>4</sup> Las cifras multimillonarias que los informes imputan a *youtubers*, *influencers* y demás creadores de contenidos, son simple y llanamente costes publicitarios derivados a nuevos agentes de promoción y ventas, cuya novedad consiste en el medio de difusión y las técnicas de producción de mensajes publicitarios que, de acuerdo con los criterios de la producción flexible de mercancías, *a medida del cliente*, se orientan específicamente a los distintos nichos del mercado global.

Las actividades del sector terciario, incluida la creciente burocracia estatal, favorecieron en un primer momento la absorción de una parte de la fuerza de trabajo expulsada de la actividad productiva, inducida por las mejoras en los procesos de producción y en la organización del trabajo y potenciadas por la automatización industrial.

Al mismo tiempo, el aumento de los costes de mantenimiento de la sociedad del bienestar fueron financiados gracias al ciclo económico expansivo posterior a la Segunda Guerra Mundial en un doble sentido: intensivo, en cuanto a la explotación intensiva de la fuerza de trabajo (mejoras en la productividad) y extensivo, en lo que se refiere a la expansión geográfica de la obtención de recursos (expolio poscolonial) y del mercado, mediante la creación de nuevos servicios y actividades en la esfera de la realización del capital, es decir, la sociedad de consumo.

Se abrió el paso así a la consolidación de la fase de dominación real del capital, combinando formas innovadoras en la extracción intensiva de plusvalía (nueva organización del trabajo, toyotismo, *lean production*, tecnologías de automatización, etc.) y la extracción extensiva en los países en vías de industrialización. Es la tensión entre esos rasgos reminiscentes, incluso del capitalismo manchesteriano, y los modernos, apoyados en la tecnología electrónica, lo que da lugar a un tiempo histórico que aparece a nuestros ojos como transición hacia no se sabe dónde.

Sin embargo, aquella coyuntura expansiva cambió en el último tercio del siglo XX, cuando la crisis de acumulación de capital, consecuencia de las movilizaciones obreras fordistas y del aumento del coste de las materias primas (crisis del petróleo, entre otras) impulsó la deslocalización productiva de cara a aumentar los beneficios empresariales que permitieran sufragar los

crecientes gastos destinados al mantenimiento de la paz social en los países terciarizados.

De esta manera, la deslocalización productiva dio paso a una especialización regional dentro de la acumulación de capital a escala planetaria cuyas consecuencias, a grandes rasgos, fueron una mejora momentánea de las condiciones de producción y de acumulación. Esto redundó en un alza de los beneficios y en una redistribución mundial de los mismos (transferencia de plusvalía de la periferia hacia el centro). La transferencia de capital financió la progresiva transformación de las sociedades de vieja industrialización en sociedades terciarizadas, donde las actividades de servicios acogieron parte de la fuerza de trabajo excedentaria de las actividades industriales.

Desde el punto de vista de su realización social, esos movimientos estructurales del capital en la reorganización global del trabajo y de las actividades económicas transformaron la subjetividad proletarizada en los países avanzados hacia la formación de una subjetividad consumidora, acorde con la función primordial de la población de aquellos países, involucrada en la fase de realización del capital (mercado) a escala mundial. Se estableció así una nueva línea divisoria entre países productores, de nueva industrialización, y países consumidores consagrados fundamentalmente a las actividades improductivas y al consumo de las mercancías producidas en otras partes.

Simultáneamente y de forma complementaria, se llevó a cabo el proceso de financiarización de las actividades económicas como recurso ante la caída real de los beneficios empresariales y, especialmente, a la hora de hacer frente a los costes materiales que las repercusiones de la deslocalización tienen sobre las poblaciones de los países de vieja industrialización en forma de desempleo y reducción de los salarios reales.

Las políticas monetaristas y la popularización del sistema de crédito a empresas y familias a lo largo de ese ciclo de reestructuración, que va de la década de 1970 a la crisis financiera de 2008, describen perfectamente el papel concreto que juegan países y bloques (Unión Europea) en la cadena de acumulación mundial de capital y las modificaciones que inducen en las relaciones sociales.

La alternativa a la disminución de las actividades industriales productivas, reflejada incluso en su participación en las estadísticas oficiales del PIB,<sup>5</sup> ha consistido en el desarrollo de las actividades improductivas, bien funcionales a la acumulación de capital (logística,<sup>6</sup> transporte, manipulación de mercancías y servicios auxiliares), bien de desperdicio: burocracia, represión, entretenimiento, cultura y demás instancias de mediación, gestión y prevención de la conflictividad y el mantenimiento del orden social.

En el apartado de la actividad improductiva hay que incluir la concerniente a la seguridad ciudadana, cuyos costes y consecuencias directas sobre los desequilibrios

---

<sup>5</sup> Las estadísticas de Eurostat y los informes de la OCDE son elocuentes, a pesar de las reservas que rodean a la noción de PIB; aun así, incluso dentro de la economía política oficial, su composición describe la realidad tendencial de las economías del capitalismo desarrollado, en cuanto a la expansión de los servicios y de las actividades improductivas, en general.

<sup>6</sup> La extensión del sector de la logística y el transporte, a caballo de la deslocalización productiva, que se presentaba como compensación de las pérdidas de empleos industriales y nuevas fuentes de negocio, enseguida evidenciaron sus limitaciones en cuanto a complejidad, vulnerabilidad (accidentes naturales y operativos) y conflictividad (huelgas). La reorganización de las cadenas de suministro en torno a la subcontratación de los servicios de logística y transporte, acarrió nuevos problemas operativos, financieros y laborales. Quien siga las publicaciones profesionales de los sectores de actividad puede sacar sus propias conclusiones al respecto.

estructurales, agravan aún más el problema del déficit. La necesidad de contención del desequilibrio social, imparabile por medio de sistemas de prevención y represión policial, englobados en la política securitaria de los Estados democráticos, choca con la necesidad de reducir el déficit.

Los gastos gubernamentales destinados al control social y la acción represiva en cualquiera de sus formas (policía, ejército, aparato judicial), con el fin de garantizar un mínimo de estabilidad social, es un factor de agravamiento del déficit y de la desviación de recursos de la asistencia social, enseñanza, sanidad (recortes), hacia el complejo securitario represivo.

Además, el sector de la seguridad privada, aunque no repercute directamente sobre el déficit presupuestario y suponga una fuente de beneficios para las empresas prestatarias, así como una fuente de empleo, se encuadra igualmente entre las actividades improductivas, pues se trata de servicios de vigilancia y protección para empresas privadas, élites de la sociedad, estrellas del deporte y del espectáculo, etc., que sufragan a costa de sus propios ingresos. Esto es, se trata de un gasto, no de una inversión productiva, valorizadora de su patrimonio. De ahí que la política securitaria, en cualquiera de sus formas, incluido el control migratorio, y considerada en su mera dimensión económica, profundiza las contradicciones de desestabilización socioeconómica, en virtud precisamente del modelo de sociedad en que vivimos.<sup>7</sup>

En resumidas cuentas, las sociedades terciarizadas se encabalgan sobre una constelación de actividades de

---

<sup>7</sup> La sede de la Generalitat de Catalunya, engalanada con motivo de las fiestas navideñas de 2023, exhibía una serie de etiquetas en su fachada entre las cuales una decía: *Per una Catalunya amb més metges, mestres i mossos que mai* [Por una Cataluña con más médicos, maestros y policías que nunca].

muy distinta naturaleza y funcionalidad en el proceso global de la acumulación de capital, pero que tienen por denominador común representar un gasto y no una inversión productiva en términos capitalistas de valorización. Aunque arrojen sustanciosos beneficios contables, monetarios, para las empresas que desempeñan ese tipo de actividades ya sea en el ámbito de la cultura y el entretenimiento, la consultoría, el turismo, la publicidad, etc., conviene recordar que sus beneficios dependen de la riqueza (valor) socialmente —y globalmente— producida. Son actividades consumidoras netas de recursos; y lo mismo puede decirse de las empresas prestatarias de servicios asistenciales, cuyos beneficios dependen del valor acumulado (ahorro) de sus clientes y de las transferencias de recursos financieros públicos (privatización de la sanidad y residencias geriátricas, por medio de la concertación público-privada).

Como quiera que sea, la consecuencia de esa tendencia estructural en los países hegemónicos de la cadena globalizada de acumulación de capital es el aumento imparable de actividades económicas que, independientemente de su carácter específico, ya sean socialmente necesarias (asistencia social, sanidad, cuidados, etc.), ya sean manifiestamente superfluas o simplemente nocivas, representan un gasto, un coste social en virtud de su naturaleza improductiva desde el punto de vista de la valorización del capital.

El déficit presupuestario endémico de los Estados y las administraciones públicas, como el endeudamiento de los Estados, es un reflejo en los ejercicios contables de esa línea de falla estructural en los países terciarizados. Así que lo que parecía un remedio, esto es, la terciarización y la financiarización de las actividades económicas como respuesta a la desindustrialización, acaba por convertirse en un problema de mayor envergadura. Las consecuencias sociales, económicas y

medioambientales de ese desequilibrio entre el trabajo productivo e improductivo en la escala mundial son las que, de forma banalizada, ocupan la arena mediática cotidiana.

El desbarajuste económico y social reinante en el mundo (desempleo, pobreza, burbujas financieras, deforestaciones suicidas, guerras estratégicas, sobreexplotación de recursos de la biosfera) es, en realidad, la forma fenoménica que adopta la quiebra del modelo de reproducción social capitalista en línea con la crisis del Estado de bienestar en los países terciarizados y con el agotamiento productivo y valorizador del capital globalizado, a pesar de la sobreexplotación acelerada de todas las regiones del planeta.

Por eso, hay que entender también la segmentación de la clase trabajadora en los países capitalistas desarrollados como manifestación del movimiento contradictorio del capital en crisis. La desintegración social que acompaña el proceso de proletarización y depauperación de masas, al mismo tiempo que es funcional a los intereses inmediatos de la producción, circulación y realización del capital, es una expresión de la descomposición de la sociedad capitalista. Esta sería una de las premisas a la hora de encarar una eventual recomposición del ámbito de contestación social anticapitalista, comunista o como se quiera llamar, porque ya no puede basarse en los mismos presupuestos que articulaba la clase trabajadora del movimiento obrero industrial en las condiciones de dominación formal, expansiva, del capital.

## **Desproporción insostenible**

El peso de las actividades improductivas en las economías capitalistas desarrolladas, parasitarias o asistenciales, ha alcanzado un grado tal que lastra la

acumulación de capital y, en consecuencia, el crecimiento. Ahí se resume la situación de crisis estructural rampante en la que nos encontramos. El enorme peso que ha adquirido el trabajo improductivo en el conjunto de la actividad económica, acaba por aparecer al mismo tiempo como causa y manifestación social de la crisis.

Los servicios suponen una contribución al PIB del 67 % y representan en torno al 71 % del total del empleo, según el INE (Instituto Nacional de Estadística) español. Con ligeras variaciones, esa proporción resulta en el resto de países desarrollados. Si bien algunos servicios cumplen una función necesaria en el proceso de realización del capital (logística y transporte, entre otros), no añaden valor a la mercancía producida o lo hacen en una proporción inferior al valor requerido para su puesta en funcionamiento. Esto se aprecia fácilmente si los evaluamos en términos de su composición técnica —y orgánica— de capital, expresada en las inversiones en tecnologías de automatización y las comunicaciones necesarias para la ejecución de tales servicios.

Más concretamente, en términos de costes operativos, cada vez son mayores las inversiones destinadas a las actividades de realización (servicios e infraestructuras logísticas y de transporte) que, como no puede ser de otro modo, siguen las mismas pautas de explotación de la fuerza de trabajo que se dan en la esfera productiva. De ahí que la conflictividad en torno al trabajo de las últimas décadas se desplace de la esfera industrial productiva hacia la esfera de la circulación / realización. Ahí están los conflictos del transporte para corroborarlo.

En este sentido, las apreciaciones superficiales pueden resultar muy engañosas. Por supuesto, las empresas logísticas obtienen elevados beneficios, pero lo hacen a costa del valor que contienen las mercancías que manipulan. De lo contrario, sería confundir valor

y precio; una confusión conceptual propia de la economía política — que no de su crítica — que además de venir fomentada por los ideólogos del capital, también contamina el pensamiento y la acción de la izquierda socialdemócrata en cualquiera de sus versiones, reformista o radical jacobina.

Ese mismo error conceptual subyace en la economía política como forma ideológica del capital, de modo que la noción de valor queda relegada en favor de la categoría precio. Con ello, la representación monetaria del valor (el precio) es el criterio de evaluación de las mercancías, servicios y actividades, en general, lo que escamotea la problemática en torno al trabajo / actividad productiva e improductiva en la reproducción social. Puesto que toda actividad es susceptible de ser monetizada y cuantificable en términos contables, la representación financiera de la economía es la única realidad aparente y tangible, según los ideólogos del capital.

\*

La línea de quiebra estructural que atraviesa las formaciones sociales del capitalismo avanzado, consecuencia de la desproporción entre trabajo productivo e improductivo, se manifiesta en las cada vez mayores dificultades de gestión del Estado a la hora de mantener un equilibrio entre las condiciones adecuadas a la acumulación de capital y el gasto público requerido para la estabilidad social.<sup>8</sup>

---

<sup>8</sup> El desequilibrio insoportable entre trabajo productivo e improductivo está detrás del retorno a la política industrial que predica el Foro Económico Mundial y la vuelta al Estado como dinamizador económico; al fin y al cabo, el mundo conforma una realidad económica fundada en la sociedad industrial. No obstante, esta reedición de la economía mixta resulta bastante más problemática de lo que se piensa; ni siquiera sus propios impulsores ocultan las trabas geopolíticas, proteccionistas y de competencia por la hegemonía política y tecnológica mundial que dificulta la puesta en marcha de esa pretendida reestructuración en la escala mundial de las agendas políticas a medio plazo.

De hecho, la tendencia al alza de los gastos del Estado está relacionada con las ayudas directas e indirectas al capital privado, es decir, con la intervención pública en tanto «contratendencia» a la caída de la tasa de beneficio. Esta, a pesar de todo, no impide la tendencia decreciente de la acumulación de capital, que se queda por debajo de los niveles necesarios para mantener el crecimiento y el orden social basado en la relación asalariada.

Conviene así recordar que el Estado como institución no produce ni valoriza capital, solo administra la distribución de la riqueza socialmente producida, mediante los mecanismos de recaudación y distribución de gastos, de manera que si, de un lado, parte de ese gasto va destinado a la financiación directa o indirecta del capital privado, en la llamada concertación público-privada y en subvenciones directas e indirectas a las empresas, otra parte va destinada al mantenimiento de la estabilidad social.

Asimismo, de la misma manera que entre valor y precio no existe una correspondencia especular, ya que el valor subyace en el precio, la desviación entre trabajo productivo e improductivo subyace en las magnitudes contables de las cuentas del Estado y es la razón del desequilibrio presupuestario y del endeudamiento. Al fin y al cabo, las cuentas del Estado son la expresión aritmética, administrativa, de la reproducción social en las condiciones impuestas por la dinámica del capital.

El Estado liberal no crea valor, solo crea las condiciones favorables para la valorización del capital con la construcción de infraestructuras, las ayudas a las empresas, la formación de la fuerza de trabajo, el mantenimiento del orden necesario para el despliegue de la actividad en el mercado, etc. Incluso en su función inductora de la demanda general de mercancías (Keynes) mediante el empleo público, el Estado solo

estimula la acumulación privada de capital, creando clientes consumidores para las empresas productoras de mercancías y servicios.

De ahí que los presupuestos del Estado y, concretamente, el gasto destinado al mantenimiento de la estabilidad social necesaria para la buena marcha de la economía, remita en última instancia a las vicisitudes de la acumulación de capital. Si no hay acumulación, o es escasa, para obtener cierto grado de estabilidad social, como se da en las situaciones de crisis, entonces la riqueza administrada disminuye y hay que proceder a recortes, planes de austeridad, cambios legislativos que aumenten la explotabilidad de la fuerza de trabajo (reformas laborales), ajustes fiscales, etc. Y hay que hacerlo de forma que el reparto desigual entre capital y rentas, por un lado, y trabajo, por el otro, no desbarate el orden social existente.

El inconveniente es que ese gasto de reproducción social ha alcanzado unos niveles en la sociedad del capitalismo desarrollado que se ha vuelto prácticamente insostenible. Las dificultades para conseguir un control del gasto se aprecian, entre otras, en las medidas adoptadas para hacer frente al empobrecimiento de la población proletarizada. Por un lado, los gobiernos deben contener el gasto (controlar el déficit), de manera que el capital privado disponga de mayor cuota del valor o riqueza social producida, ya que reducir gasto público es reducir impuestos. Pero por otro, esos mismos gobiernos tienen que impedir que el empobrecimiento de la población proletarizada caiga por debajo de ciertos niveles, pues si se produce una reducción generalizada de la demanda (consumo), también se reduce el retorno de las inversiones empresariales (los beneficios obtenidos por la venta de sus mercancías). Eso sin contar con el peligro de desestabilización social que significa la imposibilidad de acceso a los mínimos de subsistencia de un masa creciente de la población (polarización).

Por eso, los gobiernos nacionales y transnacionales impulsan medidas concretas en la gestión a corto plazo (crédito, subsidios, planes de formación, trabajos públicos), que intentan gestionar las consecuencias inmediatas de la creciente línea de quiebra estructural (como el reciente Plan Next Generation). Para ello recurren a maniobras monetaristas (inflación, tipos de interés) sin otra perspectiva de futuro que alargar una situación de declive sostenible.

\*

Definir la línea de quiebra estructural del modo de producción capitalista en torno al trabajo productivo e improductivo, o sea, en el ámbito analítico de la lógica del valor —ley del valor— es un requisito básico para proceder a la comprensión de la quiebra del orden social y económico existente en sus manifestaciones concretas. En otras palabras, en el ámbito práctico de las condiciones materiales de existencia de la gente, que es donde se realizan las abstracciones.

Aunque para la economía oficial toda actividad computa en el PIB, esta es solo una estratagema con el fin de ocultar la realidad problemática de una estructura socioeconómica articulada en torno al trabajo (productivo e improductivo) y la acumulación de capital (creación de riqueza) que, sin embargo, solo es posible por medio del trabajo productivo. Así pues, la tendencia al aumento del gasto público vuelve a señalar la financiación de las actividades improductivas orientadas al sostenimiento del orden social como causas principales<sup>9</sup> que reflejan los desequilibrios estructurales subyacentes al estado de crisis permanente.

---

<sup>9</sup> En las partidas de los presupuestos generales de los Estados capitalistas desarrollados los gastos específicos a pensiones, asistencia social, etc., son las más importantes y con tendencia a aumentar.

Entre las actividades y los gastos improductivos, los destinados al mantenimiento de la paz social subvencionada merecen una atención especial. Se trata de un conjunto de disposiciones, medidas e instituciones que abarcan desde el gasto directo en pensiones, subvenciones a desempleados, mujeres, jóvenes, financiación de la sanidad, enseñanza y orden público, hasta las actividades del denominado tercer sector y de la industria cultural. Es decir, todo aquello que se refiere a la reproducción social en la economía de mercado, pero que supone un gasto que debe ser sufragado mediante los impuestos a los individuos, las familias y las empresas.

Aparentemente, se trata de un problema de gestión en una especie de juego a cuatro bandas: controlar y reducir el crecimiento deficitario y el endeudamiento, maximizar la recaudación de impuestos, reducir gastos sin perturbar demasiado la estabilidad social y garantizar las mejores condiciones para los negocios empresariales de manera que los beneficios obtenidos como capital acumulado redunden en el crecimiento (nuevas inversiones).

Para la política, entendida como representación, incluida la política de la izquierda del capital, ese problema se reduce a una cuestión técnica de asignación de recursos y, en última instancia, a una cuestión fiscal. De hecho, en la actualidad, puede decirse que la proyección práctica de la política como representación ha quedado reducida a la política fiscal; a la redistribución de los recursos y riqueza producida entre la clase dominante y las necesidades de la acumulación de capital (inversión), por un lado, y las necesidades materiales de subsistencia de la población proletarizada, por otro.

De hecho, la política fiscal concentra las dificultades de los gestores estatales del capital, siempre con el trasfondo de dos factores decisivos: uno, la insuficiente

rentabilidad del capital para generar un excedente / beneficio que permita combinar el crecimiento económico y el gasto asistencial; y dos, la tendencia al aumento del gasto público tanto en burocracia y ayudas empresariales, como en asistencia social.

Sin embargo, la «cuestión social» en la sociedad contemporánea no radica simplemente en un problema fiscal y de redistribución provocado por la codicia de la clase dominante. Aun considerando la extravagancia despilfarradora de las élites financieras, del espectáculo, etc., así como el coste creciente del mantenimiento de la clase dominante, en general, hay que preguntarse si esa codicia no tendrá que ver también con un problema de fondo estructural que apunta a la inviabilidad del modo de producción de la riqueza y, consecuentemente, de su modo de distribución. Comprobamos que el capital, incluso considerado «técnicamente», en su mera dimensión económica productora de beneficio, ya no es suficientemente rentable para garantizar ni tan siquiera la reproducción social estable en la reducida área geográfica del mundo donde fue posible en la segunda mitad del siglo pasado.

\*

La creciente brecha entre actividad productiva e improductiva y las consecuencias que comporta para la acumulación de capital se manifiesta igualmente como desequilibrio concreto en la formación social del capitalismo avanzado al que hace frente la administración pública. Una enorme masa de población involucrada en la esfera improductiva (actividades asistenciales, culturales, administrativas, ofertas públicas de empleo, pensionistas, tercer sector, ONG), pasa a ser subsidiada mediante un creciente desembolso estatal. Dicho de otro modo, es el gasto público destinado a mantener la paz social subvencionada el que está detrás del déficit fiscal y del endeudamiento de los países.

El Estado democrático del capitalismo terminal da cuerpo a la tendencia a la terciarización y, con ella, a la proliferación de actividades improductivas mediante la constitución de una constelación de instituciones, funciones y operaciones que abarcan desde la red burocrática del Estado hasta las organizaciones humanitarias del tercer sector y del entretenimiento, orientadas a la estabilización social. Se configura así un ámbito de gestión social cuyos costes económicos apuntan al alza, incluidos los correspondientes a las abundantes instituciones de asesoramiento, consultoría y «servicios a las empresas» necesarias para la realización del capital financiarizado en el mercado.

Ateniéndonos al ámbito de la paz social subvencionada, podemos señalar dos aspectos relevantes; en primer lugar, su importancia en el conjunto de las actividades económicas, como inductor de empleo y dinamizador de la economía estimulando la demanda de bienes y servicios de sus beneficiarios directos.<sup>10</sup> En segundo lugar, la repercusión de esas actividades e instituciones sobre el gasto social general que se refleja en el aumento imparable de las partidas asistenciales en términos absolutos. Estas se registran en los presupuestos del Estado, las comunidades autónomas y ayuntamientos.

Si a ello unimos las dificultades de recaudación, debido a la caída de la rentabilidad del capital —de las actividades productivas— y a la volatilidad y al carácter ficticio del capital financiero y de las corporaciones transnacionales de servicios tecnológicos, tenemos el cuadro de situación de la inviabilidad estructural de un sistema de reproducción social cuyo proceso de degradación se asoma, entre otros, en el crecimiento deficitario y el endeudamiento público y privado.

---

<sup>10</sup> A través de planes de empleo comunitario, planes de formación para jóvenes, mujeres, subsidios a familias en riesgo de exclusión social, etc.

En este sentido, la consecuencia directa de la extensión del crédito como subterfugio para compensar la reducción real de los salarios y como dispositivo de inducción de la demanda (consumo e hipotecas de vivienda), es decir, como estímulo de la actividad económica frente a la tendencia a la disminución del crecimiento (crisis), marca también sus límites. De hecho, el crédito ha contribuido a aumentar tanto la deuda privada (morosidad e impagos), como la deuda soberana, cuyos niveles han pasado de los ejercicios contables y de las estadísticas a la realidad cotidiana como factores de desestabilización social (empobrecimiento) y geopolítica, pues son el motivo de las tensiones tanto en el seno de la UE, como en el G-7 o el G-20.

\*

La problemática del gasto público, desde las pensiones o la asistencia social (sanidad, educación, etc.), hasta las actividades inducidas en el sector de la cultura y del entretenimiento, en su grado actual de desarrollo, evidencia de forma dramática la disyuntiva entre las necesidades sociales de la población proletarizada, consumidora y asistida, y las necesidades de la acumulación de capital. Esta dicotomía, sin embargo, reproduce en un nuevo plano la contradicción fundamental en torno al trabajo productivo / improductivo y su evolución desequilibrada, que se expresa en el hecho de que las necesidades sociales en la sociedad del capital son necesidades inducidas por el mercado y, en última instancia, por las necesidades de la acumulación de capital.

De hecho, son las necesidades sociales de la sociedad del capital. Un matiz que los pragmáticos profesionales de la izquierda no se atreven a abordar. Pues dado que, efectivamente, la satisfacción de las necesidades sociales es realmente insostenible, de acuerdo con los principios de producción y no solo de distribución capitalistas, esta izquierda se ve directamente

emplazada a poner en el primer plano del debate social el hecho mismo de la reproducción social basada en el consumo de mercancías.

Solo desde esta perspectiva será posible abordar crítica y objetivamente, así como de forma tendencialmente superadora, la desproporción estructural a la que se aludía al principio entre trabajo productivo e improductivo que está en la base del descalabro rampante en el que ya nos encontramos.

### **Acerca del trabajo productivo e improductivo**

Para no pasar de puntillas sobre una cuestión central de cualquier problemática socioeconómica que se plantee en la sociedad capitalista y, concretamente, a la hora de comprender la realidad de la crisis actual, es necesario establecer la distinción entre trabajo productivo e improductivo en el marco del trabajo socialmente necesario.<sup>11</sup>

Puede parecer una cuestión bizantina y, desde luego, se trata de una distinción en la que no cabe establecer una tajante línea divisoria ya que, entre otras razones, ha evolucionado con el desarrollo del capitalismo. Pero eso no justifica obviar esa doble naturaleza productiva e improductiva del trabajo asalariado y su determinación sobre la actividad económica, como punto de partida del análisis real y coherente de la reproducción de la sociedad actual.

Si acordamos que trabajo productivo es el que crea valor (Marx), el que valoriza capital, produciendo valores de cambio, mercancías y servicios que se convierten en beneficio, que se realizan en el mercado, entonces

---

<sup>11</sup> Ver nota 1 de este capítulo.

es posible delimitar, con referencias prácticas, las dos formas de trabajo / actividad en el proceso general de acumulación de capital.

De hecho, la distinción entre ambas formas de trabajo es eminentemente práctica y viene manifiesta en la dinámica de la reproducción social sometida al capital y a la obtención privada de beneficio. La pandemia fue un indicador inequívoco de cómo las condiciones de existencia de los seres humanos remiten a actividades concretas de subsistencia respecto de otras realmente superfluas, aunque económicamente rentables. Ahora bien, esas actividades socialmente necesarias, en la medida que se desarrollan en el marco de la sociedad capitalista, remiten a la noción de trabajo productivo o, dicho de otro modo, al trabajo socialmente necesario para el capital, que genera valor y contribuye a la acumulación de capital.

La dicotomía entre trabajo productivo e improductivo limitada a un ámbito economicista, en realidad, oculta una cuestión crucial acerca de la actividad socialmente necesaria. Lo que hace aparecer como una fruslería la discusión acerca del trabajo improductivo en el ciclo del capital es que se trata de trabajo socialmente necesario para la acumulación de capital o, si se quiere, para la reproducción social sometida al imperativo del capital. Sin embargo, aquella dicotomía, en la medida que hace inteligible la crisis como crítica del capital, remite a una fisura radical del sistema de reproducción de la sociedad capitalista, a saber, la existente entre el trabajo necesario (valorizador) para el capital y el trabajo socialmente necesario (improductivo, no valorizador).

Para la economía política resulta despreciable la distinción entre esas dos formas de trabajo, puesto que ambas son susceptibles de producir beneficios contables. Sin embargo, las coyunturas de crisis hacen aflorar

esa distinción de forma diáfana. Durante la pandemia de la covid-19 en 2020, en el momento más crítico del confinamiento, quedó bien claro qué es el trabajo socialmente necesario —y quién lo lleva a cabo—; cuál es la actividad necesaria y cuál la accesorio o el trabajo que, por su nocividad o superfluidad, es claramente suprimible.

Alimentación y cuidados asistenciales, en general, dieron la medida de lo que podríamos denominar las fuentes de valor en las sociedades capitalistas actuales, aunque el restablecimiento de la *normalidad* en la redistribución mundial de la riqueza, hizo que las masas consumidoras de los países desarrollados volvieran al ejercicio de la libertad de entretenimiento y movilidad (turismo) sin sacar ninguna conclusión de lo vivido; lo cual, por otra parte, da una idea de la mentalidad dominante entre la población proletarizada adscrita a la servidumbre voluntaria (subvencionada).

\*

Desde luego, la evolución de la sociedad industrial hacia una mayor complejidad en la esfera productiva (desarrollo tecnológico, externalización y subcontratación, etc.), así como en la circulación y realización de las mercancías, hace aparentemente más difícil la distinción formal, y taxativa, formulada en un listado de actividades productivas e improductivas. Sin embargo, sí es posible establecer, desde un punto de vista lógico y práctico, tal distinción como hipótesis para el acercamiento a la realidad material del capital.

Es por tanto posible establecer tendencias dentro de la dinámica del capital como modo de producción material y también como relación social de producción y de reproducción social. Es precisamente el carácter fetichista del valor / trabajo (Marx) y, más concretamente, su desarrollo histórico, lo que dificulta trazar en el conjunto de las actividades económicas capitalistas un

umbral que distinga pormenorizadamente la actividad valorizadora, productiva, de la actividad improductiva.

Se trata, en fin, de una consecuencia más de la dominación real del capital, que extiende la relación asalariada mediante la monetización de un número cada vez mayor de actividades y servicios que se incorporan al mercado como áreas de negocio y beneficio empresarial. Para la economía política, que se limita a considerar el beneficio en términos monetarios, tal y como aparece en el mercado, no cabe distinción entre trabajo productivo e improductivo, ya que de hacerlo entraría en el terreno espinoso de la producción y del origen del beneficio como resultado de la explotación de la fuerza de trabajo. De hacerlo, dejaría también de cumplir la función ideológica que le corresponde como pensamiento económico del capital que identifica *interesadamente* valor, precio y beneficio.

Sin duda, en la fase expansiva del capitalismo, el trabajo valorizador estaba claramente definido en torno al trabajo industrial manufacturero, materializado en mercancías, mientras que el resto de actividades de circulación y venta, orientadas a su realización como capital / dinero en el mercado, quedaban en un segundo plano, dentro del circuito integral de valorización; eran actividades improductivas aunque necesarias (transporte, por ejemplo).<sup>12</sup>

La evolución histórica del capital ha difuminado en algunos sectores o actividades la línea divisoria y

---

<sup>12</sup> Hay actividades que añaden valor a la mercancía a lo largo del proceso de transformación hasta el producto final y actividades que lo realizan. Ambas son igualmente necesarias a la acumulación de capital en cuanto desarrolladas en un mismo ámbito de negocio o sector económico. El papel del transporte en la economía globalizada no añade valor al chip, camiseta, móvil, pero lo lleva al mercado. El conocimiento / formación y los cuidados, por el contrario, sí añaden valor a la mercancía fuerza de trabajo.

en otros la ha extendido a actividades y funciones que en el capitalismo primitivo eran incipientes. Pero sigue siendo factible establecer una línea de distinción no taxativa, pero sí secuencial entre la actividad que genera valor y la que lo realiza, atendiendo a la cadena de reproducción social. No están, por eso, en el mismo plano, la producción que cubre necesidades básicas (alimentación, hábitat, protección en y del medio en que se desarrolla la vida, etc.), y la que sostiene las necesidades parasitarias o suntuarias, que se encuadran en la burocracia y la industria del entretenimiento.

Con la extensión de la terciarización y la ampliación del ciclo de acumulación de capital, tanto en lo que se refiere a los servicios integrados en el proceso de producción de la mercancía propiamente dicho (servicios a las empresas), como en la circulación, comercialización y venta, ha ido adquiriendo un mayor protagonismo la fase de circulación y de realización sobre la esfera de la producción en el ciclo de negocio empresarial.

Para la economía política, la «cadena de valor» se asocia así a cualquier actividad que produce beneficios contables, monetarios. No cabe duda, igualmente, de que el desarrollo histórico del conocimiento tecnocientífico y sus aplicaciones, desde la producción industrial (automatización), la circulación (transporte) hasta la realización o momento de conversión de la mercancía en dinero / capital, ha significado una integración de las distintas fases en el ciclo de negocio o de acumulación de capital, lo que disipa en cierto modo la distinción entre actividad productiva e improductiva.

Sin embargo tal constatación no significa que el problema del valor —de su generación— se haya diluido en el recorrido de la mercancía desde la fábrica hasta el puesto de venta. En todo caso, las actuales circunstancias y su complejidad replantean el problema a partir de la pregunta acerca de si la esfera de la circulación

y realización añade valor, cómo y en qué medida lo hace.<sup>13</sup> Aunque pueda parecer una cuestión baladí, la delimitación de las esferas productiva e improductiva del trabajo es fundamental a la hora de comprender la crisis capitalista y sus causas como una realidad estructural, inherente a su propia lógica y tendencias.<sup>14</sup> Estas causas estructurales apuntan hacia límites históricos concretos cada vez más perceptibles y no a hechos circunstanciales o disfunciones del mercado, como se empeña en proclamar la economía política, incluida su flanco humanista de izquierda.

Por lo demás, el proceso histórico de desarrollo de la producción capitalista, precisamente en virtud de su necesidad de generación de valor, aumentando la productividad en la esfera productiva de las mercancías (extracción de las materias primas y su transformación industrial), conlleva una extensión de las redes de suministro, distribución y venta que, alcanzado cierto punto, desemboca en una situación de crisis. Es decir, se manifiesta en la sobreproducción, o sea, en la producción desenfrenada de mercancías y en el insuficiente nivel de realización de las mismas que, en definitiva, determina la caída de la acumulación de capital real. Esta realidad se ha escamoteado tras el espejismo cada vez más inconsistente de la financiarización; una maniobra cuyo agotamiento se percibe en las sucesivas crisis bancarias.

\*

---

<sup>13</sup> El valor de la mercancía no se altera con el transporte o en el proceso de distribución y venta, aunque sí su precio de mercado, por su imputación de costes de manipulación logística. Con la expansión geográfica, la logística cobra protagonismo en cuanto a la realización y cierre del ciclo de conversión del capital en forma de dinero, pero aun suponiendo que valorice la mercancía, no lo hace en la proporción suficiente como para compensar el consumo de valor que representan sus costes.

<sup>14</sup> Ver, entre otros, Paul Mattick, *Crisis y teoría de la crisis*, Barcelona, Península, 1977.

Dado que la problemática a propósito del trabajo productivo e improductivo no es un ejercicio mental urdido con meras abstracciones, sino una metodología de análisis asentada en la reproducción material de la sociedad, esta conlleva consecuentemente la cuestión de las actividades socialmente necesarias que, a su vez, llevan implícita la noción de necesidad.

La definición de actividad socialmente necesaria, como la categoría misma de necesidad, es un hecho histórico resultante del modo específico de reproducción social de cada formación social a lo largo de la historia. De manera que la necesidad deja de ser una noción meramente teórica o subjetiva para ser una cuestión práctica en el sentido de que es la comunidad concreta, que enfrenta la satisfacción de las necesidades en función de la disponibilidad de recursos materiales y mentales, lo que define el marco de la necesidad.

Efectivamente, hasta cierto punto, la definición de necesidad, de lo que es necesario, es una especulación teoricista; y la elaboración de una teoría de las necesidades (Agnes Heller)<sup>15</sup> en la sociedad capitalista choca con dificultades que superan la referencia a la subjetividad, porque la necesidad, como el deseo, aun manifestándose en el plano individual, es una realidad social, es una noción inseparable del momento histórico del individuo y de sus condiciones materiales de existencia.

De hecho, la determinación de las necesidades, sociales e individuales, no responde a enunciados teóricos o imperativos éticos de austeridad sino a prácticas históricas concretas. Por eso, las necesidades —el consumo de cosas— de los individuos, así como del conjunto de la sociedad, en la hora presente, son las

---

<sup>15</sup> La filósofa húngara Agnes Heller se ocupó de esta cuestión, aunque sin conclusiones verdaderamente operativas.

necesidades de los individuos y de la sociedad capitalista. Son el resultado de un proceso histórico y de una manera específica de hacer y de vivir que se apoya en el trabajo asalariado productor de valor / mercancía.

\*

En la economía política, en tanto formulación de la ideología burguesa, las necesidades adquieren una significación meramente subjetiva, de acuerdo con el individualismo burgués y la necesidad de realización del capital por medio del consumo de mercancías. Las necesidades, deseos, pueden dar pie a disquisiciones y teorías con mayor o menor carga de ascetismo, hedonismo, etc., pero no dejarán de ser elucubraciones más o menos sensatas si no tienen en cuenta el hecho fundamental de que en el mundo del capital la necesidad, el deseo, se realiza —se satisface— en la forma de mercancía.<sup>16</sup>

En la actividad productiva e improductiva todo es trabajo, esto es, tiempo humano sometido a la obtención de beneficio económico; en ese sentido, cabe decir que todo es trabajo socialmente necesario para la producción de un determinado producto o servicio que satisfaga una demanda (necesidades) de mercado. El problema surge cuando se contempla la dicotomía entre la actividad o trabajo que crea valor y la actividad que lo consume, aunque en la fenomenología empresarial del mercado, arroje un beneficio.

Es ahí donde la distinción entre trabajo productivo e improductivo adquiere pleno significado al constituir una premisa lógica. Esta se expresa como una contradicción inherente al proceso de producción: contradicción además práctica en su manifestación económica social y contable, debido al coste que representan las

---

<sup>16</sup> Ver «Deseo/mercancía. Un apunte materialista acerca de la subjetividad moderna», *Salamandra*, núms. 23-24, 2021.

actividades improductivas. De modo que las necesidades satisfechas en el marco de las actividades económicas capitalistas realizan esa dimensión contradictoria tanto en el plano individual, subjetivo, de la subsistencia personal, como en el de la reproducción social, en general.

Esa doble constatación lógica y práctica de la contradictoriedad que rige la reproducción humana en las condiciones históricas actuales es, asimismo, una manera de señalar no solamente los límites lógicos, teóricos, del sistema de organización social capitalista, sino también los límites objetivos que determinan la línea de declive generalizado, especialmente perceptible en las formaciones sociales del capitalismo desarrollado.

La cuestión de las necesidades deja de ser entonces un problema estrictamente teórico, subjetivo, técnico, susceptible de ser formulado en los términos ideales —idealistas— de un imposible crecimiento sostenible, para constituir un problema realmente social. En la sociedad capitalista las necesidades de los individuos no son, por tanto, proyecciones subjetivas o deseos puros, fuera del mundo y del mercado; son simplemente la expresión mediata de las necesidades reales —de realización— del capital que se ejecutan en el mercado (consumo). Dicho brevemente, lo que es socialmente necesario en la sociedad en que vivimos son las «necesidades» del capital, el imperativo de su valorización.

Reconocerlo así es avanzar en la crítica teórica y práctica que pone en el centro de la problemática de las necesidades la intervención de la subjetividad proletarizada, individual y socialmente, dentro de las condiciones materiales concretas que marcan la crisis de la reproducción social por medio de la producción de mercancías y los límites objetivos de la biosfera.

Por supuesto, la distinción entre actividad productiva e improductiva no es una cuestión escolástica como pretenden algunos; es un elemento crucial a la hora de dar cuenta de la realidad concreta del capital en crisis y de sus límites objetivos. Por lo demás, si toda actividad económica que tiene lugar dentro de la relación social del capital fuera productiva, o sea, si toda actividad / trabajo valorizara capital, aumentándolo, entonces ¿dónde estaría el problema?, ¿por qué hablamos de crisis?, y sobre todo, ¿por qué la crisis se realiza materialmente en el descalabro social con múltiples manifestaciones: desempleo masivo, sobreexplotación de la fuerza de trabajo, pobreza social, agotamiento de recursos?

¿Es solo un problema técnico contable, fruto de una disfunción circunstancial en cuanto a la distribución de la riqueza socialmente producida, como insinúa la izquierda del capital o hay algo más? Sin duda, si atendemos a esa distinción original, radical, que es el sustrato material de la actividad económica y social en la sociedad industrial, concluiremos que, efectivamente, los desbarajustes del mercado no se explican por sí mismos, de forma autorreferencial, y que sus causas hay que buscarlas precisamente en el ámbito de la producción, del que a fin de cuentas el mercado es una consecuencia.

Pues aun concediendo que toda actividad sea productiva —como también propugnaban algunos posoperaístas— y concibiéramos la reproducción social capitalista como una realidad reductible a la fenomenología del mercado —acotado en las matrices de precios sraffianas, por ejemplo— seguiríamos sin responder a algunas cuestiones decisivas que están directamente relacionadas con el hecho de que el desarrollo de las actividades terciarias y de entretenimiento<sup>17</sup> —y

---

<sup>17</sup> Si la condición espectadora o consumidora de ocio y entretenimiento fueran productivas, simplemente no cabría hablar de

también las de cuidados— desequilibran la economía, en forma de déficit y endeudamiento, incluso en los países beneficiarios de la globalización capitalista. Por eso, seguiríamos sin conocer las causas reales de la crisis estructural, del desempleo, de la miseria moral, cultural y material, y de la devastación planetaria.

La necesaria reformulación crítica de las actividades socialmente necesarias va unida a la perspectiva de un cambio de mentalidad posible,<sup>18</sup> que se esboza en la emergencia de una manera de ver la vida y el mundo desde las condiciones materiales de la experiencia existencial concreta, de sus dificultades y contradicciones. Es decir, desde unas determinadas condiciones objetivas que, en nuestro caso, se realizan en la quiebra evidente del modo de vida capitalista.

---

crisis; bastaría con extenderlas ilimitadamente. Pero hasta que no se demuestre lo contrario, el hecho de ver la televisión no valoriza capital y si lo hace, es de manera indirecta, y solo si ese acto incide, mediante el estímulo al consumo, en la producción y venta de mercancías, en la dinamización valorizadora del capital. Y en ese caso, habrá que tener en cuenta si el coste de ese inductor del consumo (aparato publicitario) compensa los beneficios obtenidos en la venta final de los productos publicitados. El patrocinio deportivo, entre otros, es un caso bien representativo.

<sup>18</sup> Cambio que se insinúa en la reconducción de la precariedad impuesta por las relaciones de mercado hacia formas de vida fundadas sobre otros presupuestos (ZAD, okupas rurales y urbanos, colectivos de apoyo mutuo, resistencia de comunidades indígenas) pero sobre todo en la crítica de la economía política ecofeminista que, al poner lo que genéricamente denominamos cuidados en el primer plano, desbarata los artificios ideológicos de la teoría económica dominante y sella también esa fisura radical asociada al trabajo realmente necesario como eje de comprensión e intervención práctica y concreta en el proceso de la reproducción social en el capitalismo en crisis. Los cuidados son trabajo necesario pero *improductivo*, pues computa como gasto que no valoriza capital, aunque la mercantilización del mismo hace que sea negocio para las empresas privadas que prestan tales servicios y obtengan beneficios contables, gracias a subvenciones públicas y a la explotación de la fuerza de trabajo que los ejecuta.

Asumir esa imposibilidad, cada vez más evidente, de la subsistencia, de acuerdo con los principios hasta ahora imperantes, sin escudarse en el tópico del no futuro o de su versión pragmático nihilista que se aferra al capitalismo como única realidad posible («es lo que hay»), agarrada a la promesa tecnológica, es una manera de hacerla inteligible críticamente. Se trata, por eso, de tomar esa imposibilidad de la subsistencia como punto de partida de su superación práctica, real y no meramente idealista, ya sea mediante promesas de abundancia y armonía de un futuro plenamente tecnologizado, ya sea en la perspectiva amenazante de los relatos distópicos.

## 2. Algunos indicadores de quiebra

### El tercer sector

La línea de falla estructural, consecuencia del peso de las actividades improductivas, así como de las vicisitudes sociales que comporta, adquiere dimensión concreta en un conjunto de actividades y sectores económicos que combinan medidas de contención social a costa de propiciar desequilibrios estructurales. En este sentido, y a caballo de la terciarización y de la tendencia creciente del gasto (de trabajo) improductivo son ejemplares la burocracia estatal y el sistema de representación política del Estado, la producción de desperdicio (industria militar) y la producción cultural y de entretenimiento, que incluye las actividades de ocio (movilidad, turismo). No obstante, merece la pena fijar la atención aquí en la llamada economía social y en el tercer sector, en general, dada la importancia que reviste como dispositivo de contención del potencial conflictivo en las democracias de consumidores, y como modo de empleo de activistas.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Según el informe del CIRIEC, centro especializado en análisis e información de economía pública, social, cooperativa, existen en

El denominado tercer sector, que engloba cooperativas, actividades sin ánimo de lucro, ONG, sociedades laborales, etc., representa el 10 % del empleo en el Estado español. Como en el resto de Europa, es un sector fuertemente feminizado y también, como en el resto de la economía, mantiene la brecha salarial entre mujeres y hombres, según la OCDE.

No obstante, se pretende llamar la atención sobre algunas peculiaridades de su función en la economía capitalista en crisis. En primer lugar, se trata de un sector que abarata los costes de la fuerza de trabajo tanto en sus actividades específicamente productivas (cooperativas industriales), como en la prestación de servicios asistenciales, ya que, según el citado informe, aunque ofrecen mejores condiciones de trabajo y mayor flexibilidad y estabilidad en el empleo que otros tipos de empresas, «en España los sueldos de la economía social son un 19 % inferiores a los de la economía general». Eso sin contar con el volumen de trabajo voluntario no pagado que sostiene tantos proyectos «alternativos».

En segundo lugar, la economía social actúa como dispositivo de contención o desactivación social al intervenir sobre la creación de empleo en un contexto de paro y precarización (temporalidad) crecientes que afecta particularmente a jóvenes proletarizados de ambos sexos y con cierto grado de politización. Y, por último, el tercer sector, además de beneficiarse de incentivos fiscales, se caracteriza por desempeñar actividades asistenciales y de servicios que en su mayoría son dependientes de los presupuestos públicos<sup>2</sup> de la administración en cualquiera de sus niveles.

---

España 47.511 empresas y 37.183 entidades de acción social sin ánimo de lucro. *El País Negocios*, 16 de abril de 2023.

<sup>2</sup> Por ejemplo, las entidades del área metropolitana de Barcelona dependen en un 70 % de la financiación pública, según datos de la Confederación patronal del tercer sector.

Es decir, el tercer sector, es una manera de abaratar los servicios públicos y asistenciales en las actuales condiciones de restricción presupuestaria, que intentan frenar la escalada del déficit y el endeudamiento público, al tiempo que es un sector auxiliar, subordinado, dentro de la actividad económica convencional. Por lo demás, el tercer sector es una especie de revoltillo en el que se integran actividades de muy diverso tipo y entre las cuales se encuentran las entidades y fundaciones que, amparadas en el eufemismo «sin ánimo de lucro» obtienen beneficios fiscales para eludir o reducir el pago de impuestos.<sup>3</sup>

No se discute la pertinencia del tercer sector<sup>4</sup> en su vertiente subjetiva o moral de la economía solidaria y del asistencialismo benévolo, pero es necesario subrayar sus limitaciones ya que, si bien en cierto modo es funcional en el mercado (crea empleo y demanda, de acuerdo con los postulados keynesianos), lo es mayoritariamente en el sector del trabajo improductivo, aunque en algunos casos se trate de trabajo socialmente necesario (asistencia social, bancos de alimentos, albergues, etc.).<sup>5</sup>

---

<sup>3</sup> Para la banca y las grandes corporaciones, hasta las asociaciones empresariales y profesionales, la creación de fundaciones es, además, un recurso publicitario sin coste alguno para prestigiar su imagen «social».

<sup>4</sup> Ni se trata de menoscabar su labor de denuncia de las condiciones de vida de los segmentos más desfavorecidos de la población, o su labor asistencial, sino de subrayar su voluntad de dependencia de la administración como se puso de manifiesto en el séptimo congreso del tercer sector en Cataluña en junio de 2022.

<sup>5</sup> Eso invita a llevar la reflexión crítica hacia ese terreno de la actividad socialmente necesaria y su papel contradictorio con la economía de mercado, es decir, a la función concreta que desempeña en el ciclo de reproducción social, y del significado que adquiere el trabajo precarizado y no pagado (voluntariado) de los cuidados, en general en el sostenimiento de la sociedad capitalista gracias a su complementariedad subordinada a las actividades productivas

Por otra parte, para la izquierda del capital, «alternativa», el tercer sector y, concretamente, el cooperativismo se presenta como alternativa al modelo de relaciones laborales dominantes, cuya extensión dentro de la actividad económica llevaría al socialismo, reproduciendo así el gradualismo de la socialdemocracia del periodo de entreguerras del siglo XX.

Una vez más nos encontramos con propuestas «alternativas» que, inscritas en la abundante producción sociológica denostadora del neoliberalismo, eluden algunos interrogantes incómodos, como aclarar en qué medida la dependencia financiera del tercer sector respecto del Estado puede ser en la práctica una iniciativa estratégica de socialización real, es decir, una tendencia realmente superadora de la relación social que es el capital.

Por supuesto, además de reconocer los logros del cooperativismo histórico, es necesario analizar las razones de sus limitaciones, tanto en el pasado como en el presente, y definir hasta qué punto la economía cooperativa está sometida a las mismas determinaciones y directrices de valorización (las productivas) o de economía de gasto (las de consumo) que el resto de empresas actuantes en el mercado.

La crítica del tercer sector y del cooperativismo solo pretende ponerlo en su lugar dentro de la reproducción social y de la crítica de la economía política. En todo caso, aun cuando sea un legítimo recurso de subsistencia para una parte de la población asalariada, en modo alguno puede presentarse como alternativa de salida del capitalismo en crisis, a no ser que se vuelva a incurrir en la estrategia de la socialdemocracia alemana del siglo XX cuyos resultados son suficientemente conocidos.

---

empresariales y a la contención del déficit presupuestario de las administraciones.

La extensión de la red de cooperativas, aparte de las eventuales servidumbres de su financiación por las instituciones del Estado, descansa sobre una consideración mecanicista de la transformación social que, como se señalaba anteriormente, deja de lado la función de la actividad cooperativa inscrita en el mercado. En cuanto a su pretensión transformadora, los fracasos tanto del cooperativismo moderno, como del histórico,<sup>6</sup> deberían enseñarnos algo más que visiones nostálgicas o su instrumentalización triunfalista en las operaciones de marketing político.

Con todo, en la consideración del tercer sector dentro de la economía del capital en crisis, lo verdaderamente relevante desde un punto de vista de la crítica de la economía política y sus efectos narcotizantes sobre el antagonismo social, sería subrayar, al margen de las intenciones de sus agentes beneficiarios, un aspecto sumamente significativo al que no se otorga la suficiente atención. Tanto el tercer sector, como el voluntariado en general y las acciones solidarias anónimas, difusas en la vida cotidiana, que contribuyen directamente a hacer posible la subsistencia diaria, son una prueba manifiesta de la incapacidad objetiva del mercado, del modelo de reproducción social basado en la producción e intercambio de mercancías y servicios, a la hora de asegurar la vida humana y del planeta.

Sin esa contribución del voluntariado, en cualquiera de sus manifestaciones, sin esa masa de trabajo no pagado, de valor suplementario no contabilizado, no reconocido —como el trabajo doméstico de las mujeres—, pero incurso en el proceso general de la

---

<sup>6</sup> Con motivo de la huelga de la Canadiense (Barcelona, 1919) y el ciclo huelguístico que desencadenó en torno a la reivindicación de la jornada laboral de ocho horas, las cooperativas catalanas sufrieron duramente las consecuencias hasta el punto de que comportó la desaparición de algunas de ellas.

acumulación de capital, simplemente, el sistema económico capitalista no funcionaría. Es decir, sin el recurso a la actividad cooperativa libremente asumida por el voluntariado y sus servicios no mercantilizados, pero subordinados a la dinámica económica general, ni siquiera sería posible el mantenimiento del actual orden capitalista tambaleante.

Aquí se abre una fértil línea de reflexión realmente radical, que pone en primer plano los límites de la monetización y de la reducción a mercancía de aquellas actividades socialmente necesarias que, en sí mismas, se desmarcan de la dicotomía del trabajo productivo / improductivo que rige la economía política o, si se prefiere, entran en tensión con el principio rector de la reproducción social de la sociedad consumidora.

### **Mercancía cultural y producción de entretenimiento**

La producción de subjetividad es fundamental en la formación del ciudadano consumidor. Ahora bien, para que la producción de subjetividad no se quede en un ejercicio de imaginación a partir de los fenómenos característicos de la sociedad del espectáculo, habrá que contemplarla en el plano tangible de la doble dimensión de la producción física del sujeto y del aparato de producción ideológica, simbólica, materializado en la mercancía cultural que nutre la conciencia del ciudadano espectador consumidor.

La producción cultural, ya plenamente integrada en la industria del entretenimiento de masas, en general, además de crear conciencia, cumple una función en la sociedad capitalista de mucha mayor importancia de la que tenía esa misma producción (pan y circo) en la antigua Roma, aunque en ambos casos, represente un

lastre (un gasto, un coste) sobre el conjunto de la actividad económica productiva.<sup>7</sup>

En la sociedad capitalista, la producción cultural y de entretenimiento constituye un sector dentro de la esfera improductiva, no valorizadora de capital, cuya envergadura tiene repercusiones directas sobre la estructura socioeconómica. No es solamente cuantitativo, hay un salto cualitativo entre el pan y circo romano, las fiestas medievales, el mantenimiento de la plebe en el Barroco y la sociedad del espectáculo actual, donde la producción cultural es un sector de actividad con importantes implicaciones en el empleo, el movimiento dinerario, la producción y transmisión de ideología y, en definitiva, la estabilidad social. Es en este sentido «improductivo» de valor que se considera aquí la producción cultural, independientemente de que, como ocurre con la publicidad, pueda aparecer en el mercado como un negocio rentable.<sup>8</sup>

De hecho, como agudamente la definiera Debord, la sociedad del espectáculo realiza la sociedad del capital en su fase más desarrollada,<sup>9</sup> que tiene su manifestación superficial en la producción masiva de mercancía

---

<sup>7</sup> En cierto modo, nos hallamos en una situación que tiene rasgos comunes con la Roma imperial (M. I. Finley, *Economía de la Antigüedad*, Fondo de Cultura Económica, 1973), cuando el gasto del Estado y de los notables para el mantenimiento de la plebe (pan y circo) ya no era posible debido a la insuficiencia de la producción agrícola, de las contribuciones filantrópicas y de los ingresos del Estado (impuestos).

<sup>8</sup> El conjunto de la obra de Paul Mattick sale al paso de la confusión entre valor y precio, valor y beneficio, capital y dinero. Concretamente, en su *Crítica de los neomarxistas*, discute las tesis de Baran y Sweezy precisamente a propósito de la publicidad en el ciclo de negocio empresarial y en la acumulación de capital, en general.

<sup>9</sup> Culmina así el proceso histórico de escisión y separación entre lo que sería una vida realmente humana y su representación en la vida cotidiana del sujeto proletarizado convertido en espectador consumidor.

cultural, de entretenimiento. En consecuencia, para hacer comprensible críticamente —o sea, activa y activadoramente— ese estancamiento de la subjetividad consumidora de espectáculo hay que atender a las condiciones concretas de su producción, al proceso material de la sociedad del espectáculo y a su eventual disfuncionalidad con la línea evolutiva de la acumulación de capital ya que, en última instancia, el mantenimiento del espectáculo supone un coste que recae sobre el valor producido en la escala mundial.<sup>10</sup>

En realidad, la sociedad del espectáculo profundiza la línea de falla entre capital productivo e improductivo y, por tanto, las condiciones de crisis. Desde el siglo XIX, sabemos que una cosa es mover dinero y otra crear capital / valor, aunque la industria cinematográfica, como la musical, deportiva, etc., genere fabulosos ingresos y beneficios en taquilla y sea inductora de actividad en determinados sectores (electricidad, electrónica, sastrería, carpintería, transporte, etc.).

Es ocioso entrar aquí a dilucidar el carácter socialmente necesario de la producción cultural como expresión de la dimensión espiritual del ser humano. En lo que aquí concierne, o sea, en la sociedad capitalista, la producción cultural tiene un significado muy diferente según se trate de una coyuntura expansiva o de crisis del capital. En este segundo caso, la producción cultural pasa a un segundo plano en la gestión pública, que se manifiesta en los recortes y precarización de los y las artistas, y muestra una vez más el papel subordinado de la mercancía cultural dentro del proceso de reproducción social.

---

<sup>10</sup> Los megafestivales, que llenan los programas culturales de ciudades y pueblos, son productos de consumo para una clientela de escala planetaria. Conciertos, exposiciones, obras teatrales, espectáculos deportivos, son mercancías complementarias del subsector de la movilidad y del turismo, que atraen un público consumidor internacional.

Durante el episodio pandémico de la covid-19, la suspensión o disminución de actividades en todos los sectores de la economía, se hizo notar en la industria del entretenimiento de forma particularmente dramática, al revelar el nivel de precarización de los profesionales del sector de la cultura (cinematografía, teatro, conciertos, deportistas). Como «actividades no esenciales», según declaración de las autoridades gubernamentales, la producción cultural se vio arrastrada a una parálisis que dejó sin ingresos a miles de personas. Esto mismo es lo que ocurrió en el sector de la movilidad y de la hostelería (turismo). Con ello, se puso de relieve el carácter subsidiario de la producción y del mercado cultural dentro de la estructura económica, así como el exceso de oferta de mercancías y de fuerza de trabajo (artistas y demás trabajadores de la cultura) que tiende indefectiblemente hacia la saturación.

El trabajo artístico, en cualquiera de sus manifestaciones, como trabajo socialmente necesario, debe ser incluido en el proceso general de reproducción social sometido al capital, donde las expresiones materiales, como las simbólicas y espirituales, que pretenden adquirir relevancia y significación en la sociedad (mercado del arte), ya son plenamente mercancías. O, si se prefiere, son productos y creaciones orientadas al mercado, exactamente igual que cualquier otra mercancía. Probablemente esta constatación resulte molesta debido al halo fetichista que rodea a la obra de arte y la excepcionalidad del artista. Pero tal consideración de la figura del artista es a día de hoy un anacronismo, una reminiscencia del pasado, cuando el artista era un profesional aparentemente independiente en la ejecución de un producto singular (original, único) dentro de la producción suntuaria burguesa (obra de arte).

Esos resabios de singularidad creativa heredados del Renacimiento y renovados por el Romanticismo, remiten sin embargo a una específica posición del artista

en la sociedad burguesa, así como a la particularidad de la sumisión de su actividad *autónoma* (mecenazgo, demanda pública y subvención estatal, la obra de arte como inversión de futuro, etc.). Ahora bien, ello no evita que en la hora actual la figura del artista quede reducida a la del trabajador del sector del entretenimiento en la sociedad terciarizada del capitalismo avanzado, incluido el entretenimiento exclusivo del uso y disfrute de la obra de arte por la burguesía gestora.

El halo fetichista de la mercancía, en el caso de la mercancía cultural / artística, hace que la *obra de arte* participe de un estatus especial en la escala ideológica de valores de la sociedad burguesa, en la medida que se atribuye a la creatividad artística una posición privilegiada en la jerarquía laboral respecto del trabajo fabril o de los servicios estandarizados.<sup>11</sup> Todo ello se complica, además, cuando la figura del artista se apoya en pulsiones subjetivas tales como el derecho a desarrollar la *libre* vocación de cada cual, etc., ejercido como otro derecho más en la sociedad democrática de consumidores.

Es así como esa figura o categoría del artista, tradicionalmente y en su mayor parte precaria y mitificada en la bohemia, o sea, fuera del mercado laboral convencional, se realiza en el presente en el trabajador autónomo, emprendedor o empresario de sí mismo, si bien a través de agentes e intermediarios, pero obligado a rentabilizar su habilidad plástica, interpretativa, etc.<sup>12</sup> Esto lo hace, además, en un mercado particularmente competitivo y globalizado donde, por lo demás, rigen

---

<sup>11</sup> Por lo demás, sobre la banalización de la obra de arte como mercancía que acompaña al desarrollo tecnocientífico de las fuerzas productivas, algo intuía Walter Benjamin (*L'obra d'art a l'era de la seva reproductibilitat tècnica*, Barcelona, Edicions 62, 1983).

<sup>12</sup> O su habilidad y capacidad física, si nos referimos a la figura del deportista de élite.

las leyes y tendencias generales del mercado en cuanto al aumento creciente de los costes de producción (megaespectáculos) y concentración del negocio en torno a las grandes firmas comercializadoras y algunos grandes nombres (ídolos) del espectáculo.

### **El artista, figura proletarizada del mercado cultural**

A partir del reconocimiento de la cultura como mercancía, el trabajo artístico ha de ser puesto en la perspectiva de la crítica de la economía política en el mismo plano que cualquier trabajo sometido directa o indirectamente a los dictados del mercado, y de acuerdo con su naturaleza y función específica en la esfera improductiva de la actividad económica del capitalismo en crisis.

Puesto que el capitalismo ha liquidado el arte, al pretender convertir la experiencia espiritual y el imaginario humano en un producto de mercado más, la producción artística —y la figura misma del artista— que se reclame de aquella experiencia espiritual y creadora, ya solo puede ser un fetiche de la industria del espectáculo (como ocurre con los famosos) o encarnar la resistencia a ser mercancía y entrar en tensión permanente con el mercado.

La figura del artista en la sociedad burguesa del capitalismo en crisis tiende así a perder el halo fetichista que reviste su carácter elitista para aparecer como lo que realmente es: un contribuyente necesario a la reproducción social. Ese fue el ánimo que alentaron las corrientes artísticas revolucionarias (dadaístas, expresionistas, surrealistas) que acompañaron las revoluciones obreras del siglo XX y que, como ellas mismas, fueron fagocitadas por la evolución histórica del capital y su transformación de la fase de dominación formal del capitalismo ascendente a la fase de dominación real.

El *fracaso* de aquellas corrientes que se reclamaban de la experiencia artística revolucionaria fue simplemente el correlato del fracaso de la clase obrera industrial en su proyecto formal emancipador de sometimiento al capital. En la hora actual, la humanidad proletarizada correspondiente a la dominación real del capital exige poner la producción y la experiencia artística en consonancia con la subjetividad crítica de la relación social que es el capital.

Esa tensión de la figura del artista con el mercado, consecuencia del proceso de proletarización de su actividad, se pone de manifiesto en las reivindicaciones y movilizaciones sindicales del sector. Como en el resto de sectores de actividad, en el sector cultural enseguida se alzaron voces reclamando la asistencia pública (subvenciones), si bien dentro de lo que podíamos llamar una conciencia reivindicativa encorsetada por la ideología sindical que, como ocurre con el resto de la fuerza de trabajo, víctima de la reestructuración, plantea justas reclamaciones de subsistencia, sin atender consecuentemente a su condición y situación dentro del proceso de reproducción social.

Esa fracción del proletariado «creativo» manifiesta así una forma de conciencia sesgada, reduccionista (economicista) y corporativa, inspirada por el sindicalismo del movimiento obrero industrial, aunque consecuentemente activa (activista) en su proyección política pública.<sup>13</sup> Con todo, no deja de sorprender que la imaginación de los creadores y trabajadores culturales,

---

<sup>13</sup> El mundo de la cinematografía española fue especialmente activo en la oposición a la participación del Estado español en la guerra de Irak, patrocinada por el gobierno de Aznar (Partido Popular). Las represalias gubernamentales por su testimonio y compromiso acarrearían censura, listas negras, boicots y reducciones presupuestarias en las ayudas oficiales al sector cinematográfico que afectaron especialmente a los actores, actrices, productoras, etc., que más se destacaron en la denuncia de la guerra.

en general, no sobrepase las cotas críticas del pasado sindical. Esto no es ningún reproche a la élite intelectual contestataria de los países desarrollados, sino una manera de subrayar el hecho de que los hombres y mujeres empeñados en la producción cultural, como el resto de población proletarizada en los sectores productivos, improductivos o excedentarios, se encuentra inexcusablemente emplazada a interrogarse acerca de su función concreta en el proceso de reproducción social, sometida al capital.

Sin embargo, a pesar de que la evolución misma del capital (en tanto relación social) es la que lleva a esa conclusión, el nivel de respuesta desde los diferentes ámbitos de la sociedad —no solo en la producción cultural— sigue considerando la relación social capitalista en su fase formal de dominación, en correspondencia con un movimiento obrero industrial que es residual en nuestros países, aunque esté integrado en el proceso de acumulación de capital globalizado. En este sentido, la producción cultural y la figura del artista son altamente significativas a la hora de ilustrar la subjetividad del proletariado improductivo y particularmente la mentalidad del artista en el capitalismo contemporáneo que la pandemia hizo aflorar en toda su dimensión.

El hecho de desarrollar un trabajo cualificado y de sufrir las consecuencias de la economía de mercado con una particular virulencia (temporalidad) hace del segmento artístico un sujeto político especialmente activo y socialmente reivindicativo, alineado con posiciones progresistas. Es, por así decir, una fuerza mediática de vanguardia entre la población proletarizada de los países terciarizados.<sup>14</sup>

---

<sup>14</sup> No solo en la reivindicación de intereses corporativos; también en la lucha política por la libertad de expresión y en el apoyo a las movilizaciones de migrantes y luchas populares.

Es así como esa figura o categoría del artista, tradicionalmente y en su mayor parte precaria y mitificada en la bohemia, esto es, fuera del mercado laboral convencional, se realiza en el presente en el trabajador autónomo, emprendedor o empresario de sí mismo, aunque a través de agentes e intermediarios, obligado a rentabilizar su habilidad plástica, interpretativa, etc. Y hacerlo, además, en un mercado particularmente competitivo de la industria cultural donde, por lo demás, rigen las leyes y tendencias generales del mercado.

Desde un cierto punto de vista, se puede parangonar la figura del artista —e igualmente, la del científico—, a la aristocracia obrera del proletariado industrial, que ahora corresponde a la masiva proletarización de los países desarrollados. Su incipiente, aunque rápida evolución, en el marco de la conflictividad social que tal proceso implica, hace sin embargo que artistas y científicos precarizados, solo contemplen su intervención en el horizonte sindical. Es decir, sin otra consideración de la fenomenología tecnológica y financiera que rechazar las consecuencias inmediatas del sometimiento a las firmas tecnológizadas.<sup>15</sup>

En cierto modo, el horizonte sindical denota en el caso del artista y del científico, como en el resto de población proletarizada, una mentalidad que interioriza la concepción burguesa, elitista, de su actividad formalmente diferenciada del resto de la fuerza de trabajo, cuando hace décadas que laboratorio y espectáculo son actividades plenamente integradas en la economía de mercado con todas las consecuencias en lo que se refiere a proletarización y organización del trabajo (precarización).

---

<sup>15</sup> Por ejemplo, las *plataformas* de emisión audiovisual en la huelga de actores, actrices y guionistas de Hollywood.

## Apéndice: cultura

Según datos oficiales del Ministerio español de Cultura y Deporte, el empleo del sector de las 128.741 empresas culturales en 2021, fue de 690.800 personas (3,5 % del total), con porcentaje superior de hombres (59,3 %) respecto al promedio general (53,9 %). Predominan las empresas sin asalariados (67,4%) y la concentración en cuatro comunidades (Madrid, Cataluña, Andalucía y Valencia), con el 64,7 % de las empresas. La contribución al PIB de la industria cultural fue en 2020 del 2,2 % (3,2 % si se incluyen las actividades económicas relacionadas con la propiedad intelectual), similar a la agricultura (3,1 %), la industria alimentaria (2,4 %), la química o las telecomunicaciones. El gasto público total (estatal, local, comunidades autónomas) ascendió a 5.093,7 millones de euros. Estas cifras no incluyen los subsidios de desempleo para el sector (profesionales del espectáculo) ni los indirectos, para artistas amateurs, adscritos a otras actividades de subsistencia, ni los gastos de formación para el alumnado (en torno al millón de personas), inscrito en el conjunto de la formación reglada de las enseñanzas artísticas.

En la UE, en 2022 el empleo en el sector cultural creció un 4,5 % hasta alcanzar los 7,7 millones de empleos, cifra que representa el 3,8 % del total del empleo que se reparte de forma equitativa (3,9 millones hombres, 3,8 millones mujeres), según datos de Eurostat.

Las cifras sectoriales pueden resultar relativamente modestas, desde el punto de vista de su contribución al PIB y a la actividad económica, en general. Sin embargo, la industria cultural es inductora de actividad en un amplio espectro de sectores productivos y de servicios, aunque sea de forma deficitaria. Un buen ejemplo lo aporta la producción cinematográfica, que repercute sobre un amplio espectro de sectores de actividad

(construcción, carpintería, transporte, confección textil, electrotecnia, restauración / catering, etc.), pero que es deficitaria en su balance de mercado y, en buena medida, dependiente de las ayudas, subvenciones y exenciones fiscales provenientes de la administración pública.

### 3. La economía política del colapso

EL SISTEMA CAPITALISTA es un modo de producción que en virtud de su propia naturaleza está abocado a la crisis, consistente en la interrupción del proceso de acumulación de capital y, en consecuencia, de la estabilidad del orden social dominante (cierres empresariales, desempleo, aumento del gasto y déficit públicos, pobreza, etc.). En realidad, la crisis es la realización concreta de la ley de la caída tendencial de la cuota de beneficio<sup>1</sup> que marca la evolución contradictoria del sistema capitalista que avanza a tropezones (crisis cíclicas).

La teoría de la crisis capitalista en Marx parte de la ley del valor, que tiene al trabajo como fuente exclusiva de la generación de riqueza y de la valorización y acumulación de capital. Esta entraña un principio de contradicción en su propio desarrollo que se cifra en la ley de la caída tendencial de la cuota de beneficio. Puesto que el capital / empresa para competir en el mercado busca mejorar la productividad, reduce el valor —la cantidad de trabajo— por cada unidad de producto. De ese modo, el capital en su desarrollo tiende a socavar su propia base de sustentación, ya que solo el trabajo vivo valoriza el capital (inversiones, maquinaria).

---

<sup>1</sup> Ver Karl Marx, *El capital...*, sección tercera, «Causas contrarrestantes de la ley de la caída tendencial de la tasa de beneficio».

Pero lo que es una contradicción lógica, se vuelve una limitación histórica concreta que se manifiesta en que cada empresa ha de realizar en el mercado (vender) un volumen cada vez mayor de mercancías a fin de compensar la reducción de valor de cada unidad producida. Como las posibilidades de venta de la producción son limitadas (el mercado no es infinito), es por lo que aparece el exceso de mercancías (sobreproducción) como crisis, ya que el retorno de la inversión queda por debajo del nivel que hace posible la acumulación de capital. Dicho con otras palabras, esta es la parálisis socioeconómica que denominamos crisis. En última instancia, la crisis aparece como falta real de capital acumulado, que en la actual fase del capitalismo financiarizado se presenta en la forma de paradoja, pues la enorme masa de capital financiero existente coincide con la falta de capital (de inversiones) en actividades que resulten suficientemente productivas.

Como muestra Marx, el capital intenta contrarrestar esa tendencia declinante del valor y de la acumulación de capital poniendo en marcha mecanismos de diverso tipo que abarcan el cambio tecnológico, la expansión del mercado, el abaratamiento de las materias primas, la destrucción de la competencia, las guerras, etc. Todos ellos operan como paliativos circunstanciales capaces de inaugurar un nuevo ciclo expansivo. Son los mecanismos o contratendencias a la crisis que, como iremos viendo en páginas posteriores, también tienen sus límites históricos y prácticos.

## **Límites de la economía política**

Históricamente, las crisis capitalistas se «resolvieron» mediante la puesta en marcha de una serie de medidas tendentes a la recuperación de las condiciones

favorables para la acumulación de capital que, una vez restablecida, creaba las condiciones de una nueva crisis, normalmente de mayores dimensiones. De esta manera, las crisis cíclicas, al tiempo que jalonan las vicisitudes de la acumulación ampliada de capital, también describen la acumulación ampliada de las condiciones de crisis, resultante de las medidas puestas en práctica para atajar la crisis precedente.

En otras palabras, también las que Marx definiera como contratendencias al proceso declinante de los beneficios, manifiesto en la crisis, son cada vez de mayor envergadura, como también sus consecuencias sociales. Por eso, el endeudamiento descomunal de países, familias e individuos, simultáneo a la caída de la acumulación mundial de capital real, productivo, en la fase financiarizada que vivimos, adquiere una especial significación, teórica y práctica.<sup>2</sup> Así pues, a las que podríamos llamar contratendencias clásicas, hemos de añadir, por su importancia y protagonismo en la actividad económica mundial, las maniobras monetarias de gobiernos y bancos centrales. Sin olvidar igualmente que sus efectos son cada vez más limitados.

La financiarización debe ser considerada como una contratendencia de la crisis en su fenomenología monetaria, contable y realizadora del fetichismo del valor en su más alta expresión. En su persistencia expansiva invade ámbitos impensables hace solo unos años, que se concretan en negocios puramente especulativos de la esfera improductiva, con una alta volatilidad, como

---

<sup>2</sup> En este sentido, las repercusiones de las contratendencias —o, más bien, sus limitaciones y contradicciones— en el plano de la representación política y del papel del Estado en la economía, es lo que ha llevado a algunos ideólogos del capital a pronunciarse por una «nueva política económica» (*El País*, 18 de junio de 2023), como respuesta y sucedáneo de una eventual nueva economía política, que es la exigencia histórica de la crisis estructural permanente que vivimos.

la industria del entretenimiento,<sup>3</sup> los mercados de futuros o la publicidad.

Frente a la realidad imparable del endeudamiento, que es una manifestación en términos monetarios de los límites objetivos del sistema socioeconómico capitalista y una manifestación de la incontenible crisis estructural, la burguesía gestora en los distintos niveles regionales del planeta arbitra medidas de contención cuyos efectos en el tiempo son cada vez más cortos y desestabilizadores, tal y como reflejan las disensiones geopolíticas en la escala mundial (G-7, G-20) y regional (UE). Por eso, lo que en un principio aparenta ser una solución, al cabo de poco tiempo se convierte en un problema. Algo que apenas sorprende habida cuenta del acortamiento del ciclo de negocio y de la acumulación de capital, especialmente en el circuito del capital financiero, que define una coyuntura histórica caracterizada por la inmediatez, hasta el punto de que ya no cabe hablar de ciclos de capital con una duración relevante.<sup>4</sup> La dinámica productiva e improductiva del capitalismo actual describe un presente continuo de altibajos inscritos en una línea declinante.

---

<sup>3</sup> Dentro del sector del entretenimiento, el fútbol ejemplifica muy bien cómo el capital en crisis de valorización inventa nuevos yacimientos de rentabilidad y beneficio empresarial con cifras millonarias en transacciones y producciones de espectáculo, pero con escasa o nula creación de valor. La concentración de los fondos de inversión en unos pocos clubes globalizados remeda la concentración de capital y, como ocurre en cualquier sector de actividad, la concentración de las oportunidades de negocio en unos pocos clubs y competiciones lleva a la ruina al resto.

<sup>4</sup> En este sentido, la inmediatez de los mercados financieros, cuyas transacciones hiperaceleradas operadas por algoritmos hacen efectiva la «tendencia cero» de la reorganización del trabajo industrial en la década final del siglo XX (cero averías, cero defectos, etc.), esta vez en la rotación del capital financiero.

No obstante, estas medidas, como el cacareado Plan de Resiliencia Next Generation de la UE,<sup>5</sup> se inscriben entre las políticas paliativas de los desequilibrios estructurales de la acumulación mundial de capital y de la especialización en el sector terciario de los países desarrollados, lo que evidencia las limitaciones de la división mundial del trabajo. Lo que fuera una solución circunstancial de la crisis del fordismo, la deslocalización y la intensificación del intercambio desigual entre regiones del planeta, mediante la transferencia de plusvalía de la periferia hacia el centro, ha agotado su tiempo.

De otra parte, la industrialización de la periferia capitalista ha seguido las mismas pautas que los países industrializados, de manera que las reivindicaciones laborales y el aumento de los costes de distribución, imputables al transporte y la logística, comercialización y venta pone límites objetivos, técnicos, geográficos y económicos, a la deslocalización.<sup>6</sup> En este sen-

---

<sup>5</sup> Ante la inoperancia de las medidas adoptadas para hacer frente a las secuelas del descalabro de 2008, la Comisión Europea hizo público en el año 2020 un amplio programa de inversiones bajo la denominación Next Generation UE, dotado con un presupuesto de 2,018 billones de euros para el periodo 2021-2027. Este plan de reestructuración a medio plazo incorpora el Plan de Recuperación y Resiliencia, orientado hacia la modernización del mercado y del tejido productivo con una apuesta renovada por la automatización en su fase evolucionada, mediante la digitalización extendida desde los servicios, la administración y la producción industrial hasta la agricultura.

<sup>6</sup> Una muestra de esas limitaciones la tenemos en la evolución de los costes salariales y los conflictos laborales en China, India, Pakistán y los problemas que conlleva la presión deslocalizadora del textil desde China hacia Camboya, Vietnam, etc. Además, hay que contemplar la vulnerabilidad de los procesos de deslocalización y los accidentes naturales o incidentes técnicos como el bloqueo del Canal de Suez, además del aumento descomunal en el consumo de energía. Por supuesto, las consecuencias derivadas de la división internacional del trabajo no se reducen al ámbito industrial tradicional. La tendencia al aumento de los costes de

tido, una de las contratendencias<sup>7</sup> puestas en práctica en la reestructuración del último tercio del siglo XX ya no responde a las expectativas. La irrupción de la pandemia de la covid-19 ha puesto además de manifiesto las debilidades del sistema productivo mundial y la necesidad de proceder a relocalizaciones, aunque con anterioridad algunos sectores productivos, como el de la automoción, ya habían recompuesto su cadena de suministro para hacer frente a rupturas de stock y demoras en la entrega de componentes.

### **Reiteración de la promesa tecnológica**

Como ocurriera en cada situación de crisis del pasado, entre las contratendencias puestas en marcha, merece especial atención la que pone el énfasis en el desarrollo tecnocientífico. En la actualidad asistimos a una renovación de la promesa tecnológica y del crecimiento ahora pintado de verde. Pero también a la reedición de sus contradicciones y limitaciones.

La renovada consigna de la automatización de las actividades productivas y de servicios se lleva a cabo para la mejora de la productividad por persona y hora, y con la previsión de un aumento del beneficio empresarial. Esto es, desde luego, una obviedad, pero a lo que tal aseveración alude es que esa obviedad se

---

producción y la reducción del retorno de las inversiones en el modelo agroindustrial globalizado es la causa de los conflictos emergentes tanto en Colombia, Argentina, etc., como en Europa.

<sup>7</sup> Otra contratendencia, abordada en el epígrafe del tercer sector, se refiere al trabajo no pagado. El voluntariado como medio de subvenir necesidades perentorias que el Estado asistencial ya no cubre y que supone un alivio para el gasto social improductivo de la Administración (bancos de alimentos, Cáritas, asociaciones de voluntariado).

sostiene como verdad económica siempre que esa mejora productiva se *realice*; o sea, siempre que la producción obtenida tenga salida en el mercado y se convierta en capital.

A los problemas de realización de la gran capacidad de producción por falta de demanda solvente (sobreproducción), se añade aquí el de la celeridad de la innovación tecnológica, que acorta a la mínima expresión el ciclo de obsolescencia de la tecnología, y no solo de la tecnología de consumo, también la de aplicación industrial y la incorporada a los equipos y sistemas logísticos, de comunicaciones y de transporte.

En este apartado, sin embargo, solo se quiere llamar la atención acerca de cómo la automatización expansiva de las cinco últimas décadas —y ahora la digitalización— significa dos cosas. En primer lugar, la expulsión masiva de fuerza de trabajo que no puede ser empleada ni en las actividades productivas ni en el sector terciario, como muestran las rampantes cifras de desempleo, o de empleo subvencionado. Todo lo cual lleva a un aumento de la población excedentaria cuyos costes de mantenimiento son imparables, bien en empleos improductivos de camuflaje estadístico —temporalidad, precarización—, bien en la percepción de subsidios directos. En ambos casos, se trata de factores de presión al alza del déficit presupuestario y de la deuda soberana, como ilustra de forma inapelable nuestro presente.

En segundo lugar, las consecuencias de la automatización, actualmente en el ciclo de la digitalización, abundan sobre las mismas consecuencias de cualquier proceso de automatización de la actividad, expulsando fuerza de trabajo de las actividades productivas y de los servicios, con el fin de abaratar estos últimos y reducir así su peso en las actividades improductivas, e incidiendo especialmente en el modo de producción, como se

aprecia en el sistema agroindustrial. En este, la digitalización es la nueva especie invasora que, promovida desde la UE, va a agravar aún más los problemas del campo (caída de la rentabilidad, endeudamiento y desaparición de explotaciones familiares), tal y como ya se han manifestado en las recientes movilizaciones agrarias.<sup>8</sup>

En cualquier caso, y de acuerdo con la mentalidad progresista dominante, a medida que la degradación del sistema capitalista se hace más patente, se intensifica la renovación de la promesa tecnológica. La pulsión innovadora del capital, basada en la transformación tecnocientífica, renueva la esperanza de que serán la ciencia y la tecnología quienes resuelvan los problemas sociales, económicos y de la biosfera.

Es así cómo, en las actuales condiciones de crisis estructural planetaria y aniquilación de la biosfera, la promesa progresista del capitalismo expansivo se ha convertido en delirante sobreproducción de prodigios alrededor de «nubes» tecnológicas, digitalización, inteligencia artificial, automatización y artificialización a ultranza de la vida.

El salto histórico cualitativo que supuso el modo de producción capitalista en cuanto a la mediación técnica en el proceso de reproducción social, llega ahora al paroxismo. Sin embargo, la extensión y aceleración alcanzadas por el complejo tecnocientífico en la reproducción social capitalista, resultan igualmente indicativas de la tendencia a encontrarse con sus límites históricos.

La desenfrenada carrera de la innovación tecnológica responde, como en la primera revolución industrial, a la necesidad de sustitución de fuerza de trabajo por

---

<sup>8</sup> Para una aproximación a la problemática social y productiva del sistema agroindustrial, ver *Ensayos de agitación rural. Rehabilitar el campo vaciado*, El Salmón, 2022, y el dossier «Rehabitemos las ruralidades», en la revista *Libre Pensamiento*, núm. 110, primavera de 2022.

maquinaria para mejorar las condiciones de producción y de acumulación de capital y así contrarrestar la tendencia a la caída de los beneficios. Hay que tener en cuenta, no obstante, que tanto el desarrollo del complejo tecnoindustrial, como sus aplicaciones, son acumulativas. Es decir, describen una curva ascendente en el tiempo histórico en términos meramente cuantitativos que apunta hacia la saturación.

Incluso en la emergencia del capitalismo,<sup>9</sup> la introducción de maquinaria fue paulatina, como también lo fue la innovación de los medios mecánicos aplicados a la producción, ya que los inventores trabajaban de forma aislada y faltos de inversión. Eso fue lo que cambió con el laboratorio industrial y con la invención predeeterminada por la salida al mercado, en la que Thomas A. Edison fue un pionero. A partir de ese momento, la conversión de la tecnología, de su producción, en un sector plenamente integrado en la actividad económica productiva, adopta el carácter de una mercancía más del mercado. El valor de uso del invento en el capitalismo ascendente ha ido progresivamente quedando subsumido en el valor de cambio del artefacto, equipo, sistema y componente físico (maquinaria) o cognitivo (software) que incorpora una proporción cada vez mayor de conocimiento aplicado.

Si bien desde el punto de vista ideológico el progreso es ilimitado, la progresión concreta del sistema tecnocientífico (la megamáquina de la que habla Mumford) es limitada porque está condicionada por las leyes socioeconómicas que rigen la reproducción de la sociedad capitalista y las dimensiones finitas del planeta.

Con ánimo de no dar más vueltas, el aumento de la composición técnica —y orgánica— de capital, que es consecuencia de la creciente inversión en medios

---

<sup>9</sup> Earl J. Hamilton. *El florecimiento del capitalismo*, Madrid, Alianza Universidad, 1984.

técnicos, infraestructuras y recursos por unidad de empleo creado, a pesar de la precarización, de la reducción de los salarios, de la sobreexplotación de la fuerza de trabajo migrante y de la doble jornada de las mujeres, se revela insuficiente para reconducir la actividad productiva que haga posible una inflexión alcista de la acumulación de capital real y no meramente financiero.

### **Malabarismos monetarios**

De todas las medidas puestas en práctica durante el ciclo de reestructuración del capital financiarizado, son probablemente las medidas monetarias y concretamente las relativas al sistema de crédito, las más significativas. Y esto no solo por su repercusión en el endeudamiento global y sus consecuencias sobre la actividad económica en todos los niveles, como por su importancia en la conformación de la subjetividad del capitalismo en crisis y la mentalidad del ciudadano consumidor. Ahora bien, la extensión del crédito hasta su vulgarización en las tarjetas de plástico, hay que entenderla como lo que realmente es: una triquiñuela financiera de contención social dirigida a encubrir la reducción real de los salarios y del retorno de las inversiones empresariales, y así mantener la demanda en forma de consumo.

El crédito ha servido para estimular la demanda de forma artificial, simplemente creando dinero ficticio que, si bien desde un punto de vista macroeconómico incide sobre la economía productiva, mediante la demanda de nuevas mercancías y servicios, en realidad solo disimula la insolvencia real de esa demanda que acaba por aparecer como morosidad y deuda impagable. De hecho, fue la eufemísticamente llamada ingeniería financiera y la alegre utilización del sistema de

crédito la que condujo a la bancarrota de Lehman Brothers y a la crisis financiera mundial de 2008.

Por otra parte, las actividades especulativas financieras no generan valor, no valorizan el capital; en el mejor de los casos tan solo redistribuyen el capital, valor / riqueza, ya existente. Mediante los artificios del timo financiero (pirámides, apalancamientos, mercados de futuros, *bitcoins* y cualquier «producto» imaginable por los especialistas del trilerismo financiero) se crea capital ficticio, nominal, cuya referencia de valor real acaba por difuminarse en la enmarañada composición de los «productos financieros».

El incremento ficticio del capital en las operaciones especulativas, ya se trate de trápicheo bursátil, compraventa de empresas o transacciones financieras ligadas al espectáculo (fútbol, conciertos, festivales, etc.), solo contribuye a aumentar el peso y la volatilidad de la economía financiera y a agravar las fisuras estructurales de la economía de todos los países.<sup>10</sup>

Quienes aduzcan que, a pesar de todo, esa masa financiera —como el sector del turismo— induce actividad y crea puestos de trabajo también en la economía productiva gracias a sus repercusiones sobre el sector de la construcción, de la automoción, del consumo general de mercancías y servicios, habrá que recomendarle que considere la evolución reciente del ciclo financiero para que compruebe la consistencia de tales actividades y su traducción en precarización, desempleo, morosidad e impagos, que se registran tanto en esos sectores como entre los consumidores. Todo ello, sin contar con

---

<sup>10</sup> La apertura de las páginas de la prensa especializada, como de los suplementos económicos y empresariales de la prensa generalista, proporcionan una fuente de información sobre las vicisitudes del capital y la financiarización de las actividades económicas y una certera aproximación a las tendencias y contradicciones aquí mencionadas.

la concentración y centralización de capital que tiene lugar y que provoca la ruina de los negocios de pequeña y mediana dimensión, verificable en la desaparición del comercio minorista, las explotaciones agrarias, los artesanos y los fabricantes locales.<sup>11</sup>

El crecimiento deficitario que esconde la financiarización de la actividad económica no es algo a lo que pueda ponerse freno o que pueda llegar a estabilizarse en el tiempo, entre otras razones, por el acortamiento del ciclo de negocio que caracteriza a la economía financiarizada; de ahí, que la evolución de la economía capitalista de estos últimos años se caracterice por la inestabilidad hasta convertirse en un movimiento de reestructuración permanente que afecta tanto a la esfera productiva, como a los servicios.

Asimismo, la expansión del crédito y la financiarización de la vida cotidiana en la sociedad consumidora ha repercutido especialmente en la demanda de servicios en todos los ámbitos, desde gimnasios, terapias, prostíbulos, comida a domicilio, venta por internet, hasta el espectro de las actividades culturales y de entretenimiento. Es decir, ha sido un acicate para el aumento general de la actividad económica improductiva y un factor agravante del desequilibrio estructural. Las secuelas persistentes de la *crisis financiera* de 2008 son un buen indicador de todo ello.<sup>12</sup>

---

<sup>11</sup> En sus colaboraciones en el diario *El Punt Avui*, Francesc Cabana, historiador de la banca catalana, hace frecuentes referencias a la desaparición de las empresas catalanas, entre otras razones, por las necesidades de financiación que las ha llevado a ser absorbidas o adquiridas por capital foráneo.

<sup>12</sup> El seguimiento del Informe de Estabilidad Financiera del Banco de España lo corrobora. Además, el final de la manga ancha financiera del Banco Central Europeo, con su decisión de subir los tipos de interés, al tiempo que encarece la financiación de la deuda desbocada de los países, endurece las condiciones para la concesión de créditos a las pymes y el aumento de la morosidad.

\*

Esa situación de descalabro económico, político y social ha propiciado, al menos en los casos menos obtusos de la economía política, la reconversión propagandística de la ideología neoliberal del «todo mercado» hacia el reconocimiento de la necesidad de cierta regulación del mismo, particularmente en la actual circunstancia de agotamiento del espejismo expansivo del capital financiero manifiesto en la crisis.<sup>13</sup>

Estos vaivenes ideológicos no son nuevos. Se repiten en cada fase de crisis capitalista. Cuando el capital privado evidencia su total incapacidad de relanzar la economía, entonces se recurre al Estado, a la inversión pública. Esa vuelta al keynesianismo es una forma de reconocer en la práctica la decadencia del modelo de reproducción social capitalista, toda vez que de ahí venimos, precisamente de la expansión económica que

---

El resultado de arrastrar durante años los problemas estructurales de un modo de producción capitalista definitivamente gripado y aquejado de constantes sobresaltos (quiebras empresariales y bancarias), ha llevado a que los bancos españoles se plantearan a mediados de 2023 la creación de un «banco malo» donde concentrar los impagos.

<sup>13</sup> La crisis de valorización, o sea, de generación de valor es lo que ha llevado a algunos autores a caracterizar el capitalismo actual como extractivista. En cierto modo, financiarización y extractivismo vienen a ser las dos caras de la misma moneda. Es decir, otra manera de explicitar que escasea el valor, que no hay nuevas fuentes de valor en donde las inversiones arrojen suficientes beneficios reales y no meramente nominales, financieros. En otras palabras, no hay suficientes oportunidades de inversión para que el capital financiero (dinero) se convierta realmente en capital (valorizador). Por eso, el inversor intenta extraer beneficio nominal, en términos financieros, de cualquier actividad (servicios) que en última instancia sea beneficiaria del valor global socialmente producido. Eso hace que la acción económica dominante en el capitalismo financiarizado consista primordialmente en la «extracción» —y no en la producción— de valor, esto es, su transferencia de unas actividades económicas a otras.

siguió a la Segunda Guerra Mundial y que sostuvo las políticas keynesianas.

Por tanto, la cuestión no es solamente discutir acerca de la viabilidad o no de las medidas y perspectivas capitalistas, como abordar las limitaciones de tales medidas en un doble plano; por un lado, en cuanto a sus limitados efectos reparadores de los estragos socioeconómicos y sobre la biosfera, y por otro, en las eventuales formas de comunidad de resistencia y reproducción de la misma que puedan apuntar hacia la superación del universo del valor.

Para la economía política, incluida la izquierda del capital, los problemas estructurales y sistémicos se reducen a una cuestión técnica (fiscal) y contable. Sin embargo, que los plutócratas no paguen impuestos es solo el epifenómeno de la administración de la sociedad de clases basada en la acumulación de capital. La teorización y, sobre todo, la práctica cifrada exclusivamente en la fiscalidad, pierde de vista la realidad sistémica de la reproducción social y el hecho de que hemos llegado a un grado de desarrollo y perjuicio de la biosfera y de las condiciones de vida de la mayor parte de la humanidad, para cuyo remedio ya no basta con articular un sistema de reparto equitativo de la riqueza.

En la hora actual, y en el mejor de los casos, las medidas fiscales que reducen a un problema monetario o financiero, la cuestión social y el deterioro de la biosfera, significan simplemente la prórroga o ralentización de un proceso irreversible e imparable. La problemática que comporta no estriba en el criminal enriquecimiento de unos cuantos plutócratas, sino en la circunstancia que hace posible ese expolio de la mayoría por una minoría de la sociedad, esto es, la relación social que lo sustenta.

El problema está en el modo de organización social —de reproducción social— que hace posible esa barbaridad. La clave hay que buscarla no solo en el plano

de la distribución de la riqueza, sino en qué y cómo se define esta, porque de ello depende su posterior distribución. El planteamiento tecnocrático, fiscal, tanto de derecha como de izquierda, adolece de una falla lógica que impide abordar el desequilibrio social de forma realista y crítica, tomando como fundamento y punto de partida precisamente el modo de reproducción de la sociedad en las condiciones capitalistas actualmente dadas.

El desigual reparto de los recursos y de la riqueza producida no responde a una disfunción accidental del modo de distribución imperante; es la consecuencia inevitable de la proyección práctica de ese mismo modelo que, en los países capitalistas desarrollados, remite a la desproporción ya mentada entre las actividades improductivas respecto de las productivas.

Se trata de una dinámica que no tiene solución en los términos de la economía política, lo que causa desconcierto ideológico en la propia clase dominante. Algo manifiesto en el hecho de que incluso los representantes del G-7 se hayan planteado hacer pagar impuestos a las grandes empresas globales, como si no existieran suficientes mecanismos de evasión legalmente constituidos y avalados por los diferentes gobiernos que, a fin de cuentas, son gestionados por los empleados políticos de esas mismas corporaciones.

Por supuesto, el pago de impuestos de las grandes empresas por sí mismo no solucionaría la contradicción estructural en la que se empantanaron ideólogos y gestores. El problema fiscal de los Estados no es otro que la necesidad de sufragar los costes crecientes de la burocracia y del sostenimiento de la estructura de gestión capitalista de la crisis, mediante planes de emergencia social, sanidad, formación, orden público y la creación de empleos en el sector terciario de la cultura y del entretenimiento, etc., esto es, el problema es un contexto marcado por la expansión del capitalismo improductivo.

Dado que los márgenes de beneficio se estrechan día a día en la esfera productiva, el Estado pugna por mejorar sus ingresos interviniendo en los casos más abusivos del fraude llevado a cabo por determinadas fracciones del capital y, sobre todo, intentando apretar las tuercas impositivas en algunas escalas de los profesionales y los autónomos. La necesidad de aumentar los ingresos para paliar el déficit es lo que ha llevado al gobierno español a multar a empresas que utilizaron fraudulentamente los ERE de la pandemia o a algunas grandes ingenierías por las manipulaciones en las licitaciones públicas.<sup>14</sup> Se trata tan solo de gesticulaciones de cara a la galería, más simbólicas y legitimadoras de las instituciones fiscales que otra cosa, ya que apenas inciden sobre el déficit público. No obstante, son representativas de los problemas de financiación (deficitaria) de las instituciones estatales gestoras del desempleo.

Lo que reflejan estas medidas son los intentos de los Estados nacionales por defender los espacios de gestión regional dentro de una economía planetaria cada vez más dependiente de la movilidad y de las tecnologías de la información y las comunicaciones (TIC). Garantizar un mínimo de gobernabilidad, de estabilidad social y de mercado que facilite la realización del capital globalizado tiene, sin embargo, unos costes económicos a los que las firmas hegemónicas del capitalismo financiarizado evitan contribuir mediante todo tipo de maniobras, que incluyen la presión para introducir cambios legislativos y mantener los paraísos fiscales.

---

<sup>14</sup> Periódicamente aparecen noticias sobre denuncias y sanciones de la Comisión Nacional de los Mercados y la Competencia (CNMC), acerca de manipulaciones de precios (distribución comercial) y en las licitaciones públicas, donde las grandes ingenierías (ACS, Ferrovial, etc.) se reparten las oportunidades de negocio mediante el pacto de los precios de oferta. Ver, por ejemplo, el artículo «Ferrovial manipuló durante décadas licitaciones públicas de cientos de millones en España», *eldiario.es*, 3 de marzo de 2023.

Ese es el telón de fondo de la competencia entre Estados, regiones y gobiernos por la atracción de los capitales volátiles y los fondos de inversión mediante el *dumping* fiscal. Los gobiernos de los países democráticos son una especie de empleados o gestores sociales, subordinados a las directrices de la burguesía planetaria que controla el circuito de la acumulación de capital. Del mismo modo que los capitales compiten entre sí por obtener una mayor cuota de mercado, los Estados nacionales, que son la representación política de aquellos, compiten por garantizar las mejores oportunidades de negocio para el capital globalizado en el territorio que gestionan. Los nacionalismos del siglo XXI y los movimientos secesionistas responden fielmente a esa dinámica del capitalismo planetario.

### **Fiscalidad, el talismán de la izquierda del capital**

La cuestión de la fiscalidad y, concretamente, las maniobras sobre el sistema impositivo que llevan a cabo los gestores públicos, se ha convertido en el centro de la dinámica política de los países capitalistas. El régimen impositivo en cada país es una representación monetaria donde aflora el desequilibrio estructural que, a su vez, se proyecta sobre la gestión pública de la sociedad. De ahí que sea un punto de convergencia de la izquierda del capital en sus diferentes tonalidades, así como del humanismo burgués progresista, heredero del keynesianismo.<sup>15</sup>

---

<sup>15</sup> En este sentido, llama la atención la obra *El valor de las cosas*, de Marianna Mazzucato (Madrid, Taurus, 2019), un texto representativo de cómo la crítica del valor marxiana puede interpretarse de una manera sesgada para proponer políticas pragmáticas, centradas en la fiscalidad. No obstante, se trata de un trabajo riguroso e intelectualmente bien fundamentado; coherente con el principio de equidad redistributiva que inspira la socialdemocracia desde

Puesto que el valor subyace a cualquier reflexión acerca de la economía, en los círculos académicos progresistas de inspiración keynesiana, especialmente confrontados a las situaciones de crisis capitalista, la redefinición<sup>16</sup> de la categoría valor, al servicio del modelo de economía mixta, cobra relevancia a la hora de legitimar la intervención pública en la creación y distribución de riqueza (valor), como sucede en la obra de la profesora Mazzucato.<sup>17</sup>

Desde esa posición se propugna un capitalismo regulado y redistributivo, equitativo, innovador y de crecimiento sostenible, socialmente distribuido, con el fin de justificar la función social del capital privado y omitir la oposición radical entre propiedad privada de medios y recursos de producción de valor, así como las condiciones de reproducción social de los seres humanos.

En línea con el tipo de enfoque de la izquierda del capital, ese planteamiento contempla el valor como simple categoría económica, de mercado, formulada en términos contables, lo que deja de lado el hecho de que la categoría valor (fetichista) entraña un excedente significativo que subyace a su carácter meramente económico, aritmético, en la medida que se trata de una categoría que denota una relación social, es decir, está cargada de significación social, histórica, psicológica, etc. Por eso no puede reducirse a su dimensión meramente económica.

---

sus orígenes. Pero el problema no es el objetivo de su programa, sino por qué este no es realizable en las condiciones actuales de la dominación de clase. Por eso la propuesta socialdemocrática se reduce a un juego intelectual y académico bienintencionado.

<sup>16</sup> Como reconoce la autora, «comprender que los relatos sobre el valor están a nuestro alrededor, en todos partes —aunque no lo esté la categoría misma— constituye una preocupación clave del libro y resulta esencial para la viabilidad futura del capitalismo». M. Mazzucato, *El valor de las cosas...*

<sup>17</sup> *Ibidem.*

Tal y como se expone en el capítulo a propósito del valor, ese detalle en la consideración del valor es crucial para diferenciar la economía política de su crítica. Sin embargo, Mazzucato sigue presa del fetichismo del valor aunque, como los keynesianos, pretenda dotarle de un significado sesgado hacia la justicia distributiva basada en dispositivos fiscales, propios de la concepción humanista del capitalismo.

Esta reducción del valor a categoría meramente subjetiva, desprendida de su condición de relación social, impide igualmente abordar la innovación y el desarrollo tecnológico, como el crecimiento económico, en general, desde una perspectiva crítica, esto es, que ponga en tela de juicio la tecnología<sup>18</sup> y el sistema tecnocientífico en la justa dimensión de sus determinaciones e implicaciones sociales y económicas.

El complejo tecnocientífico es, por si cabe alguna duda, un rasgo específico de un determinado modo de reproducción social, unívoco y unidireccional, que a su vez es parte integrada del universo del valor, del proceso de valorización y acumulación de capital. A fin de cuentas, el complejo tecnocientífico actúa como fuerza productiva que predetermina el modo de distribución y responde al mismo principio —el valor—, en su propia producción, como cualquier otra mercancía.

Por eso, en el caso particular de la tecnología, como en el de las contratendencias, en general, sus límites objetivos son indicadores de que cualquier intervención

---

<sup>18</sup> Para la izquierda del capital, la tecnología es «neutral»; es decir, la izquierda sigue pegada a la promesa tecnológica y al tecnologicismo como ideología que propugna la solución de los problemas sociales por medio del aparato tecnocientífico y, lo que es aun más grave, esa pretendida neutralidad la hace recuperar mecánicamente la vieja consigna del movimiento obrero industrial acerca de la reapropiación de los medios de producción. Otra muestra de la limitación intelectual de la nueva izquierda.

que se pretenda alternativa no podrá consistir simplemente en cambiar las reglas del juego, esto es, en abordar las consecuencias inevitables de la lógica del valor, sino en cambiar de juego, aunque solo sea porque el juego del capitalismo da síntomas de agotamiento. Estos síntomas vienen manifiestos no solo en su proyección económica, sino también y especialmente en lo que concierne a apurar los límites físicos de la biosfera y de la humanidad misma, donde la enfermedad mental, pandemia del siglo XXI según la OMS, es un indicador inequívoco de la ruina psíquica de la subjetividad proletarizada consumidora.

\*

La fiscalidad aparece en el primer plano de los problemas de gestión en cuanto dispositivo de financiación del gasto público imparable, que es lo que está detrás del giro proteccionista de los Estados, de las disensiones en el seno de los bloques económicos (UE) y de la polémica dentro de los Estados nación, entre regiones ricas y pobres (Baviera, Norte de Italia o las disputas en el régimen autonómico del Estado español), ya que el desequilibrio en la balanza fiscal se convierte en desequilibrio territorial y social. La fiscalidad es el punto de disenso incluso en el seno de los propios partidos conservadores, como se ha visto en la crisis del gobierno británico en octubre de 2022 que llevó a la dimisión de la primera ministra<sup>19</sup>.

Desde luego, el régimen fiscal del país o región es uno de los factores primordiales, junto con las subvenciones directas, la proximidad al mercado de destino, la fluidez de las cadenas de suministro y los salarios, en la

---

<sup>19</sup> La primera ministra Liz Truss dimitió el 21 de octubre de 2022, después de 45 días en el cargo, ante la imposibilidad de llevar a cabo su plan de rebajas en la fiscalidad y de liberalización, amparada por el Brexit, una vez que el anuncio de dicho plan aumentó el desbarajuste y la desconfianza en la economía británica.

competencia desatada por la atracción de inversiones entre territorios y entre capitales, como los fondos de inversión transnacionales. Los gobiernos pugnan por ofrecer condiciones ventajosas, fiscales y en cuanto a subvenciones, para conseguir la instalación de nuevas fábricas o ampliaciones de las existentes en aquellos sectores como el de automoción o de semiconductores en la dinámica de relocalización productiva impulsada después de la pandemia.

Se llega así a una situación cada vez más difícil de equilibrio a tres bandas, que se resume en la inestabilidad social y económica patente en todo el mundo.<sup>20</sup> Las administraciones públicas se ven obligadas a hacer malabarismos a la hora de equilibrar las cuentas que resultan inevitablemente deficitarias debido a las partidas destinadas a las subvenciones y a lo que el Estado deja de percibir por las rebajas impositivas a empresas y patrimonios de la burguesía, mientras adopta medidas orientadas a la contención del gasto social (recortes) sin que supongan un nivel de desestabilización social que perjudique los eventuales beneficios de las inversiones productivas.

Llegados a este punto, reaparece el inevitable interrogante: ¿en qué medida esas maniobras financieras contribuyen realmente a una suficiente creación de valor que posibilite la acumulación de capital y el crecimiento económico? Aun sin tener en cuenta las nefastas consecuencias medioambientales del crecimiento económico, observamos que la actividad económica resultante — el capital acumulado— es insuficiente no solo para el sostenimiento de la reproducción social en una escala y tiempo relevantes más allá de un territorio reducido y por tiempo limitado. Al menos, las relocalizaciones y reconversiones de los últimos años así lo indican.

---

<sup>20</sup> Ver artículo sobre las movilizaciones laborales en la revista *Wildcat*, núm. 111, primavera de 2023.

Sin embargo, la izquierda del capital, en su versión keynesiana, cuya intervención política fundamental, racionalizadora y redistributiva, gira en torno a la fiscalidad, sigue anclada en las manifestaciones financieras, monetarias y contables de la crisis. Esto, en las actuales circunstancias, se puede calificar como una maniobra de distracción para no abordar las cuestiones reales, estructurales, de fondo, de esos problemas financieros. La sumisión cultural e intelectual a las categorías de la economía política materializa la sumisión ideológica al capital y lo que es mucho peor, la supeditación práctica manifiesta en los reiterados fracasos de los gobiernos socialdemócratas, gestores del capitalismo en crisis, que abre la puerta a la proliferación de los detritus ideológicos populistas y neofascistas.

Sirve de muy poco reconocer la importancia del valor y del trabajo productivo, etc., como hace la profesora Mazzucato, si se limita únicamente a circunscribir la noción de valor a la crítica de la ideología neoliberal sin reconocerla como lo que realmente es, al menos desde Marx: la noción clave de la crítica de la economía política y de la sociedad capitalista que la sustenta. Extender la noción del valor, de la creación de valor, a las actividades inversoras públicas y a las actividades realizadoras del valor, así como incluir el tercer sector en el PIB, pone en el mismo cajón el trabajo productivo, el trabajo improductivo y el trabajo socialmente necesario, lo cual quizá siente las bases para la legitimación de un nuevo pacto social,<sup>21</sup> pero de improbable viabilidad en virtud de la propia naturaleza de los diferentes tipos de actividad que intervienen en el mercado.<sup>22</sup>

---

<sup>21</sup> Al menos, eso parece insinuar su justificación del beneficio justo en virtud del riesgo, esfuerzo, etc., del inversor.

<sup>22</sup> De ser como lo presenta la profesora angloitaliana, ¿qué inconveniente habría en extender ilimitadamente las actividades de cuidados o de entretenimiento? Aunque aparentemente funcionan como mercancías, con un precio de mercado, en realidad

Ese corte conceptual respecto de la teoría marxiana es lo que hace incurrir a la citada profesora, así como a la izquierda del capital, en general, en la concepción meramente economicista del valor, abstrayéndola de las connotaciones de la relación social de explotación (producción de plusvalor) que tienen su origen en el proceso de producción y que se proyecta como antagonismo o conflictividad social de clase.

El reformismo de la izquierda del capital, a pesar de su consistencia formal, pragmática y moral deja, sin embargo, de lado dos aspectos fundamentales. Primero, que la ideología neoliberal es simplemente la forma ideológica que reviste actualmente la relación social del capital en crisis, por lo que su crítica o rechazo no comporta el cuestionamiento, ni intelectual ni prácticamente, del sistema capitalista en crisis, pues solo contempla un aspecto superficial, coyuntural y aparente de la relación social que es el capital.

En segundo lugar, al tratarse de una reflexión autolimitada, que elude el antagonismo estructural de la relación social capitalista para remitirse a su mera re-presentación política y a la reducción sesgada de la cuestión social como problema fiscal, lleva su pragmatismo a un callejón sin salida. ¿Cómo convencer a los ricos para que repartan su riqueza? ¿Cómo resolver el problema estructural de la falta de beneficio / valor para extender el modo de vida y *bienestar* capitalista a toda la población, como predica el progresismo de izquierda?

---

son un gasto socialmente necesario pero que, en términos de la economía política y de la acumulación privada de capital, lastra los beneficios y su acumulación. Aunque las entidades privadas prestatarias de los servicios asistenciales obtengan beneficios económicos, en el cómputo general de la riqueza socialmente generada en las condiciones impuestas por el modo de producción capitalista, representan un gasto.

La crítica del reformismo actual no obedece a un prurito tardío de espíritu luxemburguista, pretende simplemente salir al paso del autoengaño que significa la concepción tecnocrática de la cuestión social por parte de la izquierda del capital en crisis, cuyas consecuencias prácticas solo pueden abocar al fracaso electoral y de la gestión pública, además de sembrar el desconcierto y la desmoralización de masas. Ese es, una vez más, el terreno abonado para que medre el neofascismo como recambio ideológico y re-presentativo del capital en crisis.

El nivel de desarrollo de las contradicciones del capitalismo determina los límites económicos y políticos del mismo, que se manifiestan en el desmoronamiento de la democracia como sistema de representación política correspondiente a la fase histórica emergente del capitalismo. Los rasgos totalitarios, que revisten las democracias y el fracaso de la izquierda en el ámbito de la representación política, no hacen sino confirmar el carácter de la democracia como forma política del capital, cuyas vicisitudes van parejas a la evolución de esa relación social basada en el modo de producción de mercancías. Dicho de otro modo, a las peripecias de la acumulación de capital y sus dificultades.

El pensamiento de la izquierda no quiere reconocer que la transformación social no consiste simplemente en la modificación de los aspectos técnicos, monetarios, o en maniobrar con los precios, esto es, con las manifestaciones superficiales de la relación social que es el capital. La izquierda no quiere operar en la transformación de la relación social misma en lo que comporta como modo de vida. Lo que supondría una autocrítica, un autocuestionamiento, como parte sustancial que somos —en tanto sujetos proletarizados— de esa relación social.

Las objeciones de izquierda al reformismo de corte keynesiano no es que quieran introducir criterios de racionalidad, equilibrio y justicia social redistributiva,

sino que tales opciones son inviables en el actual estadio de desarrollo capitalista. Eso fue posible en una coyuntura expansiva del capital, durante los llamados *treinta gloriosos* y el Estado de bienestar. Pero aquellas condiciones ni se dan en el presente (crisis rampante), ni son deseables, ya que el crecimiento y bienestar de entonces trajo las consecuencias aniquiladoras sobre la vida social y la biosfera de ahora, con el desarrollo de la sociedad de consumo, el agotamiento del mundo y sus recursos.



## 4. Línea de quiebra y umbrales de coste

### **Crisis del salario (coste de reproducción del sujeto consumidor)**

Los límites de la economía política para hacer frente a las condiciones de crisis generalizada son el reflejo de los límites objetivos del desarrollo del modo de reproducción social capitalista. Entre estos, probablemente, el salario —la crisis del salario—, sea un indicador primordial de cómo se ha alcanzado un punto de inflexión que desborda el marco de comprensión de la economía política, precisamente en lo que se refiere al coste de reproducción del sujeto proletarizado consumidor.

Aunque, por una parte, el aumento de la productividad y el consiguiente abaratamiento de las mercancías permitan una reducción del coste de reproducción de la población proletarizada, en general, y del sujeto consumidor, en particular, por otra parte, en términos absolutos, el coste de reproducción del sujeto consumidor tiende a aumentar históricamente en lo que se refiere a consumo de recursos naturales, territoriales, técnicos, etc., transmutados en mercancías.

La depredación creciente del planeta por la extensión de la sociedad industrial y la simple comparación del coste de nuestro modo de vida (la cantidad de mercancías y servicios que consumimos) en comparación con el de nuestros abuelos, son dos ejemplos que describen una realidad incontrovertible en lo que se refiere a esa tendencia histórica antes mencionada y que asocia acumulación de capital con costes creciente de reproducción social y, al fin y al cabo, acumulación de condiciones de crisis.

Ahora bien, puesto que la tendencia al aumento del coste integral de la reproducción social e individual es consustancial al proceso de acumulación de capital, lo que es una contradicción lógica se expresa como paradoja práctica en la vida cotidiana. Es decir, el aumento del consumo de mercancías de la población proletarizada consumidora, necesario para que se lleve a cabo la acumulación de capital, entra en contradicción con la igualmente necesaria reducción del valor del sujeto consumidor que, en el mercado aparece en la forma representada, dineraria, del salario.

\*

En la sociedad capitalista, la crisis del salario, manifiesta en la *gran dimisión*,<sup>1</sup> en la desafección laboral que la propia temporalidad y la precarización provocan en las condiciones de vida del proletariado hasta el extremo de crear lo que se denominan *trabajadores pobres*, apunta a la línea de quiebra del modo de reproducción social.

Que una proporción creciente del proletariado asalariado en los países beneficiarios del expolio mundial no llegue a final de mes, entraña una profunda

---

<sup>1</sup> Se refiere a la oleada de abandono voluntario del trabajo que se produjo en los EEUU durante los años 2021 (47,7 millones de personas ) y 2022 (50,5 millones), las mayores cifras registradas en la historia, según el Departamento de Trabajo norteamericano.

significación que no puede despacharse como un hecho coyuntural o una circunstancia imputable a la codicia desenfrenada de los plutócratas. Cuando algo medular en la constitución de la sociedad capitalista, como es el salario, no es capaz de hacer frente a la reproducción de la fuerza de trabajo, ni siquiera en los países del capitalismo más avanzado quiere decir que hay una avería estructural irreparable.<sup>2</sup>

En primer lugar, la existencia de trabajadores pobres atraviesa diferentes sectores de actividad, es decir, no es privativa de un determinado sector en crisis. La pobreza asalariada se da tanto entre el proletariado agrario, como en un amplio espectro de servicios (transporte, distribución comercial, asistencia a las personas, limpieza, servicio doméstico, mensajería y reparto, etc.). Incluso en un sector de actividad boyante como es el turismo y la industria de la movilidad, a la fuerza de trabajo, sometida a jornadas extenuantes y contratación por temporada, ya no le sale a cuenta trabajar debido al alto coste del alojamiento en los centros turísticos.<sup>3</sup>

Esta es una realidad común a las grandes áreas metropolitanas, donde la especulación inmobiliaria y el mercado de los apartamentos turísticos, hace que el

---

<sup>2</sup> Como, a pesar de todo, la explotación intensiva de la fuerza de trabajo es insuficiente para proseguir con el crecimiento económico, se vuelve a la explotación extensiva, tal y como indica la nueva legislación laboral griega, aprobada en septiembre de 2023. Con ello, se legaliza el pluriempleo y la posibilidad de alargar la jornada de trabajo hasta 78 horas semanales, así como la instauración de una sexta jornada laboral en función de las necesidades de la producción. Véase «Reforma laboral griega: una nueva ley que abre las puertas a jornadas más largas y a un sexto día de trabajo», *El Salto diario*, 7 de octubre de 2023.

<sup>3</sup> Lo que se ha evidenciado el verano de 2023, hasta el punto de que las empresas de las Islas Baleares han tenido que improvisar medidas de urgencia ante la falta de personal para los servicios de hostelería y restauración.

alquiler de una vivienda oscile entre el 60 % y 90 % del sueldo mínimo interprofesional (SMI) que asciende a 15.120 euros / año, a razón de 36 euros / día, según Real Decreto 99/2023, de 14 de febrero. En 2021, según últimos datos del INE, el 17,53 % de trabajadores cobraba por debajo del SMI (13.370 euros), un 25 % de las mujeres que trabajaban y un 10,7 % de los hombres. A su vez, el porcentaje que cobraba entre una y dos veces el SMI era de 46,84 % (el 44,85 % de las mujeres y el 48,67 % de los hombres).

En segundo lugar, la simultaneidad del creciente número de trabajadores pobres, con mayor incidencia en mujeres, migrantes y jóvenes, junto con las dificultades de la acumulación de capital, tanto en la escala global como local, indica que a pesar de la sobreexplotación de esa fracción del asalariado pobre, el modelo socioeconómico imperante no marcha. Las reducidas cuotas de crecimiento económico y la caída de las inversiones productivas, realmente generadoras de empleo, a las que se suma la inflación, vienen a verificar que la ley de la caída tendencial de la tasa de beneficio (Marx) se ha realizado, marcando un punto de inflexión en el proceso de reproducción social capitalista.

En tercer lugar, vista desde el mercado, la paradoja que representa la existencia del asalariado pobre en la sociedad de consumidores señala que la sobreproducción resultante de la enorme capacidad productiva de bienes y servicios no se corresponde con la capacidad adquisitiva de la población proletarizada; al contrario, la desviación entre la sobreproducción de mercancías y su absorción por el mercado (consumo) es cada vez mayor, a pesar de la ampliación de los mercados en términos contables absolutos. Se trata, una vez más, de la sobreproducción que caracteriza la crisis estructural rampante.

En cuarto lugar, la crisis del salario que se expresa en los trabajadores pobres muestra asimismo los límites de la monetización<sup>4</sup> de las actividades económicas bajo la lógica capitalista, es decir, los límites objetivos de la economía capitalista o, dicho de otro modo, los límites a la conversión de toda actividad en valor de cambio.

El escamoteo de esos límites mediante triquiñuelas monetaristas y subvenciones, más o menos encubiertas, afloran como falta de rentabilidad de las empresas e imposibilidad de satisfacer la subsistencia de los trabajadores pobres que requieren, a su vez, de asistencia financiera (subvenciones). Que exista una masa creciente de trabajadores pobres, es decir, cuyo valor de mercado (salario) no alcanza para satisfacer sus necesidades mínimas de reproducción y que, por otra parte, esa masa proletarizada tenga una función determinante en la acumulación de capital globalizado, como subjetividad consumidora, sugiere que la historia de la humanidad, materializada en el modo de producción —y de reproducción social— capitalista tan solo puede arrastrar una inercia declinante.

Si trabajar ya no sale a cuenta, como pone de manifiesto *la gran dimisión*, la revuelta de los chalecos amarillos o la oferta salarial en el sector de la movilidad y

---

<sup>4</sup> El reduccionismo monetarista hay que entenderlo como un movimiento táctico dilatorio de la clase gestora en su intento de tapar la inexorable pendiente por la que se desliza el capitalismo en su fase globalizada. Así es como las contradicciones estructurales del modo de reproducción social, que aparecen como problemas concretos del día a día (producción de residuos, contaminación), se intentan abordar mediante *soluciones* monetarias, contraviniendo el más elemental sentido común: pagar para contaminar. Una *solución* de mercado (compra venta de derechos de emisiones de CO<sub>2</sub>, NO<sub>2</sub>, etc.) para un problema cuya problemática está en otro sitio, a saber, el de la subsistencia humana en el ecosistema que es el mundo.

el turismo,<sup>5</sup> quiere decir que el proceso de valorización y acumulación de capital simplemente no funciona. En otras palabras, la ley del valor ya no cumple la función dinamizadora de la historia; y comienza a mostrar cada vez mayores dificultades para continuar siendo el principio que rige la reproducción social.

Asimismo, conviene recordar que la crisis del salario se manifiesta, aunque de forma indirecta, en la actividad no asalariada, pero socialmente necesaria, del voluntariado. El mantenimiento del orden social capitalista descansa sobre unas bases que generan inestabilidad, como la transferencia de valor hacia las actividades improductivas, nocivas o parasitarias (subvenciones y maniobras monetaristas) y la enorme masa de trabajo no pagado, no contabilizado en las cuentas de resultados empresariales o públicas, pero que interviene en el proceso real de valorización. Esto no constituye, desde luego, algo nuevo. Es bien conocido el papel que jugó en la fase de acumulación primitiva el trabajo no pagado de las mujeres (reproducción, cuidados) y el trabajo esclavo.

La particularidad del presente está, sin embargo, en que esos recursos, que siguen siendo operativos en el proceso general de la economía capitalista y a los que se añaden las actividades asistenciales del voluntariado, no son suficientes para un eventual relanzamiento económico; lo que una vez más es el reflejo de una contradicción estructural que, por eso mismo, es también indicativa de eventuales potencialidades transformadoras.

---

<sup>5</sup> En el verano de 2023, las empresas hoteleras de los principales destinos turísticos españoles no encontraban trabajadores porque los salarios ofrecidos estaban muy por debajo de los costes de reproducción de la fuerza de trabajo, comenzando por el precio de los alquileres. Incluso la prensa comercial se hizo eco de esa situación.

En cualquier caso, el sistema socioeconómico capitalista funciona gracias a esa gran cantidad de trabajo no pagado y no contabilizado,<sup>6</sup> pero realmente efectivo, que realizamos.<sup>7</sup> Este comprende el conjunto de tareas socialmente necesarias que llevamos a cabo, mediante contribuciones directamente económicas o con la disposición de tiempo y esfuerzo personal, en proyectos y actividades que, de otro modo, serían irrealizables, bien por su inviabilidad económica en el mercado (colectivos agroecológicos, cooperativas), bien porque supondrían un coste añadido que desequilibraría aún más el déficit público.

Por lo demás, en el ciclo de conflictividad reciente (guionistas, actores y actrices de Hollywood, automoción norteamericana), vuelve a aparecer en primer plano la crisis del trabajador asalariado, independientemente de que se trate de actividades improductivas del sector del entretenimiento<sup>8</sup> o socialmente necesarias, como en las movilizaciones sanitarias. En el telón

---

<sup>6</sup> El tercer sector, donde se camufla parte de la actividad del voluntariado, sería solo un indicador oficial muy parcial de todo el trabajo difuso en las actividades cotidianas de cuidados, servicios y donativos que son fundamentales en la reproducción social y la subsistencia cotidiana de la gente. Trabajo o actividad que, por su propia naturaleza, «no tiene precio», es decir, que encuentra limitaciones objetivas para su monetización como servicios de mercado por su carácter de trabajo improductivo (cuidados), desde el punto de vista de la economía de mercado, lo que se traduce en un escaso valor de cambio (precio hora de cuidados) que, a su vez, deja escaso margen de negocio o de beneficio para la empresa privada.

<sup>7</sup> Ya sea para los bancos en la gestión de nuestras cuentas o para la administración pública, mediante la gestión electrónica, se trata de trabajo no imputado en los ejercicios contables, pero realmente determinante en la actividad pública o privada correspondiente y que se concreta en ahorros presupuestarios en el primer caso, y beneficios financieros en el segundo.

<sup>8</sup> Ver en el siguiente capítulo, la sección «Un conflicto significativamente... *improductivo*».

de fondo del conflicto de la sanidad está el hecho de que la actividad profesional sanitaria, como ocurre con el resto de actividades socialmente necesarias, no tiene solución a largo plazo mientras quede atrapada en su dimensión mercantil, monetizada (salarial e inversora).

El sector sanitario, como actividad integrada en el sistema público de asistencia, se ve afectado por la crisis de valorización de capital que comporta aumento del gasto deficitario del Estado y «recortes», así como por el hecho mismo de una concepción de la sanidad como servicio para el consumo de mercancías.<sup>9</sup> Sin un giro claro hacia alguna forma de socialización del sistema de salud y de la noción misma de salud, como la del Estado de bienestar, tanto la degradación de la atención, como la deriva del conflicto serán tan previsibles como las que apuntan el resto de movilizaciones que, al menos hasta ahora, aparecen como una expresión, entre otras, de la descomposición de la sociedad capitalista.

Sea como fuere, es inevitable que, entre los factores paralizantes de la contestación social haya que incluir la crisis del salario, los límites históricos del régimen asalariado como medio de garantizar la subsistencia humana (la reproducción social) y el hecho de que la eventual reapropiación del mundo —de los medios de producción—, como propugnara el movimiento obrero industrial de la fase expansiva capitalista del que somos herederos, ya no es factible en la forma propuesta en el pasado.

Desde una posición crítica consecuente, no cabe la reapropiación del aparato tecnocientífico sobre el que

---

<sup>9</sup> La conversión en mercancía del trabajo socialmente necesario (cuidados, salud) toca su techo histórico en donde los conflictos de la sanidad son epifenómenos de un modelo sanitario capitalista agotado, en el que la privatización es el último recurso para alargar el ciclo de negocio de la mercancía salud (consumo farmacéutico), pero no para la resolución de la contradicción que comporta la conversión de la salud, de la vida, en definitiva, en mercancía.

se apoya la reproducción social en el capitalismo declinante, sino una estrategia consciente de desguace. Y ahí la crítica de la sociedad industrial, por minoritaria que sea, no deja de ser un rasgo que apunta hacia el cambio de mentalidad necesario respecto de la subjetividad proletarizada consumidora.

### **La noción de progreso y el franqueamiento de umbrales**

Como acabamos de ver, la crisis del salario representa, en la aritmética del mercado, la transposición de cierto umbral de costes en la reproducción social —y del individuo— que la hacen inviable en las condiciones capitalistas. Pero eso no es algo accidental en la evolución de la Modernidad; es una consecuencia coherente con el espíritu de progreso que inspira la práctica burguesa transformadora del mundo. Pues, la ideología progresista se resume en eso; en franquear umbrales aunque sea a costa del futuro de la humanidad misma.

Por eso, no basta con describir los rasgos de la descomposición social que anuncia el eventual colapso del capitalismo, sino partir de la premisa de que ya estamos en el colapso; de que es en la realización capitalista del colapso donde se inscribe nuestra vida cotidiana. No se trata, por tanto, de teorizar el colapso, como de ir un paso más allá y teorizar desde el colapso, ya convertido en experiencia de la cotidianidad.

La muy abundante producción de la literatura política incurre fundamentalmente en el diagnóstico de la situación —por lo demás necesario—, señalando límites concretos (en el consumo de energía, agua, territorio, en las llamadas economías de escala)<sup>10</sup> que ya

---

<sup>10</sup> Las economías de escala impulsadas por la concentración de

hemos franqueado o estamos a punto de franquear. No obstante, la propia magnitud del desastre, hace necesario indagar en los límites objetivos de la dinámica histórica capitalista.

En este sentido, reconocer que se han franqueado umbrales históricos sin retorno en la esquilación de la biosfera y que conciernen tanto a la realidad macroeconómica de los grandes ciclos de desarrollo, acumulación de capital y crisis, como a la realidad microsocial más perentoria, es un punto de partida para proceder al necesario desplazamiento de la problemática de la cuestión social que intente, al menos, ponerla al día de la dominación real del capital.

El espíritu progresista de la modernidad no es otro que la obsesiva idea de franquear umbrales en cualquiera de los aspectos que conciernen a la existencia humana, ya sean en el terreno de la producción material (productividad, tecnología), del conocimiento (producción de ideología y de la subjetividad consumidora), como en cualquiera de las manifestaciones de la vida cultural en general (el superhombre / supermujer deportista), hasta alcanzar la superación de la propia condición biológica del ser humano que predica el transhumanismo.

En cualquier caso, en la tendencia capitalista a la transposición de umbrales de desarrollo en todos los ámbitos, adquiere una especial significación la tendencia al franqueamiento de los niveles de costes de la reproducción social. Estos costes —evaluados incluso en los términos restrictivos de la economía política—, aparecen como representación en el mercado de los límites estructurales del sistema social capitalista.

---

capital significan también concentración de riesgos, de accidentes y de impacto de la conflictividad, como por ejemplo, en la huelga de las refinerías de Francia en octubre de 2022.

\*

Al hilo de lo expuesto acerca del desequilibrio que propicia la terciarización, en cuanto al mantenimiento de la sociedad de consumidores, es inevitable subrayar el vertiginoso ascenso del coste que supone la producción y mantenimiento de nuestro modo de vida, tanto si lo abordamos en términos meramente economicistas, del gasto y consumo de cosas / mercancías, como si lo hacemos atendiendo a su impacto general sobre la biosfera (cambio climático y devastación territorial, entre otros).

Estos costes, cuantificables en términos de consumo de energía, movilidad, territorio, están materializados en la enorme proliferación de objetos y servicios que, resultantes del complejo tecnoindustrial, pueblan nuestra existencia<sup>11</sup> y que apuntan hacia límites físicos objetivos, como advierten desde algunas instancias académicas y desde diversas agencias de gestión y mediación social.

Reconducir el análisis sociopolítico al coste de producción permite presentar los términos del colapso, o de la línea de quiebra del modo de civilización, como resultado de la relación social capitalista y no como fatalidad inexorable de la condición humana. Poner el coste de reproducción en el centro de la problemática es una manera de hacer comprensible la naturaleza de la reproducción social en su forma de representación económica más elemental, al margen de elucubraciones

---

<sup>11</sup> Hace algunos años, Caja Madrid patrocinó una exposición de un fotógrafo que tuvo la ocurrencia de ir fotografiando familias de distintos continentes delante de sus casas, con todos los enseres que previamente habían sacado y a las que pedía escoger el objeto más valioso. El conjunto ofrecía una sugestiva imagen de los contrastes entre modos de vida pero, sobre todo, ilustraba perfectamente los diferentes niveles del coste de reproducción a través de la cantidad de mercancías que cada familia presentaba.

coyunturales<sup>12</sup> y de reduccionismos economicistas que eluden el trasfondo estructural subyacente a los fenómenos de mercado (la inflación entre otros).

El análisis de la crítica social a partir del coste de reproducción del individuo, ciudadano consumidor en la sociedad globalizada, es asimismo una manera de articular como problemáticas las diferentes instancias del ciclo de acumulación de capital, desde la producción y transferencia de valor en toda su dimensión planetaria (explotación de trabajo migrante y periferia capitalista suministradora), hasta su realización en la sociedad de consumidores. Esta problemática remite a los límites de la explotación del trabajo vivo (productivo de valor) y a los límites tecnológicos, resultado de la carrera innovadora, al tiempo que obliga a destinar cada vez más recursos financieros y materiales (agua, minerales, etc.) al mantenimiento del proceso de reproducción social capitalista.

De ahí que el aumento del coste de reproducción del sujeto consumidor, consecuencia de la mejora del nivel de vida que, según la acepción capitalista se cifra en el consumo creciente de mercancías, se nos presenta como un hecho imparable. Al mismo tiempo, pone en evidencia la imposibilidad de realización material de ese ideal de bienestar humano basado en el consumo creciente de mercancías. Trascendidos ciertos umbrales económicos, materiales y biofísicos, la subjetividad consumidora capitalista se convierte en una experiencia inviable en el corto plazo.

---

<sup>12</sup> Que atribuyen por ejemplo, los problemas del aumento de precios de alimentos y de la inflación, en general, a la guerra de Ucrania, el coste de la energía o las maniobras especulativas de la distribución comercial, es decir, a causas coyunturales, sin atender a las causas profundas, estructurales. Incluso cuando se invoca la sequía para justificar el aumento de precios agropecuarios, no se contempla en su dimensión estructural, como consecuencia del cambio climático.

El coste de reproducción social es la clave de bóveda de la gestión capitalista del mundo y de las políticas económicas, asistenciales y represivas de los diferentes gobiernos nacionales. Y lo es de forma cada vez más disyuntiva en relación con la acumulación de capital, tal como se hace patente en la crisis: la reproducción social a través de la producción de mercancías no funciona, a pesar de las «contratendencias» puestas en práctica, particularmente desde el batacazo financiero de 2008. Ni siquiera la mercantilización y el abaratamiento de los cuidados, como servicios de mercado de baja remuneración desempeñados por mujeres (predominantemente migrantes), resulta una vía de solución posible.

Entre otras razones, esto es así porque la monetización de los cuidados convierte en mercancía algo que por su naturaleza y función en la reproducción social «se resiste» al mercado, la especificación de los cuidados como servicios asistenciales mercantilizados, solo puede desembocar en la sobreexplotación de la fuerza de trabajo femenina<sup>13</sup> (la mayoría son mujeres) y en la transferencia de recursos financieros públicos a bolsillos privados. El negocio de las residencias de ancianos, donde ya están presentes fondos de inversión, compañías de seguros, etc., como los servicios a las personas, en general, descansa sobre esa doble vertiente.

En este sentido, cabe resaltar la «huelga general feminista» convocada por el Movimiento Feminista

---

<sup>13</sup> Desde luego, la vía de salida no está ni en volver atrás en la historia, ni acelerar la tendencia de la misma hasta apurar sus límites con el capitalismo, está en otro sitio; allá donde se redefine la categoría de coste de reproducción de la sociedad y de sus individuos a la luz de la autonomización real de las mujeres como sujetos sociales. Esto exige la reconceptualización del trabajo de cuidados (categoría capitalista ligada al mercado) como actividad socialmente necesaria bajo una óptica reproductiva no adscrita al mercado.

Autónomo de Euskal Herria el 30 de noviembre de 2023, que puso los cuidados y la atención a las personas en la base de la acción reivindicativa. Independientemente del seguimiento, notable en algunos sectores de actividad (enseñanza, comercio, administración pública) y teniendo en cuenta las dificultades de muchas mujeres (empleadas de hogar, sin papeles) para ejercer el derecho de huelga, la movilización feminista vasca supuso un giro cualitativo en la dinámica reivindicativa al subrayar la centralidad de los cuidados en el proceso general de la reproducción social. Incluso el gobierno vasco, a su pesar, vino a dar la razón a las huelguistas al decretar unos servicios mínimos del 80 %, corroborando la importancia social y económica de este trabajo.

Por eso la referencia a la reproducción y a la centralidad de los cuidados, que lleva a cabo la crítica feminista de la economía política, recompone la problemática de la cuestión social en el terreno de la dominación real del capital; en la materialidad concreta de la supervivencia y reproducción del ser humano, atendiendo a la condición humana en un sentido que desborda la condición de sujeto proletarizado consumidor inducida por la dominación formal del capital.

De hecho, como hemos visto (crisis del salario), la condición proletarizada asalariada ya no garantiza la supervivencia de la población mundial (polarización social, precarización laboral, «trabajadores pobres»). La sumisión asalariada ya no es garantía de subsistencia sino para un segmento de la población mundial cada vez más reducido, en tanto una mayoría de la población trabajadora no alcanza a cubrir el coste de reproducción de su propia fuerza de trabajo (trabajadores pobres, jóvenes con ayuda familiar). La crisis del salario, como medio de reproducción social, exige así una reconsideración radical que ponga en primer

plano la evaluación de la reproducción social capitalista en el mundo real finito.

Es en este punto de nuestra época, donde la inconsistencia lógica y práctica del principio rector de la sociedad de consumidores que, a lo largo de la historia del capitalismo ha sido camuflada mediante trucos monetaristas (inflación, devaluaciones, recortes presupuestarios, controles salariales), aparece con toda su crudeza.

\*

La fundamentación marxiana de la crítica de la economía política, en correspondencia con el capitalismo ascendente, se cifra en el protagonismo del proletariado, realizado en la clase obrera industrial. Sin embargo, la crítica de la economía política del capitalismo terminal ha de contemplar, además, la importancia del segmento proletarizado consumidor de los países desarrollados, como actor principal de la realización del capital y, por tanto, del cierre del ciclo de acumulación.

De este modo, la reflexión acerca de la subjetividad proletarizada y la experiencia de los límites que comporta, para que no se quede en elucubraciones sobre diversidades identitarias, ideológicas o de preferencias consumidoras, tendrá que acotar la reproducción del individuo en la sociedad capitalista en términos de consumo de recursos de todo tipo (energía, agua, alimentos, movilidad, entretenimiento). Es decir, la formación de la subjetividad proletarizada consumidora, referida a sus costes materiales específicos, confiere una significación política concreta a la tensión de la relación social capitalista del presente que, por eso mismo, puede decirse que tendencialmente ha trascendido el economicismo sociológico del movimiento obrero industrial.

La intuición decrecentista es, en este sentido, una oportuna llamada de atención, aunque no pase de la constatación fehaciente de una tendencia perceptible

desde hace lustros, como también hicieron, con otro alcance y en otras circunstancias, los filósofos de la advertencia frankfurtianos y también los críticos del valor, que dejaron constancia de los límites de las contratendencias a la crisis del capital.

Ahora bien, solo se toma conciencia de forma socialmente relevante en la situación material concreta; cuando la escasez (de alimentos y de recursos, en general) no es una hipótesis a corto plazo o una situación limitada a segmentos más o menos marginales de la población, sino una realidad práctica en la inmediatez de la satisfacción de las necesidades más perentorias de los segmentos proletarizados de los países hasta ahora beneficiarios del expolio mundial. Es entonces cuando la crítica y la advertencia cobran pleno sentido. Así ocurrió con la crisis de 2008 y la caída del consumo; y, posteriormente, se ha vuelto a ver con la pandemia y la parálisis de la megamáquina industrial, que aparentemente fueron momentos excepcionales de austeridad tras la decretada recuperación de la *normalidad* y la vuelta a la senda del crecimiento.<sup>14</sup>

El coste de la reproducción social es un hecho (un dato) histórico, concretado en los medios y recursos orientados a la obtención de una determinada estabilidad socioeconómica que se engloban en la noción de necesidades humanas. Por eso, el coste de la reproducción a que nos referimos es, como el propio capital, acumulativo. A fin de cuentas, el modo de producción de mercancías que es el capitalismo es, por esa misma razón, un modo de producción de necesidades, donde

---

<sup>14</sup> Una pretensión que, sin embargo, no se ha verificado en la dimensión social y geográfica prometida por los ideólogos mediáticos (ahí están los informes macro y microeconómicos de las instituciones internacionales y de los bancos nacionales para corroborarlo).

el consumo de masas es, junto a la inversión, un indicador básico de la actividad económica.

Necesidades y coste de reproducción son conceptos que van a caballo del proceso histórico de la acumulación de capital, como se ha señalado en páginas precedentes. El progreso, identificado con la mejora de las condiciones materiales de vida y la *esperanza de vida*, confort y seguridad ante las eventualidades naturales, etc., se encuentra, por eso, en estrecha dependencia de la evolución del modo de producción de mercancías.

Así, la expresión más alta del progreso social, materializado en el Estado de bienestar, fue el resultado de la expansión capitalista de la Segunda Posguerra Mundial, que sustentó la idea de bienestar y confort directamente ligada al consumo de mercancías. De ahí que la crítica de la noción de necesidad, en lo que se refiere a la reproducción social del individuo, como a la manera de proceder a su satisfacción, se haya vuelto uno de los ejes fundamentales de la crítica de la economía política, con la urgencia que impone, además, la inminencia del agotamiento de los recursos.

En la hora presente, el coste de reproducción social e individual es insostenible no solamente debido al grado insuficiente de desarrollo de las fuerzas productivas, como pretenden los obcecados progresistas tecnófilos, enganchados al desarrollismo tecnológico, sino porque la dimensión física de la biosfera no lo admite, dado que la expansión tecnocientífica también descansa sobre el consumo intensivo de los recursos materiales (minerales, energía, agua) de la biosfera.<sup>15</sup>

A pesar de todo, persiste el consenso en torno a la ideología progresista dominante, independientemente

---

<sup>15</sup> La denominada «nube» de la etérea internet, además de todos los elementos materiales que incorpora en la construcción como sistema de comunicaciones, es una consumidora intensiva de agua.

de su adscripción política derechista o izquierdista, consistente en el desarrollismo (crecimiento económico) y la promesa tecnológica. La huida hacia adelante de la digitalización, de la automatización, de la artificialización de la vida y, en último término, de la proyección transhumanista, son rasgos bien representativos de ese intento de potenciar las fuerzas productivas más allá de la naturaleza y de la capacidad física del planeta.<sup>16</sup>

\*

Por otro lado, el planteamiento de la cuestión social en el marco de la política como representación desvirtúa, en realidad, la polémica en torno al coste de reproducción social, al reducirla a uno de sus aspectos visibles, que es también el que puede dar más juego en el marco institucional y mediático, convirtiendo el problema de la reproducción social en una cuestión técnica (fiscalidad),<sup>17</sup> de gestión de recursos socialmente generados

---

<sup>16</sup> Eso sí, simultaneando espectaculares ceremonias internacionales acerca del cambio climático, la producción y crecimiento sostenible, la crisis alimentaria, etc., que tan solo sirven para el mantenimiento del subsector de la burocracia planetaria y acaparar espacio mediático, pues las disensiones entre la clase gestora de los distintos segmentos del capital globalizado, saltan a la luz enseguida y hacen de las conclusiones papel mojado. Las recientes cumbres internacionales sobre la adopción de medidas anticontaminantes dirigidas a combatir el cambio climático, enfrentaron tanto a los países que pugnan por la hegemonía mundial (China, India, EEUU), como a los considerados en vías de desarrollo, con las posiciones de los países europeos. Lo que representa realmente el problema del consumo de combustibles fósiles y sus consecuencias queda de manifiesto en la cumbre del COP28, con el anfitrión alineado entre los negacionistas del cambio climático.

<sup>17</sup> Dejando aparte el problema de cómo hacer pagar a los ricos más impuestos sin violentarlos directamente en su modo de vida, ya que el sistema de representación política —el Estado y sus instituciones, leyes, etc.— está determinado por la oligarquía financiera / tecnológica / industrial, el exagerado coste de reproducción social (despilfarro y agotamiento del planeta) tiene que ver, cada vez en mayor medida, con la plena realización de la do-

(reparto de la riqueza) susceptible de crear opinión y agregación electoral en contra del aberrante coste de reproducción de la clase dominante.

No cabe duda de que el coste de reproducción de la clase burguesa ha sido tradicionalmente alto,<sup>18</sup> tanto en las coyunturas expansivas del ciclo de negocio como en las recesivas, especialmente, en la actual crisis, donde en las estadísticas oficiales se reitera incluso la creciente polarización social y concentración de la riqueza. Así planteada, no obstante, la cuestión del coste no abarca sino una parte de la problemática relativa a la reproducción social. Actualmente el despilfarro tradicional de los magnates se ha «democratizado» en forma de infraestructuras e inversiones encaminadas a la reproducción de la sociedad y del ciudadano consumidor, mediante la diversificación de las necesidades de todo tipo (desde la alimentación hasta la movilidad, pasando por el ocio, los espectáculos, los aparatos electrónicos, etc) que inundan nuestra vida cotidiana.

La democratización o popularización del consumo masivo —el turismo y la bulimia de movilidad resultan ejemplares— hace inviable el modelo capitalista, aunque esa extensión consumista sea una condición necesaria de la evolución del propio modelo. Esa es, precisamente, la contradicción estructural de un modelo de

---

minación real del capital que conforma la realidad de la vida social humana en torno al consumo incesante (ampliado) de mercancías. El exhibicionismo dilapidador de la clase dominante, incluida la élite de la industria del entretenimiento, y los alardes de narcisismo de las burguesías gestoras y de las estrellas del espectáculo, son solamente epifenómenos del cretinismo dominante en el capitalismo tardío que no debe, sin embargo, llevarnos a interpretaciones fáciles, demagógicas y equívocas, aunque sean, sin duda, la parte visible y paroxística del problema.

<sup>18</sup> La descripción de la forma de vida de la burguesía que aparece en la producción literaria de los siglos XIX y XX, es una buena muestra de ello. Solo hace falta fijarse en su microcosmos doméstico y su servicio *interno* debidamente jerarquizado en sus funciones.

organización social que se manifiesta como paradoja en la vida cotidiana.

A su manera, la clase dominante es consciente de esta contradicción, aunque resulte impotente a la hora de resolverla. Esto explica las extravagancias de los psicópatas que conforman la plutocracia dominante del planeta acerca de las tecnologías electrónicas y la bioingeniería, preparando su huida hacia otros planetas. Algo que no pasaría de una manifestación delirante más, si no fuera porque se trata de gente con una capacidad de decisión casi ilimitada sobre nuestras vidas.

Sea como fuere, el hecho es que el coste de reproducción, aún en los estratos sociales inferiores de los países capitalistas desarrollados, es técnica, económica, financiera y físicamente (recursos de la biosfera) inviable. La subjetividad proletarizada del capitalismo terminal es literalmente insostenible y de muy poco sirve aferrarse a las reivindicaciones de sostenibilidad de salarios, puestos de trabajo, niveles de vida y confort, poder adquisitivo, etc., que están en el trasfondo de las movilizaciones sociolaborales de la reestructuración.

La afirmación de la subjetividad proletarizada como sujeto autónomo respecto del capital en su fase de dominación real, emplaza a algo más, lleva a una crítica radical que incluya, además de la crítica del modo de producción, el modo de su reproducción en el capitalismo en crisis terminal. Se hace así comprensible la naturaleza real de las condiciones materiales de existencia y de las necesidades como nociones inducidas históricamente por el capital; en concreto, la *producción de necesidades* que sustenta la sociedad de consumo en la expansión de la Segunda Posguerra Mundial.

La mentalidad que inspira la subjetividad consumidora del capitalismo hacia el consumo incesante de mercancías es, en realidad, la forma acaparadora que adopta la conciencia en correspondencia con el proceso

de acumulación de capital. Por eso resulta una obviedad apelar al consumo responsable o a la contención y austeridad —aunque haya que hacerlo— en la medida que solo tienen un impacto limitado. Lo determinante es que la imposibilidad material del consumo, impuesta por las circunstancias (crisis de 2008 y pandemia) realiza la crítica práctica del consumismo y, con ella, la posibilidad de suscitar un eventual cambio de mentalidad.

El consumo de masas del capitalismo declinante, como el consumo suntuario reducido a las élites dominantes de esta y de otras épocas, remiten a una misma mentalidad consumidora, depredadora y devastadora del mundo. Ahora bien, mientras solo se trataba de consumo de lujos elitistas, el impacto sobre la biosfera era limitado. Por contra, en el estadio actual ya no se puede ocultar el hecho de que el consumo democratizado, de masas, así como el aparatoso consumo de las élites, conlleva un coste económico, social y medioambiental insoportable para el planeta. De ahí que, en las actuales circunstancias, la crítica —y combate— de la clase dominante, tenga como punto de partida la (auto) crítica de la clase dominada, como realización de la contradicción social e histórica concreta que encarna la subjetividad proletarizada consumidora.

## **A vueltas con la cuestión agraria**

No es el propósito hacer un inventario de los umbrales históricos y prácticos franqueados por el modo de reproducción social capitalista, sin embargo, por su importancia determinante en la reproducción humana, el sistema agroindustrial merece algunas reflexiones.

Desde un punto de vista racional, de lógica elemental, es obvio que existen umbrales físicos en la

intervención humana sobre el entorno cuya transgresión implica consecuencias desestabilizadoras, imprevisibles y deletéreas. Hay umbrales históricos o puntos de inflexión en la historia de la humanidad que marcan cambios en las formaciones sociales y en su relación con el entorno físico de la naturaleza que, por lo demás, definen un determinado tipo de civilización o modo de reproducción social. Estos, una vez franqueados, no tienen vuelta atrás si no es a costa de una radical reconversión de las prácticas sociales y de las nociones que las hacen inteligibles y socialmente aceptables. En este sentido, la modificación del ciclo biológico de la tierra / cultivos es un caso ilustrativo.

En el marco de este ensayo, el sistema agroindustrial merece por eso una referencia especial aunque solo sea porque, por muy avanzado que se encuentre el universo tecnológico de la virtualidad, la ingestión de alimentos físicos sigue siendo una necesidad indiscutible, a pesar de las promesas de artificialización de la subsistencia humana (carne de laboratorio y demás hallazgos de la bioingeniería aplicada a la producción agraria y a la industria de transformación alimentaria). Para cualquier evaluación del coste de reproducción social se hace necesario «ir al campo», también para comprobar cómo la intensificación productiva del complejo agroindustrial es un factor fundamental en el actual ciclo de acumulación de capital y de sus limitaciones.

La lógica progresista y productivista se ha impuesto en la producción agraria, de tal modo que ha desestructurado y pervertido la lógica imperante en los ciclos de cultivo seculares, apegados a la búsqueda de un equilibrio con los procesos que tenían lugar en la naturaleza; equilibrio inestable por las eventualidades «naturales», fenómenos meteorológicos, telúricos, etc., imprevisibles. Sin embargo, la pretendida *solución* mediante

las aplicaciones tecnocientíficas muestra no solo sus limitaciones económicas y técnicas, sino igualmente sus efectos nocivos (agotamiento de suelos, envenenamiento de tierras y acuíferos, generación de residuos plásticos, etc.).

La ruptura que supone el sistema agroindustrial respecto del método de cultivo tradicional marca un punto de no retorno en cuanto a la extenuación y agotamiento —sobreexplotación— del suelo. Se ha superado ya el ciclo de la tierra que implicaba, entre otras cosas, contención productiva y adecuación de suelos y recursos (barbechos, abonos orgánicos), cultivos cíclicos (alternancia cereales, leguminosas), e igualmente se ha vulnerado un principio no escrito de equilibrio y racionalidad productiva que apunta directamente a las contradicciones actuales que aparecen como paradojas, entre ellas, la simultaneidad de sobreproducción,<sup>19</sup> despilfarro<sup>20</sup> y crisis alimentaria.

Puede decirse que hemos consumido el mundo —o al menos estamos a punto de hacerlo— y lo que es más relevante, la promesa de ampliar la capacidad del mundo mediante el desarrollo tecnocientífico y sus

---

<sup>19</sup> Como en el resto de mercancías, también en el mercado de la alimentación se está dando el fenómeno del outlet, con el fin de prolongar el ciclo de la mercancía en un segundo nivel, que dé salida al excedente de fabricantes y distribuidores (cambios de formato, de presentación, etc., debidos a la competencia) a precios de saldo. Se trata de cadenas de tiendas que, a pesar de su modesta facturación, se abren paso en el mercado, favorecidas por la escalada de la inflación, hasta el punto de que algunas de las grandes firmas de la distribución comercial, ya han puesto en marcha sus franquicias de bajo coste.

<sup>20</sup> Aún con las reservas que merecen las estadísticas oficiales, tanto de organismos internacionales (Naciones Unidas, Food Waste Index, 2021) como nacionales, estas presentan informes anuales del despilfarro alimentario de los hogares. Véase, «Datos del desperdicio alimentario en hogares», series 2018-2022, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.

aplicaciones de artificialización y sustitución de la naturaleza, de la que el mundo virtual es una imagen paródica. De hecho, la tecnificación del mundo tampoco puede dar respuesta al problema del agotamiento físico del planeta, aunque solo sea porque su coste, como vemos en el sistema agroindustrial, es ya insoportable, incluso en los términos contables más elementales de rentabilidad capitalista, sin la ayuda más o menos enmascarada de las subvenciones, entre otras, de la Política Agraria Común europea.

Aunque en el origen del capitalismo industrial la transformación de la producción agropecuaria se hiciera mediante la imposición a sangre y fuego (cercados). En la reciente implantación del sistema agroindustrial ha jugado un importante papel la seducción o, si se quiere, la mentalidad productivista de los productores agrarios, impulsada por las políticas estatales de fijación de precios, adquisición de excedentes y subvenciones. Ese conjunto de medidas monetaristas hizo posible la mecanización y automatización a ultranza de las labores agrícolas, la incorporación masiva de derivados de la industria química (fertilizantes, herbicidas) y el espejismo desarrollista, avalado por la coyuntura expansiva de la producción para el mercado mundial.

Ese proceso marcó igualmente la evolución del campo español durante la dictadura franquista — caso particular de la transformación agraria global— y la gran reconversión hacia el sistema agroindustrial, intensificado con la integración del Estado español en la Unión Europea. Es así como la incorporación de la producción agraria al modelo de producción industrial capitalista reproduce los problemas estructurales relativos a la caída de la productividad, paliada por el aumento de los insumos y del aparato tecnológico; la misma tendencia «fatal» hacia el aumento de la composición

técnica (CTC)<sup>21</sup> y orgánica de capital (COT) que afecta al sistema general de producción de bienes y servicios.

\*

El paso de la agricultura tradicional al modelo de la agroindustria, con el sustento ideológico del ideal de progreso y la falacia de la abundancia con el fin de atajar el hambre, impulsó la llamada *revolución verde* que, fomentada por la Fundación Rockefeller, además de su impacto demoledor sobre la agricultura tradicional en los países capitalistas avanzados, fue un mecanismo de neocolonización en África, Asia y América Latina.

El telón de fondo de todo ello fueron las necesidades de acumulación de capital mediante la intensificación de la producción agropecuaria (mejora de la productividad), de acuerdo con la lógica industrial de la automatización de las operaciones. A partir de ahí, la mecanización de las tareas agropecuarias y los avances en la investigación química, aplicada al sistema agroindustrial, representaron un salto que aboca a la producción agraria a límites infranqueables (crisis de sobreproducción y falta de rentabilidad), de forma similar a lo que ocurre en el conjunto de la producción industrial de mercancías.

Aunque el alejamiento de la tierra que propicia la expansión de la sociedad industrial sea la tendencia histórica dominante, sin embargo, la tierra o, más concretamente, la producción agraria, como fuente de

---

<sup>21</sup> El creciente endeudamiento de las explotaciones agrarias traduce en términos financieros las consecuencias de esa tendencia al aumento de la composición técnica del capital agropecuario que es la causa que está detrás de la desaparición de las mismas ya que, a pesar de la secuencia inversora que se inició con la mecanización de la década de 1960, la rentabilidad de las empresas agropecuarias va a la baja. Dicho brevemente, la producción obtenida y su realización en el mercado en muchos casos no permitiera el retorno de la inversión.

valor que enunciaron los fisiócratas en los comienzos del modo de producción capitalista, sigue vigente incluso en el capitalismo financiarizado. No en vano, la renta de la tierra sigue siendo punto de referencia para los fondos de inversión típicamente especulativos de los mercados de futuros sobre las cosechas previstas de algunos productos agroalimentarios (maíz, trigo, soja, cacao, café, etc.). Incluso en plena burbuja financiera, con la que se inauguró el siglo XXI, era frecuente la comercialización de *fondos de inversión* cuyos intereses estaban referenciados, entre otros, a la evolución de los precios de algunos productos agrícolas. Todo ello explica que los fondos de inversión transnacionales tengan, entre otros objetivos, el acaparamiento de tierras fértiles y agua para la producción directa de alimentos en monocultivos y sistemas agroindustriales que presionan sobre la agricultura tradicional en Asia, África y América Latina. Es decir, aún la forma de capital más abstracta, que representan los productos financieros, requiere un referente de materialidad concreta; como también ocurre con la realidad virtual y su dependencia de colosales centros de computación, que son consumidores insaciables de energía y agua.

\*

En este sentido, las iniciativas productivas agroecológicas, independientemente de su contribución al PIB, adquieren una importancia cualitativa en cuanto a dar una respuesta práctica y contraponer otra lógica que tiende, precisamente, a reducir la CTC en la actividad agropecuaria y, en consecuencia, a incidir sobre un factor determinante de la inviabilidad del complejo agroindustrial.

Sería una frivolidad despachar estas iniciativas desde la condescendencia de su consideración meramente ideológica, voluntarista, romántica o idealizadora de la vida rural. Desde luego, la importancia de la actividad

agroecológica llevada a cabo por pequeñas unidades de producción no estriba en su capacidad para dar respuesta a la demanda del mercado globalizado, ni tampoco en el hecho de que haya superado la dinámica del valor que subyace al intercambio de mercancías.

Lo realmente importante es que pone el acento en las economías de pequeña escala, en la acción colaborativa entre productores y consumidores, que evita la sobreproducción, y en el hecho de que, a pesar de que constituya un segmento —aunque modesto— del mercado, en virtud de su modo de producción sigue una política de fijación de precios que se desvía de los criterios imperantes en el mercado convencional.

Esas formas de producción y consumo de la agroecología de gestión autónoma desafían en cierto modo las reglas de producción y de mercado convencionales. Puesto que son intensivas en fuerza de trabajo, minimizan los costes de producción mediante la utilización de técnicas y recursos naturales o la ejecución de tareas con baja CTC. Además, su estructura productiva y distribuidora se desmarca sustancialmente de la producción agroecológica empresarial, que reproduce las mismas contradicciones y tendencias que el modelo agroindustrial (concentración de capital, de tierras y cultivos, distribución globalizada, etc).

Lo que distingue ambos modelos y los hace efectivamente —y conceptualmente— incompatibles es, precisamente, la producción para el mercado, que es el principio estructurador del sector agroindustrial, frente a la producción para la gente que impulsan esas iniciativas autónomas. Una diferencia de orden cualitativo que marca la diferencia radical, crítica, entre uno y otro modelo.

Diferencia, en fin, que juega un papel fundamental en la crisis alimentaria, en su definición y en el planteamiento de las eventuales soluciones. De ahí que la

tierra y, en un sentido más amplio, el control y gestión del territorio, se haya convertido en uno de los ejes de la confrontación social en la fase de dominación real del capital. Es algo que estamos viendo ya en las disputas y resistencias en torno a la instalación de macrogranjas, los usos especulativos de la tierra (construcción, turismo cinegético), etc., que están en el trasfondo de la crisis alimentaria. Manifiesta en la inflación, esta crisis se esconde mediante disposiciones monetaristas de corto alcance (precios subvencionados).

Independientemente de su dimensión actual, la teorización crítica de esas experiencias prácticas agroecológicas representan una tendencia a tener en cuenta a la hora de superar la crisis alimentaria, tal y como se plantea en el marco ideológico de la economía de mercado. No porque esas propuestas sean soluciones en sí mismas al problema de la alimentación humana, sino porque son experiencias concretas que intentan abordar la satisfacción de las necesidades básicas desde una concepción del modo de producción que entra en tensión con el complejo productivo dominante.

\*

Esto significa que el coste real de la producción de un tomate, patata, etc., en el modelo agroindustrial ha alcanzado un nivel «técnico», operativo y material, que ya no es asumible (ni mediante inflación y precios subvencionados), en tanto ha trascendido el nivel de equilibrio histórico de su composición técnica de producción entre trabajo vivo y trabajo muerto (tecnología). Como, además, se trata de producción para el mercado, a ese factor de inviabilidad se añade igualmente la tendencia al aumento del coste de realización (transporte, manipulación, etc.) para hacer efectiva su venta y cerrar así el ciclo de la acumulación de capital.

La producción de una hortaliza o de cualquier otro producto del sistema agropecuario industrial, conlleva

una composición técnica —y orgánica— de capital (CTC y COC) que describe una curva ascendente en cuanto a crecientes inversiones en tecnología, servicios logísticos y de transporte (incluida la producción de km 0) y en el procesamiento industrial, en general, de los alimentos.

La repercusión de esa tendencia al aumento de la CTC sobre el mercado se hace perceptible en el aumento de precios y en la concentración de la producción en cada vez mayores complejos agroindustriales (macrogranjas y concentración de la propiedad de tierras). Los recientes conflictos<sup>22</sup> en torno a la desaparición de las pequeñas y medianas explotaciones agrarias (familiares)<sup>23</sup> y la presión sobre los precios de producción (especulación) que ejerce la distribución comercial sobre la producción, son algunas de las consecuencias inmediatas.

Esa tendencia creciente de la composición técnica y orgánica de capital en la producción agraria, que sigue las mismas pautas que la producción de mercancías en el sector industrial tradicional, y que para la ideología desarrollista es ilimitada, en la realidad práctica del proceso de producción material, describe sin embargo una curva parabólica, en cuya fase de inflexión a la baja nos encontramos.

La composición técnica de capital, como el modelo de producción agroindustrial que sustenta, tiene unos límites históricos ya manifiestos en el proceso de producción (insumos al alza) y en el mercado (sobrepducción, inflación y crisis alimentaria), a pesar de la creciente explotación del trabajo agroindustrial

---

<sup>22</sup> AA.VV., *Ensayos de agitación rural. Rehabitar el campo vacío*, Ediciones el Salmón, 2022,

<sup>23</sup> Pueden consultarse las estadísticas del Ministerio Agricultura y Pesca español donde se registra a lo largo de los años esa progresiva desaparición.

(migrante y en otros continentes) y de la implantación de economías de escala (concentración de tierras y producción intensiva). Estos límites se traducen en problemas de valorización del capital agropecuario (caída de beneficios, endeudamiento, quiebras y desaparición de pequeñas y medianas explotaciones).

El aumento imparable de la CTC en la producción agropecuaria, reflejada en el aumento de los costes de explotación, ha llegado a un punto en que ni siquiera el impulso de la lógica productivista del complejo agroindustrial impide que se manifieste como falta de rentabilidad. La realidad es que la agricultura está subvencionada a través de distintos dispositivos enhebrados en la Política Agraria Común europea. Esta circunstancia viene a demostrar prácticamente que la producción de la alimentación humana básica no es eficiente en términos de la economía de mercado. Asimismo demuestra, como en el caso de los cuidados, que existen actividades humanas, directamente ligadas a la reproducción, que no son viables como mercancías, de acuerdo con su concepción y función en la economía de mercado.

De hecho, la producción agraria se mantiene de manera cada vez más inestable, mediante maniobras monetaristas que camuflan temporalmente las causas estructurales de la ineficiente actividad económica y, en este caso, de la producción agropecuaria. Además, las medidas monetaristas que pretenden atajar la escalada de costes, son maniobras ideológicas de distracción dirigidas a evitar el reconocimiento de las causas reales que provocan las subidas de precios.

Aquí también las apariencias engañan. Que la gran distribución arroje suculentos beneficios es la consecuencia directa de su control hegemónico sobre la cadena de suministro, así como de su capacidad de presión a la baja en los precios de producción, que obliga a los agricultores a vender por debajo de costes, lo que da margen a las firmas distribuidoras para la

manipulación especulativa de los precios de venta minorista.<sup>24</sup> Pero esta circunstancia no puede hacer olvidar que la causa real de la inflación no puede atribuirse solamente a triquiñuelas especulativas de las firmas que dominan las cadenas de distribución comercial. Estas simplemente aprovechan la ventaja que les brinda la organización de las cadenas de suministro para compensar con alzas en el precio final el aumento de sus propios costes de distribución, presionando sobre el proceso de producción.<sup>25</sup>

\*

Decir capitalismo es decir sociedad industrial. Su implantación —a sangre y fuego, no lo olvidemos— fue posible después de vencer la resistencia de las comunidades basadas en la reproducción social de tipo artesanal, es decir, después de vencer el rechazo al universo técnico industrial que toma el nombre de ludismo y que ocupa una nota a pie de página en la historia oficial. El caso es que con el desarrollo de la sociedad industrial se inicia una dinámica de alejamiento de los individuos y de las comunidades de sus medios de subsistencia, comenzando por el alejamiento físico y espacial de la tierra por parte de millones de mujeres y hombres, obligados a hacinarse en las aglomeraciones urbanas.

Andando el tiempo, esa alienación de la tierra y ese estrechamiento de la dependencia respecto de la organización industrial de la vida, ha alcanzado en la actualidad un grado tal, que la ruptura de las cadenas

---

<sup>24</sup> Ver al respecto las movilizaciones agrarias de los productores de leche, entre otros, contra las firmas que dominan la distribución comercial durante 2023.

<sup>25</sup> Para hacerse una idea de los márgenes de especulación en los productos agrarios, el Ministerio de Agricultura y Pesca español ofrece las estadísticas de la evolución semanal de los precios agrarios en origen, lo cual permite contrastarlos con los precios finales que paga el consumidor.

de suministro de los procesos de producción y distribución de mercancías pone en jaque el orden mundial, como se ha visto de forma inapelable y masiva durante la pandemia de la covid-19, pero que también se hace patente en los conflictos del transporte, los accidentes o los cataclismos naturales. En pocas palabras, el resultado del despliegue de la sociedad industrial ha vuelto completamente inerte a la población proletarizada ante las eventuales disfunciones del sistema de reproducción social, cada vez más complejo y vulnerable. Somos seres totalmente dependientes de la artificialidad, en primer lugar, como consecuencia de la enajenación de medios y recursos de subsistencia, comenzando por la tierra y la alimentación.

De esta manera, la terciarización de las sociedades avanzadas, al impulsar ese proceso de alejamiento, estrecha al mismo tiempo la dependencia de la vida humana respecto del modo de producción capitalista hasta un extremo dramático. Hace ya mucho que la sociedad industrial agotó su tiempo y entró en la fase de reestructuración y globalización persistente en que nos encontramos. Sin embargo, también el ciclo de terciarización que, como hemos visto, entraña profundas contradicciones estructurales encuentra, en la actualidad, una nueva frontera histórica para su desarrollo en la producción básica de la alimentación como mercancía.

La reproducción de la población urbana —y particularmente de las megalópolis— solo es posible mediante el desarrollo del sistema de producción agroindustrial y el funcionamiento de las cadenas de suministro cada vez más tecnologizadas. Esta premisa resulta cada vez más improbable cuando se considera la escasez de recursos y la tendencia creciente de costes como consecuencia, entre otros, de los límites de la explotabilidad de la tierra, de acuerdo con los parámetros capitalistas que rigen el modelo agroindustrial.

Por otra parte, de nada sirven las supuestas soluciones inspiradas por el productivismo, cuyos resultados han sido desastrosos, como la «revolución verde», o el rescate de tierras baldías<sup>26</sup> para su puesta en producción, si la explotación de las mismas sigue los dictámenes de la economía de mercado. Según proponen las políticas agrarias de la economía globalizada, se trata de proyectos que nacen con un elevado umbral de CTC, que siguen la pauta de mejora de la productividad por medio de las aplicaciones tecnocientíficas más avanzadas. Esto es, reproducen las contradicciones del modelo agroindustrial sobre nuevos ámbitos geográficos.

Por lo demás, el caso de la producción agroindustrial aquí mencionado, abre una serie de interrogantes de mayor alcance acerca precisamente de los umbrales históricos o los saltos cualitativos que a lo largo de la historia de la sociedad industrial han tenido lugar. Concretamente, plantea una cuestión central acerca de en qué medida la mecanización de las tareas, a partir de un determinado nivel técnico, no representa un inconveniente para su propia rentabilidad, en razón precisamente de haber vulnerado el carácter intensivo en fuerza de trabajo, que es consustancial a la producción agraria, si se entiende como medio de producción de alimentos y de satisfacción de necesidades sociales y no como producción de mercancías.

En este sentido, y siguiendo la estela de la historiografía no atrapada en la ideología progresista burguesa, habrá que reconocer en la resistencia ludita, materializada en la destrucción de las máquinas textiles de su

---

<sup>26</sup> La panoplia de propuestas va de la deforestación masiva (Amazonia) a la recuperación de barbechos (ver entrevista al ministro de Agricultura Luis Planas en *eldiario.es* del 8 de abril, 2023) y la iniciativa para la reconversión a tierras cultivables, según el estudio impulsado por la Diputació de Barcelona (*elpuntavui*, 7 de octubre 2023).

tiempo, una advertencia contra esa tendencia a aumentar la CTC y la ruptura de cierto umbral de equilibrio entre la intervención humana y la medición técnica en el proceso de reproducción social. En lo que aquí nos concierne, esto significa una invitación para reconceptualizar la alimentación, rescatándola de la condición de mercancía (valor de cambio), a fin de abordarla desde la crítica de la economía política del capital en crisis, es decir, ponerla en su sitio como necesidad básica de la reproducción social.

## **5. Implicaciones políticas de la quiebra estructural del modelo capitalista**

### **La formación de la subjetividad consumidora**

Las implicaciones políticas de la desviación estructural entre trabajo productivo e improductivo aparecen precisamente como desactivación política en la sociedad capitalista desarrollada. Y esto según la posición concreta que cada individuo, colectivo o grupo social ocupa en el proceso de acumulación de capital. La capacidad real de intervención social y política depende así del lugar que cada individuo, colectivo o clase ocupa en la cadena productiva / reproductiva de capital. En otras palabras, responde en primer lugar a una situación objetiva sobre la que interviene su condición subjetiva (voluntad y adscripción política concreta).

En este sentido, se puede establecer una distinción entre la acción que incide estructuralmente sobre el orden socioeconómico y la que opera como acción desestabilizadora, coyuntural, del orden público o social reproductivo. Al fin y al cabo, es la función concreta que desempeña la población proletarizada en el proceso general de reproducción social la que configura la relación de fuerzas real en la sociedad de clases.

Se perfilan así dos grandes líneas de conflictividad que se articulan en torno a intereses y formas de acción distintas, y que a lo largo de las cuatro últimas décadas han ido a remolque de las iniciativas del capital, esto es, de las decisiones de la clase gestora multinacional que gobierna la reestructuración. Así, por ejemplo, la reorganización mundial del trabajo, que supuso la deslocalización y consiguiente globalización económica, puso a la clase obrera industrial de los países de vieja industrialización en una posición claramente desfavorable en relación con el ciclo fordista anterior.

La acción reivindicativa de la clase obrera industrial, que incidía en la esfera productiva directamente y revestía, por tanto, una forma de intervención estructural, lesiva para la acumulación de capital, ha pasado a desempeñar un papel secundario, en correspondencia con su conversión en población proletarizada, excedentaria al proceso productivo, cuya intervención social incidía fundamentalmente en la esfera de la reproducción, del gasto estatal (desempleo, jubilaciones anticipadas)<sup>1</sup> y del orden público.

Aunque formalmente, en las movilizaciones de la clase trabajadora, por servidumbre ideológica a la moral del trabajo y para legitimar de algún modo sus luchas, se reivindicaba el mantenimiento del puesto de trabajo, la realidad era que las acciones se orientaban más bien por fuera del sistema productivo (subsidios de desempleo, indemnizaciones, jubilaciones anticipadas). El resultado «exitoso» de aquellas reivindicaciones contribuyeron, entre otros factores, a la formación de la subjetividad consumidora en la sociedad desindustrializada, sin por ello despreciar el enorme coste económico y social que supuso la reestructuración

---

<sup>1</sup> Un repaso de las movilizaciones de la reestructuración de las décadas de 1980 y 1990 así lo confirman.

para la acumulación del capital globalizado a la hora de mantener la paz social subvencionada.

El hecho es que una de las primeras consecuencias de la reestructuración productiva sobre las formaciones sociales del capitalismo avanzado tiene que ver con una nueva estratificación social donde, a grandes rasgos, el trabajo productivo y de servicios socialmente necesarios se descarga predominantemente sobre la fuerza de trabajo migrante, así como una parte cada vez más reducida del proletariado autóctono, mientras que la mayor parte de este se consagra a la esfera improductiva del sector terciario. De esta forma, la organización del trabajo en la sociedad terciarizada, al tiempo que disgrega la concentración fordista, recompone jerárquicamente la población asalariada de acuerdo con su función específica dentro del proceso general de reproducción social.

El proletariado migrante ocupa la posición inferior del modo de reproducción social en la sociedad terciarizada, tanto en los servicios peor pagados (cuidados, transporte, logística, comercio, hostelería) como en los sectores productivos (agroindustria y transformación alimentaria, construcción). La población autóctona del capitalismo desarrollado pasa a ser así un segmento intermedio en el proceso de proletarización global, tanto respecto del proletariado periférico, que como consumidores de productos básicos importados, así como respecto de la población migrante sobre la que recaen las actividades más penosas, de mayor cuota de explotación y con peores condiciones de trabajo y de acceso a la ciudadanía.

Esa jerarquización y estratificación social y funcional de la clase trabajadora reproduce rasgos neocoloniales en el centro del capitalismo desarrollado. La gestión política del capital en crisis, determina así que la fuerza de trabajo migrante se ocupe de las actividades

productivas o socialmente necesarias, englobadas en los cuidados, mientras que la mayor parte de la población autóctona se desempeña en actividades improductivas subvencionadas.

Una breve pincelada ilustra esta circunstancia. En diciembre de 2023 había 1,8 millones de trabajadores extranjeros no procedentes de la UE afiliados a la Seguridad Social, de los cuales 229.420 estaban inscritos (hombres y mujeres) en el régimen general agrario y 168.733 en el sector del trabajo doméstico, según datos del Instituto Nacional de Estadística (INE). Si añadimos, por ejemplo, que los trabajadores afiliados de origen africano en España eran cerca de medio millón de individuos y los procedentes de América Central 750 mil, podemos hacernos una idea general<sup>2</sup> acerca de quien constituye la fuerza de trabajo mayoritaria en las actividades agrarias<sup>3</sup> o en el trabajo doméstico, predominantemente femenino, así como en el resto de servicios de cuidados, y del turismo, construcción, transporte y mensajería.

Todo ello, sin contar la masa de proletariado extranjero (*sin papeles*) que estratégicamente se deja en los aledaños del mercado laboral para favorecer la cuota de explotación en el trabajo temporero del

---

<sup>2</sup> No es el objeto aquí profundizar en este tema, aun reconociendo las limitaciones de las estadísticas que exigirían mayores precisiones acerca de la fuerza de trabajo migrante. Así, por ejemplo, entre los trabajadores procedentes de la Unión Europea, se incluye la población rumana, cuyas condiciones de trabajo son bien distintas de los asalariados de otros países de Europa central, en cuanto a sus destinos laborales.

<sup>3</sup> En el caso de Cataluña, con el 16,3 % de población extranjera, según el Idescat, aún se hace más patente esa concentración de la población extranjera proletarizada en pueblos y comarcas de actividades agropecuarias y de la industria alimentaria. Seis comarcas superan el 20 % de población extranjera, entre ellas el Barcelonès, donde predominan los servicios.

sistema agroindustrial. Los costes laborales para el empresario se reducen así hasta el punto de no cumplir siquiera el precio / hora de trabajo establecido por convenio (en torno a los 6 euros), las contribuciones empresariales a la Seguridad Social, etc. A lo que habría que añadir la sobreexplotación oculta en el trabajo doméstico sin contrato.

Tanto la eventual actualización de la crítica de la economía política, como la teorización de la cuestión social contemporánea, deberían partir del reconocimiento de que los productos de nuestra subsistencia cotidiana provienen de la explotación de tierras y gentes que ocupan los estratos más bajos de la fuerza de trabajo de todos los continentes, incluido nuestro sistema agroindustrial y de servicios de atención a las personas.

Apurando los términos, podemos decir que la mayor parte de la población proletarizada consumidora conforma una sociedad de entretenidos subvencionados, sin más capacidad de intervención política que la de ejercer presión sobre los dispositivos de redistribución clientelar de los recursos asistenciales públicos como meros votantes. Se registra aquí una cesura objetiva, práctica, estructural, que debería ocupar el primer plano de la teorización e intervención que se precie crítica y anticapitalista.

\*

En virtud de esa subordinación, las formas políticas de intervención de la población desactivada se orientan hacia el ámbito de la acción simbólica y las formas ritualizadas de contestación social. Y esto por una doble razón: objetivamente, por su posición subordinada en el proceso de acumulación de capital en la cadena mundial, y subjetivamente, debido a su dependencia respecto de la financiación subvencionada de su existencia, que genera vínculos de adhesión y agregación en torno a las cadenas clientelares de las

organizaciones políticas y de la Administración. De este modo, a las condiciones objetivas de la desactivación se unen las subjetivas, de las que resulta la cesión de autonomía que caracteriza la relación política en la sociedad terciarizada.

La renovación del pacto social posfordista puede interpretarse así como una cesión de autonomía por parte del proletariado consumidor a cambio de seguridad en el mantenimiento de unas condiciones aceptables de existencia, mediante la garantía de cierto nivel de consumo que, a pesar de todo, como se ha dicho, resulta desestabilizador para el balance general de la actividad económica. El Pacto Social del capitalismo desarrollado adquiere, por tanto, unas connotaciones que conciernen directamente al pacto personal del sujeto individualizado, como ciudadano consumidor, y no ya como sujeto explotado en el proceso de producción. De este modo, el Pacto Social del capital en crisis se cifra en sumisión a cambio de bienestar y seguridad precarizadas.

En conjunto, se podría decir que se ha configurado una formación social de parias agradecidos, resultado de la gestión política segmentada de la población proletarizada, en función de su valor instrumental —y legitimador— dentro del sistema de representación como votantes. Se ha consolidado, además, la base social necesaria para el mantenimiento de la estabilidad social, mientras el trabajo productivo y socialmente necesario recae fundamentalmente sobre segmentos del proletariado inmigrado.<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> Acerca de la demanda de fuerza de trabajo migrante (más barata) y orientada a los trabajos no cubiertos por los autóctonos, a mediados del año 2023, la prensa comercial se hacía eco de la contratación en el mercado de trabajo internacional de 31 oficios relacionados con la construcción, lo cual es bien significativo en cuanto a las actitudes laborales de la población desempleada autóctona (13,26 %).

Sin embargo, esa gestión segmentada de la población proletarizada, avalada por el Pacto Social que ejecutan las instancias de mediación —partidos y sindicatos, fundaciones, ONG, tercer sector...—, otorgando privilegios relativos a cambio de servidumbre voluntaria, responde a un intercambio que está fuera de la lógica del valor y del mercado de trabajo. No hay correspondencia de equivalencia entre la prestación económica del Estado (subsidios, pensiones, servicios gratuitos) y la contrapartida del sujeto receptor. Es, por tanto, una excepción de mercado que no entraña intercambio de equivalentes en términos materiales, tal y como se da en la relación asalariada productiva. Esto supone un cambio considerable respecto del pacto social fordista. Actualmente la batalla real no se dirime en el ámbito de la ideología y de la representación política, donde el juego derecha / izquierda está cada vez más diluido en la quiebra estructural de la sociedad del capital en crisis.<sup>5</sup>

Todo ello queda reflejado en la política como representación y, concretamente, en los descalabros y contradicciones de las medidas de política económica, que incluyen la gestión segmentada de la población proletarizada. Pero la realidad es que la política se revela incapaz de mantener la estabilidad social porque la política como representación ya no se corresponde con el modo de reproducción social. Esa desviación, que se proyecta en la vida política cotidiana y en las revueltas sociales, remite una vez más a la línea de quiebra estructural de un modo de reproducción social inviable.

\*

---

<sup>5</sup> Reducido cada vez más a una escenificación mediática de profesionales cuyos papeles de representación son complementarios para el mantenimiento de la ficción de debate público que caracteriza la democracia representativa actual, como forma política del capitalismo declinante.

En esas circunstancias, la política se ha convertido en una actividad profesional, entre otras cosas, de la gestión pública; una manera de administrar la riqueza / valor disponible en las democracias improductivas del capitalismo en crisis, lo que marca una evolución de la socialdemocracia y de la izquierda del capital, en general, hacia su conversión en empresas auxiliares de la administración pública, ahora ya plenamente integradas en el complejo socioeconómico. Es una manera de reconocer el sometimiento a las transformaciones estructurales de la relación social del capital que la acción institucional de los partidos de la izquierda del capital, como el llamado sindicalismo de concertación, corroboran.

Las sucesivas transformaciones en las formas de explotación capitalista no se han correspondido con un cambio de la misma magnitud en la acción y conciencia proletarias, sin que eso signifique que las contradicciones de clase hayan sido resueltas. Aunque las movilizaciones y huelgas del ciclo de la globalización financiarizada no representan en sí mismas proyecciones o tendencias más allá del universo mental y social del capital ofrecen, sin embargo, una oportunidad de intervención y de transformación de la subjetividad.

Y es así porque las maniobras monetarias de la clase gestora, encaminadas a satisfacer las reivindicaciones laborales, atajando la inflación, favoreciendo el crédito y subvencionando excedentes poblacionales, etc., en razón de sus propias limitaciones, solo contribuyen a prolongar las contradicciones inherentes al modo de reproducción social capitalista, tal y como explicitan las políticas económicas de gobiernos y bancos centrales nacionales y transnacionales de las dos últimas décadas. De hecho, el seguimiento de la política económica rectora del mundo en el siglo XXI, lleva a constatar que las condiciones objetivas de la vida correspondientes a la fase de plena proletarización de la humanidad, ya

sea efectiva o aparente / subsidiada, son cada vez más inconsistentes, a pesar de que la izquierda del capital siga sin reconocer que la política, como representación, ha sido subsumida de forma irreversible en el ciclo de acumulación de capital.

De ahí que partidos y demás organizaciones de la llamada sociedad civil sean meras correas de transmisión del capital industrial y financiero que cumplen una función en el mantenimiento de la división aparente de poderes de las democracias formales. Con ello se suscitan efímeros espejismos en el sistema de la representación política (Syriza griego, Bloco portugués, Podemos, Barcelona en Comú y sus homólogos en América Latina), que responden más bien a fenómenos circunstanciales de la descomposición social y política del capital en crisis, al tiempo que hacen resurgir anacronismos ideológicos.

En realidad, toda esa fenomenología de la llamada nueva política, más mediática que social transformadora, reitera la ilusión socialdemócrata de Rudolf Hilferding, junto al error conceptual consistente en identificar nacionalización, a través de conquistar la mayoría parlamentaria y el gobierno, con socialización, a pesar de las críticas ya surgidas en su tiempo (Rosa Luxemburg, Karl Korsch, entre otros).

La descomposición actual de los aparatos de representación política, en cualquiera de sus versiones, es indicativa de una sustancial debilidad analítica de la izquierda que la aboca, en el mejor de los casos, a desempeñar funciones profesionales administrativas al servicio de las fracciones empresariales hegemónicas del capital (telecomunicaciones, bancos, energía, ingenierías, agroalimentarias), una vez que la representación política se ha convertido en un nicho de empleo privilegiado en el mercado global de la fuerza de trabajo.

Como quiera que sea, la política como profesión no es algo nuevo. Hace poco más de un siglo ya era tema de debate entre Rosa Luxemburg y los líderes socialdemócratas. Lo novedoso es que esa profesionalización<sup>6</sup> se haya consolidado en la actualidad como estamento gestor de la sociedad, con intereses específicos, grupales, clientelares en la trama civil, que se rige por técnicas empresariales comerciales, que en la práctica nada tienen que ver con cualquier pretensión social transformadora. Este modelo de representación y gestión resulta, no obstante, costoso<sup>7</sup> e ineficiente en cuanto a la valorización de capital, aunque sea necesario para el encuadramiento social y la producción cultural e ideológica pacificadora.

---

<sup>6</sup> Que nadie vea en estas palabras censura moral alguna. La profesión política es una legítima forma de empleo en el mercado de trabajo capitalista, como cualquier otra instancia de gestión. Las objeciones radican en que esos profesionales quieran hacer pasar sus intereses corporativos como alternativa de emancipación social. Es en ese punto donde radica la crítica de la «nueva política» y de su tergiversación interesada de los mecanismos, mediaciones y representaciones que conforman la realidad actual de la dominación de clase.

<sup>7</sup> Referencia al coste de los representantes políticos sindicales financiados por los presupuestos generales del Estado. Es así como la pérdida de representantes parlamentarios de VOX, en las elecciones generales de julio de 2023, supuso una considerable reducción de su capacidad financiera —así como una regulación de empleo en su burocracia gestora—, ya que el 64 % de la financiación del partido proviene de las subvenciones institucionales. Con mayor o menor proporción, lo mismo ha ocurrido en Unidas Podemos, CUP, etc. Esta es la clave a la hora de explicar pactos, coaliciones, intrigas y tensiones de los aparatos institucionales. Quedarse fuera de la trama institucional es no solo perder financiación directa por votos obtenidos —o representantes sindicales en el caso de los sindicatos— sino quedarse fuera de los circuitos de gestión de las asignaciones presupuestarias para actividades asistenciales, cooperativas, culturales y, muy especialmente, de las licitaciones públicas de transferencia a la empresa privada.

El ciclo de la izquierda política que se abrió con la ocupación de las plazas y el surgimiento de propuestas aparentemente novedosas y verbalmente rupturistas, enseguida agotó su recorrido al evidenciar lo que en realidad era: una reencarnación de la socialdemocracia, reformista —o radical, de corte leninista— que pretendía ser el revulsivo de la deriva degenerativa de la socialdemocracia heredera del ciclo fordista. La escasa viabilidad práctica de su pragmatismo institucional en la gestión redistributiva tiene que ver precisamente con su incapacidad para abordar las causas estructurales de la desigualdad social, como consecuencia de su composición de clase, vinculada al sector improductivo.

En cierta medida, la formación de la nueva izquierda, sigue la estela de la representación profesionalizada del fordismo en los países desarrollados, que fue la última oportunidad de promoción social en la renovación de la aristocracia obrera mediadora, al facilitar el acceso de exobreros a las funciones gestoras propias de «liberados» y funcionarios sindicales, en línea con la tendencia general de terciarización de la sociedad desindustrializada.

No obstante, a diferencia de lo ocurrido en el ciclo fordista, el protagonismo de la nueva política corresponde al segmento de población joven cualificada que, a resultas del proceso de reestructuración en curso durante los últimos años, sufre un acelerado proceso de proletarización en diferentes formas de subempleo y precarización y que, sin embargo, no ha servido para llevar a cabo una acción política acorde con la radicalidad de su situación en el proceso de reproducción social.

Eso explica que la producción *teórica* de ese ciclo del movimiento quedara en manos exclusivamente de especialistas académicos, mediáticos y activistas del tercer sector, con una concepción de la cuestión social propia de una subjetividad subsidiada, improductiva

y circunscrita al horizonte redistributivo. Y es esa circunstancia, alejada de la experiencia de la explotación productiva, pero no de la dominación de clase, la que fundamenta una práctica eminentemente institucional y conservadora, propia de la política como representación, retomada de sus ancestros socialdemócratas. Su posterior deriva disolutiva es solamente la consecuencia lógica de su incompreensión de la radicalidad que atraviesa la sociedad burguesa en descomposición.

\*

La redefinición de la política, entendida como administración pública de la reproducción social, describe una realidad muy distinta de su consideración representada en el juego de las contraposiciones verbales, vagamente reminiscentes de las categorías e ideologías cada vez más devaluadas que alimentan el espectáculo mediático.

La política proyectada como espectáculo audiovisual, dentro de la industria del entretenimiento, cumple la función de pantalla de ocultación de la realidad de la administración pública como saqueo sistemático de la riqueza socialmente producida, acumulada vía impuestos. En primer lugar, ese saqueo se lleva cabo para el mantenimiento del propio sistema de representación y mediación profesionalizado (partidos, sindicatos, ONG, fundaciones benéficas, etc.), pues la política como actividad profesional abre igualmente la posibilidad de desarrollar actividades empresariales complementarias. Obviamente, la asignación oficial por los representantes elegidos no cubre las necesidades financieras de aparatos de gestión cada vez más burocratizados.

Esa masa de capital dinerario que administra el Estado se transfiere a la empresa privada mediante las licitaciones públicas, la concertación público / privada, las subvenciones, etc. La política consiste en eso: procede a

una redistribución del valor «público» acumulado con el fin de mantener un mínimo de estabilidad social y garantizar el sostén del aparato institucional.

Del mismo modo que el capital es una relación social, el Estado —la política— es una trama de relaciones que reproduce mecanismos de extorsión y expropiación de la población proletarizada en nombre de la ciudadanía al servicio de las corporaciones privadas.<sup>8</sup> Algo cada vez más flagrante en la medida en que las oportunidades de valorización del capital privado y de obtención de beneficios escasean en razón de la prolongación *sine die* de la crisis.

De esta forma, la política se reduce al mantenimiento de un equilibrio cada vez más inestable entre la consecución de unas mínimas condiciones materiales de subsistencia y el saqueo sistemático del erario público, en donde entran en juego, aparte de las corruptelas personales, partidistas y los tejemanejes de las licitaciones, la trama de relaciones institucionales del Estado democrático al servicio del capital privado.<sup>9</sup>

Todo ello plantea la necesidad de redefinir la política y, particularmente, la intervención política que se pretenda alternativa, transformadora, etc., en los términos reales y prácticos de su realización cotidiana. Eso supone, entre otras cosas, reconocer la subordinación de la política, en su función representada e institucional, a las determinaciones del capital (oligarquías

---

<sup>8</sup> Cuando no es aparentemente así, y resulta la representación de una alcaldía renuente a los dictados de los grupos de interés de la ciudad (turismo, comercio), entonces se recurre a cualquier forma de presión, incluida la más efectiva: la financiación de las nóminas de los funcionarios municipales por la banca. Ejemplos de diversa escala no faltan.

<sup>9</sup> Para muestra, un ejemplo que no requiere más explicaciones, véase «El otro peaje millonario de las autopistas», *El País*, 9 de abril de 2023.

empresariales, lobbys). Solo a partir de esa constatación, y del inevitable antagonismo que comporta, se puede elaborar teoría política, de lo contrario, seguiremos participando, profesionalmente o como amateurs y comparsas voluntarios, de ese subgénero del espectáculo en que ha derivado la política del capital en crisis.

La política como representación ya es puro cálculo aritmético oportunista<sup>10</sup> en función de los intereses específicos e inmediatos de la empresa / partido con el fin de acceder a instancias de representación que, de una u otra forma, se traducen en acceso a recursos de financiación. La política como representación es un juego de intrigas y pactos en la sombra que llena espacio mediático como una actividad, entre otras, del sector del entretenimiento.

El alejamiento del sistema de representación respecto de la realidad social que dice representar es tal que solo los dispositivos de agregación clientelares mantiene la ficción democrática.<sup>11</sup> Es, en cualquier caso, un indicio de la separación e inadecuación del sistema de representación política a las condiciones materiales reales de la reproducción social que la sustenta.

El hecho es que el sistema de representación política del capital en crisis ya no se corresponde ni siquiera formalmente con el modo de reproducción social. Los mecanismos que articulan la sociedad de consumidores están cada vez más distanciados de la política como representación. Esta es una contradicción que apunta

---

<sup>10</sup> La farsa de verano del sistema de representación política en España, después de los resultados de las elecciones generales del 23 de julio de 2023, ejemplifica hasta la caricatura la representación democrática de aplicación general, aunque con elementos particulares del modelo español de pervivencia tardofranquista.

<sup>11</sup> Los índices de afiliación a los partidos / empresa, como los niveles de participación en las contiendas electorales, apenas dejan espacio a la duda.

al agotamiento de la formalidad democrática realmente sometida al capital y transformada consecuentemente en oligarquía financiero-industrial-tecnológica que adopta la forma política del totalitarismo democrático.

Cuanto mayor sea el tiempo que la sociedad o, si se prefiere, la izquierda humanista, tarde en reconocer esa contradicción, que hace de la crisis de la democracia la expresión de la quiebra del modo de reproducción social capitalista, mayor será la penetración de la nueva derecha y su nihilismo enfundado en extravagancias y violencias de todo tipo.

La política ya no representa siquiera formalmente —o ideológicamente— la tensión o el antagonismo que, en la actualidad, pasa por otros derroteros directamente ligados a la reproducción social, a la materialidad de las condiciones de vida de la población proletarizada, lo cual implica tanto su concepción de la forma de vida como su realización concreta en el mundo, teniendo en cuenta las limitaciones objetivas de la biosfera.

### **El papel de la *derrota* de la clase obrera industrial**

Un tópico recorre la literatura de la izquierda política con lamentables efectos distorsionadores, fruto de cierta estetización de la derrota. No vamos a poner en duda el poder de seducción que la figura del perdedor ha tenido y tiene en la creación literaria y fílmica. Es más, puede decirse incluso que la figura del antihéroe es el bastión que sostiene algunas de las más memorables obras literarias y cinematográficas.

En esa misma estela, pero en el ámbito de la sociología, se inscribe la reiterada invocación de la derrota de la clase obrera como consecuencia de la amplia reestructuración industrial iniciada en el último tercio

del siglo XX. Entre las consecuencias de la transformación de la clase obrera industrial en los países de vieja industrialización y su conversión en fuerza de trabajo terciarizada y consumidora, hay que contar el impacto sobre los intentos de comprensión de esa transformación y su deriva, en buena parte de la producción teórica, hacia una retórica pretendidamente crítica o antagonista.

Si tenemos en cuenta que el desarrollo de la llamada sociedad del bienestar comporta la mutación de la subjetividad obrera industrial en subjetividad consumidora, reducir la cuestión de la lucha de clases a la dicotomía victoria / derrota no ayuda nada a reconocer los mecanismos que provocan esa mutación y menos aún las contradicciones y antagonismos que la acompañan.

El movimiento obrero industrial ha culminado su realización histórica como lo que realmente es: sujeto sometido, en oposición formal, ideológica, al capital que ha alcanzado su cima histórica en el Estado de bienestar. Y lo ha hecho, además, simultáneamente a la realización histórica de las tres variantes fundamentales del capital que protagonizaron y devastaron el siglo XX: la versión liberal, fundada en la propiedad privada y el *libre* mercado, y su expresión subsidiaria *humanista*, concretada en la economía mixta keynesiana; la variante autoritaria del capitalismo de Estado mal llamado socialismo real; y la nazifascista, como expresión explícitamente criminal de la acumulación y de la dominación del capital.

A la postre, de las tres variantes, la forma dominante ha sido la forma capitalista de mercado. Esta ha venido pareja al *triumfo* de la clase obrera industrial, que se ha realizado en la consecución de un determinado grado de bienestar bajo las condiciones materiales del capitalismo expansivo de la segunda mitad del siglo XX. La paradoja es que esa realización no es sostenible en el tiempo, ni

extensible en el espacio planetario. La implantación de la sociedad de bienestar ha puesto en evidencia, de forma implacable, el malestar real subyacente en cuanto a la sobreexplotación global y totalizadora del planeta, de hombres, de mujeres y de la biosfera.

Esa constatación es paralizante si se aborda bajo la perspectiva y las categorías del movimiento obrero industrial, como refleja el estancamiento intelectual y cultural de la izquierda aferrada a esa tradición. De hecho, la realidad de las formaciones sociales del capitalismo desarrollado, correspondientes a la fase de dominación real del capital, nos confronta con nosotros mismos en cuanto parte constitutiva de la relación social que es el capital y del sistema resultante de reproducción social; y lo hace en la doble dimensión de nuestra condición de fuerza de trabajo y de subjetividad consumidora.

De manera que, si ponemos en su sitio la mitología del obrerismo prometeico del capitalismo emergente y del movimiento obrero industrial, habremos de concluir que nuestro presente de sujetos proletarizados no puede ser evaluado en el marco de la dicotomía victoria / derrota, más propia del reduccionismo mecanicista que de la crítica y del análisis materialista y racionalista marxiano. Somos el resultado de una transformación de la relación social del capital (la reestructuración productiva global) que, en nuestro caso concreto de ciudadanos consumidores europeos, nos asigna una función y una posición específica en el proceso mundial de acumulación de capital.

Por lo tanto, ni derrota ni victoria, más bien mutación de la subjetividad, propiciada por la ficción de la sociedad democrática de consumidores de posguerra, que ha creado una subjetividad ciudadana cuya aspiración existencial se encuentra adscrita al universo mental y cultural de la economía de mercado. Ese es el fundamento de la creencia, ampliamente divulgada

por los diferentes sucedáneos ideológicos de la posmodernidad, según la cual la conflictividad de clase ha sido superada y disuelta en el andamiaje de las mediaciones promovidas por el nuevo orden mundial, cuando en realidad, la tensión social inherente a la relación capitalista, tan solo ha sido escamoteada mediante mecanismos monetaristas como el crédito, el acceso a la propiedad de la vivienda y el circunstancial bienestar resignado del ciudadano consumidor en el mercado globalizado.

Por eso es importante dejar de lado simplificaciones en torno a victorias y derrotas, para enfocar nuestro presente como resultado de un pasado cuyas prácticas adecuadas a la consecución de ciertos objetivos (aumentos salariales, seguridad en el empleo, servicios asistenciales), que fueron indudablemente exitosos, pero que, sin embargo, estuvieron fundamentalmente inscritos en una coyuntura industrial expansiva e irreplicable, en tanto su propia lógica (económica, social y de explotación de la biosfera) se ha vuelto inviable.

Estas prácticas del movimiento obrero industrial testifican, por decirlo de algún modo, el fracaso estratégico que siguió a una victoria táctica, materializada en el Estado de bienestar. Esta experiencia no es en absoluto despreciable para sus protagonistas, que vieron así culminadas sus aspiraciones de mejora de sus condiciones materiales de vida en la sociedad capitalista. Pero lo relevante hoy en día, es el reconocimiento y el cuestionamiento del trasfondo mental desde el que se llevaron a cabo las movilizaciones de entonces.

La derrota de la clase obrera industrial masculina fue, por decirlo de alguna manera, eminentemente ideológica y, si se quiere, también estratégica. Y esto en cuanto a la consecución del objetivo emancipatorio que le atribuía la concepción mecanicista y teleológica de la historia inducida por el dinamismo del capitalismo

ascendente y que ha sido la herencia intelectual de una parte del pensamiento revolucionario del siglo XX. En este sentido, quizá pueda hablarse de fracaso del sujeto histórico idealizado en la producción intelectual de la vanguardia ilustrada del movimiento obrero industrial, pero de ahí a afirmar el fracaso de la clase obrera fordista, al menos en su dimensión sociológica, hay un buen trecho. De hecho, la clase obrera concreta, compuesta de hombres y mujeres proletarizados, en la coyuntura de la sociedad de bienestar realizó su aspiración histórica como sujeto productivo en la sociedad del capital.<sup>12</sup>

De ser una derrota, sería la derrota de la subjetividad proletarizada en su específica condición obrera industrial, como se pone de manifiesto en la reestructuración de la década 1980, cuya secuencia continua hasta ahora.<sup>13</sup> En este ciclo histórico, la conflictividad laboral puso de manifiesto sus límites objetivos, al presentar batalla en sectores obsoletos, en vías de extinción o en proceso de deslocalización, y también subjetivos, en la medida que demandar un puesto de trabajo a la empresa o al Estado explicita la abdicación de cualquier idea de autonomía realmente antagonista. Pero, además, esto implicaba algo parecido a un contrasentido, ya que la reestructuración manifiesta en los expedientes de regulación de empleo indicaba que el puesto de trabajo mantenido hasta ese momento, se había vuelto superfluo.

---

<sup>12</sup> ¿Ha sido derrotada la generación de nuestras madres y padres, cuyas luchas, sacrificios, sufrimientos consiguieron unas condiciones de vida confortables, en términos de consumo de mercancía, hábitat, etc.? La derrota, en todo caso, fue de las vanguardias intelectuales, incluidas las surgidas en el seno de la clase obrera, que miraban más allá y propugnaban la implantación del comunismo. Fue, en todo caso, la derrota de las tendencias ideológicas del movimiento obrero industrial.

<sup>13</sup> Huelgas como las de Airbus, Nissan, Bahía Cádiz, Amazon, Glovo....

Las luchas en torno al precio de mercado de la fuerza de trabajo, que fueron exitosas en el capitalismo ascendente, están abocadas al fracaso en el capital en crisis. La fuerza de trabajo ha perdido su capacidad de negociación porque se ha vuelto *prescindible*, a causa de la deslocalización productiva y de la automatización creciente de procesos, lo que la lleva a verse reducida a funciones periféricas en la realización del capital.

Esa descomposición irreversible de la clase obrera es, en consecuencia, inductora de una conciencia de impotencia real y de una conciencia fatalista que nutre la resignación en la subsistencia subsidiada. Asimismo, esta define la inercia en la teorización de la cuestión social,<sup>14</sup> a pesar de que el momento social y político emplaza, al menos, a intentar la redefinición de las luchas y de las reivindicaciones en consonancia con la realidad de un modo de producción que toca su techo histórico.

Se vuelve así claro que, con el modo de producción, también el antagonismo alcanza, en su expresión formal, un determinado techo histórico. La dicotomía derrota / victoria remite, por lo demás, a la dicotomía burguesía / proletariado, propia de la sociedad del capitalismo naciente (dominación formal). Pero esa expresión formal de la lucha de clases ha evolucionado a lo largo del tiempo y la tensión antagonista se ha visto escamoteada por dispositivos de mediación (asistenciales, institucionales, tecnológicos), que modifican la dominación de clase respecto de las condiciones de dominación social del periodo histórico protagonizado por la burguesía decimonónica.

---

<sup>14</sup> De manera que la problemática a que da lugar la reestructuración capitalista en curso queda reducida a la defensa del puesto de trabajo, independientemente de su naturaleza, nociva o criminal (industria armamentista), y a una eventual reindustrialización que confluye con los objetivos promocionados desde la Unión Europea. Véanse los documentos de política industrial de la UE en: <https://www.consilium.europa.eu/es/policies/eu-industrial-policy/#strategy>

Por eso, la relación social que es el capital, en su actual grado de desarrollo, ya no se acota a los mismos términos ideológicos y sociológicos del capitalismo ascendente, donde burguesía y proletariado venían a remedar en la fenomenología de la sociedad burguesa la imagen de la dialéctica hegeliana del amo y el esclavo. Esa relación real, estructural, en su proyección aparente, ha evolucionado históricamente, a caballo de la división del trabajo y del descomunal desarrollo de las fuerzas productivas materializado en el complejo tecnocientífico.

La evolución del capitalismo no ha resuelto así la historia, en el sentido apuntado por la dialéctica hegeliana. Simplemente ha modificado y mistificado sus términos. En el capitalismo actual, la relación social del capital es una trama de mediaciones e imbricaciones entre la burguesía gestora y la población proletarizada que, lejos de superar o resolver el antagonismo, lo diluye, mixtificándolo, en las formas colaborativas realizadas en el mercado; desde la concertación sindical a la sumisión representada de la política, pasando por todas las prácticas de consumo, crédito y ahorro.<sup>15</sup>

La distinción real existente entre quienes tienen o no la necesidad de vender su tiempo de trabajo / vida para sobrevivir ha evolucionado en un sentido de mayor ambigüedad, especialmente en lo que se refiere a

---

<sup>15</sup> La consigna propagandística del «capitalismo popular» thatcheriano, no fue patrimonio solamente de la facción neoliberal de la clase gestora del capitalismo, también la izquierda del capital la hizo suya: el ministro del primer gobierno socialista de la Transición española, Carlos Solchaga, no tuvo empacho en decir que en España era muy fácil hacerse rico. Más allá de las proclamas publicitarias, el hecho es que ha habido una popularización de las posibilidades de acceder a la especulación inmobiliaria de pequeños y medianos propietarios. En un nivel superior, los fondos de pensiones —ahorros de los trabajadores— operan también como capitales especulativos en el mercado financiero mundial.

las capas subsidiadas de los países desarrollados, en virtud de su inserción en el engranaje de la reproducción social. Eso hace que la integración en el capitalismo no sea un simple movimiento subjetivo, ideológico, moral, de adhesión más o menos entusiasta a la ideología vehiculada por el reclamo publicitario, sino fundamentalmente una manera de ser funcional al proceso general de acumulación de capital.

De hecho, la *integración* (término despectivo en la crítica ideológica de las décadas de 1960 y 1970 contra la sociedad de consumo) es una estrategia que emana del propio desarrollo del modo de producción industrial capitalista. Una de las categorías que definen la reestructuración de las décadas finales del siglo XX es precisamente la integración de procesos en la producción industrial, y de ahí la integración del aprovisionamiento<sup>16</sup> en el ciclo de negocio empresarial.

La configuración de la actividad industrial como sistema económico comporta la plena integración del proceso de producción con el de realización y venta de las mercancías: el cierre del ciclo de negocio y de acumulación de capital, especialmente en lo que se refiere a la firma globalizada. La gestión empresarial del capitalismo avanzado integra en un mismo proceso la fase de producción y la de circulación y realización de las mercancías a lo largo de la cadena de suministro (materias primas, componentes, etc.) y de distribución (almacenamiento y transporte), como ciclo de negocio

---

<sup>16</sup> El gran movimiento de reestructuración productiva del último tercio del siglo XX, caracterizado por la implantación intensiva de las tecnologías de automatización electrónica, descansa sobre líneas estratégicas de automatización integrada, es decir, sobre la integración de los procesos de producción automatizados y del proceso de negocio empresarial, conjugando la integración horizontal (automatización e integración de planta) con la vertical del proceso de negocio empresarial (diseño, concepción y prototipo de producto, cadena de suministro, administración, etc.).

integral. En ese marco de creciente gestión logística, la digitalización de las actividades es una consecuencia en la línea evolutiva de la automatización de dispositivos, funciones y procesos de las últimas décadas.

La noción de integración hace referencia, de este modo, a una acción estratégica de la clase dominante en la organización social del trabajo y no simplemente a una opción subjetiva, de tipo ideológico como apareciera en los primeros momentos de la sociedad de consumo del capitalismo automatizado.<sup>17</sup> Se disipa así la retórica fatalista acerca de la integración (de la clase obrera, de los oprimidos, etc.), ya que esa *integración* no es algo definitivo sino circunstancial y versátil, e indicativo de tensiones de ruptura del quehacer cotidiano en el intercambio de equivalentes, en la medida en que las contrapartidas de la integración (pacto social, Estado bienestar) son cada vez más difíciles de arbitrar en el capitalismo en crisis, como pone de manifiesto la conflictividad social en el mundo.

Ahora bien, en la polémica en torno a la «integración obrera», actualizada en la ideología conservadora que predomina entre la población asalariada de los países desarrollados, en realidad, subyace el cambio de la subjetividad obrera a la subjetividad consumidora, conformada en torno a mecanismos económicos (subsídios, crédito) y sociales (trama institucional de mediación).

En la condición obrera del capitalismo ascendente, la mediación prevalente entre capital / empresa y trabajo consiste en la relación social simple e inmediata del salario; una mediación diáfana en cuanto a la relación social de intercambio y directamente ligada a la subsistencia cotidiana del proletario. Por contra, en la sociedad capitalista evolucionada, la proletarianización de la población se lleva a cabo mediante un conjunto

---

<sup>17</sup> Véase Paul Mattick, *Crítica de Marcuse*, Barcelona, Grijalbo, 1974.

de mecanismos y mediaciones que burocratizan la subsistencia en una trama de funciones de dependencia de la estructura del mercado y del Estado, al mismo tiempo que garantizan unas condiciones mínimas de subsistencia y de paz social subvencionada (renta básica, ayudas al alquiler, bancos de alimentos, ayudas contra la pobreza infantil, etc.).

Sobre ese garantismo de mínimos de subsistencia, remanente del Estado de bienestar, se asienta la subjetividad consumidora dominante de la población excedentaria que, en buena parte, profesa una creciente desafección práctica hacia el trabajo asalariado, pero no en la misma medida hacia la mercancía, hacia el consumo de los bienes y servicios producidos por esos segmentos del proletariado productivo cuya condición práctica de clase las aleja realmente del proletariado subsidiado. Se abre ahí una brecha concreta entre el proletariado migrante y la población proletarizada beneficiaria de la explotación neocolonial actual.

Con todo, es importante ir más allá de la mera constatación moralizante para intervenir sobre los límites reales, objetivos, históricos, consistentes en las medidas de contención y gestión segmentada de la población proletarizada, que trastocan esa separación administrada por la clase dominante. Y en ese punto entra el cuestionamiento de la subjetividad consumidora subsidiada, cuyo conservadurismo es la manera de expresar la impotencia y el fatalismo, en tanto el pacto social garantista ya es materialmente inviable. Cuesta reconocer que no hay salida en la lógica tradicional de la sociedad industrial, como evidencian las movilizaciones residuales de la reestructuración y de la pandemia.

Así las cosas, el esfuerzo antagonista pasa por asumir conscientemente la ruptura con las prácticas y categorías dominantes y que la realidad del capital, de la relación social sometida al dictado del valor, del mercado

y la mercancía ya no responde a los requerimientos de la reproducción social. El «fracaso» de la clase obrera es así un hecho realmente significativo, que está en vías de superación por la propia evolución del capital. Lo cual abre la perspectiva hacia un cambio real de las formas de intervención y... de la mentalidad.

Así considerada, la derrota del obrero fordista crea una situación donde surge una posibilidad real de superación / supresión de la mentalidad dominante que aparece como una necesidad subjetiva ligada a la realidad objetiva del derrumbe perceptible del sistema capitalista y a la exigencia básica de la preservación de la especie humana.



## 6. El ciclo de las movilizaciones de la reestructuración

LA ACUMULACIÓN DE CAPITAL ligado a la reestructuración (globalización y financiarización) conlleva igualmente una conflictividad acumulativa de movilizaciones y reivindicaciones que afectan directamente a las condiciones de crisis estructural. Estas movilizaciones tienen efectos directos —caída de los beneficios empresariales— e indirectos —agravamiento del déficit presupuestario y el aumento consiguiente de la deuda soberana—.

Por eso, en primer lugar, y como paso previo a encarar el ciclo de conflictividad de la reestructuración en curso, es necesario disipar el halo esteticista de pesimismo romántico asociado al tópico de «la derrota de la clase obrera».<sup>1</sup> En todo caso, como se ha señalado anteriormente, sería la derrota ideológica de la concepción del proletariado industrial masculino elevado a sujeto de la Historia, pero no de esa clase obrera

---

<sup>1</sup> Escudarse en la estética de la derrota para no proceder a la crítica radical —o sea, sin contemplaciones— de los logros y limitaciones de la clase obrera fordista y, particularmente, de las tendencias autónomas solo puede entenderse como nostalgia estéril y autojustificación de actitudes claudicantes o, aún peor, coartada para el arribismo y el carrerismo profesionalizado en el espectáculo político.

industrial cuyas movilizaciones consiguieron ventajosas condiciones materiales para el abandono del trabajo (indemnizaciones por despidos), de jubilación y prejubilación, así como mejoras en las condiciones de vida dentro de la economía de mercado (acceso masivo a la propiedad de vivienda y bienes de consumo de diversa índole).

Precisamente, ahora, el reconocimiento de esa derrota en su justa medida, esto es, como derrota de la elaboración ideológica de aquella experiencia histórica de la clase obrera industrial, es lo que haría posible llevar la crítica hasta sus últimas consecuencias, así como desentrañar en qué medida aquellos logros contribuyeron a transformar —y con qué coste— a aquella generación proletaria en la actual población proletarizada consumidora.

Si además añadimos la disposición del crédito barato como mecanismo de contención de la caída real de los salarios directos e indirectos, podemos apreciar hasta qué punto la aspiración de la clase obrera industrial estaba inscrita en el horizonte de la sociedad capitalista del bienestar y expresaba la dominación formal del capital, es decir, la dominación de la burguesía gestora sobre el trabajo en la relación social que es el capital.

Incluso las corrientes más radicales del movimiento obrero, englobadas en la *autonomía obrera*, afirmaban su autonomía formal respecto del capital empresarial mediante su condición e identidad proletaria, inducidas por la posición y función que desempeñaba en la sociedad industrial de su tiempo. Como quiera que sea, lo realmente importante de la corriente de la autonomía obrera, lo cualitativamente distinto, respecto del sindicalismo adaptativo, colaborativo y de concertación, es que sus iniciativas desbordaban el orden dominante organizativo, económico, legal. Lo hacían a través de acciones directas («huelgas salvajes», sabotajes, autorreducciones,

etc.) y formas de intervención y autoorganización como comunidades de lucha y resistencia.

Su importancia radica en esto mismo y no tanto en la naturaleza de sus reivindicaciones laborales, salariales o barriales, tendentes a mejorar la situación material del proletariado dentro de la sociedad capitalista evolucionada. Son esos indicadores de autoorganización y de indisciplina respecto del orden mental y práctico dominantes, que se dan en la conflictividad concreta, donde se descifran las posibles tendencias de ruptura con el capital. Porque es ahí donde se expresa la subjetividad proletarizada real.

Lo mismo puede decirse del ciclo de movilización posfordista. Pues, aunque tales movilizaciones se resuelvan en victorias pírricas, ya que sus logros se ven socavados por las políticas de ajuste, austeridad y control del gasto que marcan la liquidación del Estado de bienestar, es precisamente lo que ayuda a reconocer críticamente la transformación progresiva de la clase obrera industrial productiva (de valor) en proletariado improductivo, precarizado e involucrado en las actividades de servicios (desindustrialización) y, finalmente, en población proletarizada consumidora.

La reestructuración iniciada en las tres últimas décadas del siglo XX describe una progresiva desactivación, objetiva y subjetiva, de la clase trabajadora de los países desarrollados,<sup>2</sup> cuyas movilizaciones están replegadas cada vez más al marco jurídico y económico del capital en crisis, que es la base del tacticismo regresivo que deja la iniciativa a la clase gestora en cada

---

<sup>2</sup> La reestructuración capitalista persigue la reconducción de la acumulación de capital, aumentándola, pero por eso mismo también tiene una vertiente política que persigue la desactivación del potencial conflictivo de la población proletarizada. Ver «Notas para una (auto)crítica de la cuestión social en la coyuntura de crisis», *Ekința Zuzena*, núm. 49, 2023.

huelga, así como en las sucesivas tentativas de reforma (mercado laboral, pensiones, sanidad, educación, etc.).

A la vista de las movilizaciones, restringidas a la táctica reivindicativa dentro de la economía de mercado, es necesario reconocer que ese tacticismo responde a una sumisión ideológica de la izquierda, plegada a la dinámica de la sociedad industrial, desarrollista, nutrida de progresismo tecnológico y generadora de bienestar vinculado al consumo masivo de mercancías que, en la actualidad, ya se ha vuelto inviable.

La sumisión ideológica de la izquierda a la economía política —a la ideología del capital— impide incluso acceder a la comprensión real de los movimientos de la economía, como se pone de manifiesto a propósito de la relación entre inflación y salarios. La inflación es un mecanismo de recuperación de los beneficios empresariales con mayor o menor incidencia, según los sectores de actividad y la composición de costes de las mercancías producidas, que se lleva a cabo a través del mercado, con el fin de neutralizar las presiones alcistas de los salarios.

Esto es una obviedad, ciertamente. Lo lamentable es que esa relación causal aparente en el mercado sea el horizonte de inteligibilidad del conflicto capital / trabajo para la burocracia sindical y la inteligencia de izquierda. Los esfuerzos retóricos de los profesionales sindicales para justificar las demandas de subidas salariales, atendiendo a la escalada de la inflación<sup>3</sup> y al hecho de que simultáneamente se produzca un aumento de los beneficios empresariales, denotan una profunda falta de

---

<sup>3</sup> Es una constante histórica que se repite especialmente ante cada situación de crisis. Concretamente, durante las últimas semanas de octubre de 2022 y posteriores, con motivo del aumento del IPC, como si la inflación no fuera una manifestación en el mercado consecuencia de desequilibrios estructurales de cuya circunstancia se aprovechan los estratos intermedios del ciclo de la mercancía (especuladores, intermediarios, gran distribución comercial).

comprensión de lo que es la relación social del capital o, si se prefiere, manifiestan una visión superficial y meramente monetarista y subjetiva de la misma.

Implorar en la mesa de negociaciones la renuncia a los márgenes de beneficio de las empresas para paliar la pérdida de poder adquisitivo de la clase trabajadora y de la población proletarizada, en general, como si la relación social del capital se resolviera simplemente en una cuestión de codicia patronal, es banalizar el problema de las relaciones capitalistas hasta falsificarlas. Independientemente de la innata avidez depredadora de la clase gestora capitalista, hay que tener en cuenta la naturaleza de la relación social asalariada y del beneficio. Este es el resultado de un proceso objetivo que se realiza en la fase de producción y explotación de la fuerza de trabajo. Su maximización en la reproducción ampliada de capital responde a la «necesidad» objetiva del capital para hacer frente a la tendencia declinante de la tasa de beneficio. Por eso, en la sociedad capitalista, el beneficio es incuestionable y solo discutible en lo que se refiere a su cuantía, y ello tanto por la derecha como por la izquierda.

La negativa patronal a aumentar los salarios en la misma proporción que la tasa de inflación está justificada en la vigente «economía social de mercado» precisamente porque es un recurso para intentar mantener un grado de acumulación de capital suficiente que, al arrojar beneficios, permita nuevas inversiones y la creación de puestos de trabajo. Sustancialmente, esa es la línea argumental que la clase trabajadora ha interiorizado hasta el punto de caer plenamente en la gran coartada que legitima cualquier iniciativa que prometa la creación de puestos de trabajo, sin evaluar su naturaleza.<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> Las reivindicaciones sindicales de los puestos de trabajo no contemplan el qué y para qué de los mismos. Y, por otra parte, la creación de puestos de trabajo o bien responde a algunos sectores

Mantener la problemática de la inflación en la dicotomía salarios / inflación es permanecer mentalmente apresado en el orden categorial y práctico del capital que, a fin de cuentas, da la razón a la burguesía gestora y a la legitimación del beneficio. Es una muestra más de cómo la dinámica sindical sigue la inercia impuesta por las decisiones de la burguesía gestora en detrimento de los intereses de la población proletarizada.

La historia<sup>5</sup> sindical de las décadas recientes así lo pone de manifiesto. Fueron los sindicatos «mayoritarios» quienes protagonizaron los sucesivos pactos sociales de la reestructuración posterior a la dictadura franquista que se ha ido extendiendo hasta el presente. La trayectoria del sindicalismo de concertación, compaginada con las maniobras monetaristas (crédito y paz social subvencionada), ha ido sentando las bases de la situación actual del trabajo en la sociedad terciarizada del capitalismo en crisis.

El resultado actual es la irreversible falta de credibilidad de los funcionarios sindicales y la conversión de los sindicatos en empresas de servicios; un proceso que evidencia su escaso margen de maniobra como gestores subsidarios de la fuerza de trabajo; lo cual es consecuencia, a su vez, del estrechamiento del margen de beneficio y de acumulación de capital en las condiciones

---

estacionales y fuertemente precarizados (turismo, agroindustria, asistencia y cuidados), o bien son desempeñados por un segmento reducido de la que podríamos denominar aristocracia obrera ligada a los servicios tecnológicos. En cualquier caso, la realidad resultante de las inversiones define una tendencia práctica en la evolución del capital que se resuelve en la eliminación del trabajo vivo por los sistemas automatizados; algo que observamos, en primer lugar, en la esfera industrial productiva, los servicios bancarios y la administración pública (atención electrónica).

<sup>5</sup> En el caso específico del Estado español, es bien clarificador, en este sentido, un repaso a la secuencia de pactos (AES, AMI, Pacto de competitividad...) hasta el presente.

de crisis rampante. No está de más volver a repetirlo; la relación social del capital no puede reducirse a sus implicaciones meramente morales, subjetivas en cuanto al reparto de la plusvalía, riqueza o beneficio. Se trata de una relación social de fuerzas que deriva directamente de un hecho material, objetivo, como es la producción de beneficios y la acumulación de capital por medio de la explotación del trabajo humano.

\*

Dado el carácter dinámico de la relación social del capital y su naturaleza contradictoria y, por tanto, socialmente conflictiva, llevaría a pensar que el ciclo de luchas de la reestructuración de finales del siglo XX habría culminado con la crisis de 2008. Desde entonces, la accidentada continuación de la acumulación mundial de capital, hegemonizada por la fracción financiera del mismo, ha estado jalonada por sucesivas «crisis» que, sin embargo, describen un ciclo de conflictividad anclado en formas de acción fundamentalmente apegadas al sindicalismo de concertación. Estas fragmentan a la población proletarizada<sup>6</sup> y se agotan en un horizonte táctico que excluye cualquier perspectiva de ruptura del orden dominante.

Así como la deslocalización fue una forma de desactivación y destrucción sociológica e ideológica de la subjetividad obrera industrial, la extensión de la proletarización en las actividades improductivas suponen una desactivación social de la clase proletarizada vinculada a los sectores improductivos, como se ha venido señalando.

Es fundamental, por tanto, contemplar los cambios estructurales que tienen lugar en la relación social del

---

<sup>6</sup> Contraponiendo hombres y mujeres (brecha salarial), jóvenes contra viejos (nuevos contratos precarizados), asalariados contra desempleados, afiliados a los no afiliados (al partido, sindicato), etc.

capital que profundizan la fragmentación social dentro del proceso global de proletarianización. Solo entonces estaremos en condiciones de comprender la conflictividad en toda su dimensión, tanto en sus limitaciones como en sus potencialidades y tendencias. Y en consecuencia, a poner el énfasis en aquello que las movilizaciones actuales presentan como atisbos, rasgos y tendencias que denotan una perspectiva de ruptura posible con el orden dominante.<sup>7</sup> Se impone así un cambio de enfoque respecto de la inercia descriptiva —optimista o pesimista— y de la evaluación de las acciones reivindicativas en su dimensión meramente cuantitativa y simplificadora de victorias o derrotas.

Históricamente, el sindicalismo ha ido a remolque de las iniciativas del capital —de la clase gestora— y al mismo tiempo ha sido un dinamizador de esa misma relación, al impulsar el desarrollo de las fuerzas productivas (cambio tecnológico), las sucesivas formas de organización del trabajo y, en su fase reciente, la financiarización de las actividades económicas y del proceso de reproducción social, en general. Sin embargo, la contestación a las transformaciones impuestas por la clase dominante han sido y continúan siendo deudoras de la concepción táctica (tacticismo) de la lucha de clase del proletariado industrial.

El tacticismo es regresivo y de corto alcance, cuando no simplemente testimonial e inoperante. La dinámica

---

<sup>7</sup> Durante las movilizaciones contra la reforma de las pensiones en Francia (marzo de 2023), se produjeron actos de sabotaje que, como en el caso de Marsella, por ejemplo, son indicativos de un desplazamiento práctico de la problemática en el sentido que se define en este ensayo. La autoreducción, que satisface las necesidades básicas, dando prevalencia al valor de uso sobre el valor de cambio, se ubica en el centro de la tensión que caracteriza a la mercancía y lo hace, además, de una manera inequívoca en cuanto a la orientación de clase, cortando el suministro a los barrios ricos y abriendo el grifo de la gratuidad a los barrios pobres.

declinante de la acumulación de capital en la escala planetaria acelera el ciclo de negocio y la concurrencia entre capitales y fondos de inversión, cuya movilidad territorial es un reflejo de la volatilidad de su rentabilidad. Esa dinámica dominante deja objetivamente inerte a la fuerza de trabajo, que ha perdido su capacidad de presión, en tanto su producción ya no es competitiva en el mercado global. Buena parte de la fuerza de trabajo ha dejado de ser productiva para pasar a ser población proletarizada excedentaria.

Sus huelgas son, por eso, inútiles a la hora de infligir daños en los beneficios empresariales. De hecho, implican un ahorro de costes operativos para las empresas en vías de liquidación o deslocalización. Esa inoperancia de las movilizaciones, inducida desde la clase gestora, siguiendo el dictado del mercado global, hace que el tacticismo de la clase obrera industrial llegue a su punto final, al callejón de la extinción del conflicto, desviándose hacia las «soluciones» de la paz social subvencionada (indemnizaciones, prejubilaciones).<sup>8</sup>

Por lo demás, hay que distinguir entre la táctica, la acción reivindicativa orientada a la inmediatez de la supervivencia y el tacticismo como principio de acción fundador de la mediación sindical o partidaria. En el primer caso, las movilizaciones y reivindicaciones laborales que persiguen unas mejoras concretas y circunstanciales (aumentos salariales, conservación del empleo por un tiempo determinado, indemnizaciones, reducciones de ritmo y horarios de trabajo, etc.), son precisamente la base real de autoconstitución del proletariado como comunidad autónoma de lucha, cuando

---

<sup>8</sup> El seguimiento de las movilizaciones contra los cierres empresariales de la minería y astilleros en las décadas de 1980 y 1990 y, más recientemente, en la década de 2020, los del sector de automoción (Nissan) y Bahía de Cádiz (Navantia y subcontratas), lo confirman.

muestra su lado «salvaje», no respetuoso de la legalidad y de las mediaciones político sindicales vigentes.

Por eso, no se puede entender la crítica al tacticismo como renuncia a la reivindicación concreta, sino todo lo contrario; se trata de apreciar en esa eventual movilización y en la naturaleza de la reivindicación su potencial transformador o no. Esto está directamente relacionado con la manera en cómo se lleva a cabo el proceso conflictivo (autoconstituyente de la comunidad de lucha). De ahí la importancia de cambiar el enfoque y la metodología de comprensión de la lucha de clase desde la ideología del movimiento obrero industrial del pasado hacia el análisis crítico de las tendencias autoconstituyentes. Es lo que hace la tradición del «socialismo salvaje».<sup>9</sup>

Se trata así de cambiar el enfoque de la evaluación del ciclo de movilizaciones de la reestructuración. Esta es la única manera de salir al paso del tacticismo en el que se agotan las luchas, poniendo en el primer plano las causas estructurales sobre las que se asientan y las limitaciones prácticas de su recorrido.

En líneas generales, el denominador común del ciclo de la conflictividad social reciente ha estado centrado en la esfera redistributiva, de acuerdo con una concepción de la emancipación social (socialismo, comunismo estatalista o libertario) como acto de justicia distributiva, mediante un igualitarismo formal en el reparto de la plusvalía o riqueza socialmente producida, según la ley del valor.

Sin restar mérito alguno, eso fue lo que ocurrió en las experiencias revolucionarias más avanzadas —las revoluciones de la fase de dominación formal del capital— que fueron protagonizadas por el control obrero de los

---

<sup>9</sup> Ver Charles Reeve, *El socialismo salvaje*, Barcelona, Virus editorial, 2020.

medios de producción y distribución. Tanto la socialdemocracia como el sindicalismo y el cooperativismo, que cifraban su intervención en la distribución, participaban del optimismo progresista de la sociedad industrial y de la abundancia del desarrollo tecnointustrial.

En la fase de dominación real del capital, comprendidos los ciclos de la reestructuración industrial, globalización y financiarización, los conflictos de la población proletarizada manifiestan una mentalidad conservadora, adscrita a categorías y prejuicios del bienestar de mercado que asocia nivel de vida y consumo de mercancías. Así ha resultado tanto en el ciclo de luchas de la reestructuración industrial, como en el ciclo de conflictividad de la financiarización y sus postrimerías (Amazon, UPS, guionistas y actrices y actores de Hollywood, automóvil en EEUU, etc.).

La legitimación de sus reivindicaciones aluden a la igualdad y la justicia social en el reparto de los beneficios empresariales, dando por sentada la legitimidad del beneficio —de la explotación del trabajo—. El drama al que se enfrentan, independientemente de los logros circunstanciales que obtengan, es que en el momento histórico que marca el capital en crisis, este ya no está en condiciones de hacer frente al modo de vida de clase media de los trabajadores industriales.

La escandalosa desviación entre los beneficios empresariales y los emolumentos de los directivos empresariales, la nueva burguesía gestora, y los salarios de los trabajadores, aparece como argumento legitimador para sus peticiones. Pero, en el mejor de los casos, esa es solo una parte del problema; la otra, la que apunta al carácter estructural del conflicto, es que la sociedad industrial, representada en el sector del automóvil, ha cumplido su ciclo histórico como dinamizador de la economía capitalista desde la Segunda Posguerra Mundial.

Como en el caso de los guionistas, actores y actrices, la amenaza de caer de la *clase media*, por otra parte inevitable, es lo que justifica una nueva fase de concesiones, cuyos efectos son cada vez de más corto plazo. El ritmo del cambio tecnológico y de la organización del trabajo, como en el ciclo general del negocio, junto con la competencia internacional acelerada, el aumento de los costes de las materia primas, de la energía, del transporte y de la distribución de componentes y productos acabados, es lo que convierte al automóvil, como al resto de mercancías, en un exponente del capital en crisis permanente.

Una intervención realmente estratégica es la que socava las bases estructurales físicas, materiales, económicas en el sentido del socialismo salvaje, pero también las mentales, en la medida que destruye categorías, nociones, prejuicios, acerca de nuestra concepción del mundo, comenzando por la superstición del valor. Pero también de la concepción de la vida como representación, donde la política es una noción separada, profesionalizada, re-presentada y usurpadora de la autonomía personal y social. En otras palabras, una intervención realmente estratégica socava el principio de delegación que propicia la construcción mental de la servidumbre voluntaria en el capitalismo democrático

En la conflictividad social, la iniciativa estratégica se deja en manos del capital. Si nos fijamos en el ciclo de movilización laboral y social de las cuatro últimas décadas, podemos observar cómo las respuestas de clase han sido una reacción tardía a las iniciativas reformadoras —reestructuradoras— de la burguesía gestora. Las luchas de la deslocalización industrial tienen lugar cuando la capacidad de interrupción del proceso de acumulación de capital por la acción de los trabajadores se vuelve residual, en tanto la huelga incide sobre un sector de actividad que ya está en vías

de extinción o de deslocalización (minería, siderurgia, astilleros, automoción).

La acción obrera ve así limitados sus efectos al ámbito del orden público y de la desestabilización social, en la que se encuentra cada vez más subordinada a la intervención no solo represiva del Estado, sino también de los mecanismos de compensación y amortiguación social, esto es, al conjunto de medidas que se engloban dentro de la paz social subvencionada. Al menos, esa ha sido la característica de la intervención social de las últimas generaciones de la clase trabajadora.

Ese es el telón de fondo, junto con una evidente descomposición del sistema de representación política, impulsado por la corrupción y el clientelismo, donde tienen lugar las movilizaciones que, aun siendo relativamente desestabilizadoras, son periféricas en cuanto a la afectación de la estructura y de los centros neurálgicos del capital. Son movilizaciones que se consuman en la representación de lo político (15 M, *nuit debout*, primavera árabe, etc.), que propugnan un cambio en el marco de la política como representación, un recambio generacional que se adecue, al menos, a la gestión de una determinada coyuntura. Su recorrido, como se ha comprobado, es sumamente corto; lo que dura el espejismo de su antagonismo simbólico, de sujetos subvencionados precarizados.

Desde luego, los logros y fracasos de las movilizaciones sociales (laborales, etc.) dan pie a todo tipo de interpretaciones, elucubraciones y construcciones conceptuales que descansan sobre la paradoja, cada vez más flagrante, de que la organización del trabajo en red no es sino un paso adelante en la organización fordista, con una fuerza de trabajo jerarquizada y debidamente subordinada en los procesos de producción y distribución, integrados dentro de las cadenas de suministro. De hecho estas son modelos de reintegración operativa

y funcional de los distintos agentes que intervienen en el ciclo de negocio empresarial, disperso en la pléyade de subcontrataciones.

La imagen reticular del ciclo de negocio, que frecuentemente se invoca para describir el ciclo de la acumulación de capital, responde en la actualidad a la reintegración de los elementos resultantes de la disgregación de la organización fordista del trabajo y de su dispersión en el territorio (fordismo disperso), favorecido por la incorporación de las tecnologías de la información y las comunicaciones (TIC).

En este sentido, los llamados movimientos sociales de los países desarrollados son agregaciones subalternas y marginales por su composición dominante de proletariado excedentario o periférico, debido a las actividades que desempeñan dentro de la acumulación de capital globalizado. Es ese espacio de separación objetiva entre la población productiva asalariada y el proletariado excedentario o improductivo donde está el margen de gestión —ciertamente, cada vez más estrecho— de la clase dominante a la hora de proceder a la redistribución de funciones y garantías (subsidios) de adhesión entre ambos segmentos de la población proletarizada.

Y, por eso mismo, es también el campo de intervención de la población proletarizada, dada la importancia que reviste la crítica de la subjetividad consumidora en la proyección de su intervención política. La práctica del intercambio de equivalentes, que estructura la sociedad de consumo y la conciencia de la subjetividad consumidora, sobre la base de la delegación en el mercado y la inhibición de la responsabilidad acerca de la propia vida, deseos y necesidades, tiene su correlato en la subjetividad gregaria que se realiza en la «comunidad» política, ideológica y la delegación

correspondiente en las instancias de representación institucionales de la sociedad del capital.<sup>10</sup>

De ese modo, el intercambio simbólico que es la democracia representativa, como forma política del capital, se convierte en el trasunto del intercambio de valores mercancías que tiene lugar en el mercado (mercadeo de votos). En consecuencia, los límites de la mercancía, de la acumulación de capital que se expresa en la crisis, son asimismo los límites de la política, en tanto forma institucional, administrativa, del capital.

De ahí la importancia de comprender la naturaleza y las limitaciones reales de la conflictividad que acompaña a la reestructuración, en línea con las limitaciones de los mecanismos de integración y mantenimiento de la paz social subvencionada. La movilización de los chalecos amarillos en Francia fue especialmente significativa en este sentido, y no tanto en la consecución de unas determinadas reivindicaciones que, en principio y aparentemente, estaban inscritas dentro del mercado y de los costes de reproducción de la fuerza de trabajo dentro de las coordenadas de la economía política.

Una vez más, lo importante fueron las formas puestas en práctica, comenzando por la ausencia de una instancia de mediación y de negociación que diera curso a reivindicaciones planteadas directamente al Estado desde la calle (rotondas). Lo importante fue reconocer en la crisis económica un momento de fisura en el proceso de reproducción social.

Es entonces cuando la teorización de las prácticas de confrontación adquieren dimensión crítica, precisamente en la medida que tales prácticas colectivas (comunidad de resistencia) apuntan formalmente más

---

<sup>10</sup> Eso explica que las formas de agregación de la sociedad de consumidores más activas se reduzcan a las asociaciones de consumidores, fundadas en los derechos.

allá del capital (relación social). La crisis del Estado de bienestar emplaza a poner en juego formas de organización y de reproducción social sobre otras bases que superen la mediación asalariada (crisis del salario), mediante la reapropiación social, comunitaria, de los medios y recursos de reproducción social.

Sin duda este es un planteamiento radicalmente distinto de la supresión mistificada del asalariado que reviste la subvención pues, en cierto modo, la subvención es la forma capitalista de *abolición* del asalariado, aunque al hacerlo técnicamente, monetariamente, no supera sino que reproduce la contradicción inherente al régimen asalariado, derivándola hacia el déficit presupuestario y el endeudamiento imparable del Estado, proveedor de servicios sociales que son mecanismos de contención y estabilidad de la sociedad (paz social subvencionada).

Es a partir de ahí que el análisis de la conflictividad difusa que se extiende por todo el mundo sometido al capital globalizado adquiere una nueva significación crítica en relación con la eventual reapropiación de los medios, recursos y objetivos administrados por la clase gestora dominante del capital y del Estado, a la hora de definir tendencias y formas de socialidad que sustenten prácticamente otro modo de reproducción social, otro modo de vida.

\*

La historia de la conflictividad de clase exige una reinterpretación de acuerdo con las condiciones actuales de dominación real del capital para proceder a su comprensión crítica, también de acuerdo con la perspectiva superadora del actual estado de cosas a partir de la mentalidad que se abre paso en la confrontación con el capital. Una mentalidad capaz de comprender la posibilidad práctica de la superación de la sociedad de clases, más allá de las fórmulas ideológicas.

Actualmente, la acumulación mundial conjuga la doble explotación de la fuerza de trabajo en el centro capitalista consumidor, realizador del capital, y en la periferia; pero eso no significa que lo haga de forma realmente integrada, como pueda dar a entender cierta expresión idealizada, donde la población proletarizada mundial constituye un sujeto homogéneo o con los mismos intereses *objetivos* de clase.

Esto es así en un cierto nivel de abstracción, considerando la dicotomía capital / trabajo como contradicción inherente a la relación social que es el capital y, causa del antagonismo social. Sin embargo, la inserción práctica, operativa, del proletariado en la cadena mundial de acumulación de capital no responde a un proceso universal homogéneo; se lleva a cabo de manera funcional y flexible, siguiendo una estrategia de gestión diferenciada de la organización y división del trabajo y del ciclo de acumulación de capital en la esfera mundial.

La universalidad de la proletarización, que se da en un cierto nivel de abstracción y permite enunciar la unidad de clase del proletariado mundial, etc., se realiza no obstante en la inmediatez de la acción y de las movilizaciones, que es también donde se realizan los intereses contradictorios de clase. Lo hemos vivido y lo seguimos viviendo en las iniciativas y movilizaciones de la reestructuración, donde fracciones del proletariado industrial se alían con sectores de la clase dirigente en detrimento de otras fracciones del proletariado local o de otros países.<sup>11</sup>

---

<sup>11</sup> La doble escala salarial y de condiciones de trabajo para jóvenes y mujeres de nueva contratación, implantada con la aquiescencia de los representaciones sindicales, la pugna entre distintas factorías ensambladoras de una misma casa matriz del sector de automoción por atraer la fabricación de nuevos modelos o la competencia entre los sindicatos portuarios por ganar cuota de tráfico en los puertos donde son hegemónicos, son prácticas

Pero esto es solo el reconocimiento de una obviedad, entre otras, de la globalización. Lo relevante es que esa circunstancia ya no se corresponde con las condiciones de la lucha de clase previa al ciclo de reestructuración de la globalización. Hay un corte cualitativo entre las movilizaciones del proletariado industrial en el centro (residual debido a la desindustrialización) y en los países *productores* de Asia, África y América Latina, que reproduce simultáneamente dos momentos cualitativamente distintos de la movilización de clase.

Por un lado, las reivindicaciones salariales laborales de la clase trabajadora de los países emergentes, reproducen los rasgos predominantes en las movilizaciones obreras euroamericanas del fordismo y también sus consecuencias sobre el proceso de acumulación de capital, acelerando, a su vez, la deslocalización regional (China deslocaliza el textil a Camboya, Vietnam, etc.). Por otro, las movilizaciones sociales en el centro capitalista, donde el proletariado industrial es cada vez más marginal, adquieren una dimensión diferente en cuanto a las condiciones materiales de subsistencia, en la medida que se trata de una población proletarizada periférica o simplemente excluida del proceso de valorización del capital. Esta población subvencionada y mantenida en actividades no productivas (servicios superfluos, cultura y burocracia) representa un coste creciente reflejado en el déficit público. Sin embargo, en esta emergen, al menos en algunos segmentos antagonistas, rasgos reivindicativos cualitativamente distintos a los del proletariado industrial.

En esas movilizaciones prevalecen, de hecho, aspectos relativos a la reproducción social y a la subsistencia

---

sobradamente conocidas. Estas muestran, asimismo, la deriva cogestora y neocorporativa de las organizaciones sindicales en funciones críticas en la cadena de suministro mundial, como es el caso de los enclaves portuarios.

por encima de los propiamente referidos a la reproducción de la fuerza de trabajo del capitalismo productivo (salario). Son luchas cifradas en torno a la vivienda, la sanidad, la alimentación, el acceso a recursos básicos (tierra, agua), a los cuidados y a maneras de hacer, en general, que ponen en el primer plano los límites objetivos del capital que, como modelo de reproducción social basado en la producción y consumo de mercancías, se vuelve incapaz de satisfacer esas necesidades básicas.

Esas movilizaciones describen también un momento histórico de la realidad material del capitalismo y de la subjetividad en los países desarrollados que se refleja en las reivindicaciones que, si bien aparentemente, parecen coincidir con las aspiraciones de la subjetividad proletarizada de los países emergentes, cuyo objetivo es alcanzar el grado de bienestar del proletariado occidental, las circunstancias en que tienen lugar las hacen incompatibles.

El mantenimiento del Estado de bienestar que en Euroamérica del norte periclita, para los países de nueva industrialización constituye un espejismo debido a la interdependencia contradictoria entre esas dos regiones proletarizadas del mundo. La conservación declinante del bienestar (paz social subvencionada) de la primera depende del trabajo en la segunda. En cualquier caso, el puesto de trabajo —allí como aquí— es el medio de acceso a un bienestar incompatible con la conservación del equilibrio social y de la biosfera.

Son las crecientes dificultades de la clase gestora para conciliar Estado de bienestar y acumulación de capital las que están detrás de las maniobras políticas tendentes a establecer pactos con determinadas facciones de la clase trabajadora, en detrimento del conjunto de la población proletarizada. Solo así es posible entender críticamente esas alianzas y confrontarlas no solo en términos ideológicos, ya que estas se tejen sobre

algo más que valores simbólicos o idealistas (patrióticos, racistas, xenófobos). Al fin y al cabo, el pacto social que se expresa en torno a ilusiones nacionales (salvar las empresas y asumir sacrificios en aras de la economía nacional) tiene su contrapartida en la garantía de unas determinadas condiciones materiales de existencia para la población proletarizada.

\*

Poner el énfasis crítico en las limitaciones de las movilizaciones no significa dejarlas en el baúl de las viejas experiencias; al contrario, abordarlas críticamente es la manera de que su comprensión se vuelva realmente significativa en su eventual potencialidad. Al fin y al cabo, la crítica no consiste en liquidar el objeto de análisis, sino en entresacar de esas movilizaciones lo que apunta más allá de sus circunstancias y reivindicaciones.

En ese sentido, hay que subrayar que la conflictividad actual tiene un potencial desestabilizador, en tanto su demanda de garantías sociales es cada vez más difícil de satisfacer. De hecho, las conquistas monetarias (aumentos salariales) son absorbidas por la inflación. Además, el aumento de las necesidades inducidas que están detrás del creciente aumento de los costes de reproducción social, neutralizan los aumentos salariales, de la misma manera que las mejoras en las condiciones generales de trabajo son neutralizadas por el proceso de reestructuración continua (reorganización permanente de las actividades y de las cadenas de suministro). Esa es la realidad de nuestra historia hasta ahora, sin embargo, la *izquierda representada* hace caso omiso de ello y sigue empecinada en seguir una espiral reivindicativa subordinada a la estrategia del capital y cada vez más a la defensiva.<sup>12</sup>

---

<sup>12</sup> La respuesta sindical y de los partidos de la izquierda y las

Por otro lado, de nada sirve lamentar la pérdida de influencia del trabajo en la relación de fuerzas con el capital en la escala empresarial y aún menos reclamar una imposible revitalización de los sindicatos, en tanto forma organizativa ya obsoleta, así como tampoco sirve reclamar la vuelta a un mitificado pasado heroico. No poca producción académica, sociológica y militante está teñida de la evocación nostálgica de un pasado perdido para autocomplacencia de quienes alguna vez estuvieron en la lucha, pero sin asomo de análisis crítico. De hecho, ha sido aquella intervención la que ha venido conformando la realidad en la que nos encontramos.<sup>13</sup>

La posibilidad del cambio social desde la realidad conflictiva y contradictoria del presente exige, en consecuencia, otros cuestionamientos. Estas críticas deberían problematizar la reproducción social desde las relaciones sociales concretas para entender así el mantenimiento de la burocracia, de las instituciones estatales, de las actividades económicas para la satisfacción de las necesidades de mercancías, movilidad, territorio, etc., que si bien funcionaron como elementos de agregación y gestión de la vida social, ahora ya no funcionan, o no lo hacen de la misma manera.

---

propuestas de reindustrialización de Asturias, son un buen ejemplo del anquilosamiento mental, cultural y práctico que domina en las iniciativas de quienes defienden los intereses de los trabajadores desde los presupuestos de la competitividad, el productivismo, el interclasismo y el estatalismo de la economía política capitalista. Véase «Emergencia industrial en Asturias ante la transición energética», *el diario.es*, 25 de mayo de 2021.

<sup>13</sup> En líneas generales, en el ejercicio de memoria histórica, se omite cualquier referencia a la secuencia de pactos sociales que, desde el primer momento de la Transición democrática (Pactos de la Moncloa), se han renovado bajo diferentes nombres (AES, AMI, Pacto de competitividad, etc.), así como a sus consecuencias actuales sobre la gestión del mercado de trabajo y las condiciones materiales de existencia de la población proletarizada.

La dicotomía reforma o revolución, que corresponde a la formulación correcta de la transformación social en la fase ideológica de la dominación formal del capital, ha de ser reformulada de acuerdo con las condiciones actuales de la dominación capitalista. Con la evolución hacia la dominación real, que comporta la integración real de la condición proletaria en el capital (como productor y como consumidor que cierra el ciclo del negocio / acumulación), la revolución solo aparece como discurso o propuesta ideal (programa) fruto de la confusión ideológica, o bien como tendencia práctica en la conflictividad que propicia la intervención de la subjetividad proletarizada.

Lo que da carácter revolucionario, en el sentido transformador, a una acción, movilización, huelga, etc. no es tanto su radicalidad verbalizada en objetivos o programas sino en qué medida esa reivindicación tiene una dimensión estratégica, es decir, abre una vía de confrontación y tensión que cuestiona los fundamentos de la relación del capital (valor, intercambio de equivalentes, monetización, autonomía práctica en el desenvolvimiento de la vida cotidiana, etc.). Y por eso mismo, se inscribe en una tendencia realmente superadora del capital.

La crisis terminal del capital, la crisis del valor, nos emplaza a poner sobre la mesa al mismo tiempo la condición productora y consumidora del ser humano, cuyo cenit histórico lo ha marcado el capitalismo de la única forma posible: apuntando hacia la aniquilación. De ahí que la cuestión del cambio social, desde la realidad conflictiva y contradictoria del presente, quizás haya que dirigirla hacia otros cuestionamientos que problematicen el cambio histórico de otra forma, en consonancia con las relaciones de reproducción social del capital en crisis.

Surgen así nuevos interrogantes acerca del mantenimiento del orden institucional del Estado; un orden

que ya no funciona o, por decirlo más precisamente, lo único que funciona son los servicios que mujeres y hombres hacen posible, precisamente a pesar de las instituciones y de los gestores, tal y como se ha puesto de manifiesto en la pandemia o en el día a día de hospitales, residencias, escuelas, etc.<sup>14</sup> Es esa autonomía residual y sometida hasta cierto punto, pero nunca plenamente, del personal sanitario la que hace viable la atención concreta a las personas, no la estructura de poder burocrática ni los funcionarios bienpagados<sup>15</sup> que parasitan el presupuesto de la sanidad pública.

Reformular la problemática de la cuestión social exige recomponer un ámbito de reflexión / teorización que no acepte explícita ni implícitamente las premisas del pensamiento dominante, del mismo modo que la crítica de la economía política pone en cuestión los fundamentos epistemológicos, metodológicos y las categorías dominantes del pensamiento económico para dotarlas de un nuevo (real) significado.

Lo que aquí se sugiere es reconstruir un ámbito de comprensión teórico práctico desde los elementos materiales concretos de la conflictividad en el marco del derrumbe; no limitarse al *qué* descriptivo sino al *por qué* y *cómo* de la debacle social en la que estamos inmersos; teorizar la realidad del conflicto —o de su ausencia aparente— desde lo que somos y hacemos como sujetos proletarizados pues, a fin de cuentas, somos lo que hacemos en la reproducción de la vida.

Solo así podremos entender las fragmentaciones de clase y las iniciativas estratégicas del capital (burguesía

---

<sup>14</sup> Es manifiesto el sabotaje desde dentro por parte de los directivos responsables de las instituciones (correos, sanidad, educación, etc.), con vistas a la privatización de la que resultan a la postre beneficiarios.

<sup>15</sup> A sus ya elevados salarios oficiales hay además que añadir dietas y fondos especiales de libre disposición.

gestora); por qué si en el plano conceptual podemos establecer la proletarización real de la humanidad, como un hecho objetivo y verificable, sin embargo su realización práctica, su proyección histórica, se produce en la fragmentación e incluso en el enfrentamiento (autóctonos / inmigrantes).

Mientras funcionaba la acumulación expansiva de capital y los inconvenientes se deslocalizaban a la periferia, aún había espacio para las ficciones reivindicativas de la sociedad consumidora, consagrada a las actividades del terciario improductivo. En esa coyuntura se inscribe el ciclo de conflictividad de la reestructuración / reconversión y las condiciones ventajosas de liquidación formal de la clase obrera industrial, así como el desarrollo de la industria cultural y de la movilidad.

El problema llegó con la parálisis de la expansión, cuyo primer síntoma serio fue la crisis financiera de 2008. Tres lustros después, ya se ha vuelto evidente que el marco reivindicativo del Estado de bienestar ha de ser revisado y no solo en términos cuantitativos, por la imposibilidad obvia de continuar el crecimiento y el consumo, sino fundamentalmente cualitativos, en el sentido de redefenir las categorías reivindicativas. Se trata, por tanto, de poner la reivindicación en sintonía con la dominación real —y no formal— del capital en los países terciarizados, donde la formación social ha operado un salto cualitativo respecto de la sociedad del capitalismo expansivo, dando lugar a una masa de población proletarizada y estratificada de acuerdo con su grado de inserción en la cadena de realización del capital como sujeto funcional al mismo.

**Un conflicto significativamente... *improductivo***

En mayo de 2023, el sindicato que aglutina a 11.500 guionistas de Hollywood<sup>16</sup> declaró la huelga para frenar la dinámica de precarización de los contratos, el abuso de las productoras sobre los derechos de autor y el impacto de las tecnologías (plataforma *streaming* y aplicaciones de inteligencia artificial) sobre el presente y futuro de la profesión.

La tecnología, como no podía ser de otro modo, favorece a las grandes empresas productoras de entretenimiento, de manera que los autores/as no tienen la posibilidad de controlar el número de reemisiones o reproducciones, etc. que eventualmente pudieran devengar derechos de autor. Dos meses después, fueron los 160.000 actores y actrices sindicados quienes se unieron a la huelga con sus propias reivindicaciones que, en algunos aspectos, coincidían con las de los guionistas.

Las repercusiones sobre la industria del entretenimiento fueron inmediatas debido a la paralización de los rodajes de nuevas series y capítulos. Por lo demás, de la importancia económica del sector en EEUU, hablan algunas cifras: 2,4 millones de empleos y 186.000 millones de dólares en salarios, distribuidos entre 12.000 empresas, según la Motion Picture Association. Los efectos sobre el sector internacional de las producciones audiovisuales también se hacen sentir, aunque con matices, en la misma naturaleza de las reivindicaciones.

La estrategia de no negociación de las grandes corporaciones que dominan la industria del entretenimiento ha sido la tradicionalmente aplicada en los

---

<sup>16</sup> La prensa comercial se ha hecho eco esporádicamente de la evolución del conflicto. Esta recoge interesantes testimonios de guionistas, actrices y actores que reflejan la precariedad, la flexibilidad y la derivación de costes de producción hacia el trabajador. El sector del entretenimiento sigue así las pautas del modo de producción industrial, en general.

conflictos laborales del proletariado de la sociedad industrial: dejar que el conflicto se alargue hasta la asfixia económica de los huelguistas y sus familias. Sin embargo, en este caso, la conflictividad laboral ha adquirido unas connotaciones que chocan con la lógica de la sociedad industrial evolucionada y transformada en sociedad de consumidores, donde el trabajo improductivo y, concretamente, la producción de entretenimiento adquiere una relevancia especial.

Es sobre esos aspectos que se dirige la reflexión en estas líneas. En primer lugar, la paralización de la industria del entretenimiento audiovisual, a pesar de su importancia en la economía terciarizada, no ha comportado un elemento estructural capaz de provocar la parálisis del sistema económico en su conjunto. Se trata de una industria, si se quiere, complementaria y con grandes beneficios contables para las empresas, pero estructuralmente subsidiaria del proceso global de valorización del capital, de la acumulación mundial de capital y de la cuota correspondiente asignada a la masa consumidora.

La ventaja estratégica de las productoras de entretenimiento radica en los beneficios acumulados de la explotación de un sector altamente rentable y cada vez más globalizado por medio de las plataformas en los años recientes, lo que les permite un margen de resistencia económica mucho mayor que a guionistas, actores y actrices. Pero también al hecho de su diversificación inversora en otros sectores de actividad; de manera que si hacer frente a las reivindicaciones de subsistencia de sus empleados no arrojara la cuota de beneficios adecuada a la prosecución del negocio, simplemente abandonarían ese sector de actividad «maduro». En otras palabras, procederían a una reestructuración<sup>17</sup> como

---

<sup>17</sup> Asimismo, hay que contemplar, como en los demás sectores económicos, el fenómeno de sobreproducción que se da en el

las ya conocidas en la industria del metal, automoción o distribución comercial.

Sin embargo, lo importante en el análisis de la conflictividad de las sociedad terciarizadas, *posindustriales* o de consumidores, no son las intenciones de la élite gestora del negocio del entretenimiento, siempre coherentes con sus intereses de dominación de clase. Lo realmente importante es la subjetividad desplegada en la acción conflictiva, sus objetivos y perspectiva.

El hecho de tratarse de un conflicto en un sector de actividad típicamente improductivo hace que, en una determinada coyuntura (como la que ha llevado a la huelga), resulte prescindible. Por eso llama la atención la actitud resignada, consecuencia de la limitada comprensión de su propia condición laboral de guionistas, actrices y actores. Como en el caso del resto de trabajadores asalariados, su horizonte no va más allá de la línea sindical inspirada en el movimiento obrero industrial que ya no se corresponde con su realidad presente. Su horizonte mental y reivindicativo es el del capital; rogar a la clase gestora para que reparta una parte de sus escandalosos beneficios.

Conscientes además de su relativa condición de trabajadores privilegiados (aristocracia obrera de la industria del entretenimiento) y de su aspiración a mejorar su nivel de vida, en ningún momento se plantearon la acción reivindicativa desde la reflexión estratégica consistente en cuestionar su relación social de

---

medio audiovisual; sobreproducción que implica igualmente devaluación del producto que reproduce temas, esquemas, estructuras, estereotipos y recursos dramáticos orientados al mercado, etc., como señalan incluso algunos críticos de la prensa comercial. Carlos Boyero, «Huelga de integridad artística», *El País*, 19 de septiembre 2023.

producción en el marco de la reproducción social y el modo de vida que eso comporta.<sup>18</sup>

Desde luego, no hay ningún reproche en el hecho de querer monetizar su actividad— como la fuerza de trabajo en la metalurgia, la construcción, el sistema agroindustrial o la asistencia social y limpieza— para garantizar su supervivencia. Al contrario, efectivamente, ahí está el problema, no en el sentido reduccionista y economicista que adquiere en la reivindicación sindical. La dificultad de monetizar, esto es, de convertir en valor de cambio la actividad de guionistas, actrices, actores, tramoyistas, etc., que por lo demás podemos considerar socialmente necesaria, es lo que pone el límite histórico concreto a una función o actividad social que ya ha alcanzado el nivel de inviabilidad en la propia sociedad que la genera.

De lo que aquí se trata es de cómo se contempla la acción reivindicativa en el marco inevitable y determinante de la economía global y de un modo de subsistencia que ya no es sostenible por una multitud de razones económicas (crisis de acumulación, crisis del salario, déficit y endeudamiento), políticas y morales (desequilibrios criminales Norte / Sur, este / oeste, guerras, miseria y migraciones) y *naturales* (agotamiento de recursos, producción de desperdicio / basura, contaminación imparable de aguas, tierras, etc.).

Por supuesto, al conflicto laboral del entretenimiento no se le puede imputar la responsabilidad de la debacle social del capitalismo en crisis rampante. Se trata solo de llamar la atención acerca de cómo una población asalariada, culturalmente cualificada y encaramada en la vanguardia de la producción posindustrial expresa, sin embargo, una subjetividad más

---

<sup>18</sup> Eso llevaría, como en el caso de la industria militar, de la nocividad, etc., a preguntarse acerca de qué, como y para qué hacemos lo que hacemos.

cercana al proletariado manchesteriano a la hora de plantear sus reivindicaciones, que a la de la sociedad que corresponde a la dominación real del capital. La modernidad, nutrida de anacronismos, a pesar de las advertencias implícitas a las preocupaciones benjaminianas acerca de la reproductibilidad técnica de la obra de arte que en la actualidad ya es de cualquier cosa —incluido el ser humano<sup>19</sup>—, con la llamada inteligencia artificial (IA).

Aun cuando los trabajadores del sector reconocen que el cambio tecnológico los pone contra las cuerdas, los guionistas y actores se limitan a reclamar una monetización y regulación imposible de las aplicaciones tecnológicas en su profesión. Esta es una generación que sufre las consecuencias de las aplicaciones tecnológicas más avanzadas sobre su actividad, sin percatarse de que se trata de un paso más en el proceso de automatización y de optimización en la valorización del trabajo humano<sup>20</sup> ya experimentado en la esfera productiva industrial y en los servicios de las sociedades de consumidores. La automatización de la escritura, como la de la actuación por medio de la combinación de imágenes asistida por la IA, prescindiendo de las personas, es el correlato de la automatización industrial y de la eliminación sistemática de la fuerza de trabajo, sustituida

---

<sup>19</sup> Alexis Escudero, *La reproduction artificielle de l'humain*, Grenoble, Le Monde al'envers, 2014.

<sup>20</sup> La captación y manipulación de la imagen mediante la inteligencia artificial, para su aprovechamiento audiovisual posterior (una de las reivindicaciones), así como la creación de nuevos guiones mediante el corta y pega que posibilitan las tecnologías de manipulación y mistificación de contenidos, está ya presente en la estrategia de automatización industrial y concretamente, en la implantación de la máquina-herramienta y la apropiación capitalista del conocimiento obrero transferido a la máquina de control numérico.

por la tecnología,<sup>21</sup> lo cual es una constante del modo de producción capitalista desde su origen.

Lo que describen las reivindicaciones del sector del entretenimiento es un proceso, por tanto, de proletarianización (intensificación productiva, trabajo no pagado, dependencia del mercado / audiencias, transferencia de conocimiento, imagen, etc., a la tecnología) que afecta a un segmento de la población asalariada hasta ahora a salvo del proceso general de reestructuración industrial, gracias a la expansión de la actividad improductiva (terciarización) en las sociedades de vieja industrialización.

La problemática del sector se puso ya en evidencia durante la pandemia. No obstante, el desmoronamiento de la creatividad improductiva se compensó con ayudas públicas improvisadas, el sostén familiar de los artistas y la reducción de los costes de reproducción de los propios artistas (austeridad). Lo que ahora, sin embargo, aparece en el primer plano ya no son situaciones circunstanciales, sino el afloramiento de contradicciones estructurales difíciles de atajar con los presupuestos teóricos y financieros vigentes hasta hace poco.

La huelga de Hollywood, como las reclamaciones de los artistas españoles durante la pandemia, corroboran el atasco mental, cultural, ideológico de la izquierda, replegada al mantenimiento de un espejismo de bienestar y a la denostación del capitalismo neoliberal, salvaje, etc., como si este no fuera la consecuencia lógica de la evolución del modo de reproducción social capitalista, adjetivado de acuerdo con la coyuntura

---

<sup>21</sup> Cuando uno de los entrevistados declara, en uno de los reportajes periodísticos, que «somos trabajadores como los de cualquier otro sector», constata una realidad que no todo el mundo está dispuesto a reconocer y aún menos a sacar las consecuencias pertinentes en lo que supone de sumisión y explotación, en tanto relación social de producción.

actual. Esa facción de la aristocracia asalariada participa de los mismos prejuicios e ilusiones que el resto de la clase trabajadora internacional, renuente a una renovación reivindicativa y de la crítica social, que exige tomar en cuenta la naturaleza de la actividad concreta que desempeña en el ciclo de la acumulación mundial del capital en crisis.

Los profesionales españoles del sector, que comparten situaciones laborales similares, aunque con ciertas diferencias, a las de sus homólogos norteamericanos, ante la imposibilidad práctica de hacer frente a los cambios estructurales en la explotación de su fuerza de trabajo (plusvalía), resultante de la distribución de las mercancías en las plataformas *streaming*, o la captura de la imagen escaneada de la actriz / actor susceptible de ser reelaborada indefinidamente sin recurrir a la persona física, responden con la lógica sindical convencional. Es decir, buscan desde una posición claramente desventajosa la manera de monetizar esos márgenes residuales de explotación de la imagen en las plataformas, precisamente en virtud de la aplicación tecnológica (inteligencia artificial) al proceso de producción. O, en otra dirección, demandan al Estado legislaciones reguladoras y subvenciones a la producción cultural, del mismo modo y con la misma legitimidad que las reclamaban los trabajadores de la minería, la siderurgia, el transporte, etc., a la vez que también con sus mismas limitaciones.

La creación artística, como habilidad humana que se manifiesta socialmente en su manifestación pública, encuentra así cada vez mayores dificultades de realizarse como mercancía y espectáculo. Su naturaleza como producto de una relación social desarrollada como espectáculo ha alcanzado un umbral histórico que la hace inviable, al menos si se atiene a las reglas del modo de producción capitalista, tal y como ocurre

en el resto de producción de mercancías, ya sea en el sector agroindustrial o en el consumo, en general.

Sea cual sea el desenlace de este significativo conflicto laboral, es una oportunidad para poner la fuerza de trabajo artística en el ciclo de negocio de la industria del entretenimiento y, por añadidura, para ubicar la economía del espectáculo en el proceso general declinante de valorización y acumulación de capital. Dicho en otras palabras, comprende una manera de enfrentar la actividad socialmente necesaria —el trabajo de actrices, actores, pintores, etc.— en la actual fase de dominación real del capital, donde la creatividad (literaria y artística en cualquiera de sus manifestaciones) ya no puede realizarse en el mercado, en tanto la propia evolución del modo de producción capitalista impugna, paradójica, contradictoriamente, su naturaleza de mercancía.

## 7. La crítica del valor como crítica de la sociedad capitalista en declive<sup>1</sup>

### ¿Historia sin sujeto?

Llegados a este punto, es necesario hacer un inciso aclaratorio acerca de la base que sustenta la línea argumental expuesta hasta ahora, a propósito de la quiebra estructural del modo de reproducción dominante y de sus consecuencias en cuanto a la formación de la subjetividad consumidora y su correspondiente mentalidad. Concretamente, en las páginas anteriores se hacía mención al sujeto automático para caracterizar la relación social del capital como una dinámica autonomizada respecto de la voluntad —subjetividad— de burguesía y proletariado, en tanto esa relación está mediatizada por el valor: por la creación de valor por medio de la producción de mercancías (valores de cambio).

De esta manera, aparentemente y en un determinado nivel de abstracción, la categoría valor parece asumir el protagonismo de la dinámica de reproducción

---

<sup>1</sup> Aunque la dominación del capital se extienda en la escala planetaria, las páginas que siguen, como en general todo este ensayo, se circunscribe a categorías y realidades materiales que conciernen particularmente a las regiones del Norte capitalista desarrollado.

social y, en consecuencia, de la historia. La historia de la humanidad dentro del capitalismo describe así un mundo sin sujeto propiamente dicho. El sujeto sería una abstracción; la inmanencia del valor que rige la relación social fundamental asalariada.

Como acabamos de ver, la desactivación de la población proletarizada consumidora se manifiesta además en los rasgos que adoptan sus reivindicaciones y movilizaciones. Esto responde a la transformación general de las fuerzas productivas, de la organización del trabajo (globalización tecnocientífica) y de la automatización general de las actividades. Y sienta las bases para una concepción del mundo sin sujeto.

La aparente desaparición de la subjetividad antagonista que representaba la clase obrera industrial, mediante su plena integración en el ciclo de acumulación de capital, lleva a concebir la realidad y el mundo, en general, como una dinámica autónoma, regida por la fuerza fantasmagórica del valor que se realiza socialmente en el mercado. O en «los mercados», tal y como la ideología económica predica con el fin de inducir precisamente la impotencia y el determinismo de mercado en las conciencias de la población proletarizada.

El hecho de que el capital sea realmente una relación social que evoluciona históricamente hace que la polarización formal de clases entre burguesía y proletariado, correspondiente a la fase expansiva del capital o fase de dominación formal, se haya mistificado en la actualidad a través de un sistema de mediaciones de distinta naturaleza (económica, política, institucional) hasta difuminar el antagonismo inherente a aquella relación social.

Así es desde el punto de vista de la realidad aparente de la sociología burguesa. Si bien esa distinción formal era diáfana, en la fase expansiva de la sociedad industrial capitalista, sociológicamente hablando, las

sucesivas etapas de reestructuración del modo de producción capitalista (crisis cíclicas) han reconfigurado y extendido la relación social con la expansión del universo de la mercancía, tanto en un sentido cualitativo, en lo que se refiere a la conversión de toda manifestación y acción humanas en mercancías, en productos intercambiables en el mercado, como en la dimensión geográfica del mercado mundial.

De este modo, la dinámica del valor en que consiste la relación social del capital, realizada en la producción de mercancías, ha expandido su halo fetichista en la medida en que el mercado adquiriría centralidad en la reproducción social. Con ello, la forma sociológica del proletariado, como clase emancipadora y sujeto activo de la historia, queda desleída al cobrar relevancia la mercancía y la «mágica» producción de beneficio (la célebre «mano invisible») en la actividad económica capitalista, que ya en sus inicios venciera las objeciones morales de los escolásticos.

El proceso de producción y realización del valor (valorización del capital) aparece así como un automatismo que emana de la dinámica económica dejada a su libre albedrío. Por tanto, la cuestión del sujeto de la historia deja de tener sentido en la interpretación del mundo, en tanto ya no se adscribe a una determinada clase o subjetividad actuante sino a la relación social misma. El mundo discurriría de forma automática, sin un sujeto aparente que lleve las riendas de la historia.

Es entonces inevitable preguntarse hasta qué punto la naturaleza fetichista de la relación social que es el capital, o sea, realizada en la acumulación de capital por medio de la producción de mercancías, da pie a una representación mental o concepción de la realidad que concibe el sistema capitalista como un ente automático, impersonal, cuya objetividad se manifiesta en la actividad socioeconómica de la reproducción social.

Si, además, tenemos en cuenta las débiles expresiones del antagonismo social en cuanto a su capacidad de bloquear y de reconducir la reproducción social en un sentido socialista, la conceptualización del sujeto automático cobra aún mayor consistencia.

Efectivamente, en ese sentido —y en ese nivel de abstracción— se puede afirmar que el sujeto de la historia es el capital, esto es, la relación social. O, dicho de otro modo, el mundo dominado por el capital es una realidad sin sujeto, impulsada por la fuerza motriz de un principio —el valor— o categoría fetichista, dado que la subjetividad humana —todavía presente en las elucubraciones escolásticas— se halla subsumida en la objetividad del proceso de producción general de mercancías, que incluye la producción de hombres, mujeres, identidades, etc., cuya realización efectiva como seres sociales se realiza en el mercado, esto es, como capital («humano»).

Ahora bien esa ausencia de sujeto en la historia no significa ausencia de subjetividad en la materialidad concreta que realiza la historia como reproducción social. Pues la sociedad capitalista, en las determinaciones inmediatas de su reproducción, es el resultado de la proyección de subjetividades y, en concreto, de la confrontación entre las dos dimensiones fundamentales de la subjetividad del capital que se realizan, por un lado, en la clase dominante, gestora de la relación social, y en la humanidad proletarizada, por otro.

El factor subjetivo juega así un papel en la historia del capital, precisamente porque la noción de capital como relación social entraña una dualidad irresoluble teóricamente y solo abordable en el plano de la realidad práctica, contradictoria, de esa relación, como relación social de fuerza: la superación / supresión del capital por la subjetividad activa del proletariado (revolucionario).

Por lo demás, no hace falta profesar ninguna paranoia conspiracionista para reconocer las determinaciones subjetivas en los movimientos y dinámicas de gestión de la relación social que es el capital, como ejemplifica con detalle el *Manifiesto conspiracionista*.<sup>1</sup> Las decisiones de los consejos de administración empresarial, de las asociaciones bancarias, de los gestores de fondos de inversión, de los administradores del Estado en todas sus instancias, de los estados mayores de los ejércitos, etc., son ejemplos de decisiones subjetivas, dictadas por intereses particulares que, aunque estén predeterminados por las exigencias de la acumulación de capital (ley del valor), del aumento de beneficios, de la obtención de una mayor cuota de mercado, de mejorar la productividad y competitividad, etc., son determinantes de las condiciones de existencia cotidianas de amplias capas de la población proletarizada.

La historia del pensamiento crítico revolucionario ha oscilado entre los dos polos del determinismo objetivista y del subjetivismo manifiesto en la práctica sindicalista y partidista hasta desembocar en la supuesta «autonomía de la política». Esta constituye una excusa para justificar la intervención mediadora de profesionales de la representación dentro de la industria del entretenimiento, cuya dependencia real y efectiva del capital financiero y de las oportunidades de negocio en la actividad económica para la financiación de los aparatos (partidos y sindicatos) no deja lugar a dudas.

Para que la noción de sujeto automático no se pierda en la niebla teorícista hay que reconducir la crítica del valor / mercancía al plano de la relación social concreta donde se realiza, es decir, donde las categorías toman cuerpo y la relación social que subyace en cada mercancía se hace real en la relación de fuerzas sociales antagonistas. Y en este punto, es donde se perfila un reto

---

<sup>1</sup> Anónimo, *Manifiesto conspiracionista*, Logroño, Pepitas de Calabaza, 2022.

teórico, intelectual y práctico que interpela directamente al sujeto proletarizado de la sociedad de consumidores. A diferencia del obrero industrial cuya emancipación formal del burgués / patrón era expresable en la autonomía obrera y en la afirmación de su condición e identidad de clase *dentro* del capital, en el seno de la relación social que es el capital, la confrontación es ahora real. La conciencia y la práctica cotidiana de la existencia material del individuo proletarizado se ha vuelto diáfana en cuanto a su dependencia real, concreta del capital, esto es, de la relación cuya superación o ruptura pasa necesariamente y de forma inexcusable por la abolición de las condiciones de su propia vida cotidiana.

### **Crítica del valor: dos tradiciones**

A estas alturas, está fuera de duda que la crítica del valor es el punto de partida de cualquier aproximación intelectualmente consistente para la comprensión real del modo de producción y reproducción social capitalista. En otras palabras, para la comprensión de la inherente contradictoriedad que entraña ese modo de reproducción social que ya se encuentra inscrita en la relación fundamental del proceso de producción (asalariado). A partir de ahí, se perfila una tendencia histórica que pone al modo de reproducción capitalista en su justo lugar, como fenómeno social concreto proyectado en el tiempo histórico.

La crítica del valor, por tanto, es el punto de partida de cualquier elaboración crítica y transformadora del modo de reproducción social capitalista. Sin embargo, cabría distinguir dos tradiciones<sup>2</sup> o líneas analíticas de

---

<sup>2</sup> En este sentido, independientemente de las objeciones o eventuales discrepancias respecto a la tarea desarrollada recientemente por la revista *Krisis* (Robert Kurz, Roswitha Scholz, Anselm Jappe,

la crítica del valor. Dos tradiciones que, tomando como referencia el movimiento obrero industrial, remiten a una misma radicalidad en la teorización de la relación social que es el capital, aunque eso sí, con diferente matiz en cuanto a su nivel de abstracción. De hecho, estamos ante dos niveles de abstracción en el análisis de la relación social del capital: en el primer caso, la crítica del valor se inscribe dentro de lo que podríamos denominar el comunismo como *posibilidad* o deriva posible de la acción autónoma del proletariado, dadas las limitaciones objetivas, internas del modo de reproducción capitalista; y en el segundo como *probabilidad*<sup>3</sup> del comunismo que, atendiendo a las limitaciones objetivas, se fija en la relación de fuerzas concreta y en la potencial autonomización real del proletariado en el marco de la conflictividad social.

Para simplificar, podemos cifrar los dos polos de referencia de ambas tradiciones en la revista *Krisis* y sus seguidores, por un lado; y, por otro, la obra de Paul Mattick y sus secuelas en la producción teórica de la izquierda comunista no leninista, heredera del comunismo de los consejos del periodo de entreguerras del siglo XX.<sup>4</sup> De hecho, ambas son dos expresiones de una

---

etc.), hay que reconocer la importancia de ese trabajo teórico en cuanto a desmontar, entre otros tópicos, el subjetivismo posmoderno que impregna la llamada nueva política de la izquierda. Esta viene a ser la enésima versión de la socialdemocracia que, ignorante de las realidades estructurales del modo de reproducción capitalista, se entrega a trivializaciones ideológicas que llevan a identificar el capital con sus formas fenoménicas (dinero, banca, empresa, gestores financieros, etc.). Desde luego, ambas tradiciones o ámbitos de teorización responden a dos niveles de comprensión de una misma realidad capitalista y lo hacen, además, desde el punto neurálgico que es el valor (la teoría marxiana del valor).

<sup>3</sup> En cierto modo, la dicotomía que define la dialéctica hegeliana, llevada al terreno de la historia de la lucha de clases, remite a esa otra dualidad cifrada entre posibilidad y probabilidad.

<sup>4</sup> Solo a modo de ejemplo y sin ánimo de reducir la problemática acerca del valor y de su crítica a esas dos líneas de discusión, se

misma realidad, de una misma problemática acerca de la cuestión social abordada en su doble dimensión inteligible del valor; de una parte, la dimensión abstracta, cifrada en el valor como categoría fetichista subyacente en la producción de mercancías; de otra, la realización del valor en la relación social conflictiva que comporta en las huelgas y movilizaciones.

Es así que para el primer caso, la realización del fetichismo de la mercancía significaría en la hora actual la supresión sociológica del sujeto y la constitución del capital en el verdadero sujeto de la historia, en tanto principio de valorización del mundo. Es el automatismo de la dinámica del valor lo que rige el devenir del mundo. En un cierto sentido, esto significa una invitación a la contemplación teorícista y al fatalismo, y ese sea probablemente el punto débil de la crítica «abstracta» del valor, que acaba por dar crédito a la resolución idealista de la dialéctica hegeliana y de la lógica fatalista de la historia que profesaba el ideólogo alemán de la burguesía ascendente.

Ahora bien, aún considerando esa ausencia de sujeto en la historia no significa ausencia de subjetividad en la proyección concreta de la materialidad que realiza la historia como reproducción social. Pues la sociedad capitalista, en cuanto a las determinaciones inmediatas de su reproducción, es el resultado de la proyección de subjetividades y, en concreto, de la lucha de clases entre las dos dimensiones fundamentales de la subjetividad del capital que se realizan en la clase dominante (burguesa), gestora de la relación social, y en la humanidad proletarizada

Que la ley del valor y su secuela fetichista se hayan convertido, de acuerdo con cierto nivel de conceptualización, en el sujeto de la historia no significa la

---

mencionan aquí simplemente por la consistencia teórica de ambas.

exclusión de su supresión / superación, como posibilidad, concebible en la realidad teórica y práctica de nuestra existencia. En la fase de dominación real del capital, la realización práctica del valor en la vida cotidiana de las gente se plasma en la tensión inherente a toda relación social basada en el valor, esto es, en la producción de mercancías.<sup>5</sup>

Otra cosa es que la dominación real y tendencialmente total del capital, en su propio proceso histórico, suponga la superación o supresión de esa tensión contradictoria, resolviéndola bien en el sentido optimista de la emancipación social, bien en la aniquilación del planeta. A fin de cuentas, la autonomización que representa el capital (relación social) como sujeto de la historia solo es verificable en un cierto nivel de abstracción, ya que en la materialidad de las condiciones de existencia de la gente, sigue vigente el choque de subjetividades que, en último término, remite a la lucha entre clase gestora y población proletarizada. El tiempo histórico concreto que define la coyuntura no se realiza de acuerdo con ningún automatismo; es el resultado del antagonismo, aunque este no presuponga la resolución «proletaria» y emancipatoria de la confrontación, sino solamente como posibilidad, como una realidad posible.

Por eso es importante introducir, en el análisis de la realidad social conflictiva, la noción de probabilidad, porque ahí el sujeto automático que designa la relación social (capital) se realiza en subjetividades confrontadas, porque la inercia que mueve la marcha del mundo sometido al imperativo de la acumulación de valor /

---

<sup>5</sup> Por supuesto, puede decirse que lo que mueve al mundo y a los seres humanos es un fetiche, una alucinación, un *quid pro quo* o una superstición consistente en la atribución de un valor a las cosas con el fin de ser intercambiadas; pero esa abstracción se vuelve realidad material concreta y socialmente significativa en la relación social y el conflicto que suscita.

capital, remite a relaciones intersubjetivas del proceso de producción y, en última instancia, a las decisiones de quienes disfrutan de la posición dominante en la gestión de esa relación social que es el capital. Se trata así de una cuestión de relación de fuerzas.

En el capital expresado teóricamente como sujeto automático subyace la realidad concreta de un sujeto social activo, que toma decisiones, provoca situaciones (por ejemplo, guerras) y suprime el trabajo en la forma mistificada del desempleo mediante un proceso de reestructuración constante, como muestra el espejismo de la abolición de la clase obrera industrial en los países desarrollados.

De hecho, la formulación del sujeto automático desde la teoría del valor y su desarrollo histórico, si no quiere arriesgarse en el terreno de la ambigüedad teoricista y pretende sustraerse al fetichismo de la mercancía, ha de considerar su realización en el capital autonomizado como relación social, constituida esta de forma inextricable en torno a intereses enfrentados entre quienes, obligados a vender su tiempo de vida o fuerza de trabajo, con un reducido margen de manobra en el mercado, y quienes gestionan esa fuerza de trabajo dentro del proceso de acumulación de capital.

La parálisis del proletariado como fuerza revolucionaria proviene precisamente de esa aceptación de la condición y función social concretas que le son asignadas por la burguesía gestora; una manera de delegar su condición de sujeto en la relación de sometimiento que se presenta así como el sujeto efectivo de la historia. En este punto es inevitable preguntarse hasta qué punto la naturaleza fetichista de la relación social que es el capital, realizada en el proceso de valorización, o sea, en la acumulación de capital por medio de la producción de mercancías, da pie a una representación mental o concepción de la realidad del sistema capitalista como

un ente automático, impersonal, cuya objetividad implacable se manifiesta en la actividad socioeconómica de la reproducción social. Si, además, tenemos en cuenta las débiles expresiones del antagonismo social, en cuanto a su capacidad de bloquear y de reconducir la reproducción social en un sentido socialista, la conceptualización del sujeto automático cobra aún mayor consistencia en la actual coyuntura.

Efectivamente, en apariencia —y en cierto nivel de abstracción— se puede afirmar que el sujeto de la historia es el capital. Dicho de otro modo, el mundo dominado por el capital es una realidad sin sujeto, impulsada por la fuerza motriz de un principio: el valor. En esa visión fetichista la subjetividad humana —todavía presente en las elucubraciones escolásticas— se halla subsumida en la objetividad del proceso de producción general de mercancías, que incluye la producción de hombres, mujeres, identidades, etc., cuya realización efectiva como seres sociales se realiza en el mercado, en tanto capital (humano).

Como quiera que sea, se trata de la dualidad que en el orden lógico, categorial, da lugar al fetichismo de la mercancía que sustenta la crítica del valor y que responde a la contradicción inherente al modo de producción de mercancías. Esta se realiza en su proyección práctica en la vida cotidiana, mundana, como antagonismo; se hace realidad históricamente y socialmente en la pugna de intereses entre explotadores y explotados, entre quienes acumulan los recursos y la riqueza y quienes son desposeídos de ella, entre quienes acumulan la capacidad de decisión sobre quienes son relegados a súbditos, etc.

Por eso, hay que tener en cuenta el factor subjetivo en la historia del capital— que no se limite al subjetivismo voluntarista—, precisamente porque la noción de capital como relación social entraña una dicotomía

irresoluble teóricamente y solo abordable en el plano de la realidad práctica contradictoria de esa relación, como relación social de fuerzas: la superación / supresión del capital por la subjetividad activa del proletariado revolucionario, como han insinuado las experiencias del pasado.

Así fue comprendido por quienes en la fase ascendente del capital profundizaron en la comprensión de la naturaleza del capitalismo. Incluso, el propio Hegel, reconocía a su modo esa dramática dicotomía al enunciar la escisión de la conciencia autocognoscitiva y universal en la relación amo / esclavo, donde solo este —el proletariado en el orden capitalista— puede devenir conciencia universal resolutive de la Historia, frente a la conciencia autocognoscitiva de la burguesía, sectaria, restrictiva, clasista, excluyente e incapaz, por tanto, de incorporar a la humanidad y devenir universal pues, al fin y al cabo, su existencia depende del proletariado (del trabajo sometido y expropiado).

Pero es en el terreno de la conflictividad social objetiva —y no en el plano teórico, de las abstracciones categoriales— donde tiene lugar el conflicto de intereses, de clase, donde se afirma igualmente la subjetividad antagonista que permite distinguir entre capital (burguesía, clase dominante) y trabajo o condición humana reducida a fuerza de trabajo.

En cualquier caso, la relación social del capital — la noción misma de capital— no es unívoca ni lineal históricamente. Su carácter intrínsecamente contradictorio en el plano lógico, se realiza en un antagonismo social que adopta distintas expresiones a lo largo de los sucesivos ciclos de crisis capitalistas, que son lo que marcan las tendencias y los límites concretos en el tiempo y en el mundo de la realización de esas categorías, y no solamente sus límites abstractos, ontológicos.

Aquí también conviene aclarar que la verificación práctica de la teoría del valor no significa su resolución en el sentido teleológico del idealismo hegeliano, ni del materialismo burgués revolucionario que inspiraba el movimiento obrero industrial. La constatación crítica de la conflictividad y la teorización de la misma, al tiempo que reconoce las limitaciones de la subjetividad en el capitalismo ascendente del movimiento obrero industrial y del programa ideológico revolucionario, no por ello se contenta con dejarse llevar por la inmanencia del sujeto automático. Pues la crítica práctica que comporta el conflicto abre la perspectiva hacia la comprensión de un posible que solo puede ser resultado de la dinámica social; expresa la realidad del cambio posible al tiempo que su realización probable en virtud de la relación de fuerzas en pugna.

De ahí que haya que advertir del riesgo de una eventual mala interpretación del sujeto automático, limitada al carácter entrópico del capitalismo, cuyo desarrollo histórico encuentra unos límites objetivos, físicos y lógicos (teóricos), que pudiera inducir la pasividad o el fatalismo del dejarse ir a ver qué pasa de cierto determinismo histórico.<sup>6</sup>

También otra advertencia conviene a propósito de su contrario, del voluntarismo activista, que urgido por las circunstancias, elabora recetas, alternativas, programas revolucionarios o reformistas, busca soluciones generales a la problemática de la humanidad como resultado de la globalización del capitalismo y

---

<sup>6</sup> El fatalismo que emana esa interpretación teoricista de la crítica del valor en torno al sujeto automático, se ve reforzado por el fetichismo de la mercancía tecnocientífica, donde el complejo tecnoindustrial se presenta aparentemente autonomizado y como encarnación del progreso ilimitado, sin atender al detalle de que las condiciones socioeconómicas e históricas de su producción, como del resto de mercancías, lo aboca igualmente al colapso.

no como comunidad humana posible que actúa en un ámbito de probabilidad.

Para que la noción de sujeto automático no se pierda en la niebla teoricista, o que la crítica radical de la mercancía frente al programa de austeridad consciente del decrecentismo o de las distintas propuestas de desarrollo sostenible no se queden en la inconsistencia lógica que delata sus propios límites materiales, objetivos, históricos, hay que reconducir la crítica del valor / mercancía al plano de la relación social concreta donde se realiza, es decir, donde las categorías toman cuerpo y la relación social que subyace en cada mercancía se hace real en la relación de fuerzas y la divergencia de intereses.

Si no fuera así, la noción de sujeto automático sería una pura abstracción metafísica cuya realidad quedaría circunscrita al espíritu hegeliano que se despliega en la historia concebida como una entidad dirigida por una fuerza ineluctable donde la acción humana apenas interfiere en el fluir del espíritu. Así entendida, la crítica del valor se vería atrapada, paradójicamente, en el fetichismo de la mercancía que pretende superar.

## 8. Valor e intercambio de equivalentes

A LA HORA de intentar una aproximación a la realidad capitalista en cualquiera de sus versiones o periodos históricos, la categoría valor es ineludible ya que, aun siendo una especie de invariante,<sup>1</sup> una categoría históricamente vinculada al intercambio entre objetos en todas sus formas, adquiere una significación teórica y práctica determinante en el modo de reproducción social capitalista. La noción de valor y el principio de equivalencia que rige en los intercambios materiales entre las personas,<sup>2</sup> atraviesan la historia humana hasta culminar en la actualidad bajo la forma del intercambio

---

<sup>1</sup> La noción de valor, entre otras, puede considerarse una de esas categorías prácticas persistentes a lo largo del tiempo a las que podríamos definir como invariantes (el patriarcado, por ejemplo), y que sostienen el armazón teórico y práctico de las formaciones sociales clasistas a lo largo de diferentes periodos de su evolución, superando el sentido restrictivo de invariancia enunciado en su momento por Amadeo Bordiga, adscrito al ámbito del marxismo.

<sup>2</sup> Perceptible por Polanyi a la hora de evaluar la «gran transformación» que supone el capitalismo y la propensión al intercambio de bienes por bienes entre humanos. Karl Polanyi, *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*, Madrid, Ediciones La Piqueta, 1997, pp. 82, 84.

capitalista de mercancías y la valorización de las cosas (objetos, materias, ideas, discursos), en función del valor / trabajo que contienen. Por eso, la teoría marxiana del valor y, en consecuencia, la crítica de la economía política, no es una categoría que se agote en el ámbito reduccionista de la economía, sino que es una teoría crítica de la sociedad, del modo de reproducción social capitalista y de la mentalidad que lo caracteriza.

Aun considerando que las categorías económicas de nuestra modernidad capitalista evolucionada, comenzando por el concepto mismo de economía, no son transponibles a la Antigüedad, a efectos de lo que aquí se propone, podemos afirmar que en cualquier forma histórica de intercambio de objetos subyace la noción de valor —ya sea de uso o simbólico— y que, en cualquier caso, comporta un principio que remite a una proporcionalidad y equilibrio que se realiza en el intercambio de valores equivalentes, ya sea adoptando la forma de trueque o la mediación monetaria.

Como quiera que sea, la noción de valor, que subyace a cualquier forma de intercambio de objetos entre humanos, en el caso de la relación de intercambio capitalista, constituye el principio mental que articula el mundo, siendo así uno de los pilares de la concepción del mundo burgués. De manera que, en cierta medida, la mentalidad burguesa se inscribe en la historia, como expresión del intercambio de equivalentes basado en la noción de valor-trabajo, al tiempo que significa un salto cualitativo en cuanto a la definición misma de valor respecto de la escolástica hasta entonces vigente.

El valor asociado al tiempo de trabajo sometido al régimen asalariado supone una ruptura conceptual decisiva, pero sobre todo práctica en lo que se refiere a la constitución de la formación social. Fundamentada en la noción de valor, la sociedad capitalista rompe radicalmente con cualquier forma de organización social

precedente. Y esta ruptura es aún más profunda respecto de las comunidades sin Estado,<sup>3</sup> o simplemente en relación con la comunidad en contraposición a la formación social jerarquizada, estamental, clasista, manifiesta en la historicidad, una vez que el tiempo pasó de ser cronología a llegar a ser un valor en sí mismo.

La especificidad del valor en la formación social capitalista convierte a la economía, en tanto forma de organización y gestión del expolio de la humanidad y de la naturaleza, en el eje de comprensión de la realidad reproductiva de la sociedad y de sus contradicciones, así como su crítica —la crítica de la economía política— hace comprensible la posibilidad de superación de tales contradicciones en sus límites históricos concretos.

La noción de valor y la práctica del intercambio engendra una forma de pensamiento o ámbito mental (*la pensée de l'échange*)<sup>4</sup> que en la sociedad mercantil, capitalista, realiza la mentalidad y socialidad burguesa en el espacio físico y simbólico del mercado.

\*

De hecho, la teoría del valor es la piedra angular de la crítica de la economía política y, en consecuencia, el centro de gravedad del pensamiento económico de la izquierda en lo que pueda tener de tendencia transformadora de la sociedad. Sin embargo, la crítica de la economía política posterior a Marx se bifurcó en torno a dos grandes líneas o corrientes de pensamiento en las que

---

<sup>3</sup> Pierre Clastres, *La sociedad contra el estado*, Barcelona, Virus editorial, 2010.

<sup>4</sup> Georges Lapierre en su monumental obra *Être ouragans*, editado por L'Imsonniaque (Montreuil, 2015), desarrolla la noción de *pensée de l'échange*, lo que sugiere en última instancia contraponer la noción de intercambio existente en la comunidad y la que funda el intercambio mercantil de la sociedad capitalista. Dos modalidades de intercambio que se corresponden con dos formas de mentalidad antagónicas.

una toma como referencia la esfera de la producción (de valor), la explotación de la fuerza de trabajo y sus límites objetivos (caída tendencial de la tasa de beneficio) y subjetivos (lucha de clases), y otra fija su atención en el ámbito de la distribución, del mercado, esto es, en la esfera de la circulación y realización del valor como capital.

Así pues, a grandes rasgos, puede decirse que en el primer caso, la crítica del valor dio pie a la tradición revolucionaria del movimiento obrero industrial, mientras que en el segundo, fue la base sobre la que se forjó el marxismo ideológico, cifrado en el horizonte de la distribución equitativa de la producción, ejecutada en las condiciones formalmente igualitarias del control obrero, característica tanto del reformismo socialdemócrata como del capitalismo de Estado leninista.

En ambas corrientes marxistas, la esfera de la explotación del trabajo —la cuestión del valor— queda subsumida en el proceso de circulación y distribución, de manera que, como ocurre en la economía política, la cuestión social queda reducida a un problema técnico, contable, de justicia redistributiva. Esta consideración sesgada de la relación social característica del capitalismo pervive hasta el presente en la izquierda institucional y «alternativa», cuya proyección práctica consiste en la intervención política como representación o simulacro del antagonismo social.

Sin embargo, el propio desarrollo histórico de la relación social del capital ha llevado en nuestros días a que ambas esferas —la producción y la realización— se integren cada vez más estrechamente en el ciclo de negocio, mediante las modernas técnicas de gestión de la producción flexible y sobre demanda, dentro de un mismo sistema, o si se prefiere, del subsistema económico dentro de la sociedad del capital.

La articulación integrada de la producción y el mercado en la sociedad capitalista avanzada hace converger

la explotación de la fuerza de trabajo y la expansión geográfica del mercado como dos elementos constitutivos de un único proceso de acumulación de capital en la escala mundial, al tiempo que hace efectivo su horizonte histórico, tanto en la producción (caída tendencial de la tasa de beneficio), como en la realización del mercado (insolvencia de la demanda global). Es lo que aparece como crisis económica estructural y sistémica, que repercute en los diferentes subsistemas de la reproducción social (sanidad, alimentación, urbanización, etc.).

### **La mentalidad valorizadora capitalista: una digresión escolástica**

La ruptura que supone la introducción de la economía mercantil, la practica del intercambio en el mercado, supone por ello una ruptura mental, espiritual, un salto en el pensamiento que se manifiesta en la reflexión en torno a la economía de los filósofos clásicos (Aristóteles), aunque no en el sentido moderno del pensamiento económico.<sup>5</sup>

La práctica del intercambio mercantil se desarrolló en la historia de modo tal que ya en la filosofía medieval y, posteriormente, con la expansión geográfica que suponen los descubrimientos geográficos y la colonización del periodo mercantilista, la reflexión acerca de la actividad de intercambio ocupa una parte de las preocupaciones intelectuales de su tiempo. Particularmente, los pensadores cristianos orientaron sus elucubraciones hacia el establecimiento de un principio de equivalencia justo; el «precio justo».

---

<sup>5</sup> M. I. Finley, *Economía de la Antigüedad*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1973.

Puesto que la noción de valor que subyace al principio de equivalencia es una convención, una construcción mental y, a fin de cuentas, una cuestión arbitraria, y la economía una categoría contingente, los padres de la Iglesia católica la abordaron de la única manera posible en su particular concepción teológica del mundo, como una cuestión moral.

Desde luego, los teólogos escolásticos desvariaban, se iban por las ramas en sus soluciones y diagnósticos, pero no tanto como los economistas modernos, funcionarios ideológicos del fetichismo del valor realizado en la materialidad del mundo. Al fin y al cabo, los filósofos cristianos, apegados a cierta forma de humanismo, no habían perdido de vista la necesidad de un correctivo moral a la idea supersticiosa que atribuye un valor a las cosas, cuya proyección práctica era la causa de pobreza, desigualdad e injusticia. En cierto modo y debido al nivel de desarrollo socioeconómico de su tiempo, no habían sucumbido al fetichismo del valor que los economistas del capitalismo de los siglos posteriores profesarían.

Los escolásticos estaban atrapados en un subjetivismo moralizante que atribuía la falta de justicia y la desigualdad social a prácticas abusivas en el intercambio de equivalentes, maleadas por la codicia y la usura, resultado por tanto de causas contingentes, propias de una subjetividad no virtuosa. En realidad, lo que proponían los escolásticos es una guía de buenas prácticas mercantiles, como hace Tomás de Mercado, que actuaran como correctivos de las desigualdades y desequilibrios provocados en las relaciones de intercambio de equivalentes. Su error, como el resto de bienintencionados teólogos, es que no reconocían el carácter consustancialmente injusto del trasiego económico; que la injusticia es inherente a la producción de mercancías.

Las preocupaciones de los escolásticos santificados, Agustín de Hipona, Tomás de Aquino, Bernardino de Siena, entre otros, ya avanzaron las cuestiones candentes que retomaría la economía política burguesa. Por eso pueden ser considerados pioneros en la formulación de la problemática del valor. En esta secuencia, incluso Marx, puede ser visto como el último escolástico en lo que se refiere a su teoría del valor trabajo, aunque aquel solo se refiriera a la teoría del valor. En cualquier caso, la teoría marxiana del valor invoca la explotación humana (trabajo) como fundamento analítico de la lucha de clases, por eso no es una teoría económica sino una crítica de la economía política.

En la sociedad mercantilista, el valor de las cosas responde a una idea subjetiva de utilidad y estimación, y es el rey o el gobernador quien fija el precio de mercado como forma operativa del valor, con el fin de mantener el equilibrio entre utilidad y estimación, por un lado, y precio de mercado, por otro. De este modo, el precio impuesto por la república o el principal responde, en última instancia, a una ley natural.<sup>6</sup>

El avance del mercantilismo centra la cuestión en torno al precio, al precio justo y la regulación de las prácticas de intercambio comercial a la luz de la teología cristiana. La «escuela de Salamanca», en el siglo XVI, marcó la pauta en este sentido, particularmente Tomás de Mercado que, con su obra *Suma de tratos y contratos* «pretende instruir a los mercaderes» y lo hace a partir de una concepción del valor que atribuye no solo a la necesidad o utilidad de la cosa sino a

---

<sup>6</sup> «Y ley natural es que siempre se venda por justo precio, y la misma ley natural también dicta ser precio justo el que pone la república, mayormente los principales de ella, el rey o príncipe que la gobierna». Tomás de Mercado, *Suma de contratos*, vol. I, edición a cargo de Nicolás Sánchez Albornoz, Instituto de Estudios Fiscales del Ministerio de Hacienda, Madrid, 1977, p. 104.

la estimación, es decir, abre la vía a la teoría del valor basada en la utilidad subjetiva que desarrollará siglos más tarde la economía política burguesa.

Con todo, la escolástica aborda el problema del intercambio de equivalentes de forma racional y razonada, de acuerdo con la racionalidad moral de su tiempo, donde la desigualdad que provoca el intercambio (codicia del mercader) es sinónimo de injusticia (Tomás de Mercado). Las injusticias que tienen lugar en el mercado y que los escolásticos atribuían a inmoralidades en la práctica del intercambio, reducen el problema de la injusticia a su forma aparente en el mercado, como una cuestión de precio *justo*. Sin embargo, con la implantación del capitalismo, el intercambio desigual radical en que consiste la relación asalariada apunta a la causa real de la desigualdad social en el proceso de producción de las cosas (mercancías).

Las consideraciones morales que rigen en la economía escolástica del mercantilismo quedan así subsumidas en la práctica de intercambio que surge con el régimen asalariado. A partir de entonces, la desigualdad económica se funda en un principio *objetivo* y formalmente justo y equitativo, ya que resulta de la *libre* relación de intercambio entre individuos (entre empresario y trabajador/a) que fija el precio de mercado de la fuerza de trabajo.

El problema del precio justo que tanto preocupaba a los filósofos cristianos, queda *resuelto* como consecuencia del propio desarrollo de las relaciones sociales de producción. Sería Marx, sin embargo, quien reparara en el detalle decisivo que distingue valor y precio en el caso de la fuerza de trabajo y con ello, desbaratará la pretendida equidad y justicia del intercambio asalariado, en la medida que el precio de la fuerza de trabajo no equivale al valor de la misma, ya que el hombre / mujer asalariado es capaz de producir un valor

superior (plusvalía) al de su valor de mercado (salario). Ahí estriba la naturaleza específica del capitalismo que el filósofo de Tréveris tuvo la perspicacia de detectar.

Con el capitalismo, el valor se vuelve objetivo, resultado lógico y «natural» del proceso de producción y de consumo (mercado) y deja de ser un problema moral, subjetivo, para convertirse en una categoría que se realiza en un proceso material objetivo, sustentado por el trabajo y la circulación de mercancías (intercambio). Con ello, el precio aparece como la realización aparente del valor en el mercado que, por eso mismo, pasa a ser la esfera de realización de la relación social en la sociedad capitalista. Así, la categoría valor —y la práctica social que conlleva—, se emancipa de las cortapisas morales, teológicas, y se seculariza adoptando la forma de problema político, económico, administrativo, etc., de gestión en la sociedad burguesa.

La secularización que representa el ascenso de la burguesía —del pensamiento ideológico burgués— tan solo procede a sustituir el fetichismo teológico del valor, propio del pensamiento escolástico, por el fetichismo renovado de la mercancía resultante del modo de producción asalariado. La explotación humana aparece como un hecho objetivo, neutro, derivado de una práctica aparentemente «natural» de intercambio, entre seres humanos que concurren *libremente* en el mercado. A partir de esa naturalización típicamente ideológica, la riqueza, la acumulación de capital, es fruto de un automatismo que rige toda actividad económica y que, en última instancia y Dios mediante, premia al burgués austero y piadoso, como muy bien refleja la ética protestante.<sup>7</sup>

---

<sup>7</sup> O al emprendedor actual, cuyo beneficio obtenido en el mercado queda legitimado por el *riesgo* que asume en su aventura empresarial, que viene a renovar la ética protestante, esta vez acondicionada a la fase de dominación formal del capital, en la actual fase de dominación real.

Esa secularización de consecuencias amplias, brutales y deshumanizadoras no pasó desapercibida a pensadores cristianos bienpensantes, acordes con la moral de la equidad distributiva, como Tawney, entre otros. Estos, renuentes al socialismo del pujante movimiento obrero, siguieron dando vueltas a las disquisiciones escolásticas ante las barbaridades perpetradas por la extensión del régimen capitalista, intentando ofrecer una racionalización imposible del reparto equitativo de la riqueza social.

Eso explica que la crisis del capital sea también la crisis del cristianismo y de las mitologías redentoras islamistas y judías, fracasado definitivamente su inútil proyecto histórico de conciliar el intercambio de (valores) equivalentes con la justicia distributiva que, con sus características particulares, preconizan; un fracaso que se plasma precisamente con la crisis terminal capitalista.

\*

La construcción histórica de la economía política es reduccionista en su economicismo y deja de lado la relación de clase y de dominación, explotación, etc., que connota la noción de valor, y concretamente, la relación de intercambio asalariada, para hacer de esta una categoría instrumental, contable, formalizada en el precio. Para la economía política, la realidad subyacente del valor (de las cosas), que no es sino trabajo, el tiempo de vida humana sometida, queda subsumida en la realidad aparente del precio y de la libre circulación de las mercancías.

La ficción de libertad, justicia e igualdad que nutre la ideología de la revolución burguesa se basa, sin embargo, en un desequilibrio original que se proyecta en la práctica sistemática de la desigualdad, la explotación física y mental (laboral) y el expolio de tierras y recursos de subsistencia, que se impone socialmente y en la conciencia individual como algo objetivo, natural

y lógico hasta nuestros días, constitutivo de esa otra invención que es la *naturaleza humana*.

En la mentalidad burguesa, la desigualdad social entre los seres humanos y la devastación del mundo no responde a un hecho concreto originario, a una relación fundadora del modo de producción capitalista (asalariado), que se realiza en la circulación de las mercancías (mercado), sino a disfunciones circunstanciales de este (sobreproducción y desabastecimiento simultáneos), de la circulación monetaria (desviaciones de su representación del valor) y, en definitiva, de la adopción de medidas fiscales adecuadas para obtener el equilibrio redistributivo de la riqueza.

Es el horizonte de la economía política, como ideología del capital en sus diferentes versiones. Hasta hoy en día, esa creencia sigue vigente en el pensamiento y mentalidad dominantes, incluida la izquierda del capital. La centralidad del mercado sigue siendo decisiva en la reflexión económica del capitalismo financiarizado; ahora ya plenamente banalizado como etéreo sujeto agente («los mercados»). Por eso el mercado es la gran cortina de humo que camufla las contradicciones estructurales y es el soporte de la ominosa utopía autorreguladora que predica el liberalismo económico.<sup>8</sup>

Incluso Karl Polanyi,<sup>9</sup> en su crítica del sistema mercantil no llega a desprenderse totalmente de ciertos prejuicios de la economía política. Efectivamente,

---

<sup>8</sup> No hace falta recurrir a impenitentes revolucionarios para corroborarlo. Karl Polanyi (*La gran transformación...*) llega incluso a afirmar que «los orígenes del cataclismo, que conoció su cenit en la Segunda Guerra Mundial, residen en el proyecto utópico del liberalismo económico consistente en crear un sistema de mercado autorregulador» (p. 65) y más adelante remacha que «ni la historia ni la etnografía han tenido conocimiento de ninguna otra economía anterior a la nuestra que, incluso aproximadamente, estuviese dirigida y regulada por los mercados» (p. 85).

<sup>9</sup> *Ibidem*.

Polanyi reconoce que trabajo, tierra y dinero no son mercancías porque no son producidas,<sup>10</sup> pero el hecho es que funcionan como mercancías en el mercado capitalista y en el caso del trabajo (de la fuerza de trabajo) es la mercancía problemática por antonomasia y la que acarrea todas las «dificultades» de interpretación a la hora de legitimar el sistema capitalista.

El sujeto trabajador opera como una mercancía más en el mercado (de la fuerza de trabajo) y con ello sustenta la sociedad capitalista en virtud de que lo que paga el capitalista es el precio de la fuerza de trabajo, no el del trabajo resultante en la producción (mercancías). A pesar de su lucidez y de sus buenas intenciones, Karl Polanyi, como los escolásticos, sigue anclado a la concepción humanista de la actividad económica y a los imperativos morales orientados hacia la armonía y el equilibrio social.<sup>11</sup>

El hecho es que, con la implantación de la sociedad industrial se produce un nuevo giro en la concepción del mundo y en la formación de la mentalidad, ahora centrada en el modo de producción capitalista.<sup>12</sup> A

---

<sup>10</sup> Karl Polanyi dice: «Incluir al trabajo y a la tierra entre los mecanismos del mercado supone subordinar a las leyes del mercado la sustancia misma de la sociedad». Y más adelante, «es evidente, no obstante, que trabajo, tierra y dinero *no son* mercancías, en el sentido de que, en lo que a estos tres elementos se refiere, el postulado según el cual todo lo que se compra y se vende debe de haber sido producido para la venta, es manifiestamente falso». *Ibíd.*, pp. 126 y 127 (las cursivas son del autor).

<sup>11</sup> Karl Polanyi: «La pretendida mercancía denominada *fuerza de trabajo* no puede ser zarandeada, utilizada sin ton ni son, o incluso ser inutilizada, sin que se vean inevitablemente afectados los individuos humanos portadores de esta mercancía peculiar». *Ibíd.*, p. 129 (cursivas del autor).

<sup>12</sup> El cambio radical que supone pasar del mandato bíblico consistente en «someter el mundo al hombre», al imperativo productivo progresista consistente en la producción / creación del mundo, que es tanto como emular a los dioses, mediante la

partir de entonces, las contradicciones de la realidad social superan el marco estrictamente moral para convertirse en contradicciones estructurales del modo de reproducción artificial del mundo y de la vida que lleva la realización del valor —de su concepción y de la mentalidad que fundamenta— a sus límites históricos materializados en la crisis.

## La polémica del valor

Con el asentamiento del capitalismo, ya entrado el siglo XX, la teoría del valor fue motivo de discusión en los círculos marxistas. La teoría marxiana, según algunas corrientes, implicaba además de las tendencias hacia los límites históricos del modo de producción capitalista, una dimensión política inequívoca como teoría del antagonismo social y de la lucha de clases, al poner en evidencia la naturaleza contradictoria del valor en la irreconciliable coexistencia de las categorías capital y trabajo.

Los años treinta del pasado siglo estuvieron así protagonizados por los debates y desarrollos teóricos de autores hoy ya olvidados, pero que marcaron hitos fundamentales en la historia de la crítica de la economía política, tales como Tugan Boronowski, Rosdolski y Grossmann, entre otros. Posteriormente, ya en los años sesenta, la aparición de la obra de Piero Sraffa reavivó la polémica con la corriente neorricardiana, que pretendía superar las limitaciones del valor en tanto categoría abstracta, para atenerse a la dinámica del precio, una fenomenología útil, empírica, del valor, y operativa para el análisis económico. Pero a pesar de las

---

progresiva introducción de tecnología y conocimiento aplicado productivo que ha llevado a la producción artificial del mundo y de la vida.

intenciones humanizadoras del modo de reproducción social capitalista de buena parte de la intelectualidad burguesa, esta nunca abandonó la senda de la economía política que, como ideología económica del capital, reduce la realidad de la relación social de dominación a un problema económico, matemático, técnico o sociológico, cuya resolución se lleva a cabo en el mercado.

Asimismo, esta intelectualidad se replanteó la cuestión de la conversión de valores en precios, dejando a un lado el hecho de que valor y precio son dos categorías que emiten a dos niveles distintos de conceptualización que, en el primer caso, comporta una teorización de la reproducción social basada en la explotación productiva (de valor) del hombre / mujer y no una mera formulación técnica, economicista. Ese reduccionismo, que lleva en nuestros días al monetarismo y a la financiarización poskeynesiana, se revela como una imposibilidad práctica para la comprensión crítica de la acumulación de capital en la escala planetaria.

El caso es que la doble dimensión del valor, es a la vez un enunciado lógico, una abstracción, que articula la teoría que hace comprensible su realización material en la acumulación de capital y en el proceso de reproducción social y, por otro lado, una categoría tangible, cuantificable, reducida a su representación dineraria en el precio (valor de cambio). Esa doble dimensión del valor está detrás de la interpretación sesgada de la realidad social y económica que describe la economía política, ya sea por parte de la clase gestora burguesa, ya de la mano de su oponente formal socialdemócrata que, en su versión pragmática del reformismo actual, queda reducida a maniobra táctica en el mantenimiento de un orden social reproductivo que se tambalea.

Las medidas encaminadas al sostenimiento de la acumulación de capital, desde la perspectiva de la economía política, se ubican en el terreno de la apariencia

engañososa de las cosas que diría Marx. Dicho de otro modo, se ubican en la fenomenología funcional del valor, mediante maniobras monetarias, financieras y organizativas (externalización y globalización), pero sin contemplar el orden productivo asalariado y sus contradicciones como parte de la problemática del capital; de la acumulación de capital y de la relación social que la sostiene.

La economía política que, en la sociedad del entretenimiento da mucho juego y es una actividad atractiva y lucrativa, a juzgar por el número de estudiantes y la proliferación de escuelas de negocios, apenas pasa sin embargo de ser un ejercicio intelectual más o menos enrevesado con un profuso aparato matemático, que trata de forma separada el orden productivo y redistributivo, como si fueran dos mundos yuxtapuestos y no partes integradas de una misma realidad o proceso: la acumulación de capital como resultado de una relación social contradictoria, ya inscrita en el sistema asalariado. La incongruencia reformista —sus límites objetivos— derivan precisamente de ahí, de dejar de lado el origen de la riqueza, la esfera productiva, y limitarse a la esfera del consumo (redistribución).

La teoría del valor, como ya dejara bien sentado Marx, no es el fundamento de ninguna teoría económica, sino de la *crítica* de la economía política y, en consecuencia, es una teoría de la reproducción social que se basa en la relación de explotación asalariada y conflictiva, expresión del antagonismo social (lucha de clases).

No es por tanto, una faceta de la economía política ni mucho menos una prescripción o un programa para la sociedad socialista futura; la teoría marxiana del valor plantea el análisis de la explotación humana en el hecho fundamental de la producción de las cosas (mercancías), partiendo del intercambio fundamental —y radicalmente desigual— que rige en la relación

asalariada y predetermina la esfera de la distribución. Por eso, no es ni pretende ser una teoría de los precios o una teoría monetaria de la riqueza y del consumo.

Lo que incomoda de la teoría marxiana es que deja en evidencia el carácter ideológico de la economía política neoclásica y sus premisas falseadas a base de elusiones deliberadas en las relaciones sociales de producción y distribución. Además, la negación de la teoría del valor por la economía neoclásica ha evidenciado sus limitaciones con el desarrollo del capitalismo, de manera que emprende una recuperación del punto de vista de Marx, despojándole de su carácter crítico, esto es, soslayando la realidad económica del capital como relación social antagonista. Es lo que intentaron los neorricardianos, con Piero Sraffa a la cabeza.

Desde luego, el valor es una abstracción, pero una abstracción operativa en la materialidad de la existencia humana, una categoría abstracta que se realiza en el intercambio material. Es una superstición que no queda relegada simplemente al ámbito abstracto como una creencia que más o menos influye o mediatiza la existencia humana; el valor es una abstracción que se realiza y materializa constantemente en cada acto de nuestra vida cotidiana, a través del intercambio de equivalentes y la mediación dineraria.

Por eso es más que una creencia o superstición al estilo de las religiones, es una práctica que construye la conciencia, que crea mentalidad revalidada con la evolución de las formas de intercambio y el desarrollo histórico del mercado. De ahí que la mentalidad de la subjetividad consumidora represente el estadio último de realización del valor en la conciencia del individuo, donde este es un elemento del engranaje de un sistema cuya reproducción consiste en la producción y acumulación de valor.

Por lo demás, toda la producción literaria de la economía política está encaminada a esconder la realidad radical, fundamental, del conflicto social que refleja el intercambio de equivalentes basado en el valor / trabajo. La historia del pensamiento económico burgués, en su versión académica o socialdemócrata y leninista es, en realidad, un reflejo de la mentalidad burguesa que responde al esfuerzo intelectual de los funcionarios ideológicos de la clase dominante en su intento por disimular y justificar la explotación del trabajo.

De este modo, la historia del pensamiento económico burgués y sus cada vez más sofisticadas elaboraciones, sigue las pautas de desarrollo de la producción generalizada de mercancías en la sociedad industrial o, dicho con otras palabras, va a rastras de la creciente complejidad que la capacidad de producción de mercancías (desarrollo de las fuerzas productivas) va adoptando a lo largo del tiempo.

Es, en este sentido, en el que Piero Sraffa parecía dar respuesta objetiva y definitiva, mediante el modelo matricial<sup>13</sup> al problema de la producción y la distribución de la riqueza. El modelo sraffiano y su formulación de sistema cerrado («producción de mercancías por medio de mercancías»), deja fuera sin embargo el carácter específico de la mercancía fuerza de trabajo. El esquema sraffiano se vuelve mucho más problemático de lo que parece, pues teniendo en cuenta la especificidad de la producción de la mercancía fuerza de trabajo, el simple desplazamiento de la cuestión hacia el terreno de la realidad contable y la formación de los costes y precios de producción, etc., no *resuelve* el problema

---

<sup>13</sup> El desarrollo del consumo obrero problematiza la definición de la «mercancía patrón» (Sraffa), de las necesidades básicas y de las superfluas. Basta observar la evolución en la distribución del gasto de reproducción de la población trabajadora.

subyacente de la relación social sobre la que, en última instancia, se funda el coste de la fuerza de trabajo.

Por otra parte, la constatación del desequilibrio en el mercado pone en evidencia al conjunto de la economía política a la hora de dar una respuesta clara y consistente al hecho simultáneo de la sobreproducción de mercancías, la penuria material de la gente y la falta de acumulación de capital (crisis), todo ello con un sistema productivo cuyo potencial se encuentra deliberadamente contenido.<sup>14</sup>

Cuando se aborda la cuestión social desde la perspectiva del valor, se está hablando de otra cosa que de economía, pues la crítica de la economía política y la teoría económica burguesa son dos campos diferentes de comprensión de la dominación social basada en el hecho económico del régimen asalariado. Es en este sentido que es necesario corregir el enfoque y desplazar la problemática de la cuestión social, rescatándola de la ideología de la economía política para llevarla al terreno de la realidad práctica de la vida de los hombres y mujeres, que es el ámbito de realización de la crítica.

En lo que a nuestro tiempo se refiere, la actualización de la perspectiva analítica ateniéndonos a las condiciones socioeconómicas de nuestra existencia es donde se evidencian los límites del valor y de la acumulación de capital (estado de crisis permanente) como tendencias realizadas y no como hipótesis. Eso hace que, al menos, la ola de conflictividad que recorre el mundo represente para la subjetividad proletarizada la posibilidad de

---

<sup>14</sup> En 2023 la utilización de la capacidad productiva en el conjunto de los 27 países de la Unión Europea fue del 80,5 %, mientras que en España fue del 76,9 %, según el Ministerio de Industria y Turismo español. Véase: [https://www.mintur.gob.es/es-es/IndicadoresyEstadisticas/BoletinEstadistico/Marco%20macroecon%C3%B3mico%20internacional/1\\_23.pdf](https://www.mintur.gob.es/es-es/IndicadoresyEstadisticas/BoletinEstadistico/Marco%20macroecon%C3%B3mico%20internacional/1_23.pdf), a partir de los datos de Eurostat.

afirmarse con «otro punto de vista» — con otra mentalidad —, que se despegue tendencialmente del punto de vista dominante de una manera activa, en la teoría y en la acción práctica.



## 9. ¿Hacia un cambio de mentalidad?

### **Una indagación en la mentalidad del capitalismo declinante**

Hasta ahora, la crítica política se ha planteado en términos ideológicos, es decir, en el plano de las diferentes ideas o interpretaciones de la reproducción humana de acuerdo con un ideal de justicia social, equidad, etc. Esa fue la línea crítica seguida por el movimiento obrero industrial en todas sus expresiones, reformistas o revolucionarias, que se hallaban inscritas en el marco conceptual productivista de la relación social del capital de aquel entonces (dominación formal). Aparente, formalmente, el problema se reducía a la apropiación de los medios de producción por los trabajadores y a una justa redistribución del trabajo y de su producto.

Sin embargo, la crisis general del modo de reproducción capitalista en la que estamos inmersos y cuyas manifestaciones abarcan todos los aspectos concernientes a la reproducción de la vida humana y del planeta, tanto en su dimensión económica, como social, ecológica, cultural, psicológica, es indicativa de que nos encontramos en una tesitura histórica de transformación radical de aquella problemática. Esta no se

resuelve simplemente en un cambio ideológico, sino que se refiere a un cambio de la mentalidad que rige la relación del ser humano con el mundo.

De hecho, no estamos emplazados solamente a un cambio ideológico en cuanto a la forma de distribución del trabajo y de su producto, sino a un cambio de mentalidad que concierne a la propia concepción y función de la actividad humana en la reproducción social. Un cambio respecto de la concepción hasta ahora vigente, en el que la actividad humana reproductora de la sociedad está circunscrita a la relación asalariada, la producción de valores de cambio (mercancías) y su intercambio de acuerdo con un principio de equivalencia universal que remite, precisamente, al tiempo de trabajo, el tiempo histórico como progreso, etc. Asimismo, son estos factores, que sostienen la formación social capitalista y que entran en fase crítica, los que conforman la subjetividad consumidora de mundo; productora y consumidora del mundo convertido en mercancía.

\*

Una determinada concepción del mundo entra en tensión, empieza a cuestionarse, cuando ya no se corresponde con la realidad práctica en que se desenvuelve la vida cotidiana de la gente que la profesa e integra como mentalidad; cuando las ideas, deseos, convicciones, etc., vinculados al quehacer concreto de la gente adquieren la relevancia suficiente como para poner en entredicho las ideas, categorías, promesas, instituciones, etc., hasta ese momento vigentes en la vida social. Entonces surgen otras inquietudes, otras necesidades intelectuales, espirituales, simbólicas y materiales a las que dar satisfacción mediante nuevas formas de hacer y de pensar.

Así pues, un cambio de mentalidad es un proceso social abierto, no es algo formulable o predecible al modo del cambio ideológico y de los programas

políticos reformistas o revolucionarios. Es un proceso que se hace perceptible en actitudes, ideas, anhelos y prácticas que fuerzan los límites de las prácticas y concepciones dominantes. Un proceso en el que intervienen factores de muy diversa naturaleza que se entrecruzan de forma problemática.

Los inventos, los descubrimientos, las nuevas ideas y formas de familia, las modificaciones en las prácticas productivas o, más recientemente, las corrientes migratorias (incorporación de nuevas costumbres, creencias, relaciones personales, etc.), son algunos de los factores que contribuyen a modificar las condiciones materiales de la reproducción social y, con ello, a abrir la vía hacia una nueva mentalidad.

La transformación en la composición demográfica de los países capitalistas desarrollados, como consecuencia de la aceleración de los movimientos migratorios ocasionados, a su vez, por la dinámica territorial de la acumulación de capital globalizada, es mucho más que un indicador sociológico o político. Aviesamente manipulado por la chusma xenófoba y racista, se trata de un fenómeno cuantitativo y cualitativo de efectos imprevisibles. Pero no incomprensibles a pesar de todo. En sí mismo es una realidad que nos concierne desde muy distintos ángulos. La proporción de población migrante en Europa (personas nacidas fuera del territorio al que acceden), por ejemplo, aumenta progresivamente (20 % en Catalunya, 10 % en la Unión Europea, 30 % en Suiza), siguiendo una tendencia inexorable que la criminal política antimigratoria no evitará, a pesar del caudal de sufrimiento y muerte que provoca.

Las migraciones contemporáneas son una consecuencia directa de la dinámica capitalista formalmente poscolonial, que prosigue al expolio y devastación de territorios y poblaciones en África, Asia y América, con el fin de garantizar la estabilidad social de las

sociedades de consumidores. Por eso, mientras nuestro modo de vida en los países acumuladores y gestores del capital mundial siga las pautas de bienestar, consumo y seguridad dictadas en la expansión económica de la Segunda Posguerra Mundial, la presión migratoria de la periferia continuará.

De nada sirve promocionar programas de desarrollo para los países esquilados del sur del planeta que, a fin de cuentas, no son sino otra manera de prolongar la dependencia poscolonial (financiera, tecnológica, cultural), mediante la exportación de la mentalidad progresista europea del bienestar concebido como consumo de mercancías. Sin embargo, desde la mentalidad dominante, esto es, desde la eficiencia gestora de la condición humana, avalada en este caso por la ideología nacionalista (que vengan los que «necesitamos»), se aborda la cuestión en términos cínicamente técnicos, operativos y, por tanto, represivos.

Es la única manera de que la mentalidad burguesa decadente, nutrida de los prejuicios heredados del colonialismo, puede responder a una situación creada por su propia dinámica de reproducción social basada en la acumulación de capital (explotación, expolio, imposición extensiva del mercado). El drama migratorio actual no es una consecuencia azarosa de la historia, es la consecuencia necesaria de una forma de reproducción social y, en primer término, de la forma de vida de los países desarrollados que comporta una interpección directa a la sociedad proletarizada de consumidores, acerca de las implicaciones de nuestro modo de vida con la realidad migratoria.

Para que la población de Europa, EEUU, Japón, Corea del Sur y las oligarquías plutocráticas de los países dependientes en la cadena mundial de la acumulación de capital siga disfrutando de los beneficios —si bien decrecientes— de su condición improductiva y

consumidora, y continúe a trancas y barrancas el proceso mundial de acumulación de capital, son necesarias las medidas (expulsión y privatización de tierras, guerras por petróleo, uranio, minerales) que causan los desplazamientos migratorios a gran escala.

Por eso la interpelación a que nos emplaza la situación migratoria no atiende solo a aspectos morales, solidarios, humanitarios, ni siquiera a los economicistas de la denominada «ayuda al desarrollo», tiene una carga mucho más profunda que apunta a nuestro modo de vida, a nuestra concepción del mundo. Es en este sentido que la realidad migratoria se inscribe de forma inequívoca en la secuencia del cambio de mentalidad que afecta no solo a la mentalidad capitalista en descomposición, también a las concepciones y creencias residuales de otras mentalidades en el mundo globalizado.

Asimismo, los cambios que tienen lugar en los márgenes de la economía de mercado, como consecuencia de la desregulación de las actividades económicas, entre las cuales hay que contar la denominada economía ilegal y sus repercusiones sobre la esfera oficial (blanqueo de capitales), juegan un importante factor en la creación de relaciones de dependencia económica que no responden a los criterios laborales convencionales, pero que sin duda juegan un papel en la creación de determinadas formas de vida y de conciencia.

La acumulación, circulación y realización (blanqueo) del capital dinerario resultante de las actividades delictivas (tráfico de personas, drogas, armas, órganos, etc.), constituye un ámbito de acumulación primitiva de capital extractivo, en la medida que se trata de actividades característicamente parasitarias, improductivas, que no generan valor, al menos, directamente, aunque sean funcionales en la circulación general del capital y en la consecución de una cierta estabilización social.

No es el objeto de estas páginas abordar la dimensión de la economía ilegal y su función en la sociedad del capital en crisis, como por ejemplo en la financiación del sector de la movilidad (turismo, transporte, hostelería) o de la construcción. Lo que se pretende, al invocarla, es llamar la atención acerca de una realidad pujante que plantea nuevos interrogantes acerca de cómo esas nuevas formas de relación social ligadas a la circulación dineraria impactan sobre el cambio de mentalidad hacia nuevas formas de sumisión y explotación humana y del mundo.

\*

Como quiera que sea, la noción de cambio comporta tensión, especialmente en lo que se refiere a vencer resistencias mentales y hábitos renuentes a la transformación en curso. Es, por tanto, un pulso contra la inercia del prejuicio, que constituido en el último reducto de una mentalidad originada en un tiempo histórico determinado, se impone sin embargo a la subjetividad revolucionaria del individuo pensante, incluso por encima de la evidencia empírica.

Un caso ejemplar de cómo el prejuicio, la mentalidad, en fin, pudo más que la ideología revolucionaria y la inteligencia crítica, nos lo ofrece el propio Karl Marx. A estas alturas nadie puede dudar de su perspicacia analítica a la hora de proceder a la crítica del valor-trabajo y del fetichismo de la mercancía resultante de esa relación social de trabajo. Sin embargo, se le escapó llevar hasta sus últimas consecuencias las implicaciones de su análisis, incorporando la reproducción de la mercancía fuerza de trabajo y el trabajo doméstico (cuidados) y a su fundamental papel en la acumulación de capital, como bien señala la crítica de la economía política feminista.

Fue el estado de la conciencia —la mentalidad emergente— ligada al desarrollo del valor de cambio de las cosas y de las formas de vida vinculadas a la

generalización de la práctica de intercambio en la sociedad (mercantilismo) lo que hizo posible la aceptación de la nueva concepción del orden interplanetario sugerida por Copérnico y lo que dio credibilidad a sus postulados (ruptura copernicana).<sup>1</sup> La afirmación del heliocentrismo fue posible porque la sociedad de su tiempo estaba dispuesta a aceptar el nuevo punto de vista, en tanto se había alejado emocional e intelectualmente del teologismo medieval, en dirección a una relativa secularización.

Es lo que Thomas Kuhn definiría como un «cambio de paradigma» o, más bien, un proceso de reconceptualización de las nociones científicas heredadas,<sup>2</sup> a la luz de la modificación que tiene lugar en el pensamiento y conciencia de la gente como consecuencia, a su vez, de los cambios que se producen en las relaciones sociales. Como señala Norman Diamond,<sup>3</sup> la manera en que proceden los científicos para organizar los datos y conocimientos, y a formular teorías es de naturaleza eminentemente política. La ciencia, como la tecnología, expresan la realidad política de su tiempo; son exponentes en el ámbito del conocimiento científico, filosófico, económico, etc., de las relaciones sociales de clase de su momento histórico.<sup>4</sup>

---

<sup>1</sup> Que no fue un descubrimiento fruto de radicales mejoras en los medios de observación ni tampoco consecuencia de una intuición genial; fue una reformulación de los datos precedentes que se ajustaban a la nueva concepción del mundo emergente; la formulación de unos postulados susceptibles de ser aceptados socialmente. *Science, Technology and Labour Process: Marxist studies*, vol. I, Londres, CSE Books, 1981.

<sup>2</sup> Aunque la noción de cambio de paradigma se haya utilizado de forma extendida a otros ámbitos del conocimiento y de los cambios sociales, Thomas Kuhn lo circunscribió a la evolución histórica del conocimiento científico. T. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1981.

<sup>3</sup> *Science Technology and the Labour Process: Marxist Studies*, vol. I, CSE Books, 1980.

<sup>4</sup> La investigación del historiador David F. Noble a propósito del desarrollo del control numérico en la máquina-herramienta es

Independientemente de que un cambio de paradigma en la ciencia, en la organización de los datos y postulados referidos a la química, física, matemáticas, etc., se pueda establecer con cierta precisión en un determinado momento histórico (Copérnico, Einstein, las ecuaciones de Friedman, Bachelard) resulta, sin embargo, mucho más problemático cuando aplicamos la noción de cambio de paradigma al análisis, comprensión e interpretación de la evolución social y sus conflictos. Aquí se yuxtaponen aspectos objetivos, cuantificables en el plano fenomenológico, estadístico, así como elementos dinámicos y versátiles, aprehensibles relacionamente —el capital como relación social—, donde entran en juego, además, rasgos de la subjetividad activa, materializada en alineamientos y adhesiones personales y colectivas, acciones y movilizaciones.

De la misma manera que no se puede hablar de leyes del cambio histórico, tampoco es posible hacerlo a propósito del cambio de mentalidad; si bien es posible discernir tendencias impulsoras de eventuales cambios que en el capitalismo terminal se inscriben en el plano de la crisis del valor. Más concretamente, cómo la categoría valor —y su realización como intercambio de equivalentes— que constituye el principio lógico y operativo que articula la sociedad capitalista, presenta síntomas de que no funciona. Es decir, la creciente toma de conciencia de que el principio (valor de cambio) que hace socialmente significativas y operativas las cosas y el mundo mismo en la reproducción social, ya no es viable, no da más de sí, porque ha alcanzado su límite histórico.<sup>5</sup>

---

una referencia fundamental. Véase D. F. Noble, *Forces of production. A social history of industrial automation*. Transaction Publishers, New Brunswick (EEUU), 2011. Sobre el mismo tema David F. Noble, *La locura de la automatización*, Alikornio ediciones, 2001.

<sup>5</sup> Hemos llegado al punto en que el agotamiento del proyecto capitalista y de su imaginario ideológico conlleva la entrega al

Esta constatación, sin embargo, no se queda en el ámbito meramente abstracto o conceptual, ni tampoco en el ámbito coyuntural como pretende la economía política en sus diversas versiones. Ese límite histórico se hace patente en la realidad material de la existencia de los seres humanos proyectada en el mercado; en las dificultades concretas que la población proletarizada tiene para acceder a la satisfacción de sus necesidades de reproducción a través del mercado.

Esas son las condiciones del cambio de mentalidad que contemplan tanto el colapso de las formas desarrolladas de la sociedad capitalista (condición objetiva necesaria), como la prevalencia de la subjetividad comunitaria en la intervención conflictiva, ya sea en la resistencia de los pueblos indígenas al expolio capitalista, como en las formas de defección (renuencia al trabajo, búsqueda de formas de subsistencia convivenciales, defensa del territorio contra la especulación y el desarrollismo suicida, etc.) de segmentos de la población proletarizada en las democracias de consumidores.

Abordar las condiciones del eventual cambio de mentalidad que pueda producirse en las circunstancias actuales, requiere un esfuerzo suplementario para ubicar la imagen caótica del mundo en la dinámica de la sociedad capitalista en descomposición. Y de ese modo, intentar evitar las apreciaciones sesgadas que, a partir del desbarajuste generalizado en todos los ámbitos de la reproducción social, inspiran elucubraciones que llevan incluso a hablar de poscapitalismo.

Sin menospreciar lo que pueda haber de tendencias hacia el colapso y nuevas formas de dominación poscapitalistas (feudalismo tecnológico) en tales afirmaciones, estas deben, sin embargo, ser puestas en la

---

nihilismo de una muerte lenta; de una extinción gozosa, al menos, de la parte privilegiada del planeta, todavía beneficiaria de las políticas de contención material (subsidios) y entretenimiento.

coyuntura actual de la crisis estructural de un modo de civilización (capitalista) en el que los constantes descalabros sociales, económicos y políticos obedecen precisamente a la vigencia del principio de valorización, de la ley del valor.

En este sentido, hay que contemplar, junto con las dificultades que señalan los límites históricos objetivos de la ley del valor, las contradicciones que comporta como relación social. Es ahí donde las experiencias antagonistas cada vez más radicalizadas en su proyección práctica (*ZAD*, *Soulèvement de la terre*, okupaciones de tierras y neorruralismo, chalecos amarillos, pensionistas, etc.) que configuran una constelación de conflictividad difusa y endémica de la relación social del capital, adquieren plena significación como tendencias hacia un cambio de mentalidad posible. Pues se trata de prácticas colectivas que, como ocurre con otros movimientos y corrientes sociales menos impactantes en sus manifestaciones, entrañan un giro cualitativo en su intervención, donde la vida humana y del planeta se contraponen a la superstición devastadora que representa la proyección práctica del valor. Por eso es importante indagar en la descripción del acontecimiento conflictivo, de su momento expansivo, pero también en el después, en el momento del reflujó, en lo que queda de esas luchas, en cómo se resuelven y con qué costes económicos, sociales y simbólicos en cuanto a la legitimación y consolidación del poder constituido.

Estas tendencias prácticas de socialización efectiva en el conflicto o en la adversidad enlazan, por otra parte, con lo mejor de la tradición revolucionaria del pasado del movimiento obrero industrial, precisamente para superar sus limitaciones. La historia de la huelgas industriales, aun dentro de sus limitaciones monetaristas laborales, testimonian maneras de hacer y, sobre todo, maneras de sustituir en la resistencia a las que quizás no se les presta la debida atención.

A pesar de la sobreproducción discursiva acerca de la pandemia de la covid-19, quizás no se haya puesto la atención necesaria sobre esas experiencias resistentes y su significado en lo que se refiere a buscar nuevas formas de solidaridad, socialidad y supervivencia en la adversidad. La puesta en marcha de comedores sociales, así como las redes de asistencia barriales, iniciativas impulsadas por los peatones de la historia, gente anónima que pone en acto modos de colaboración hasta entonces inexistentes, son un ejemplo, entre otros, que está al alcance de cualquiera comprobar.<sup>6</sup> Desde luego, no son soluciones o alternativas al estilo de las predicadas desde la concepción ideológica del cambio histórico, pero son indicios suficientemente consistentes como para esbozar tendencias antagonistas en la intervención de la subjetividad proletarizada dentro de las condiciones objetivas del desmoronamiento del modo de reproducción social capitalista. En cualquier caso, aquellas experiencias son referentes reales de la posibilidad de un cambio de mentalidad y de una transformación social.

La teorización crítica, en su tarea de hacer comprensible la realidad material y desentrañar la tendencia hacia el cambio de mentalidad, contempla dos niveles que se conjugan constantemente, el lógico analítico y el fenoménico social. La lógica, que hace inteligibles las tendencias de la acumulación de capital y sus límites históricos (crítica del valor), y la social fenoménica de los antagonismos y conflictos sociales.

En nuestro caso, el cambio real respecto del paradigma imperante sería el que se orienta hacia la abolición del valor; o sea, hacia la doble supresión mental, conceptual, y práctica del valor, mediante el

---

<sup>6</sup> Ver, por ejemplo, las experiencias en Madrid, recogidas en «Solidaridades de proximidad. Ayuda mutua y cuidados ante la covid-19», Tangente Grupo Cooperativo, febrero de 2022.

reconocimiento explícito, consciente, de su carácter fetichista, y la supresión del trabajo asalariado. Ahí radica la tensión del cambio de paradigma en la teorización social: la tensión entre la posibilidad de ruptura con la realidad dominante (orden lógico) y la probabilidad que remite al terreno de la conflictividad y la relación de fuerzas (orden práctico), cuya realización se abre paso en la conflictividad difusa del presente.

Ese es un terreno fértil de teorización real del cambio de mentalidad y no de mero cambio ideológico, que atañe primordialmente a la esfera idealista de las categorías, como las que inspiraron las acciones revolucionarias del proletariado industrial. Sin embargo, la mentalidad denota además del conjunto de ideas y creencias, la forma como se articulan —y realizan— en las prácticas sociales concretas. De ahí que su transformación signifique igualmente un cambio en la evaluación de la propia experiencia. Una reconceptualización de la cuestión social en el capitalismo declinante que comience, entre otras cosas, por abandonar la dicotomía éxito / fracaso en las expresiones del antagonismo y de la lucha de clases.<sup>7</sup>

Si la revolución copernicana consistía en la reorganización de los conocimientos existentes de acuerdo con las nuevas exigencias de la sociedad, el cambio de mentalidad en el que estamos inmersos se cifra en la consideración / comprensión de la realidad del mundo y de la condición humana desde una perspectiva que cuestiona las premisas e invariancias (patriarcales, económicas, religiosas, culturales, etc.) que soportan la concepción del mundo dominante hasta ese momento.

---

<sup>7</sup> Una forma de simplificación reduccionista que conlleva igualmente una limitación en la comprensión de la naturaleza de la conflictividad como realidad práctica y como tendencia, es la que lleva a evaluar como éxitos o fracasos los resultados de las experiencias concretas de confrontación social (okupas / desahucios, antimilitarismo / mili profesional; conquistas salariales / laborales / reestructuración, etc.).

En el caso del capitalismo —de su modo de reproducción social— ese cuestionamiento, que alienta la teoría crítica, tiene un punto de partida en la disipación —crítica— del halo fetichista del valor que, al mismo tiempo que entraña una práctica material concreta,<sup>8</sup> es uno de los pilares de sustentación fundamentales de la concepción ideológica del mundo en la fase histórica de dominación formal del capital.

Los primeros síntomas del cambio de mentalidad aparecen cuando la estructura que da sentido a las categorías, ideas, expectativas, comportamientos, etc., o sea, cuando las nociones imperantes, plenas de sentido y validez práctica hasta un determinado momento, comienzan a evidenciar su inadecuación al tiempo histórico presente, bien porque adquieran nuevas connotaciones, bien porque se encontraban hasta entonces solapadas, ocultas por el desarrollo expansivo de la formación social que profesa una determinada mentalidad.

Este es el caso de la mentalidad burguesa, cuya incuestionable vigencia hasta el segundo tercio del siglo XX, se ha comenzado a poner en entredicho porque las ideas y creencias que, de una u otra manera, subyacen en la mentalidad dominante, como en los sistemas de pensamiento sistematizado (filosofía, economía, ciencia), evidencian síntomas de incompatibilidad con las perspectivas de futuro de la formación social que las sustenta.

Las nociones de progreso, de bienestar, desarrollo, crecimiento e incluso el estatus social del conocimiento, que fueron categorías forjadas en el capitalismo ascendente, aportan algunos ejemplos de esos

---

<sup>8</sup> El cuestionamiento del régimen asalariado o, más ampliamente, de la actividad social humana que, aunque no aparezca en el PIB, engloba tanto la actividad asalariada como la no remunerada de los cuidados y es un factor fundamental en la reproducción social y, consecuentemente, en la acumulación de capital.

cuestionamientos en nuestro presente. Las categorías que conforman el acervo ideológico del pensamiento burgués y la concepción del mundo y de la historia que vehiculan, chocan actualmente con las exigencias mentales y prácticas cada vez más apremiantes de nuestra condición social y nuestra intervención en la biosfera. Esas categorías entran en colisión con la mera reproducción social de los seres humanos.

En ese contexto, abordar (auto)críticamente la manera en la que se articula la problemática social contemporánea a partir de las viejas categorías reivindicativas, hace que las demandas de subsistencia que aparecen en las actuales movilizaciones, plenamente justificadas en torno a demandas básicas (renta mínima universal, pensiones, desempleo y garantías formales de trabajo / subsistencia), aun respondiendo a las categorías y concepciones de la ideología dominante, pueden adquirir una dimensión estratégica, trascendente en cuanto a la reproducción mecánica de una situación precedente (Estado bienestar), que ya no es posible en el actual nivel de desarrollo del capital.

A estas alturas, quizás ha llegado el momento de dejar de lado los eufemismos y entrar a la cuestión de la reivindicación del puesto de trabajo (la actividad asalariada). En las condiciones dadas de dominación capitalista esta es una de las principales formas de subsistencia, pero no es la única forma de actividad, así como tampoco de garantía de la existencia humana posible. Es más, esta forma se está revelando prácticamente como inviable, en virtud precisamente del nivel de desarrollo que ha alcanzado el sistema asalariado.

La crisis del salario, que refleja la existencia de trabajadores pobres, es decir, mujeres y hombres que, a pesar de tener un empleo asalariado, no llegan a fin de mes, junto con el desempleo crónico masivo, manifiesto u oculto en la industria del entretenimiento, además

de la naturaleza misma de gran número de empleos dedicados a la nocividad, la superfluidad o la muerte (industria de armamento, ejército, etc.), es una prueba más de la necesidad de poner en tela de juicio la noción vigente de trabajo. Por eso, resulta una tarea primordial superar el equívoco que identifica actividad socialmente productiva y reproductiva con trabajo asalariado que, en cualquier caso, solo es una de sus formas, aunque sea la dominante.

En otras palabras, el autocuestionamiento crítico de nuestra posición en el mundo —somos lo que hacemos—, aparece entonces como la premisa desde la que partimos a la hora de interpretar el mundo capitalista, la crisis y el antagonismo social, y recomponer el plano de teorización desde otras bases y con otra perspectiva distinta a las heredadas de la revolución burguesa. Se trata de desplazar así la problemática de la cuestión social, desde la reformulación de categorías como bienestar, pobreza, sacrificio, consumo, necesidad, desde un aquí y ahora que muestre los límites históricos de prácticas y significados antagonistas en el marco físico, tangible y finito, que es el planeta.

\*

La transformación de la mentalidad es una cuestión que atañe a la práctica social, que se refiere a la modificación de la representación mental con la que una determinada formación social se concibe a sí misma y se proyecta en el tiempo y en el mundo. No tiene que ver tanto con la invención de nuevas categorías, valores, ilusiones, etc., ni aún menos con la genialidad de algunos visionarios, como con el conjunto de actividades que contribuyen a la reproducción social, en general.

La consideración de los «cuidados», y su centralidad en la reproducción social, ilustra ese cambio tendencial en nuestra sociedad presente. El trabajo, fundamentalmente femenino, de los cuidados, ha estado presente a

lo largo de la historia humana, y especialmente en la sociedad capitalista, subsumido en la actividad económica, como actividad sin valor, fuera del proceso general de valorización transcrito por la economía política, de manera que ni siquiera era reconocido como trabajo.

Sin embargo, la autonomización de la mujer como sujeto político en la sociedad capitalista tardía, abrió la vía a una conceptualización —y reivindicación— radicalmente distinta del cuidado, reconociéndolo como lo que realmente es: trabajo socialmente necesario en la (re)producción de la mercancía fuente de valor —la fuerza de trabajo— y en el mantenimiento general de las condiciones de reproducción social.

Esta afirmación del cuidado en el marco de la actividad económica general va mucho más allá de una mera cuestión ideológica (y del eventual debate en el feminismo), en tanto trastoca las bases teóricas y prácticas de la economía política por medio de cambios sustanciales en las relaciones de reproducción social. Y, como se viene diciendo, un cambio de mentalidad, de las ideas, deseos e ilusiones no es independiente de los cambios que tienen lugar en las relaciones sociales.

Puesto que la forma concreta que adopta la mentalidad resulta de una práctica social determinada, el surgimiento de nuevas ideas se produce precisamente cuando se adquiere la conciencia práctica de que la forma de hacer hasta entonces vigente ya no es viable. Lo estamos viendo en lo que se refiere al trabajo, la familia, el individuo, el ocio, el sexo, los afectos, etc., cuyas concepciones heredadas del pasado se desmoronan. Los conceptos y categorías que constituyen la arquitectura mental y práctica de la vida social y personal hacen aguas.

De ahí nace la necesaria recomposición de la estructura del pensamiento político en un sentido clarificador de nuestra situación concreta en el mundo. Pues

no estamos simplemente ante la crisis de las formas ideológicas de la dominación formal del capital (expansivo), que dieron lugar a las diferentes versiones del marxismo, anarquismo, socialismo, liberalismo, sindicalismo.

La dominación real del capital comporta igualmente la crisis real de las formas sociales del capital, patentes en la dicotomía entre la supervivencia de la especie humana y el impulso suicida de la relación de capital que ya ni siquiera es motivo de alarma. La denominada transición energética,<sup>9</sup> que contempla el programa Next Generation de la burocracia transnacional de Bruselas y su defensa de la energía nuclear, declarada «verde», así como el crecimiento económico con el que nos machacan a diario sus ideólogos, son algo más que insinuaciones de la deriva devastadora del planeta.

La inercia de la mentalidad burguesa que, arraigada en la sociedad industrial, propugna el modo de producción capitalista en tanto modo de producción de la realidad del mundo, sigue inspirando la intervención de la burguesía gestora transnacional, así como regional o local, a pesar de que esa producción de realidad por medio de mercancías pone en jaque la propia realidad material del mundo.

\*

---

<sup>9</sup> La llamada transición energética es un ejemplo de cómo se proyecta en la práctica la mentalidad de la subjetividad consumidora. No se cuestiona el hecho del consumo energético en su carácter de mercancía, sino en su simple manifestación de mercado (precio). No se aborda el consumo de energía en su integralidad (el qué, cómo y para qué), sino que se buscan nuevas fuentes solo aparentemente menos lesivas para la biosfera a partir del progresivo consumo de la misma. Se busca así un nuevo hito en el desarrollo de la sociedad tecnoindustrial que alienta la mentalidad consumidora, esta vez dentro el capitalismo en crisis. Una huida hacia adelante en la profundización del abismo.

Sean cuales fueren las condiciones históricas que propician un cambio de mentalidad, no cabe duda de que la conflictividad social es el indicador fiable de la tensión cambiante de la misma. Dicho de otro modo, cuando se enfrenta la realidad conflictiva de nuestra existencia, desde sus propias determinaciones materiales, es cuando pueden surgir los cuestionamientos estructurales, radicales, de nuestra forma de hacer y pensar. Es entonces, cuando las lecturas ideológicas de la realidad, basadas en preconcepciones (prejuicios), dictados programáticos, ilusiones doctrinarias, promesas redentoras y elucubraciones o narrativas del pensamiento profesionalizado, quedan en evidencia al mismo tiempo que se esbozan líneas de prácticas potencialmente emancipadoras (tendencias). Estas tendencias han estado y están presentes, con mayor o menor intensidad tanto en los conflictos de la clase obrera industrial (huelgas) como en las comunidades de resistencia forjadas en los conflictos actuales.

Ese es el ámbito de realidad donde se opera la transformación de la conciencia individual de quienes se resisten a las mediaciones o simplemente muestran su indiferencia hacia las categorías y prácticas dominantes; resistencia que se advierte en comportamientos individuales y colectivos de buena parte de la población proletarizada excedentaria, que expresa el rechazo práctico a los modelos de consumo imperantes, haciendo de la precariedad, austeridad recuperadora del tiempo para sí.

Aunque pueda parecer que la sobriedad sea una manera de hacer de la necesidad virtud no es, sin embargo, algo que se deba pasar por alto. La exclusión social de un segmento de las jóvenes generaciones, ha dado pie a una subjetividad que muestra una relativa indiferencia hacia la proliferación de mercancías y la tentación consumista, al señuelo del trabajo y de la profesionalidad como promesa de bienestar y a relaciones sociales que se reducen a las mediaciones monetarias y del mercado.

En esos casos, el hecho de prescindir de las mercancías (consumo) no suponen renunciar, en el sentido de sacrificio y frustración que representa para la subjetividad consumidora no satisfacer un determinado deseo (de mercancías). Pues quien simple y llanamente adopta una actitud de prescindir, en realidad lo que hace es privar de significado práctico concreto a la mercancía y a las cosas, en general, en cuanto meros valores de cambio.

Esta pérdida de significado de la mercancía se corresponde con su desvalorización o devaluación en el mercado debido a su valor decreciente, a la pérdida de su esencia. Y esto porque en su composición, como consecuencia del aumento de la productividad, es cada vez menor el tiempo de trabajo vivo necesario (valor) para su producción. Esta es, en definitiva, otra expresión de la contradicción inherente a la relación social de capital en crisis, que se manifiesta como sobreproducción, desvalorización y banalización (el deseo realizado en el mercado).

En este sentido, el hecho de prescindir sin sacrificio lleva la banalización hasta sus últimas consecuencias, al privar a la mercancía de su significación —y función— social de valor de cambio. Y por ello entraña una intervención de la subjetividad en la desviación existente entre valor de uso y valor de cambio de las mercancías que lleva consecuentemente al cuestionamiento del valor como categoría fetichista que rige nuestras relaciones.

Independientemente del alcance de estas actitudes de prescindir sin renunciar, de lo que no cabe duda es que son prácticas cotidianas que marcan una línea de fisura en la subjetividad y mentalidad dominantes. Por difusas, erráticas y contradictorias que puedan parecer esas actitudes, son sintomáticas de comportamientos *extravagantes*, que se salen de la normalidad de la subjetividad consumidora y, a su modo, expresan una

línea de tensión con las pautas impuestas del mercado. Esta tensión y conflictividad se yuxtapone a la materializada en las huelgas laborales y movilizaciones sociales donde la comunidad de lucha, la experiencia de la solidaridad y el gesto gratuito de ayuda mutua en la subsistencia cotidiana en el conflicto, representan una suspensión del orden dominante y una apertura real de posibilidades de transformación.

Esto lleva a pensar que quizá la tarea actual de reflexión radicalmente crítica, emancipadora, concomitante con el espíritu revolucionario del pasado, consistiría en elucidar, en medio de la inmundicia ideológica y del nihilismo mediático-espectacular, la posibilidad real de superar el actual estado de cosas desde las prácticas concretas del presente, así como sus potencialidades por escasas que estas sean.

## **Cambio histórico y cambio de mentalidad**

La crisis general de un modo de reproducción social o de una civilización, tanto de sus instituciones como de sus ideas, ilusiones, deseos y creencias, permeabiliza las conciencias con diversas expresiones milenaristas, colapsistas, futuristas que, en cualquier caso, son expresiones de la crisis de la mentalidad hasta ese momento imperante.

La percepción de que todo se viene abajo, de que tanto el mundo material, como su representación mental y cultural pierde credibilidad en la sociedad y en la conciencia de los individuos, y su correspondencia con la realidad desquiciada de la estructura social reproductiva, constatada en los diversos elementos que la constituyen (económicos y políticos, en primer término), describe la situación implosiva que caracteriza la secuencia histórica de los procesos de hundimiento

y transformación de lo que han sido los grandes imperios (las megamáquinas) de la historia.

Esas son las condiciones que la experiencia de los límites históricos del modo de reproducción capitalista describe en la implosión de su fase globalizada, lo que no excluye explosiones sociales en forma de revueltas, guerras y confrontaciones de diversa índole, en las que de una manera difuminada y contradictoria se abre paso una mentalidad que no tiene por qué responder necesariamente a una superación positiva, emancipadora, igualitaria y convivencial, como pretende la tradición revolucionaria.

En nuestro caso, la quiebra del modo de reproducción social capitalista remite a una posibilidad de cambio de mentalidad precisamente a partir del cambio que supone el paso de la fase de dominación formal del capital a la de dominación real y tendencialmente total. Esta mutación es consecuencia directa de la creciente desviación entre trabajo productivo e improductivo y de su grado de evolución, que incide directamente sobre la producción de subjetividad, de manera que las categorías, prejuicios y formas de vida que conforman la conciencia de la población proletarizada se desmoronan, al tiempo que impulsan un cambio de mentalidad.

Por otro lado, la crisis (económica, social, ideológica) que caracteriza el modo de reproducción social por medio de la producción de mercancías, lleva a su tematización como producto intelectual, mediático, académico, al tiempo que produce categorías, opiniones, creencias y prejuicios que se enraízan en la mentalidad dominante de esta época convulsa del capitalismo terminal. La reiterada invocación del colapso y las propuestas y paliativos al desbarajuste social, político y económico mundial, como al ya imparable cambio climático y sus nefastas consecuencias, toma cuerpo en la parálisis mental que se extiende sobre la sociedad, en

general, y particularmente sobre aquella parte que se manifiesta políticamente activa e inscrita en la historia de la filosofía, la ciencia, la política, etc. Las expresiones ideológicas de la mentalidad burguesa (productivista, progresista, patriarcal, etc.) en declive comienzan a ser puestas en tela de juicio.

En ese contexto, marcado por un estado de conciencia de crisis en el ámbito del pensamiento y de sus manifestaciones culturales, que se resumen en la banalización, sobreproducción y saturación del mercado (filosofía, literatura, audiovisual, plástica, deporte, festivales, etc.) se constata el desgaste de las ideas rectoras de la vida social hasta entonces dominantes. En lo que se refiere a la tradición del pensamiento emancipador, ese desgaste traduce la manida crisis de la izquierda, empantanada en la recuperación de fórmulas regresivas de la socialdemocracia o bien la que persigue resucitar la momia de Lenin.

En ambos casos, la corriente cultural de la izquierda está presa de su pasado; la pretendida renovación (*nueva política*) en el mejor de los casos no pasa de fundarse en propuestas que recomponen marcos de intervención política ligeramente discrepantes entre sí y con el democratismo liberal, pero siempre ancladas en la esfera ideológica de la cultura y la mentalidad burguesa dominante. La crisis del pensamiento de izquierda es así inseparable de la quiebra general de la mentalidad burguesa. O, dicho de otro modo, la quiebra de la estructura mental y cultural burguesa, que se realiza socialmente en distintas formulaciones ideológicas, políticas y culturales, tiene su correlato en la izquierda.

Aquí surge la idea de haber llegado a un punto de no retorno que emplaza al cambio de mentalidad y que va mucho más allá del mero recambio ideológico en que se ha venido desenvolviendo la dialéctica derecha / izquierda, la dualidad de la ideología burguesa

dominante y su reflejo invertido como ideología proletaria en todas sus variantes (socialismo, anarquismo, comunismo) hasta entrado el siglo XXI; en lo que fue la persistencia de los rasgos ideológicos correspondientes a la fase de dominación formal del capital.

La crisis de la forma ideológica dominante es, por tanto, también la crisis de su reflejo invertido en la «izquierda», pues a fin de cuentas ambas matrices ideológicas comparten un mismo sustrato en la historia de la humanidad occidental como pensamiento escindido, articulado sobre invariancias o constantes históricas que subyacen a los cambios formales de las formaciones sociales.

Desde luego, la noción de invariancia<sup>10</sup> aquí utilizada ni tiene que ver con el carácter dogmático y restrictivo que le imputa Amadeo Bordiga, ni con una concepción fatalista, determinista e inmanentista de la historia humana. Tan solo es una categoría útil para caracterizar la mentalidad como ese sustrato mental profundo, persistente en los cambios históricos que, en cualquier caso, se realiza en cada coyuntura histórica bajo distintas modalidades ideológicas.

Así pues la constatación de la crisis del pensamiento, de sus formas ideológicas en las actuales circunstancias, lo que demanda no es tanto nuevas ideologías —a pesar de su proliferación, desde el neoleninismo a la nueva religiosidad o el identitarismo—, como un cambio de mentalidad. La emergencia de una nueva mentalidad no es algo programático, que responda a la direccionalidad voluntarista o subjetiva, de grupos

---

<sup>10</sup> Se trata simplemente de sugerir la existencia de ciertas constantes o invariantes históricas, arraigadas en la estructura mental de los seres humanos que se mantienen a lo largo de la evolución de las diferentes formaciones sociales clasistas (esclavistas, estamentales, etc.). El patriarcado, por ejemplo, sería una de ellas, pues bajo diferentes modalidades, se prolonga hasta ahora.

sociales o individuos sino, como venimos diciendo, resultado de modificaciones estructurales en las prácticas de reproducción social y en la conciencia que comportan. De manera que el cambio de mentalidad aparece como posibilidad real de transformación social y mental en un determinado contexto histórico.

En la coyuntura histórica que vivimos hay una demanda latente de una nueva manera de ver y de pensar el mundo, una exigencia de cambio de mentalidad ante la aberrante experiencia de la mundanidad capitalista en decadencia. Aunque tal demanda se exprese en la confrontación social o incluso en la abdicación nihilista, el hecho es que no cabe inhibición absoluta ante la realidad del mundo si no es a costa de arrojar en la distracción del juego ideológico y la práctica del entretenimiento cultural. Esta es la extinción gozosa que se nos presenta a las sociedades del capitalismo avanzado como la fase última de la sociedad del espectáculo.

Por otro lado, atendiendo a la mentalidad y a su mutación es posible afirmar que la quiebra de la civilización capitalista comporta un salto, cuyas implicaciones algunas corrientes de pensamiento califican, quizás exageradamente, de antropológico (antropoceno) pero que, en cualquier caso, apuntan más allá de la esfera sociológica, ideológica, que es el centro de atención de las ideologías contestatarias.

Como quiera que sea, la mentalidad contemporánea descansa sobre el consenso reinante acerca de la noción de valor de las cosas, sobre la credibilidad que otorga la sociedad al valor de las cosas como principio fundador del intercambio de equivalentes, del mercado y, a fin de cuentas, de la socialidad. En este aspecto, la mentalidad burguesa da continuidad a la mentalidad mercantil precedente, en cuanto a la consideración abstracta de la categoría valor, pero realizándola —esa es su aportación cualitativa— en la relación social que es el capital.

La invariancia del valor que subyace en la mentalidad de la sociedad de clases se realiza históricamente en diversas circunstancias, se hace patente en cada coyuntura histórica de una manera diferente; por eso es clave contemplar el valor originado en la relación social específica del sistema asalariado a la hora de hacer inteligible la realidad del mundo y de la mentalidad burguesa en crisis que nos involucra.

En la mentalidad burguesa, la concepción de la política y de la sociedad, en definitiva, tiene un carácter eminentemente ideológico y reduccionista de lo político —de todo lo que tiene que ver con la vida social de las gentes— a una esfera instrumental, técnica, susceptible de ser gestionada *racionalmente* de acuerdo con unos determinados intereses de clase en cada coyuntura histórica.

Sin embargo, la mentalidad que subyace en las pretendidas soluciones técnicas, sigue otro *tempo*, su histórico es otro, distinto al de la ideología; eso explica que la mentalidad patriarcal subyazca en la ideología burguesa y en sus diferentes formas de realización política, liberales y autoritarias, incluidas las formas revolucionarias del movimiento obrero industrial, donde la marginación sistemática de las mujeres proletarias, cuando no la prohibición expresa de su acceso a las instancias de representación formal, fue práctica habitual.

Es solo un ejemplo, entre otros, de cómo el sustrato patriarcal prevalece en los cambios formales ideológicos hasta conjugarse con la noción de valor y la práctica del intercambio de equivalentes en la sociedad capitalista, donde la mentalidad patriarcal se realiza mediante el reconocimiento formal de la mujer como sujeto social de derecho en el marco del sometimiento real a la ley del valor y al principio de equivalencia universal. La brecha salarial, por no hablar de la pasividad oficial contra la violencia sobre las mujeres son, entre muchos otros, dos aspectos bien significativos del sustrato de

mentalidad (patriarcal) que rige la consideración de la mujer incluso en la sociedad capitalista democrática.

En cualquier caso, quizás hayamos llegado a un momento realmente crítico en cuanto al modo capitalista de desarrollo de la sociedad patriarcal, que da síntomas manifiestos de derrumbe en el marasmo de la crisis general. Es este otro punto de partida desde el que se plantea el desplazamiento de la problemática acerca de la cuestión social, en el sentido de abrir el foco de observación hacia la mentalidad y no quedarse simplemente en el plano de la ideología. Se trata, en definitiva, de llevar la radicalidad lógico analítica de la cuestión social hasta sus últimas consecuencias, de modo que supere las limitaciones práctico ideológicas de la política entendida como representación y no como realidad concreta de las relaciones sociales.

## **Mentalidad e ideología**

La mentalidad se entiende aquí como el sustrato mental, categorial, que se representa en la vida política y social bajo diversas formas ideológicas o de falsa conciencia, tal y como Marx decía. De ahí que los cambios ideológicos tengan lugar en el plano de las apariencias, en las formas de representación social, política; de manera que puede darse un cambio ideológico —y sociológico— en apariencia radical sin que el sustrato mental reinante en la sociedad opere una modificación cualitativa.

Es así como las sucesivas ideologías que marcan la historia del modo de producción capitalista a lo largo del siglo XX tienen lugar en el marco de la mentalidad dominante, por medio de la reformulación de algunas categorías; lo que en cierta medida es indicativo de las tensiones que se producen en la mentalidad dominante, como consecuencia de las transformaciones materiales

y mentales que la propia evolución del modo de reproducción social induce. Pero sin desbordar o superar ese marco de referencia.

En eso consistió la superchería del socialismo real en que derivó la Revolución rusa. La sustitución de la aristocracia zarista por la nomenklatura roja no hizo sino impulsar la mentalidad y la práctica burguesas, recogidas por el jacobinismo leninista en el mismo esquema desarrollista de las fuerzas productivas y del progreso técnico (industrialización), así como la concepción autoritaria de las relaciones sociales a través de la burocracia estatal. Esa comunión en la mentalidad productivista y progresista burguesa es lo que hizo de la URSS y sus satélites una forma del capital, concurrente con las otras dos expresiones históricas contemporáneas: la nazifascista y la liberal (Guerra Fría).

De hecho, la ideología marxista-leninista estaba anclada en la mentalidad burguesa. Como señalara oportunamente Pannekoek, ya en su formulación filosófica, Lenin no había superado el materialismo burgués, y por supuesto, no había llevado la crítica de la economía política y de la historia hasta sus últimas consecuencias, aplicando el materialismo histórico a la propia concepción materialista de la historia, como tiempo después sugiriera Karl Korsch.

La ideología es la proyección social de la mentalidad, la representación funcional de esa estructura mental profunda en la práctica de la vida social, política y económica que configura una cosmovisión o concepción del mundo imperante en una determinada formación social. Es así como la mentalidad burguesa, expresada ideológicamente en la economía política, legitimadora del modo de reproducción de la sociedad capitalista, se convierte en representación de la mentalidad y de la invariancia histórica de las sociedades clasistas fundadas en la noción de valor y en el intercambio de equivalentes.

La ideología viene a ser la expresión fenomenológica de la mentalidad en la cotidianidad. Así como la mentalidad remite a la estructura mental proyectada en la invariante histórica del intercambio de equivalentes, la ideología se refiere a su realización concreta en cada momento histórico. Dicho de otro modo, la mentalidad, en cuanto estructura profunda del pensamiento que caracteriza una determinada época, es a la ideología lo que el valor de las mercancías al precio, pues la noción de valor subyace en la categoría precio aunque esta adopte una expresión aparentemente independiente en su fijación contable en el mercado, en el juego de la oferta y la demanda.

Eso explica también que las ideologías de la emancipación de clase, que protagonizaron los siglos XIX y XX (las corrientes dominantes del anarquismo, comunismo, socialismo), respondieran a una misma mentalidad, que era la mentalidad burguesa, por su adscripción más o menos renuente al principio del valor y al intercambio de equivalentes. Lo que diferencia las expresiones ideológicas —socialistas o revolucionarias— de la clase trabajadora respecto de la élite dominante es que propugnan un intercambio de forma equitativa e inspirado en un principio de justicia redistributiva igualitaria. Pero, a pesar de todo, ese objetivo sigue siendo deudor de lo que sería el fetichismo del valor realizado —hecho realidad— en la mercancía. La categoría fetichista del valor que desentrañara Marx en su análisis de la mercancía, permanecía implícita en todas esas variantes ideológicas aunque se manifestaran formalmente antagonistas de la clase burguesa.

La mentalidad subyacente en el principio de equivalencia —de intercambio de valores equivalentes— es el sostén de todas las expresiones ideológicas de la economía política, en ese amplio espectro que va desde los pioneros del pensamiento económico moderno de finales del siglo XVIII hasta los neoliberales y keynesianos

de nuestros días, pasando por los «clásicos» y las distintas escuelas a que han dado lugar.

Además, la consolidación de la mentalidad burguesa encuentra en la ideología del progreso su realización histórica de la forma más avasalladora. Es así como las diversas formulaciones ideológicas, formalmente antagonistas, de las ideologías arraigadas en la tradición del pensamiento político burgués (nacionalsocialismo, fascismo, *socialismo real*, liberalismo), coinciden en su concepción progresista, industrializadora, productivista, de la vida social humana.

Probablemente, ese sea el verdadero éxito histórico del capital: haber conquistado las mentes humanas hasta el punto de inocular su mentalidad, no de forma doctrinaria o estrictamente publicitaria, sino a través de la organización práctica de la reproducción en la sociedad industrial. Un triunfo que, por ejemplo, perpetúa la mentalidad colonial más allá del colonialismo formalmente clausurado.

Max Horkheimer ya advertía de esa fatal coincidencia acerca de la «industrialización rabiosa»<sup>11</sup> que los pueblos «descolonizados» emprendían cuando manifestaba que «el nacionalsocialismo y el comunismo

---

<sup>11</sup> Max Horkheimer, *La función de las ideologías*, Madrid, Taurus, 1966. Esa misma mentalidad industrializadora productivista burguesa ha propiciado el cambio de la agricultura tradicional hacia el complejo agroindustrial, esto es, la mutación de la mentalidad campesina hacia una concepción productivista de la tierra y de su explotación bajo criterios de rentabilidad, aumentando la producción por hectárea y, en un segundo movimiento, realizándola en el mercado en forma de ingreso monetario creciente. Esto supone un cambio en la concepción de la producción y del producto mismo, que se aleja de su utilidad o incluso de su valor de uso, dando prevalencia al valor de cambio; esto es, a la conversión del tomate, patata y demás alimentos en mercancía, susceptible de ser integrada en los «mercados de futuros», donde opera la transformación del producto agrario en producto financiero, bursátil.

trataban de raer las últimas huellas de modos de ser no implantados disciplinadamente; y el nacionalismo exacerbado de los países atrasados corresponde actualmente al mismo impulso hacia una industrialización rabiosa [.....] las *élites* y los astutos caudillos de los pueblos afroasiáticos sacan sus fuerzas de la indomable voluntad de tener sus propios milagros económicos, y las masas marchan entusiásticamente a su lado por lo mismo. [...]. Tales procesos, en los que se liquida el verdadero pasado en lugar de asumirlo y llevarlo más allá, están ligados con el exterminio de grupos humanos enteros, y la maldición del terror organizado durante la transición ha desempeñado siempre un papel dentro de la nueva forma de la sociedad que debe su ser a aquel». <sup>12</sup>

Desde la revolución industrial, los cambios en la historia del capitalismo han sido sociológicos, propiciados por los ciclos de crisis y expansión del aparato tecnoindustrial y, en consecuencia, eminentemente productivos en cuanto a la organización industrial del trabajo, ideológicos, culturales. Ahora, sin embargo, en la fase regresiva del capital, y asumido implícita o explícitamente el estado de crisis sistémica rampante, la

---

<sup>12</sup> Max Horkheimer, *op. cit.* A pesar del tiempo transcurrido, las experiencias de la descolonización, así como de las ideologías antagonistas, comenzando por el socialismo soviético o el estalinismo de mercado chino, corroboran los peores presagios de la lúcida advertencia del profesor frankfurtiano. Es más, la candidata a la presidencia de Senegal, Aminata Touré, antigua funcionaria de Naciones Unidas, en una entrevista a *El País* (18 de julio 2023), manifestaba que: «En un país donde el 70 % de la población tiene menos de 35 años, si no desarrollas una estrategia masiva de creación de empleo no vas a salir adelante. La clave es el empleo, el desarrollo, la industrialización, la mejora de la calidad de vida». Un claro ejemplo de los persistentes estragos ideológicos y culturales de la colonización, esta vez en la mentalidad desarrollista que sigue las pautas europeas con los resultados que ya sabemos.

situación impone algo más que un cambio ideológico en la gestión productiva del mundo (economía circular, producción y consumo sostenibles) para poner en el primer plano el lugar de la humanidad en la biosfera.

La intervención cada vez más devastadora sobre la biosfera que pone en claro riesgo la supervivencia del ser humano como animal biológico y social, somete a una disyuntiva radical a nuestra concepción del mundo y de la existencia humana. Una radicalidad que incide directamente sobre la mentalidad, y no meramente en el sentido de un recambio ideológico; pues ya no es solamente la amenaza nuclear;<sup>13</sup> ahora, el peligro para la supervivencia de la especie humana es el modo de vida realizado en la sociedad industrial, productivista, desarrollista y consumidora.

### **Invariancias de la mentalidad burguesa**

La mentalidad productivista y la concepción del mundo progresista que impulsa la revolución burguesa con la maquinización extensiva del mundo (revolución industrial) es la forma de conciencia que la humanidad adopta en el mundo regido por la acumulación de capital. El progreso tecnocientífico y la constante transformación y consumo del mundo —del territorio y los recursos y los seres humanos— son sus manifestaciones ostensibles.

---

<sup>13</sup> Durante la investigación de la física atómica y sus previsible aplicaciones, pero sobre todo después de Hiroshima, algunos de los más relevantes representantes de la *intelligentsia* científica mundial (ver, por ejemplo, Manifiesto de Gotinga) plantearon cuestiones cruciales acerca del conocimiento científico apelando a profundas convicciones morales, desde una visión humanista de la ciencia, de la vida y del mundo. Su iniciativa fue enterrada en el olvido por la avasalladora maquinaria tecnocientífica que, involuntariamente, ellos mismos había contribuido a crear.

Hay, pues, una profunda mutación de la mentalidad productivista de la burguesía respecto de la mentalidad campesina tradicional, por no hablar de la mucho mayor diferencia respecto de la mentalidad de la sociedad grecoromana, si hacemos caso de lo que dice Finley. En la Roma clásica, la riqueza, el excedente acaparado por la élite dominante, procedente del trabajo agrícola y del botín obtenido en la conquista de territorios, no desempeña la función de capital, no se invierte con fines lucrativos en la esfera productiva, en lo que sería la acumulación ampliada de capital, sino que se destina al consumo suntuario y al mantenimiento de la estabilidad social, mediante el gasto en la subsistencia de las clases inferiores, incluidos los esclavos, y el entretenimiento (pan y circo).

La élite dominante tenía «una mentalidad adquisitiva, pero no productiva», es decir, tenía una actitud que hoy diríamos parasitaria y extractiva, lo que parangona hasta cierto punto la ciudad imperial antigua «improductiva», con la metrópoli de la sociedad terciarizada de consumidores, dependiente de la producción ajena (globalizada).

En cualquier caso, la ruptura que representa la mentalidad capitalista, burguesa, respecto de la mentalidad mercantil del Antiguo Régimen, se basa en la emergencia de prácticas artesanales de reproducción social que, aun estando cifradas en el intercambio de equivalentes, revisten la particularidad de que los productos intercambiados son el resultado de la relación asalariada. Se trata así de una relación objetiva y aparentemente igualitaria, pues formal, jurídicamente, es una relación equitativa llevada a cabo entre iguales, y siempre de acuerdo con el principio que rige en el intercambio de equivalentes,<sup>14</sup> ya que el salario paga el precio de mercado de la fuerza de trabajo.

---

<sup>14</sup> Y así es, pero en la apariencia está la falsedad, ya que lo que paga el salario es el precio de mercado de la fuerza de trabajo y

Para ilustrar la mentalidad burguesa nunca está de más echar mano de Lewis Mumford,<sup>15</sup> ya que lo que podríamos definir como mentalidad burguesa arraiga en las categorías que este inevitable autor define como el pentágono del poder o las cinco P en su expresión inglesa (*power, property, productivity, profit and publicity*); esos son los fundamentos de la megamáquina capitalista en la que subyace la noción de valor y la práctica de intercambio de equivalentes (valores de cambio, mercancías), como invariantes históricas que se realizan de manera concreta en nuestro tiempo histórico.

No obstante, a las cinco P de Mumford habría que añadir, como síntesis de todas ellas, la P de *progress*, para acabar de configurar la mentalidad burguesa, propia de la megamáquina (sistema) capitalista, que sigue las pautas de la mecanización de las actividades productivas, desde el arranque de la revolución industrial, como forma desviada de la emancipación humana del trabajo (castigo divino) con el fin de conseguir bienestar y confort en la vida.

A lo largo del tiempo, confort y bienestar se han consolidado como categorías fundamentales de la ideología progresista inoculada por las técnicas publicitarias con vistas a legitimar el crecimiento económico y la expansión de los mercados. Hasta tal punto esa dinámica material constituye mentalidad, que la ley del mínimo esfuerzo se ha erigido en una especie de propiedad natural inherente a la condición humana que actúa como coartada para la implantación del complejo tecnológico, sustitutiva de la fuerza de trabajo, en pos de la eficiencia productiva.

---

no el valor de la misma, la posibilidad de extraer un valor mayor del que representa el precio / salario, como expone la teoría de la plusvalía.

<sup>15</sup> Lewis Mumford, *El pentágono del poder. El mito de la máquina (dos)*, Logroño, Pepitas de Calabaza, 2011.

De ese modo, la eficiencia valorizadora, por medio del intercambio de equivalentes, en su modalidad capitalista, se consolida como la mentalidad que subyace en las dos fases evolutivas del capitalismo: dominación formal y dominación real del capital. Es decir, el capital, que es una relación social, «resuelve» históricamente la mentalidad basada en la categoría valor (invariancia) mediante la afirmación de la noción valor-trabajo. Con ello, el valor, categoría fetichista por antonomasia, deja de ser una idea, una ficción —o una arbitrariedad subjetiva del monarca medieval que fijaba el valor monetario de las cosas—, para constituir una categoría práctica (trabajo asalariado) que da pie al fatal equívoco que alienta el desarrollo de la sociedad capitalista (el *quid pro quo* de que habla Marx).

Sin duda, un cambio histórico cualitativo, como el que tuvo lugar entre la Edad Media y el Renacimiento o, más cercano a nosotros, el que acompaña la emergencia de la sociedad burguesa, con la extensión de la relación social capitalista, es inseparable de la transformación de la mentalidad, de la forma en cómo se organiza el pensamiento en la cabeza de la gente. De hecho, la práctica generalizada del trabajo asalariado y del intercambio mercantil opera una transformación de la subjetividad en lo que se refiere a las ideas y prácticas sobre las que se articulaba la formación social, su reproducción y mantenimiento precedentes. Ahí se cimenta la mentalidad burguesa, sobre esas nuevas formas de intercambio y de evaluación de las cosas (de su valor), que se legitima ideológicamente mediante los recursos filosóficos, científicos, psicológicos, etc., que conforman la ideología y las diferentes disciplinas de la cultura burguesa.

Desde luego, la emergencia de prácticas de reproducción social (de producción e intercambio de bienes) que caracterizan a la burguesía seguían basadas en el intercambio de equivalentes, pero con la particularidad

de que los productos intercambiados eran el resultado de la relación asalariada. Fue esa práctica emergente, que se abrió paso poco a poco en el seno de la sociedad feudal en declive, la que indujo el cambio de mentalidad en el sentido de la secularización y emancipación creciente de las formas de pensar respecto de las formas ideológicas impregnadas de enunciados teológicos, morales, religiosos, hasta entonces imperantes.

La revolución burguesa expresa de una manera palmaria cómo la emergencia de nuevas ideas vinculadas a relaciones sociales y prácticas productivas y mercantiles, que entran en tensión con las ideas y prácticas sociales del Antiguo Régimen, acaba por imponerse, al tiempo que conforma una nueva mentalidad cuyo principio fundador no es inédito, ya que surge precisamente de la invariancia consistente en el intercambio de equivalentes, pero que la modifica sustancialmente al incorporar la práctica novedosa del sistema asalariado.

La consolidación de la sociedad burguesa sigue un lento proceso en el que se conjugan inventos con aplicaciones productivas, tendencias secularizadoras del pensamiento y de las formas de vida, etc., cambios en las formas de organización del trabajo artesano, etc., que llevaron a la liquidación del sistema gremial del Antiguo Régimen y a la implantación y extensión del régimen asalariado, hasta que en la secuencia de la Revolución francesa se instauró la «libertad de trabajo».<sup>16</sup>

La relación social del régimen asalariado, que atribuye a las cosas y quehaceres humanos un valor (de cambio), es en esencia *trabajo o tiempo de vida sometido* cuyo resultado palpable (mercancías) puede ser intercambiado en el mercado. Es así como la relación social fundamental asalariada se constituye en la piedra

---

<sup>16</sup> Christine Jaeger, *Artisanat et capitalisme. L'envers de la roue de l'histoire*, París, Payot, 1982.

angular del conjunto de relaciones que denominamos modo de reproducción social capitalista.

Poco importa que tal principio fundador responda a una superchería, a una ilusión, a una superstición o a un equívoco, tal y como señalara Karl Marx en su momento, y que la formación social capitalista descansa en última instancia sobre una alucinación que el filósofo alemán calificara de fetichismo de la mercancía. Lo importante es que esa creencia, esa superstición, se funda en una práctica cuya vigencia histórica, mantenida a trancas y barrancas —crisis cíclicas—, ha hecho del fetichismo —de la mercancía— algo operativo y funcional para el propio mantenimiento de la vida material de la gente y de la reproducción social.

El fetichismo de la mercancía reviste la particularidad de que se materializa en la realidad del mercado, donde las cosas representan un valor de cambio (representado en el precio) y está sujeto a una dinámica progresiva, acumulativa. Pues el sistema social realizado en el mercado, para que funcione, tiene que expandirse constantemente (acumulación ampliada de capital), desarrollarse y potenciar la producción y los mercados (crecimiento y desarrollismo); esa es la base material de la noción de progreso: la cantinela del crecimiento que entonan derecha e izquierda del capital.

De ahí que una de las primeras consecuencias de la crisis del capital sea igualmente la crisis del fetichismo; el desvelamiento de la superchería del valor en una circunstancia histórica que lo ha vuelto insostenible. La crisis de valorización —la crisis de acumulación de capital— entraña, por tanto, la crisis de la creencia o del consenso que otorga credibilidad al fetichismo de la mercancía. A través de la producción e intercambio de mercancías basado en la ley del valor, esta categoría que se ha convertido en un hábito mental, en un prejuicio que ha adquirido el carácter de sustancia «natural»,

como si el valor de las cosas fuese un principio inherente a las cosas mismas y a la conciencia del ser humano, aparece como lo que realmente es, un fenómeno estrictamente coyuntural, histórico.

\*

En la economía de mercado capitalista ya no es la voluntad del empresario, del rey o del comerciante la que fija el precio de las cosas, sino una fuerza suprema y misteriosa (*mano invisible*), una entidad abstracta; es en virtud de esa abstracción que se procede a la colonización mental de los ciudadanos consumidores mediante la expresión fetichizada de «los mercados», hoy ya sustantivado como sujeto agente de la realidad socioeconómica.

En su momento, la revolución burguesa rompe con la mentalidad precedente y resuelve, además, la problemática teológica en torno al precio «justo» de las cosas que, a partir de entonces, resulta de una manera espontánea, autonomizada respecto de la voluntad de los individuos (reyes o comerciantes).<sup>17</sup> Fue esa práctica emergente en el seno de la sociedad feudal en declive la que indujo el cambio de mentalidad en el sentido de la secularización y emancipación creciente de las formas de pensar respecto de las ideas y concepciones hasta entonces imperantes. El descrédito de la ideología feudal precedente va parejo al reconocimiento, aceptación y extensión de las nuevas maneras de hacer, pensar y vivir.

---

<sup>17</sup> Los precios aumentados «artificialmente» en el mercado por decisión de los especuladores responden al margen circunstancial de maniobra que en un determinado momento ofrece el mercado sobre la venta de los productos (escasez, acopio de existencias, guerras, desaparición de competidores, etc.), pero siguen sometidos a la ley del valor en tanto no añaden valor a sus mercancías, que siguen teniendo como referencia el coste de producción y el valor trabajo.

La introducción del mercado capitalista, es decir, de los productos como mercancías, representa un salto cualitativo en la medida que el valor de cambio subsume el valor de uso e introduce una racionalidad del consumo capitalista que apunta inevitablemente hacia el desequilibrio, hacia el exceso (de oferta, sobreproducción) y hacia la proliferación descontrolada de mercancías, el despilfarro (producción de desperdicio) y, sobre todo, la desestabilización social (empobrecimiento, desempleo y polarización social).

Es así como la *gran transformación* (K. Polanyi), que supone la implantación del capitalismo, se corresponde con la gran mutación que tiene lugar en la mentalidad dominante mediante la interiorización en la conciencia de la noción de valor (de cambio y de uso), que se forja en una secuencia temporal en la que se desarrollan unas determinadas prácticas o formas de reproducción social y de maneras de vivir, una vez comprobada la inadecuación de las formas precedentes.

Eso no significa mecanicismo o determinismo histórico; la imposición del modo de producción capitalista no responde a una necesidad histórica objetiva, inevitable. Fue solamente una posibilidad que se impuso gracias a la conjunción del desarrollo de técnicas de producción y de organización del trabajo, y al ejercicio sistemático de la violencia por parte de la clase emergente burguesa (colonialismo, cercados, represión del vagabundeo y marcaje a sangre y fuego), así como la obligatoriedad del trabajo y el sometimiento del trabajo femenino doméstico no asalariado.

La toma de la Bastilla y la liquidación de las instituciones del Antiguo Régimen fueron el epifenómeno de la revolución burguesa en su dimensión política, pero la revolución real remite a la transformación de la subjetividad que indujo cambios históricos en la manera de pensar. Por eso, una transformación revolucionaria

de la subjetividad en nuestros días, que denote la emergencia de una nueva mentalidad pasa necesariamente por formas de hacer y de pensar que, en primer lugar, se desmarquen de la noción de valor y del intercambio de equivalentes, circunstancia que solo puede advenir desde la conflictividad social.

\*

Llegados aquí conviene hacer una precisión acerca de la categoría valor y de la práctica del intercambio de equivalentes como invariantes históricas, así como salir al paso de la imputación errónea a la «naturaleza humana» del principio de equivalencia, como si se tratase de algo natural y consustancial al ser humano. Al contrario, a la luz de las conclusiones más solventes de la antropología cultural, es como podemos establecer la naturaleza histórica —y no ontológica— de aquellas invariantes.

La constante histórica del intercambio que caracteriza a la sociedad humana, como la problemática que sugiere en torno a la equivalencia entre las cosas (precios), que ha sido motivo de preocupación del pensamiento económico y filosófico a través del tiempo, adquiere en el sistema capitalista una dimensión específica, como acabamos de ver. Es en virtud de esa constatación (Marx) que se abre una línea divisoria en el pensamiento económico que establece dos campos bien diferenciados desde el punto de vista epistemológico y metodológico; el de la teoría económica, orientada a legitimar la gestión del modo de producción y distribución capitalista, y el de su crítica.

En el primer caso, la economía política, establece su problemática en torno a los precios de mercado con el fin de justificar la explotación del ser humano, el beneficio resultante y, en última instancia, la acumulación de capital. En el segundo, la problemática se centra en la fuente del valor y, en consecuencia, en la explotación de la vida humana al servicio de la producción de

bienes (mercancías) para el intercambio general (mercado). Por eso, la teoría del valor, al remitir la realidad de la explotación del tiempo de vida / trabajo sometido, es una teoría de la lucha de clases, es una crítica de la sociedad y de las relaciones sociales basadas en el sistema asalariado, y no meramente una teoría económica.

En consecuencia, el valor no es una noción universal, más allá de la historia, pues está ausente en las comunidades indígenas, en los pueblos originarios, en las sociedades sin Estado, etc., como también la noción de sujeto o individualidad experimentada al estilo occidental. En esas comunidades, la concepción y relación con el mundo es otra. De hecho, como muestran algunas de las lenguas de esos pueblos, ni siquiera establecen la dualidad sujeto / objeto, lo que resulta incomprendible para la mentalidad occidental.<sup>18</sup>

Como muestra la abundante literatura sobre el tema, en las comunidades las relaciones entre las gentes no están cifradas por el intercambio de valores equivalentes; ahí tiene lugar otra cosa, es el flujo de objetos, dádivas, dones en las que no interviene mediación material ni simbólica de valor (moneda, dinero), ni siquiera la operación de trueque atendiendo a principio alguno de equivalencia. La relación material de intercambio de objetos en la comunidad atiende a otros criterios, a otra lógica, en fin, que nada tiene que ver con la lógica del valor.

Es más, la propia dinámica de la comunidad despliega el dispositivo que impide la relación de equivalencia mediante el acto de «expropiación» comunitaria (Clastres, Lapierre), lo que es también un mecanismo para evitar la formación de excedente y de su acumulación. Aun concediendo que el intercambio sea

---

<sup>18</sup> Georges Lapierre, *El mito de la razón*, Barcelona, Alikornio, 2003.

el principio de formación de la sociedad humana (Lévi-Strauss), la clave diferencial del *mito* capitalista estriba en que el intercambio se funda en la noción de valor y el principio de equivalencia que remite a una relación social previa en el proceso de producción del objeto.

Lo que marca la diferencia del capitalismo es que el intercambio de equivalentes opera con valores de cambio «objetivos» —mercancías— cuyo contenido remite al trabajo abstracto, al tiempo humano socialmente necesario para su producción. Algo tan obvio y generalizado comporta, sin embargo, un hábito mental y práctico que, paradójicamente, acaba por adquirir una opacidad sorprendente —el famoso halo fetichista de la mercancía— a la manera de la técnica del ilusionista que al elevar al nivel de la evidencia en la manipulación de las cartas, provoca el efecto mágico; cosa bien distinta del truco o del engaño.<sup>19</sup>

Además, con el desarrollo de la sociedad industrial, el intercambio de equivalentes experimenta un impulso tal que llega a definir la sociedad capitalista como economía de mercado. Ahora bien, el intercambio de equivalentes capitalista, en tanto se fundamenta en una desigualdad radical que la precede en el régimen asalariado, induce un desequilibrio igualmente radical en las relaciones sociales de intercambio que se realizan en el mercado. Lo que eufemísticamente los ideólogos del capital llaman disfunciones o desequilibrios del mercado, concretados en la existencia simultánea de pobreza y sobreproducción, en realidad son contradicciones consustanciales a las relaciones de intercambio basadas en el principio de equivalencia.

---

<sup>19</sup> Como quiera que sea, hay una secuencia en la película de Jia Zhang Ké, *Naturaleza muerta*, que sintetiza de forma magistral la esencia del capitalismo y su *mágica* creación de dinero, cuando el prestidigitador convierte cartas en billetes de banco con un rápido movimiento ante un estupefacto proletario errante.

En la sociedad capitalista, el mercado realiza la socialidad como forma indisociable de la acumulación de capital. Es así como el desarrollo tecnocientífico de la sociedad industrial y la posibilidad productiva creciente, manifiesta en el desarrollismo y la producción masiva de excedente (sobreproducción), profundiza y desarrolla esa tendencia al desequilibrio estructural.

Dicho de otro modo, el sistema capitalista, para su realización como forma histórica de relación social humana, al tiempo que expande su esfera productiva de valor (mercancías), extiende la esfera de su realización (mercado mundial) y con ella las actividades tendentes al control, gestión y realización del proceso general de acumulación de capital, de manera que al tiempo que da forma específica a la sociedad, señala las líneas de su disolución (crisis).

### **Mentalidad burguesa e ideología proletaria en la sociedad industrial**

Los cambios políticos que han tenido lugar en la historia del capitalismo han sido eminentemente cambios ideológicos, variaciones formales de una misma mentalidad arraigada en la estructura del pensamiento mecanicista, patriarcal, progresista, etc., así como en la práctica del intercambio de equivalentes.

Los cambios sociales habidos en la historia del capitalismo —incluidas las revoluciones obreras— si bien fueron expresiones de tensiones de ruptura en la sociedad de clases, se resolvieron en diferentes versiones de la revolución burguesa radicalizada; fueron modificaciones formales de la misma mentalidad burguesa. Por eso, la crítica del valor apunta más allá del ámbito ideológico, que sigue siendo el horizonte de la

izquierda del capital, a la hora de abordar la crítica de la mentalidad.

Restrospectivamente, que la controversia ideológica entre la socialdemocracia y el marxismo-leninismo diera al traste con el más poderoso movimiento obrero europeo y abriera la esclusa a la oleada del nazismo, remite en última instancia a la ausencia de una mentalidad realmente transformadora, emancipadora, del proletariado alemán del primer tercio del siglo XX o, dicho de otro modo, a la existencia de un sustrato mental, de una mentalidad, permeable a las categorías ideológicas del capital en cualquiera de sus versiones.

El cambio de ideas y el trasvase de votos de la izquierda hacia el nazismo en la Alemania de comienzos de la década de 1930,<sup>20</sup> denotan la trivialidad de la ideología política en la historia de la humanidad. A fin de cuentas, el nazismo es hasta el presente la expresión más brutal, perversa y criminal de la lógica del valor / capital en la fase de dominación formal. La racionalidad productiva y acumuladora del capital puesta en marcha por la maquinaria nacionalsocialista reproduce la dinámica histórica de la expansión del capital, aunque esta vez centrada en el objetivo específico de la expropiación material de bienes materiales (de judíos y disidentes), la explotación productiva de los adversarios mediante la ocupación de países y el trabajo esclavo (campos de concentración) y la aniquilación del excedente «improductivo» como coste ineficiente («solución final»).

Es por eso que se puede decir que el nazismo — como el fascismo— marca la culminación paroxística de la lógica del capital que ya se pusiera de manifiesto en la acumulación primitiva (cercados, expropiación

---

<sup>20</sup> Como también ocurriera en Italia entre 1919 y 1924, donde el desplazamiento de votos permitió el acceso de Mussolini al poder.

de comunales y obligatoriedad del trabajo). Solo así se entiende que su desarrollo siguiera estrictamente el procedimiento industrial de eficiencia objetiva incluso en la materialización del holocausto, mediante una escurpulosa contabilidad del horror.<sup>21</sup>

\*

La distinción entre mentalidad e ideología no obedece a un formalismo teorista, simplemente persigue ilustrar los límites del movimiento obrero industrial como expresión histórica de la dominación formal del capital y hacerlo comprensible en la realidad actual de la dominación real como acicate de superación. Para bien y para mal, somos herederos del movimiento obrero y de sus tradiciones ideológicas y prácticas cuya reconsideración a la luz de las experiencias actuales es una de las condiciones para la eventual recomposición del pensamiento antagonista. Esta reconsideración comienza por ponerlo en su lugar de la historia, como movimiento obrero industrial masculino y sujeto, por tanto, a la «mentalidad» patriarcal y del valor.

Por lo demás, lo que sirve para explicar el cambio en la conceptualización científica (Kuhn, Diamond), con las reservas pertinentes, sirve también a la hora de emprender la renovación de la conceptualización social y política. La conciencia individual no es autónoma, independiente de la realidad social, material, ideológica, que rodea al individuo, sino que está mediatizada por la sociedad y el universo categorial de la mentalidad dominante; de manera que la subjetividad es el resultado de esta. Por eso, una formación social que se desmorona, como la actual, constata la descomposición

---

<sup>21</sup> Existen sobrados testimonios sobre la gestión administrativa de los campos de exterminio donde se detalla minuciosamente el aprovechamiento físico de las víctimas (cabellos, piel, etc.), en lo que solo puede calificarse como la más repugnante expresión contable de la lógica del valor.

cultural, ideológica y mental<sup>22</sup> de los individuos y de las instituciones sociales, políticas y culturales que la componen.

En nuestro caso, esa descomposición se resume en la crisis general de la cultura y la mentalidad burguesas cuya base de sustentación es la noción de valor / capital, que adquiere diversas expresiones ideológicas y de intervención social según las circunstancias históricas determinadas por la acumulación de capital (liberalismo, fascismo, capitalismo de Estado, economía mixta, etc.).

Las aspiraciones de justicia social de los movimientos ideológicos del proletariado, independientemente de su metodología práctica para la consecución de sus objetivos (revolucionarios / rupturistas o reformistas evolucionistas), son de carácter redistributivo de la riqueza producida, continúan sujetas a la noción de valor que subyace a la producción material de los bienes y servicios y al intercambio de equivalentes. Es decir, participan de una misma mentalidad valorizadora del mundo que concibe el bienestar vinculado a la posesión privada o colectiva de riqueza acumulativa y alimenta el ideal progresista de mejora material de las condiciones de existencia mediante el desarrollo progresivo de la inteligencia técnica (aumento de la productividad y de la producción de mercancías) incorporada a la reproducción humana, así como la automatización a ultranza en pos de la optimización productiva.

\*

Ahora bien, sería una frivolidad, además de una imperdonable tergiversación histórica, despachar las experiencias de la lucha de clases del siglo XX como

---

<sup>22</sup> Como ya previera la OMS (Organización Mundial de la Salud) hace algunos años, la enfermedad mental se ha convertido en la pandemia del siglo XXI y cabe suponer que algo tendrá que ver la desintegración social y cultural que acompaña las vicisitudes de la sociedad del capital en crisis.

meras proyecciones de la mentalidad burguesa en el movimiento obrero pues, a pesar de todo, esa confrontación formal en el terreno ideológico marcaba una línea de tensión, una tendencia hacia una eventual descomposición de la mentalidad dominante.

La constatación de las limitaciones ideológicas del movimiento obrero histórico no significa menoscabo alguno hacia las tendencias emancipadoras del pasado y su papel en la historia del capitalismo. Al contrario, significa ponerlo en el lugar que le corresponde por sus prácticas cooperativas, comunitarias, etc., para reconocer precisamente sus límites y la necesidad de superarlos. Esta superación no responde solamente a imperativos morales, como pretendían los filósofos de la Antigüedad, incluidos los pensadores cristianos, acerca del lucro legítimo y los excesos de la desigualdad, ni tampoco a las consideraciones pragmáticas de los modernos paladines de la economía política que, conscientes de los estragos de la dinámica de valorización del capital, orientan sus propuestas hacia la redistribución más o menos moderada de la riqueza como medio de estabilización social.

Es en esta saga donde se aglutinan liberales humanistas filantrópicos y keynesianos de diversa coloración, incluidos los portavoces de la izquierda del capital, con sus filigranas fiscales (socialdemócratas y monetaristas) o su estatalismo defensor de lo público, hoy ya espejismo de un tiempo que ya fue, coincidente con el momento expansivo del capital posterior a la Segunda Guerra Mundial. En cualquier caso, los signos de un cambio de mentalidad están inscritos en la historia de la lucha de clases, aunque hayan sido escamoteados en las apreciaciones predominantemente ideológicas.

En este sentido, conviene echar un vistazo a un episodio significativo como fue la incidencia del

doctrinarismo anarquista<sup>23</sup> en las condiciones socioeconómicas de la España del primer tercio del siglo XX. Lo verdaderamente significativo de ese doctrinarismo fue que indujo una práctica de acción directa y una tendencia a la autonomía, materializada en una cultura proletaria que era una forma de vida, una comunidad, en fin, antagonista. Esa particular cultura obrera anarquista, entendida como un conjunto de ideas, hábitos, actitudes, quehaceres y aspiraciones denotaba, en su propia proyección social, una tendencia de cambio posible hacia una nueva mentalidad.

Aun considerando el carácter ideológico, doctrinario y en muchos aspectos deudor de la ideología progresista burguesa del anarquismo, su afirmación de la Idea no quedó circunscrita al terreno de un idealismo más o menos radical. Si como ideología, el anarquismo es en buena medida doctrinario, y su aportación limitada en cuanto a la fundamentación sistematizada de la crítica de la dominación capitalista, en cambio su contribución a la formación de una «cultura» entendida como manera de vivir en tensión de ruptura con la mentalidad dominante, fue de suma importancia en la historia de los movimientos de emancipación, tal y como se puso de manifiesto en el proceso revolucionario que tuvo lugar durante la Guerra Civil española.

Ahí se confrontaron dos expresiones ideológicas de la mentalidad burguesa en la medida que las colectivizaciones no suprimieron el principio —la noción— de valor en sus intercambios, solo sustituyeron la forma dinero, de emisión estatal, por bonos de valor trabajo emitidos por las comunidades locales. Esas fueron sus limitaciones históricas, pero lo relevante fue que una de esas

---

<sup>23</sup> Viene al caso simplemente a modo de ejemplo, por cercano y accesible documentalente, pero al mismo fin podrían servir las experiencias colectivistas de la Revolución rusa, de los cimarrones o de las comunidades indígenas resistentes a la colonización.

tendencias se replegaba a la mentalidad burguesa republicana, instauradora del orden capitalista democrático, defendida por el Frente Popular con sus principales valedores, el PCE y el PSOE, mientras que la otra, orientada hacia el proyecto colectivizador revolucionario, forzaba las costuras de la mentalidad burguesa.

Fue esa mentalidad, ese registro intelectual, el que permite hablar de una cultura anarquista, enraizada en la vida popular de la Barcelona de entreguerras como nos muestra la reciente historiografía<sup>24</sup> o la que explica el desarrollo de las colectivizaciones como iniciativas autónomas de la población asalariada durante el periodo 1936-1939. Podemos añadir los episodios revolucionarios de Rusia en 1917, Alemania en 1918, Asturias en 1934 y todos los intentos transformadores, no por fallidos, menos significativos y decisivos en la construcción de una forma de hacer y pensar socialmente relevantes, donde se hacía diáfana esa distinción entre ideología y mentalidad.

\*

Es necesario subrayar, de todos modos, que la historia del capital no se corresponde con una línea continua, acumulativa, de la experiencia de las luchas; no hay una correspondencia sincrónica entre acumulación de capital y desarrollo de la conciencia de clase. Si atendemos a las reivindicaciones y movilizaciones del ciclo de reestructuración del capitalismo en los países terciarizados, hemos de concluir que en buena medida arrastran el lastre de la mentalidad burguesa, dado que su acción se circunscribe conscientemente al marco definido por el capital, la colaboración de clase<sup>25</sup> y, en definitiva, la sostenibilidad del sistema capitalista.

---

<sup>24</sup> Chris Ealham, *La lucha por Barcelona*, Madrid, Alianza editorial, 2005.

<sup>25</sup> Lo muestra bien claramente el paso del sindicalismo de confrontación al de concertación, la cogestión y el neocorporativismo que

Así lo prueba la historia reciente, donde la acción reivindicativa tradicional del movimiento obrero industrial masculino fue expresión de la dominación formal, ideológica, del capital sobre el segmento del proletariado cuya manifestación más radicalizada fueron las corrientes autónomas del movimiento obrero del fordismo en las décadas de 1970 y 1980.

Con la perspectiva que hoy tenemos, es un hecho comprobable que la mayor parte de la población proletarizada que protagonizó las movilizaciones industriales y populares, en general, incluidas las propuestas autogestionarias, aunque se amparase tras un lenguaje anticapitalista, su horizonte práctico se cifraba en conseguir un reparto más equitativo de la plusvalía bajo la forma de riqueza social producida, dentro de la sociedad del capital; esto es, mejorar los niveles de consumo de mercancías y servicios producidos y distribuidos en condiciones capitalistas.

Con posterioridad, si retomamos el hilo conductor de las movilizaciones del ciclo de la financiarización, incluida la crisis pandémica de la covid-19, el denominador común predominante sigue siendo el de buscar acomodo<sup>26</sup> en la sociedad del capital. Esto se hace especialmente patente en las movilizaciones laborales, eminentemente defensivas y en muchos casos sin salida (conservar puestos de trabajo), ausentes de cualquier consideración hacia lo que se hace, por qué y para qué;<sup>27</sup> algo que se pone de manifiesto en las moviliza-

---

inspira las relaciones laborales en los sectores de actividad económica más rentables.

<sup>26</sup> Por eso hay que matizar el tópico de la derrota de la clase obrera, (ver capítulo 5, «Papel de la *derrota* de la clase obrera»).

<sup>27</sup> En este sentido, hay que constatar una gran regresión entre las preocupaciones de algunos de los más sobresalientes investigadores de física atómica, cuando cayeron en la cuenta de las aplicaciones masivamente letales de sus hallazgos teóricos, respecto de la población proletarizada consumidora de hoy. A pesar de

ciones laborales en las industrias productoras de no-cividad y particularmente en las de armamento y sus componentes.

La paradoja es que tal acomodo de la clase trabajadora, en su conjunto, en la sociedad del capital es imposible en virtud de los principios rectores de esa misma sociedad. Una vez entrados de lleno en la fase histórica de dominación real —y tendencialmente, total— del capital sobre la vida, las personas (fuerza de trabajo consumidora) y la biosfera, lo que está en juego es la existencia de la propia especie humana.

En esa tesitura, conceptos como eficiencia, bienestar, necesidad, al igual que la definición misma del deseo, son puestos actualmente en cuestión por la propia dinámica de la sociedad capitalista. La constatación de que tanto las categorías económicas, filosóficas, científicas, como su articulación sistemática en la forma de conocimiento cuya coherencia otorga credibilidad y aceptación social, pierden consistencia lógica y práctica porque entran en colisión con la posibilidad de supervivencia de la especie humana, habrá que entenderla como una brecha hacia un cambio de mentalidad posible.

Esta brecha es la premisa objetiva del cambio. Aunque no haya reglas que determinen el cambio histórico, tampoco existen para la emergencia de una nueva mentalidad. Sin embargo, una situación límite en todos los sentidos, como la que ha alcanzado el modo de reproducción social capitalista en declive irreversible, es la condición histórica objetiva básica para ese cambio. La devastación de la humanidad proletarizada

---

su moralismo y de las limitaciones políticas personales, aquellos todavía eran capaces de preguntarse acerca del para qué de sus investigaciones (Albert Einstein), lo que llevó a muchos de ellos a abandonar sus líneas de investigación científica. Resolución ética cuyo radicalismo está muy alejado del pragmatismo oportunista y sumiso del trabajador actual (científico o fabril).

(guerra, miseria y enfermedad mental) y del mundo en general (aniquilación de la biosfera) es ya una realidad objetiva y un potencial revulsivo para la subjetividad que no ha claudicado al nihilismo y se afirma antagonista, crítica, resistente, precisamente porque incide en las contradicciones que conforman la línea de quiebra del orden dominante.

La experiencia histórica del movimiento obrero industrial mostraba indicios y tendencias hacia formas de vida y de resistencia que representaban una suspensión de la normalidad social capitalista, mediante el establecimiento de vínculos de solidaridad y de socialidad en el conflicto, ya fuera en los actos ofensivos de sabotaje y destrucción de medios de producción, ya en los de sostenimiento de la vida cotidiana en las huelgas.

Más recientemente, la movilización popular por la subsistencia durante la pandemia de la covid-19, así como las búsqueda de formas de relación y de vida que hay detrás de iniciativas de todo tipo, ya sea en las movilizaciones (*Soulèvement de la terre*, chalecos amarillos, revueltas de las comunidades indígenas contra la penetración del capitalismo industrial), en las formas difusas de solidaridad que sostienen la vida cotidiana en las condiciones adversas del día a día, entre el joven proletariado o entre los migrantes que se buscan la vida en la precariedad urbana, son expresiones de esa tendencia hacia un cambio de mentalidad. Son, en todo caso, las formas de existencia cada vez más extendidas que se enfrentan a unas condiciones objetivas marcadas por el declive inevitable del orden social capitalista, que la crítica de la economía política actualizada corrobora.

Desde luego, un cambio de mentalidad no sigue una línea unívoca, en la medida en que está sujeto a las vicisitudes de la constante transformación del medio material en el que se desenvuelve la vida de la humanidad

proletarizada. Este medio comporta tensiones y conflictividad que, a su vez, transforman las condiciones en las que se lleva a cabo la producción de subjetividad (mentalidad). El transhumanismo, el poshumanismo, etc., son productos ideológicos que apuntan hacia un eventual cambio de mentalidad, resignado y sometido a las directrices delirantes del progresismo tecnocientífico capitalista que propugna una nueva reclasificación de los seres humanos «mejorados», en correspondencia con la organización de la sociedad de clases tardo-capitalista. Esta es la forma de mentalidad que expresa el último estadio del capital como relación social, donde la progresiva sustitución del capital vivo por el capital fijo (tecnología, automatización) en el proceso de producción de mercancías induce la supresión de lo humano del mundo, convertido en mercancía.

Por el contrario, que la tendencia transformadora de la mentalidad se oriente en el sentido rehumanizador que late en «excedente utópico» (Ernst Bloch) que recorre la historia de la humanidad y del que la tradición —socialista, comunista, anarquista— constituye su materialización en el modo de producción capitalista, dependerá de cómo entendamos la intervención antagonista en las actuales condiciones de dominación de clase. Dependerá, en definitiva, de la acción subjetiva de quienes se rebelan contra esas condiciones objetivas en las que somos cada vez parte más activa, como fuerza constitutiva de la relación social que es el capital.

Por algo la clase dominante invoca la subjetividad colaborativa dentro de la nueva organización del trabajo y de la economía del dato. Una comprensión crítica de esa deriva del capitalismo en crisis terminal, como dinámica intrínsecamente contradictoria en su doble dimensión económica (ley de la caída tendencial de la tasa de beneficio y crisis) y social (polarización y sometimiento *colaborativo* al ciclo de negocio capitalista del

presente)<sup>28</sup> sería un punto de partida hacia una nueva forma de entender el mundo y nuestra propia condición en tanto humanidad proletarizada.

En última instancia, un cambio de mentalidad se manifiesta como una crisis de creencia y concretamente, en nuestro caso, como una pérdida de fe en el capital. Una fe de la que, en la actualidad, ya solo es depositaria la izquierda ideológica, que sigue siendo exponente de la contestación proletaria a la dominación formal del capital, en la fase de dominación real. La izquierda sociológica, política, sigue anclada en el mismo horizonte mental del capital, perceptible en su acción dentro del marco político (*conquista* del Estado), económico (nacionalización como sinónimo de socialización), ideológico (el valor trabajo de las cosas mercancías) y administrativo (justicia redistributiva, fiscalidad) del capitalismo.

El distanciamiento que eso supone respecto de la metodología analítica marxiana y de la comprensión crítica de la deriva devastadora en todos los órdenes sociales, personales y del entorno físico (biosfera), que sigue el ciclo de acumulación de capital, es una de las causas de la prolongación del estado de conciencia, de la mentalidad burguesa en descomposición, que se traduce en impotencia mental y práctica de la izquierda como representación de la clase trabajadora.

Romper con la fe en el capital es lo que pretende la teoría crítica, al menos, para abrir una fisura en el orden mental dominante desde la que pueda aflorar otra manera de ver, pensar y actuar. Una ruptura mental

---

<sup>28</sup> El ciclo de negocio actual descansa en buena medida sobre la transferencia de trabajo no pagado. Este, desempeñado por el consumidor en la realización de la producción de mercancías, es cada vez mayor, ya sea en el autoservicio y sistemas de pago en el supermercado, en las operaciones bancarias o en las relaciones con la administración digitalizada.

eminentemente práctica e inseparable de la conflictividad social, y que se insinúa en la tendencia de la crítica de la sociedad del capital a su desplazamiento desde la esfera de la producción de mercancías hacia la problemática de la reproducción de la vida humana (cuidados).

Es ahí donde la crisis del valor aparece igualmente como límite a la monetización de la actividad humana y del trabajo socialmente necesario que caracteriza la economía de mercado, pues la actividad relacionada con la reproducción sale tendencialmente de la esfera del valor, porque su coste en términos de precio la hace inviable (como queda reflejado en el déficit público) y su contribución resulta marginal en la valorización y acumulación del capital financierizado. En otras palabras, es irrelevante desde el punto de vista de la acumulación actual de capital.

Los cuidados, que en el capitalismo ascendente valorizaban el capital través de la reproducción de la fuerza de trabajo, en un marco productivo hiperautomatizado y con creciente población excedentaria, pierden valor de mercado. Es, por así decirlo, la reformulación de la disyuntiva *socialismo o barbarie* de la fase de dominación formal del capital que ahora se cifra en la contraposición entre el capital o la vida humana.

Es así como los límites objetivos y subjetivos del capital convergen en la realidad declinante del modo de reproducción social capitalista. Pues si, por un lado, los límites objetivos, físicos del capital, en cuanto forma material de producción de mercancías y megamáquina tecnológica, ya se pueden verificar desde la crítica de la economía política; por otro, los límites históricos del capital, en su real dimensión de relación social, remiten al potencial antagonista de la subjetividad proletarizada y, concretamente, a la orientación que esta adopte a la hora de enfrentar las condiciones de la quiebra inevitable de la sociedad capitalista.



